VOL 1 Nº1

1990

EL SOCIALISMO DEL FUTURO

MIJAIL GORBACHOV
El mundo futuro y el socialismo

ALFONSO GUERRA
El viejo y el nuevo socialismo

ADAM SCHAFF
Las zonas inexploradas del socialismo contemporáneo

ERNEST MANDEL
Situación y futuro del socialismo

JOSÉ FÉLIX TEZANOS
Socialismo y progreso social

ULF HIMMELSTRAND
El futuro del socialismo. Perspectivas desde Escandinavia y Africa

WILLY BRANDT
El futuro del socialismo democrático

OSKAR LAFONTAINE
El socialismo y los nuevos movimientos sociales

FERNANDO CLAUDÍN
Comunismo y socialdemocracia

GIORGIO NAPOLITANO
El socialismo del futuro

LUCIANO PELLICANI
¿Qué socialismo?

ANDRZEJ WERBLAN
Estalinismo: ¿Después qué?

Revista de Debate Político

FUNDACION SISTEMA

INDICE

Declaración Programática		5
Mijail Gorbachov	El mundo futuro y el socialismo	7
Willy Brandt	El futuro del socialismo democrático	17
Alfonso Guerra	El viejo y el nuevo socialismo	25
Oskar Lafontaine	El socialismo y los nuevos movimientos sociales	35
Adam Schaff	Las zonas inexploradas del socialismo contemporáneo	45
Fernando Claudín	Comunismo y socialdemocracia	73
Ernest Mandel	Situación y futuro del socialismo	79
Giorgio Napolitano	El socialismo del futuro	99
José Félix Tezanos	Socialismo y progreso social	103
Luciano Pellicani	¿Qué socialismo?	117
Ulf Himmelstrand	El futuro del socialismo. Perspectivas desde Escandinavia y Africa. Defensa de soluciones o definición de problemas	121
Andrzej Werblan	Estalinismo: ¿Después qué?	135

COLABORAN EN ESTE NUMERO

MIJAIL GORBACHOV: Secretario General del Comité Central del PCUS y Presidente de la URSS. **WILLY BRANDT:** Ex Canciller de la RFA. Presidente de la Internacional Socialista. **ALFONSO GUERRA:** Vicesecretario General del PSOE y Vicepresidente del Gobierno. **OSKAR LAFONTAINE:** Vicepresidente del SPD y Primer Ministro del Land del Sarre. **ADAM SCHAFF:** Miembro de la Academia de Ciencias Polaca. Ex miembro del Comité Central del Partido Comunista Polaco. **FERNANDO CLAUDÍN:** Ex miembro del Comité Central del PCE. Presidente de la Fundación Pablo Iglesias. **ERNEST MANDEL:** Dirigente de la IV Internacional. Catedrático de Economía. **GIORGIO NAPOLITANO:** Diputado del PCI perteneciente a la Comisión del Parlamento italiano para asuntos exteriores y comunitarios. **JOSÉ FÉLIX TEZANOS:** Catedrático de Sociología. Secretario de Formación de la Comisión Ejecutiva Federal del PSOE. **LUCIANO PELLICANI:** Profesor de Sociología Política. Director de la Revista *Mondoperaio*. **ULF HIMMELSTRAND:** Catedrático de Sociología (Universidad de Uppsala). **ANDRZEJ WERBLAN:** Ex miembro del Bureau Político del Partido Comunista Polaco. Profesor de Historia.

EL SOCIALISMO DEL FUTURO

FUNDACION SISTEMA

PRESENTACION

La publicación del número 1 de la revista EL SOCIALISMO DEL FUTURO *es el resultado de un largo proceso de preparación y de contraste de ideas y de proyectos entre las personas que animamos esta iniciativa.*

Se trata de una revista de carácter inédito en el panorama político e intelectual. No sólo porque en ella participan personas muy significadas de distinta procedencia política dentro del campo de la izquierda, sino también por el hecho de aparecer publicada inicialmente en seis idiomas (español, italiano, inglés, alemán, francés y portugués). Nos encontramos, pues, ante una auténtica publicación internacional representativa de las distintas corrientes socialistas que nace con una finalidad muy clara: queremos abrir puentes fructíferos de diálogo y de entendimiento, suscitando un debate abierto y vivo sobre el socialismo del futuro.

Este número tiene tres partes diferenciadas: en primer lugar, publicamos dos artículos de las dos grandes personalidades de la izquierda europea e internacional en estos momentos: Mijail Gorbachov y Willy Brandt. En segundo lugar, incluimos las tres ponencias que sirvieron como introducción al debate en un Encuentro internacional de intelectuales y responsables políticos que se celebró en Madrid, en septiembre de 1989 (de Alfonso Guerra, Oskar Lafontaine y Adam Schaff). Finalmente publicamos varios artículos que forman parte del primer gran tema de debate que queremos abrir en estas páginas, en torno a ¿qué debemos entender por socialismo en una perspectiva de futuro?

En el número 2 de la revista editaremos la segunda parte de las contribuciones a dicho debate, abordando en números sucesivos cuestiones tales como el socialismo y la ideología, problemas del socialismo ante la nueva revolución industrial y los cambios en el trabajo, la situación de los países de socialismo real y su evolución, el socialismo y el nuevo orden social, etcétera.

Esperamos que el lector pueda encontrar en estas páginas ideas y elementos de estímulo y de ayuda para el planteamiento de un debate teórico y político que, sin duda, es urgente y necesario.

ALFONSO GUERRA

DECLARACION PROGRAMATICA

La humanidad ha entrado en la era de una nueva revolución industrial. La profundidad y rapidez de los cambios económicos, sociales, políticos y culturales que origina acarrearán una modificación de la vida social de los hombres que posiblemente irá mucho más lejos de lo que fue la primera revolución industrial, en comparación con el período histórico anterior.

Esos grandes cambios —cuyas raíces están en la revolución científica y tecnológica que presenciamos— ejercerán una gran influencia sobre el futuro de la clase trabajadora contemporánea y, en general, de los asalariados. El paro estructural (tecnológico) provocará en los próximos veinte o treinta años cambios importantes en la formación social de la sociedad capitalista dando lugar a una disminución y transformación gradual muy profunda de la clase obrera, hasta el punto incluso de que se puede hablar de una tendencia hacia su desaparición paulatina, tal como hoy la conocemos.

Como resultado de las medidas que la sociedad tendrá que adoptar para hacer frente a un creciente paro estructural (la reducción radical del tiempo laboral y, seguidamente, la introducción de criterios que garanticen un nivel de ingresos a todos los miembros de la sociedad, etc.), se producirá una modificación del papel y de la posición social de la clase capitalista. Existe la posibilidad de que aparezca una nueva clase poseedora y de que tienda a convertirse en una nueva clase dominante, compuesta por los poseedores de ese nuevo medio de producción básico que será el conocimiento y la información, en el sentido específico de la palabra.

Las circunstancias indicadas, que pueden provocar en un futuro no lejano un profundo cambio de la formación económica, social y política de la sociedad contemporánea, hacen indispensable una nueva visión del futuro del socialismo en tanto que régimen social y en su condición de movimiento político que lucha por el triunfo de ese régimen.

Pero hay también otros elementos nuevos que impulsan el desarrollo social en la misma dirección y que nos obligan a reflexionar sobre la teoría y la práctica del movimiento socialista, en todas las formas que tiene en el mundo de hoy: los problemas del desarme y de la paz que se plantean con creciente urgencia, los problemas ecológicos, los problemas demográficos, el problema de la mujer, el problema de la juventud y muchos otros. Todas estas cuestiones dependen, en definitiva, de las condiciones del desarrollo económico, social y político de la sociedad contemporánea. Pero precisamente por eso hay que someter a un nuevo examen los problemas del socialismo, de su teoría y de su práctica.

Es comprensible que en semejante situación exista una cierta sensación de insatisfacción, relacionada con las reflexiones sobre este particular de los movimientos actualmente existentes que luchan por el triunfo del socialismo en el mundo. Las raíces de los impedimentos y barreras que actualmente dificultan el enriquecimiento de las ideas son

muy diversas, pero se trata, sin duda alguna, de un fenómeno que un observador imparcial no puede negar. De esta constatación dimana una conclusión: el futuro del socialismo exige poner fin a dicho estancamiento. La mejor manera de conseguirlo es generar una discusión creativa, sin tabúes *ni limitaciones «sagradas» de ningún tipo. En esta discusión deberá existir la más absoluta libertad en las críticas y nadie quedará exento de cuestionamiento, incluidos los clásicos del marxismo, en la medida en que algunas de sus posturas puedan resultar erróneas confrontadas con la práctica, o requieran nuevas y modernas fórmulas. La discusión así desarrollada deberá ser capaz de provocar una «conmoción», incluso en los medios más dogmáticos que no hayan perdido definitivamente toda capacidad de conexión con la realidad. Y eso es lo que queremos conseguir quienes integramos el colectivo que impulsa esta revista, abriendo un nuevo debate político.*

La iniciativa de crear este colectivo partió inicialmente de un grupo que, en el marco de la Fundación SISTEMA, había venido promoviendo desde hace años la reflexión sobre «el futuro del socialismo». Se trata de un grupo abierto y plural que en un determinado momento llegó a la conclusión de que sus reflexiones debían buscar una proyección internacional, no limitándose a una sola visión del socialismo, ya que se trata de una idea de alcance internacional que ha adquirido una gran riqueza de formas y de matices. Así comenzó el intercambio de criterios con personas que, situadas en sus propios medios nacionales, culturales y políticos, se distinguían por tener los siguientes rasgos comunes: su entrega a la causa del socialismo, sus conocimientos teóricos y prácticos sobre el tema y una clara disposición a discutir abiertamente sobre todos los problemas del socialismo.

Estos intercambios de criterios y opiniones han dado como resultado el surgimiento de este grupo, integrado por personas que políticamente —en un sentido u otro— son partidarias, en sus variadas perspectivas, del movimiento socialista, del comunista, de la Nueva Izquierda, etc. Obviamente hay cosas que nos separan, pero hay una fundamental que nos une: la formación socialista de la sociedad es el objetivo de nuestro esfuerzo. Cómo ha de ser esa sociedad y cómo lograr su plasmación concreta son las grandes cuestiones que nos planteamos y, precisamente, el hecho de que no nos consideremos poseedores exclusivos de la verdad también hace que seamos un colectivo unido, a pesar de la diversidad de nuestras concepciones. Nos une, pues, la voluntad de desarrollar una discusión abierta y la convicción de que solamente por ese camino podremos llegar a conocimientos más profundos y a respuestas más pertinentes sobre las cuestiones que nos interesan.

Esa gran cuestión general —qué es el socialismo del futuro— *pensamos ir examinándola en las páginas de esta revista en sus diferentes aspectos y dimensiones. Una vez aclarado cada elemento en la discusión estaremos en mejores condiciones de intentar la formulación de una síntesis con mayores probabilidades de éxito.*

Otro aspecto que nos une y que nos lleva a asumir esta iniciativa como colectivo es el planteamiento de los elementos-problemas que analizaremos en cada número de la revista, dándoles tanto el carácter de artículos como de Debates y de Mesas Redondas transcritas. Con dicho procedimiento de trabajo resultará posible reflejar constructiva y positivamente la diversidad de opiniones y concepciones. Nos esforzaremos por seleccionar a los autores de los textos de los artículos, de las Conferencias y de las Mesas Redondas —de cada una de ellas— de manera que resulten auténticos simposios «vivos» y garanticen la presentación de los más diversos —e incluso encontrados— puntos de vista. ¿Podremos llegar por esta vía a un consenso*? Sería arriesgado aventurar una respuesta contundente, pero tampoco es ése el objetivo esencial que nos planteamos, sino más bien la generación de una «tormenta de ideas»* (brain storming) *que, retomada posteriormente por círculos interesados más amplios, podría contribuir fructíferamente a dar un nuevo impulso al pensamiento socialista, contribuyendo a poner fin así a ciertas tendencias de estancamiento que hoy se manifiestan en general, y que en ciertos núcleos del movimiento internacional han adquirido, o están en vías de adquirir, las formas de una evidente crisis.*

El éxito de nuestra iniciativa dependerá en gran medida de los lectores y de los participantes en nuestra discusión. Lograremos nuestro objetivo si conseguimos despertar un vivo interés en amplios círculos del movimiento que lucha por el socialismo y, sobre todo, entre los estadistas y los dirigentes políticos de izquierda. Con este fin nos esforzaremos por que esta revista aparezca a la vez en los diferentes países y lenguas europeas occidentales y, si es posible, también en los idiomas de los países del Este. Queremos que la revista esté estrechamente ligada a foros de discusión que operen como un movimiento internacional impulsor del debate teórico y político. Las páginas de la revista estarán abiertas a la colaboración y participación de personalidades intelectuales y políticas de la URSS, de China y de otros países comunistas, esperando que su participación en este debate resulte fructífera para todos.

Estas son las bases y propósitos de nuestra iniciativa. El resto dependerá de su realización práctica.

EL MUNDO FUTURO Y EL SOCIALISMO

Mijail Gorbachov

La edición de la revista *El Socialismo del Futuro* es una iniciativa interesante y necesaria en un momento crucial de la historia. El afán de imprimir nuevo impulso al pensamiento socialista, de estimular el debate internacional sobre los problemas del socialismo es de una gran actualidad. Por eso he accedido a escribir un artículo para el primer número.

Los profundos cambios que se operan hoy en Europa y en el mundo son acogidos e interpretados de distintas maneras. Las fuerzas políticas de corte derechista y conservador pretenden presentar los acontecimientos de Europa Oriental como el *crack* del socialismo y un triunfo del capitalismo. Ya han aparecido concepciones y teorías que afirman que el sistema occidental de liberalismo económico y político ha resuelto o es capaz de resolver todos los problemas. Y que eso es el fin de la historia.

Son muchos, y de las más dispares convicciones, los aturdidos simplemente por los turbulentos procesos, comparables a las grandes conmociones revolucionarias del pasado. Existe el peligro real de perder los puntos de referencia. Se manifiestan dudas y desconcierto. ¿Cuál es la esencia de la etapa que atraviesa la historia mundial? ¿Qué porvenir espera al género humano? ¿Qué relaciones se establecerán más adelante en Europa? Son muchos los interrogantes...

Es perfectamente lógico que el problema del socialismo imante el interés de la opinión pública mundial. Se trata de los destinos del ideario socialista. Y nosotros nos preguntamos: ¿Qué lugar ocupa hoy en el contexto de los cambios mundiales? ¿Cuál es la correlación de sus diversas variantes? ¿Qué papel desempeña en las búsquedas de respuestas a los desafíos de la época? ¿Y cómo concuerda eso con nuestra visión del futuro?

La profundidad y el ritmo de los cambios económicos, sociales, políticos y culturales que acontecen en el mundo exigen, efectivamente, que la teoría y la práctica del socialismo sean sometidas a nuevo y minucioso estudio con participación de representantes de las distintas corrientes socialistas.

Este artículo, naturalmente, no pretende ser una respuesta definitiva, y menos aún universal, a los problemas del socialismo. Nadie posee el monopolio de la verdad. Yo puedo únicamente exponer mis reflexiones teniendo en cuenta la experiencia de la *perestroika*.

I

El concepto de «socialismo» apareció en Francia casi ciento sesenta años atrás, pero la idea de socialismo es mucho más antigua. Refleja la parte de la existencia humana relacionada con los intereses *generales* del hombre, a diferencia de los *privados*, con su difícil y secular afán de igualdad social y justicia.

El marxismo convirtió el socialismo en teoría científica. Marx delimitó netamente el socialismo del tosco comunismo igualitario. Es conocida su crítica demoledora del «comunismo cuartelero». Se sabe también que él vinculaba la formación de la nueva sociedad con el más alto desarrollo de las fuerzas productivas, de la libertad del individuo y de la democracia.

El socialismo se propone como meta emancipar al hombre de todos los géneros de explotación y opresión, se orienta a establecer condiciones sociales que garanticen el libre desarrollo del mayor número posible de seres humanos. De ahí la conocida fórmula: «El libre desarrollo de cada uno como condición del libre desarrollo de todos». Fórmula que, en principio, comparten los partidarios de las diferentes interpretaciones del socialismo: socialistas, socialdemócratas y comunistas.

En el movimiento socialista se han establecido históricamente dos enfoques fundamentales. Uno es la comprensión del socialismo como proceso de reformas sociales que introducen los valores socialistas en la sociedad existente; otro es la noción del socialismo como el régimen que, mediante un salto dialéctico, sustituye al capitalismo, que ha agotado sus posibilidades históricas. Ambas concepciones arrancan de Marx. Ambas concepciones —evolucionista (reformista) y revolucionaria— tienen su fundamentación objetiva.

La Revolución de 1917 en Rusia fue también un eco del impulso hacia la libertad, la igualdad y la fraternidad que diera la Revolución Francesa y, a la vez, un intento audaz de realizar en la práctica estos elevados ideales. Las dos grandes revoluciones de los nuevos tiempos desempeñaron un papel inmenso como locomotoras del progreso de la humanidad. Aunque en ambos casos las profundas brechas hacia el porvenir no dieron a los pueblos todo lo proclamado como sus objetivos, las ideas de libertad, democracia y justicia prendieron en la mente de nuevas y nuevas generaciones, encontraron apoyo e inspiraron a otros pueblos.

La Revolución de Octubre fue el acontecimiento trascendental en la historia mundial del siglo XX. Cambió el encuadramiento de las fuerzas sociales y políticas en el mundo, su fisonomía general dio potente impulso a los movimientos liberadores: anticoloniales, antiimperialistas, democráticos y socialistas. Su resultado indirecto fue, a fin de cuentas, una nueva calidad de la lucha de los trabajadores de los países capitalistas por sus intereses y derechos, la transformación democrática de las sociedades burguesas, la elevación en ellas del nivel de bienestar de las gentes y de su protección social.

Nosotros, en la Unión Soviética, aspiramos a comprender mejor nuestra historia, a restablecer toda la verdad. En el contexto de la *perestroika* esa comprensión es vitalmente necesaria para nosotros. Manteniéndose en las posiciones del historicismo, es forzoso reconocer que la Revolución de Octubre no fue ni un error ni una casualidad. Fue preparada por todo el desarrollo precedente del país y acelerada por la Primera Guerra Mundial. La Revolución de Febrero no dio al pueblo la paz ni la tierra. La Revolución de Octubre se hizo inevitable. Su alternativa real no era la república democrática burguesa como hoy intentan asegurarnos algunos, sino el amotinamiento anárquico y la sangrienta dictadura militar.

Pero la historia de «la construcción del socialismo en un solo país» transcurrió dramáticamente. En ella se fundieron lo heroico y lo trágico. ¿Por qué Stalin logró imponer al Partido y a toda la sociedad su programa y sus métodos? Es una cuestión cardinal para evaluar nuestra historia. Stalin jugó hábilmente con los sentimientos de impaciencia revolucionaria, con las tendencias utópicas e igualitarias propias de todo movimiento de masas, con el afán de la vanguardia de alcanzar cuanto antes el objetivo deseado. La necesaria búsqueda de formas y métodos para el tránsito a la nueva sociedad se convirtió en lucha cruel en la que se impuso no la concepción leninista, sino otra, la línea contraria. Hemos comenzado un profundo estudio de las causas por las que sucedió así, y este estudio continuará.

Las deformaciones stalinianas condujeron a suplantar la esencia del ideal socialista, a desvirtuar su percepción por las masas y perder lo principal que había en la concepción marxista y leninista del socialismo: la comprensión del hombre como objetivo y no como instrumento. Diré más: esas deformaciones rompían no sólo con el ideal socialista, sino también con la tradición humanística europea en cuyo seno se formará y desarrollará el marxismo.

El destronamiento del estalinismo en el XX Congreso del PCUS no condujo a la ruptura del sistema compulsivo-administrativo; este sistema se mantuvo, incluso se agrandó, lo que acarreó consecuencias sumamente negativas para la sociedad que, a fin de cuentas, fue sumida en un estado de estancamiento económico, inercia política y decadencia moral. El llamado período de inmovilismo es una época de oportunidades desaprovechadas, por cierto en un importante momento crítico del desarrollo mundial, lo que causó grave daño a

nuestro país y a la obra del socialismo en conjunto.

El socialismo reformista también tropezó con dificultades, aunque de otra índole. La formación del «Estado social» conllevó fenómenos que provocaron el descontento de la población, de lo que se aprovecharon los partidos burgueses. Surgieron problemas condicionados por la nueva revolución tecnológica, por los profundos cambios habidos en la estructura social de la sociedad, en el carácter del trabajo, en el modo de vida de las gentes, en su sicología, esperanzas, demandas y conducta. El movimiento socialista se retrasó al formular programas de alternativa.

Mientras tanto confirma la vitalidad del ideal socialista —y eso quisiera recalcarlo especialmente— el hecho de que las realidades del mundo contemporáneo le imprimen nueva actualidad. A los viejos problemas sociales —en parte resueltos, en parte amortiguados, pero que también se han agravado en algunos lugares— se han añadido otros nuevos. La humanidad ha chocado por primera vez con el problema de la supervivencia. Se ha hecho imperativo categórico la internacionalización de los enfoques para resolver las contradicciones en el mundo. Eso se refiere tanto a la eliminación del peligro de una guerra nuclear como a otros problemas globales: económicos, ecológicos, informativos, demográficos, de recursos, etc.

De ahí también la necesidad de una nueva intelección del socialismo a la luz de la experiencia histórica y de las nuevas realidades. Fundamentar el socialismo como necesidad económica, como resultado inexorable del desarrollo de las contradicciones del capitalismo ya no es suficiente. Los imperativos económicos se abren camino también en la sociedad burguesa que se transforma, que se encuentra en «proceso permanente de transformación» (Marx). Pero se multiplican los problemas de otro género que no pueden ser resueltos por los viejos procedimientos.

Se plantea de un modo nuevo también la cuestión del sujeto del movimiento socialista. En la época de las revoluciones industriales y de la industrialización, el socialismo se identificaba, ante todo, con la clase obrera. La revolución tecnológica contemporánea lleva a reducir el número de la clase obrera tradicional. Se eleva en el movimiento socialista el papel de la intelectualidad y de otras capas y grupos sociales.

El concepto de «socialismo» surgió como antítesis al individualismo en su forma extrema, que era inherente al capitalismo en el período de su ascenso y obtuvo su expresión ideológica en el liberalismo burgués. El socialismo tomó del liberalismo lo que había en él de perenne y vinculó la noción de libertad con los principios de igualdad social y justicia.

El pensamiento socialista contemporáneo —ya en el contexto de los cambios sociales, políticos, tecnológicos y culturales en los que se perfilan los contornos de la sociedad del siglo XXI— recalca con nuevo vigor el significado de la individualidad humana, naturalmente conservando su devoción a los mencionados principios.

II

La situación creada en nuestro país en 1985 requirió de nosotros un análisis crítico de todo el camino recorrido. Nos planteamos las preguntas más difíciles. Y tratamos de darles respuestas honradas y francas. Intentamos discernir de nuevo nuestra experiencia, nuestra historia, comprender de veras y sin ilusiones la sociedad creada en nuestro país. Ello requería también evaluar sin ideas preconcebidas el lugar de nuestro país en el mundo moderno sometido al potente influjo de la revolución tecnocientífica. Así llegamos a la concepción de la *perestroika,* de la nueva mentalidad.

He expuesto en detalle mis opiniones sobre la esencia de la *perestroika* en un artículo teórico publicado recientemente en la prensa soviética. Por eso aquí voy a tocar este tema sólo a grandes rasgos.

Al emprender la *perestroika* era necesario ante todo «apartar del camino al viejo Adán», valorar honestamente la adecuación de las palabras y los hechos, de la teoría y la práctica. Se nos reveló de nuevo el hondo sentido de los últimos trabajos de Lenin, penetrados de zozobra por los destinos del socialismo, por el afán de tener en cuenta las realidades de la Rusia posrevolucionaria y del mundo que la rodeaba entonces, de prevenir al Partido contra las tergiversaciones del sentido revolucionario y creativo de su misión, preservar del abuso de poder y de la degeneración burocrática. Paso a paso llegamos a comprender lo que se había construido y por qué era necesaria una remodelación radical de todo nuestro edificio social. Porque lo que surgió en nuestro país es un sistema que a veces llaman «socialismo estatal». Ciertamente, no es capitalismo, pero tampoco es el socialismo que correspondería a nuestros principios de partida.

Hemos emprendido la *perestroika* para, a través de ella, llegar al auténtico socialismo en el que se plasmen los valores fundamentales incluidos en él inicialmente y compartidos por otras corrientes del movimiento socialista.

Nuestras concepciones del socialismo se desarrollan y enriquecen a medida que se profundizan los procesos de la *perestroika.* El «falso entendimiento» cede el lugar a la clara comprensión de los principios socialistas, de su significado en el desarrollo mundial. El conocimiento del socialismo abre ante nosotros nuevos horizontes intelectuales.

Hay que decir que la *perestroika* ha resultado ser un proceso difícil y doloroso. Más difícil de lo que nos imaginábamos al principio. Cada paso adelante por el camino de la renovación de la sociedad saca a la superficie nuevos problemas. Hoy día nuestra sociedad atraviesa, seguramente, la etapa más responsable. Es muchísimo lo que se juega a una sola carta.

Las dificultades de la *perestroika* se deben no sólo a que es búsqueda, a que es un choque de opiniones, que hace inevitable la resistencia de quienes no quieren o no pueden cambiar sus ideas y su modo de actuar. El *quid* está también en que divergen mucho las nociones de las reformas puestas al orden del día. Y a la par que las concepciones de renovación del socialismo (que tampoco son iguales) se lanzan a la sociedad ideas que no están relacionadas con la dialéctica del desarrollo real, sino con el dogmatismo de los anteriores conceptos, pero de signo inverso. Peor aún, ideas que especulan con nociones atrasadas originadas por las condiciones del socialismo deformado.

El Partido, como la mayoría de los trabajadores, ve el sentido de la *perestroika* en la renovación radical del socialismo. Las nociones de protección social, justicia y colectivismo como rasgos inalienables del socialismo han arraigado profundamente en la conciencia de nuestro pueblo. Los intentos de imponer a la sociedad tales o cuales modelos especulativos, y con mayor razón de prestado, serían contrarios al propio espíritu de la *perestroika,* a su sentido democrático.

Nosotros no renunciamos al socialismo, sino a todo lo que le es ajeno. Al propio tiempo nos libramos también de las ilusiones inspiradas por la impaciencia revolucionaria, del afán de acicatear y acelerar la marcha de la historia. Todavía tenemos que meditar a fondo las deducciones conceptuales y filosóficas que de ello se desprenden. Pero una cosa está clara (y eso lo confirma nuestra experiencia): el socialismo no se puede implantar por la violencia. El «socialismo» forzoso es funesto para el ideal socialista, es una profanación.

En el crisol de la *perestroika* nace la nueva y moderna concepción del socialismo humanitario y democrático. Hoy vemos muchas cuestiones cardinales del socialismo con mucha mayor amplitud, profundidad, realismo y racionalismo que hace poco tiempo. Ello se refiere a las ideas sobre la propiedad, el papel de las relaciones monetarias y mercantiles y del mercado, la democracia política, el pluralismo y otras muchas cosas. Y determinamos ahora la orientación y el contenido de las reformas aplicadas no por el grado de su adecuación a teorías apriorísticas, sino por los pronósticos realistas de lo que pueden dar a cada persona y a toda la sociedad.

El socialismo no hay que deducirlo de esquemas ideológicos, sino de la propia vida, de los intereses del pueblo; ya hablé de ello en el XXVII Congreso del Partido (1986) y en mi libro sobre la *perestroika* (1987). A propósito, así era como veían el socialismo los fundadores del marxismo, a diferencia de los socialistas utópicos. Las concepciones del socialismo deben desarrollarse constantemente y puntualizarse habida cuenta de la experiencia histórica y del cambio de las condiciones. Además, aquí hacen falta, naturalmente, no sólo la brújula, sino también señales de tráfico. Qué señales, dónde y cómo colocarlas es algo que sólo se puede determinar mediante el mecanismo de la democracia.

La comprensión del socialismo como ciencia no exime de la necesidad de comprobar la política con la voluntad democrática del pueblo. Hay que reconocer que en nuestra historia se abusaba a menudo de las alusiones a la «cientificidad» de la teoría del socialismo. Una política socialista que pretenda ser científica debe tener en cuenta no sólo las leyes del desarrollo social, sino también los intereses concretos de las diversas capas sociales, el nivel de conciencia del pueblo, las peculiaridades de su sicología en cada etapa dada.

El socialismo necesita la unión de la ciencia y la democracia. Si el enfoque científico es importante para trazar una línea política correcta, el propio avance hacia el socialismo puede ser solamente un proceso democrático apoyado en la voluntad de la mayoría. El socialismo no es un bien llovido del cielo, no es la acción de un demiurgo que quiera «hacer felices» a las gentes. Es, como decía Lenin, obra viva de las propias masas.

El sentido de la *perestroika* consiste en dar vía libre a esta obra, crear premisas y garantías reales para la incorporación del hombre, como principal protagonista, al proceso de transformaciones. En el centro debe estar el hombre. El Estado es para el hombre, y no al revés. Y todas las instituciones de la sociedad deben servir a sus intereses. A ello va enfilado también nuestro proceso político.

Nosotros rompemos resueltamente con la práctica anterior cuando se consideraba que se podía

«construir» el socialismo por directrices de arriba, según planes minuciosamente detallados que sometían la vida real cotidiana a la lucha por «el magno objetivo». La creación del socialismo debe ser un proceso natural en el que los propios hombres, en el marco de los procedimientos constitucionales y democráticos, toman decisiones y las realizan.

Ciertamente, crear el socialismo con el consentimiento y respeto a los derechos e intereses de todos los grupos sociales es más complicado que obligar por la fuerza a la gente a llevar un modo de vida cuartelero. El paso de las formas compulsivo-administrativas a las democráticas es extraordinariamente complejo y doloroso. Se ponen al desnudo los conflictos y contradicciones latentes, entre ellos los de las nacionalidades, surgen tensiones sociales. Es el costo inevitable del divorcio entre el socialismo y la democracia.

Pero no existe otro camino. Hay que crear premisas políticas para esclarecer las contradicciones acumuladas, resolver los problemas mediante el diálogo, buscar el consenso, concordar los intereses apoyándose en la legalidad democrática y el orden jurídico. Nos sostiene la certidumbre de que este camino no lleva a la disgregación de la sociedad, sino a la creación de otra nueva, aunque sea a través de las crisis, al saneamiento de la vida. Es el camino del progreso real.

Confirmamos nuestra opción socialista y a la vez decimos a nuestros valederos de la «pureza de los principios» que se asustan de todo lo excepcional, no ordinario y que no cabe en los moldes ordinarios: hoy las discusiones, los debates y la polémica en la prensa, en los medios científicos y literarios, en los círculos intelectuales y artísticos, en las organizaciones sociales y, finalmente, en el propio Partido no son juegos de inteligencia ni ejercicios al estilo del «arte por el arte».

Son la confirmación de que el hombre jamás renuncia a buscar mejores formas de vida. Siempre hubo y habrá gentes que buscan. Y nuestras actuales búsquedas persiguen encontrar el modo óptimo de dar imagen humana al socialismo.

La *perestroika* hace renacer los objetivos primigenios de la Revolución de Octubre: superar la enajenación del hombre de los medios de producción, del poder y de la cultura. Nos devuelve a los valores no desfigurados del socialismo. La orientación general de las decisiones que tomamos hoy estriba en eliminar de hecho la enajenación del hombre. Tal es la breve fórmula. Fórmula que responde a la concepción marxista, a la visión marxista del socialismo.

Actualmente, cuatro años después del XXVII Congreso del PCUS, se necesitan ya distintas decisiones, distinta intelección de los problemas. En el marco de la *perestroika* han madurado las condiciones para acelerar las reformas, ante todo la reforma económica. Vamos a adoptar leyes fundamentales sobre la propiedad, sobre la tierra, sobre la autogestión y la autonomía de la república y la región, sobre el sistema tributario único, etc. Se han promulgado leyes sobre el arriendo, sobre la autonomía económica de la RSS de Bielorrusia y las repúblicas del Báltico como primer experimento en este proceso que afecta a toda la URSS.

Todo eso crea premisas reales para la diversidad de formas de actividad económica, incluida la individual, para la emulación entre ellas. Pero eso no significa en absoluto que copiemos la lógica del capitalismo. No dudo que la clase obrera, la mayoría de los trabajadores no lo apoyarían. Queremos crear una sociedad nueva que no será copia del capitalismo ni una repetición —aunque mejorada— de lo que hubo antes.

Todavía no conocemos muchos aspectos de la sociedad a que aspiramos. Hemos determinado la orientación general. Sabemos cómo quisiéramos ver el socialismo. Pero cómo será lo dirán el tiempo, la experiencia y la práctica. Estoy seguro de una cosa: la *perestroika* es, como suele decirse, «en serio y para largo». No nos apartaremos de la vía socialista. No nos apartaremos de la democracia. Enlace del socialismo y la libertad: ése es el rasgo distintivo de la *perestroika.*

El próximo XXVIII Congreso del PCUS aprobará un programa de acción para la perspectiva inmediata. En el plano práctico se plantea la cuestión de redactar un nuevo programa de nuestro Partido. La discusión de nuestro programa forzosamente ha de afectar cuestiones cardinales de la vida de la sociedad soviética, los fundamentos de toda nuestra teoría y de los principios de la actividad política. Se trata de una profunda renovación del propio Partido.

Leonid Leonov, veterano escritor a quien se tiene en nuestro país por clásico de la literatura soviética, me dijo: «Damos tal viraje, tomamos tales decisiones que determinarán la fisonomía del país con decenios, con cien, doscientos y, puede ser, trescientos años de antelación». Sin mirar tan lejos quiero repetir lo que dije en Estrasburgo: en los años noventa los gobiernos, los parlamentos y los pueblos de Occidente tratarán con un Estado socialista completamente distinto al que existía hasta ahora.

III

La *perestroika,* como he dicho, requirió mirar con otra óptica el mundo que nos rodea, discernir de nuevo toda la situación mundial. En efecto, la nueva mentalidad al principio se relacionaba únicamente con nuestra política exterior. Pero el hecho de que hoy se identifique con la filosofía general de las transformaciones que se llevan a cabo en nuestro país sólo confirma el nexo orgánico de la *perestroika* interna y de nuestra nueva política exterior. Sus bases fundamentales las expuse en el discurso que pronuncié el 7 de diciembre de 1988 en la ONU.

No voy a repetir aquí el contenido del discurso. Sé que suscitó vivos ecos, que se discutió y comentó ampliamente. Y lo principal en nuestro enfoque fue comprendido en sus justos términos: el realismo, la renuncia a los estereotipos y al esquematismo, la comprensión de que los cambios y mutaciones radicales en el mundo requieren una nueva política de dimensión global, necesitan previsión y cálculo de la marcha real de los acontecimientos y de sus fuerzas motrices.

Nuestra *perestroika* despierta general interés. Es natural. Las transformaciones revolucionarias en un país como la Unión Soviética no pueden dejar de atraer acuciante atención en el extranjero, pues ejercen influjo directo o indirecto en toda la situación internacional. Millones de personas de diferentes países cifran en las reformas de la Unión Soviética sus esperanzas en un porvenir mejor.

Pero no todo es sencillo aquí. Es verdad que aplauden nuestra *perestroika* y le desean éxito. Mas a veces se mezclan tonos triunfalistas: los adversarios del socialismo quieren presentar lo que ocurre como una victoria de Occidente. No ocultan el cálculo de que, como resultado de las transformaciones, la Unión Soviética pierda su faz, su puesto en la comunidad mundial, se convierta en un país mediocre, aunque democrático.

Pero eso es una ilusión. Nosotros vamos por nuestro propio camino. Tenemos otras premisas iniciales de progreso. Nuestro país es una potencia mundial de la que depende mucho el desarrollo de la civilización moderna. En los siete decenios transcurridos desde Octubre, la Unión Soviética se ha convertido en uno de los Estados sobre los que recae una responsabilidad singular por los destinos históricos de la humanidad.

Y es sintomático que la disminución del factor estratégico-militar en la política mundial no menoscabe a los ojos del mundo el papel internacional de la URSS. Pues, con todos los defectos y atrasos, no se puede negar ni la originalidad social de nuestro país ni su potencial político, cultural y espiritual que puede obtener nuevos y profundos alientos a través de la *perestroika.*

¿Cómo disponer de todo esto en la presente situación mundial? Hemos extraído enseñanzas de la experiencia anterior. Y hemos hecho para nosotros la deducción de que mantener nuestro peso en la balanza del enfrentamiento entre los dos sistemas, intentar conseguir algo mediante la sucesiva militarización de la política exterior y la carrera de armamentos es indigno del socialismo y peligroso para todos, para nosotros mismos también. El análisis de las nuevas realidades en el espíritu de la nueva mentalidad y del sentido común nos ha llevado a una simple deducción: que cada sistema demuestre su capacidad de ser factor del progreso moderno en aras del hombre. Y que las diferencias sean estímulo no para la enemistad, sino para los intercambios que enriquezcan recíprocamente, para el «codesarrollo» y la «cocreación».

De ello ya tuve ocasión de hablar, particularmente en enero de 1989, en el encuentro con representantes de la Comisión Trilateral. Entonces dije: «No debemos meditar más con categorías de enfrentamiento pensando únicamente en cómo infligir la derrota al otro bando. ¿Tenemos diferentes sistemas sociales? Pero eso no hace en absoluto inevitables los conflictos, los mutuos temores y la guerra. Aspiramos a confirmarlo en la práctica con nuestra política. Hemos cambiado, entre otras cosas, la actitud hacia la lucha ideológica. Los Estados no se pueden comportar como los cruzados en las guerras religiosas».

El socialismo y el capitalismo son sistemas diferentes. Pero cambian. El capitalismo de hoy dista mucho de ser el de antes. Y el socialismo, como hemos aprendido ahora, no es ya la negación, no es el marginamiento de todo lo que se hizo hasta él o se hace hoy en otras sociedades, sino la asimilación y el aprovechamiento de lo mejor que han conseguido el pensamiento y la práctica del hombre. Por eso retiramos de la política y de la ideología la «imagen del enemigo».

Bien, ¿y Occidente? ¿Ha hecho deducciones al menos de dónde metió al mundo su sempiterna e intransigente oposición y hostilidad al socialismo? Porque muchos en las relaciones con nosotros siguen pensando todavía con categorías de victorias y derrotas. ¿Acaso no está claro que semejante posición no contribuye a la confianza y la colaboración? Para mí, en todo caso, es inadmisible la exigencia —y esa exigencia se ha oído— de que hay que dejar de hablar de «reanimación y resur-

gimiento del socialismo», pretendiendo que eso impide tener confianza en nosotros.

No estaría mal que Occidente moderase su presunción dejando de creer que debe cambiar solamente el mundo socialista, además cambiar en sentido occidental. La tentación de acumular puntos a costa del otro lado está preñada de pérdidas para ambos.

Aspiramos a asegurar a través de la *perestroika* el avance de nuestro país en el cauce común de la civilización moderna, en el torrente común de la civilización. Como se relegan al segundo plano los factores militares del mantenimiento de la paz, salen al primero los factores económicos, políticos, morales, éticos y jurídicos. Precisamente por estos parámetros se renueva nuestra sociedad, se está creando el Estado de derecho.

Otras fuerzas socialistas tienen derecho a contar con transformaciones como las nuestras, que den atractivo al socialismo y nuevo contenido al ideal socialista. Eso lo queremos también nosotros. Vemos en ello nuestro aporte al desarrollo del movimiento socialista y de la civilización en conjunto. De cómo sea y qué sea nuestro país depende mucho también su porvenir. A su vez, de cómo soporte el socialismo la prueba de efectividad, de democratismo, de humanitarismo depende su propio destino.

Los profundos cambios en Europa Oriental son irreversibles. En la Unión Soviética son acogidos en el espíritu de la nueva mentalidad, benévolamente y con interés. El vector de los procesos que acontecen allí va dirigido en general a revelar más plenamente el potencial democrático del socialismo y su capacidad de asimilar las peculiaridades nacionales de uno u otro país.

Nuestro país está abierto para el mundo exterior, para el estudio y aprovechamiento de todo lo valioso que tiene la experiencia de otros. Vemos muchos aspectos interesantes y estimulantes en los diseños teóricos y la actividad práctica de la socialdemocracia. Estoy convencido de que como resultado de los profundos cambios en los países socialistas y también de los procesos en los partidos socialdemócratas nos acercaremos más unos a otros. Nosotros estamos por el diálogo intensivo sobre los problemas del socialismo, de la revolución tecnocientífica, de la ecología, de la democracia y de los derechos humanos.

El intercambio de opiniones con la socialdemocracia dará impulso para mirar audazmente, con amplitud y sin opiniones preconcebidas el pasado, el presente y el futuro.

Me congratulo de que en los últimos años se desarrollen contactos serios y enjundiosos entre los partidos comunistas y socialdemócratas. Por primera vez desde 1914 ha comenzado un nuevo proceso. Yo lo aplaudo. La superación de la histórica escisión del movimiento obrero tendría inmenso significado en el contexto de los actuales cambios en el mundo.

Hoy entre los socialistas y los comunistas ya no existe el abismo que los separaba antes. Los comunistas han sometido a implacable crítica sus debilidades y errores. El proceso de renovación en los países socialistas es una nueva intelección y adecuación a las nuevas condiciones de las mejores y luminosas ideas de Octubre y también del movimiento comunista que él engendrara.

Los documentos programáticos aprobados por el XVIII Congreso de la Internacional Socialista acreditan que tenemos numerosos puntos de contacto en la visión del mundo moderno y en la comprensión de las tareas planteadas ante todas las fuerzas progresistas. La lógica del desarrollo del mundo moderno, de la situación mundial y también la experiencia histórica dictan la aproximación no sólo de las posiciones políticas, sino también de las posiciones conceptuales sobre la base de los valores humanísticos y democráticos. Eso está sucediendo ya y tiene inmensa importancia para las perspectivas del socialismo, del movimiento obrero internacional, para el mundo entero.

Colaborando con la socialdemocracia, continuamos siendo fieles a nuestra comprensión de los valores fundamentales. Entre nosotros subsisten diferencias. Pero estas diferencias estimulan el diálogo que, nosotros creemos, puede dar al mundo ideas muy importantes, esenciales para la visión de la salida al siglo XXI.

IV

Es imposible cuestionar el aporte histórico que hicieron las fuerzas socialistas del mundo entero al mantenimiento de la civilización, a su salvación de la amenaza fascista. También se reconoce ampliamente su papel en la superación de la «guerra fría», en el paso al desarme en la práctica. Merced a la auténtica ofensiva llevada a cabo por el socialismo en la percepción filosófica de las tendencias y los imperativos fundamentales del mundo moderno, la comunidad de naciones se hace más y más proclive a la nueva mentalidad, que alumbra el camino de un período de paz en la historia de la humanidad.

Hoy puede decirse a ciencia cierta: el mundo ha empezado a cambiar efectivamente hacia una

mayor colaboración y normalización de las relaciones a base de reconocer a cada pueblo el derecho a su opción y el equilibrio de intereses.

A través de la nueva mentalidad hemos llegado a una más amplia comprensión del socialismo como teoría y práctica social. El pensamiento socialista se nutre de muchas fuentes, se desarrolla en distintas formas. Surge en el terreno de multiformes procesos socioeconómicos y movimientos sociales. A menudo sobre la base de convicciones humanísticas o a través de la percepción artística del mundo.

Todo esto permite hablar del socialismo como proceso mundial que no se encierra en las fronteras de los Estados socialistas. Vemos muchas de sus manifestaciones también en los países capitalistas industrializados. Rasgos del socialismo como la propiedad pública, la planificación y las garantías sociales —en mayor o menor grado y volumen— se han convertido en parte habitual de la vida de las sociedades occidentales avanzadas. Las modernas instituciones democráticas y jurídicas también son, en un grado considerable, producto del pensamiento socialista en acción.

La creciente diversidad de formas de organización de la producción, de estructuras sociales e instituciones políticas caracteriza también ese inmenso macizo al que denominan, no del todo exactamente, Tercer Mundo. La colosal diferencia de condiciones existentes en algunas regiones y países y la disimilitud de vías escogidas no pueden, sin embargo, eclipsar lo principal: los pueblos de Asia, Africa y América Latina, que constituyen la mayoría de la población de la tierra, se incorporan al proceso de internacionalización y globalización del desarrollo mundial.

¿Cómo valorar eso desde el punto de vista del ideal socialista? La vida ha mostrado también en este caso que el atraso económico y social no facilita, sino dificulta en grado sumo el proceso socialista. ¿Significa eso que alguien tiene derecho a declarar las tendencias socialistas no válidas en estos países, a cerrar a sus pueblos —por los motivos que sean— el camino del ideal socialista? Pienso que la respuesta está clara.

Pero existen motivos para suponer que la sociedad del siglo XXI tampoco en estos países será una repetición o una copia de la sociedad socialista o capitalista contemporánea nuestra. Es indiscutible que precisamente el aporte original de cada pueblo situará la civilización mundial a un nivel nuevo por principio. Y eso exigirá —lo está exigiendo ya— distinta calidad de la cooperación vía Norte-Sur.

La etapa de viraje que atraviesa la humanidad dicta la necesidad de cambiar la misma noción del carácter y los criterios del progreso.

En el pasado, especialmente en las épocas revolucionarias, el motor del progreso era predominantemente la violencia en una u otra forma, incluida la violencia armada.

Hoy día la violencia no puede ya cumplir esta función. La comunidad mundial ha llegado a tal límite que la violencia conduce unívocamente a la regresión, amenaza los mismos cimientos de la civilización y la propia vida. Por eso debe ceder el lugar al diálogo, a la búsqueda de la comprensión mutua, de la concordia sobre la base del equilibrio de intereses y de la libre opción. Eso lo dicta también la creciente diversidad de formas nacionales de desarrollo.

Desde el punto de vista del contenido del progreso se destacan a primer plano los valores universales, la defensa del hombre y del entorno de las consecuencias de la expansión industrial y técnica, la superación de la ideología del «productivismo». Lamentablemente, durante mucho tiempo no pudimos librarnos de las nociones heredadas de la época del capitalismo industrial: aumentar los bienes materiales a toda costa. Ahora vemos que la humanidad entabla un conflicto mortalmente peligroso con la naturaleza. Por eso tornamos hoy al profundo pensamiento marxista sobre la interconexión del hombre y la naturaleza. Ha llegado el momento de pasar también en esta cuestión a una política constructiva, a la internacionalización de los esfuerzos.

Se dice y se repite que la civilización mundial está en crisis. Con frecuencia se entiende por crisis la decadencia moral y espiritual. Eso es justo hasta cierto punto. En efecto, puede hablarse de crisis de esa moral egoísta que es, en muchos aspectos, producto de la absolutización de las relaciones mercantiles, del sometimiento de todas las esferas de la vida de la sociedad a estas relaciones.

Eso plantea ante las fuerzas socialistas cuestiones nada fáciles. Nos percatamos de que el funcionamiento normal de la economía moderna es inconcebible sin mercado, sin competencia, sin ganancia. Pero, ¿cómo se conjuga eso con los valores humanísticos, con el avance hacia un tipo más elevado de comunidad humana? ¿Cómo librar las relaciones mercantiles de las consecuencias negativas que conducen a la deshumanización de la sociedad y a la degradación moral del individuo?

Otro aspecto inquietante de la situación moral en el mundo son las dificultades de adaptación del hombre al creciente ritmo de los cambios tecno-

lógicos y sociales. En muchos, sobre todo en los jóvenes, surge un sentimiento de perplejidad y enajenación. En este terreno cunden la narcomanía, el terrorismo y otras diversas formas de conducta antisocial.

La profunda intelección de la actitud del hombre hacia la naturaleza, hacia sus semejantes y hacia sí mismo es condición *sine qua non* de la supervivencia de la humanidad y de su progreso. Para ello es necesaria una auténtica revolución en la conciencia. Sólo sobre esta base se puede formar una nueva política internacional, una nueva política mundial.

Todo esto hay que tenerlo en cuenta cuando se reflexiona sobre el papel y el lugar del socialismo en el umbral del siglo XXI. El significado de la opción socialista consiste ante todo en que sitúa en primer plano los valores universales. No nos hacemos ilusiones. El socialismo no elimina las contradicciones, los conflictos de intereses, no promete plena armonía. Pero ayuda a hacer las relaciones entre los hombres —tanto en algunas sociedades como en la comunidad mundial— más civilizadas, más humanitarias y justas, respondiendo al sentido supremo de la existencia humana: al libre desarrollo del individuo en la sociedad libre.

EL FUTURO DEL SOCIALISMO DEMOCRATICO

Willy Brandt

Ante las conmociones que caracterizan el tránsito a la última década del presente siglo —especialmente en la zona de Europa gobernada hasta ahora por el comunismo—, nadie pondrá en duda que el Socialismo Democrático, tanto como idea como en la práctica política, ya tiene una larga historia. Tanto es así que, a finales de los años ochenta, varios partidos del Socialismo —o de la Socialdemocracia, como tradicionalmente nos denominamos en Europa Central y Escandinavia— en Europa podían cifrar en cien o incluso ciento veinticinco años su labor en aras de la libertad política y la libertad social. La Internacional Socialista rememoraba también en el verano de 1989 su fundación en París hacía cien años.

En el camino recorrido no ha habido tan sólo éxitos y logros imborrables, sino también trágicos errores de cálculo y agotadoras escisiones. Así, el peligro fascista (y el de sus guerras de conquista) a menudo no se tomó lo suficientemente en serio. Al concluir la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, al igual que ocurriera tras la primera, los partidos demócratas socialistas y socialdemócratas tuvieron un papel de extraordinaria relevancia en la reconstrucción de numerosos países. La comunidad internacional de estos partidos y movimientos se extendió más allá de las fronteras de Europa, con mucha más fuerza que antaño.

La crisis post-estalinista en los países con gobiernos comunistas dio la razón a aquellos que, desde posiciones democrático-socialistas, habían señalado no sólo diferencias de grado, sino también en los principios. Incluso en las esferas dirigentes de aquellos que se habían considerado muy por encima, comenzaron a observarse aproximaciones a posiciones «reformistas». Se modificaron también los nombres de los partidos —aunque, por supuesto, su contenido seguía siendo más importante que su etiquetado.

El hecho es que se vuelve a plantear la cuestión del futuro del Socialismo Democrático. Un renombrado liberal considera llegado el momento de proclamar el fin del Siglo Socialdemócrata: porque su misión —en los países industrializados— está cumplida con el establecimiento de la democracia y el Estado social. El ocaso de los dioses del comunismo soviético, los peligros ecológicos de una autodestrucción de la Humanidad, unidos a la creciente miseria en amplias zonas del Tercer Mundo, han hecho nacer la duda en algunas personas cuyo propósito era trabajar por un futuro socialista. Las ideas que durante más de un siglo habían prometido la curación de la sociedad de sus peores males aparecían prácticamente superadas a los ojos de no pocos.

Y al mismo tiempo es evidente que los nuevos desafíos exigen nuevas respuestas. Tras una década de debate autocrítico y trabajo constructivo, una serie de países ofrecen respuestas preliminares, cuanto menos viables. Así, el Congreso de la Internacional Socialista celebrado en Estocolmo en junio de 1989 aprobó, tras largas deliberacio-

nes, una nueva declaración de principios que ofrece una visión realista sobre un mundo en paz, justo, democrático e intacto en sus fundamentos naturales. Como es evidente, el debate seguirá. Pero con esta nueva declaración de principios, los socialistas democráticos han reivindicado sin lugar a dudas su derecho a intervenir en la configuración del siglo XXI.

Paralelamente al desarrollo de las tareas para la elaboración de la nueva declaración de principios de la Internacional Socialista, muchos partidos miembros debaten en profundidad sus nuevos programas de principios. Por mucho que se modifiquen ahora y en un futuro las condiciones y las vías de la renovación política, las coordenadas básicas deberían seguir siendo válidas: las aspiraciones del Socialismo Democrático son la justicia social y la total democratización de la sociedad, así como el establecimiento de un *régimen económico* efectivo sobre la base del respeto absoluto de los derechos humanos, en el marco de una inviolable constitucionalidad: aspira a una sociedad de libertad e igualdad.

A la hora de definir sus valores fundamentales, los socialistas democráticos han optado por caminos diversos. Son valores cuyo origen se remonta a las experiencias del movimiento obrero, a los movimientos de liberación nacional, a la tradición cultural de ayuda y solidaridad mutua en muchas partes del mundo. Además, existe también una inspiración derivada de las distintas tradiciones religiosas y humanistas. Más allá de las diferencias culturales e ideológicas, los socialistas se aúnan en una idea de sociedad mundial en paz y democracia, que vincula libertad y justicia con solidaridad.

NUEVAS REFLEXIONES SOBRE EL PROGRESO

¿Existe algo que pueda prometer progreso en un mundo dominado por la incesante destrucción de la naturaleza, el derroche de recursos, por el vertiginoso desarrollo tecnológico y, en fin, por los arsenales de armas que amenazan la existencia? Desde el comienzo de la nueva era, el proceso de la Historia está orientado al permanente progreso. Esta evidencia, no cuestionada a lo largo de todo un siglo, fue compartida por socialistas democráticos y liberales durante mucho tiempo, y en determinadas épocas por conservadores «modernos» —y también, evidentemente, por no pocos de los que se decantaron por alguna de las ofertas comunistas. Condorcet, el relevante filósofo del progreso de la época de la Revolución Francesa, auguraba poco después de 1789 que la dinámica de la Historia consiste en una evolución necesaria y tendente al aumento de la libertad, la felicidad, la armonía, el bienestar y la capacidad humana de someter definitivamente a la terca naturaleza. Esta idea mereció un profundo acuerdo desde que las corrientes políticas básicas se organizaron en partidos. La controversia surgió, sin embargo, con respecto a la cuestión, ciertamente no banal, de cómo acelerar con mayor eficacia dicha evolución y de cuál era la forma de aprovecharla con mayor justicia. Los temas clave de esta polémica histórica eran el alcance social de los principios democráticos, los efectos de distribución y participación en la exigencia de justicia y la cuestión de las condiciones económicas, sociales y políticas reales de la verdadera libertad.

En esta polémica con otras fuerzas políticas, el socialismo democrático puede presentar un balance de considerable éxito, aun cuando quede bastante rezagado con respecto a lo que originariamente se esperaba. En los países con fuertes partidos socialdemócratas o socialistas resulta imposible negar que se ha progresado hacia una mayor democracia, más seguridades y más libertad social.

Pero las posibilidades, el ideal y las condiciones de lo que tradicionalmente se venía denominando «progreso» han sufrido profundas modificaciones —convirtiéndose a su vez en objeto de controversia política. El progreso —en las áreas técnica, económica y social— y la política social no se limitan a estar cada vez con mayor frecuencia en competencia, sino incluso en oposición. Así, los nuevos avances técnicos se consideran progresos en sí mismos. Y no obstante suelen revelarse como un riesgo para la viabilidad de la naturaleza, para la garantía de la vida social y para que las libertades individuales y colectivas tengan su oportunidad.

Esto nos obliga a retomar la reflexión de lo que queremos decir cuando hablamos de progreso. Este concepto no puede dejarse en manos de aquellos que se sirven de él para adornar una política carente de una relación lo suficientemente estrecha con la libertad, ni con las seguridades sociales. Pero la simple e incluso obstinada persistencia en lo que durante más de un siglo se ha entendido y defendido como este concepto-guía, no nos acerca más a nuestro objetivo. Antes bien —en palabras de Jean Jaurés en los umbrales del presente siglo—, como tradición del socialismo democrático debemos preservar el rescoldo y no las cenizas. Es decir, aventurarnos a realizar una nueva reflexión radical, para poder mostrar cuáles son

los ideales que conservan su validez y en qué puntos debe modificarse el rumbo para poder conquistar la meta.

DESAFIOS QUE PLANTEAN LAS NUEVAS TECNICAS

Por primera vez en su Historia, la Humanidad dispone de extraordinarias tecnologías que le confieren la capacidad de amenazar de muerte la existencia de la especie y sus fundamentos naturales. El sentido de la responsabilidad exige un nuevo examen de lo que se debe modificar en nuestra actuación, para evitar que, jugando imprudentemente, perdamos para nosotros mismos y para las futuras generaciones la posibilidad de disfrutar de una vida segura y autorregulada.

La existencia de sistemas de armas químicas, biológicas y atómicas, cada vez más horribles para la destrucción en masa, se ha convertido en una grave amenaza para el conjunto de la vida humana sobre la Tierra. Sus efectos potenciales no conocen límites. Estos sistemas armamentísticos conllevan, debido a sus características técnicas, el peligro de una activación involuntaria, dado que sus sistemas de información están automatizados. Y entrañan también el peligro de una utilización basada en un cálculo pseudorracional de victorias, puesto que su precisión permite aparecer como posibles las sorpresas que podrían asegurar la victoria del contrario.

La reconfortante distensión que parecen experimentar las relaciones entre las potencias nucleares mundiales —y en general entre el Este y el Oeste— no altera el hecho de que las armas, dado su enorme consumo de recursos, cuya necesidad resulta absolutamente urgente para la garantía de la vida, constituyen una permanente amenaza para la vida y la dignidad del hombre en numerosas áreas del mundo. Este riesgo debe desterrarse mediante una política realista y firme, tendente a garantizar la paz. El Socialismo Democrático, como movimiento histórico del internacionalismo, promueve a nivel mundial una política de seguridad *común*. Nosotros luchamos con firmeza para que la paz se garantice mediante el incremento de la cooperación internacional.

Y por otra parte, por primera vez en su Historia, el hombre dispone de técnicas civiles que le confieren poder para dañar de forma permanente e incluso destruir irreparablemente los fundamentos naturales de la vida. Son perjuicios incompatibles con las leyes de los ciclos naturales de la naturaleza: llenamos el aire, el agua y la tierra de productos derivados de nuestra civilización científico-técnica, poniendo en peligro la capacidad de reproducción del medio ambiente natural. La contradicción entre aquello que podemos lograr desde el punto de vista técnico y la certeza de las consecuencias que infligimos con ello a la naturaleza se ha agudizado notablemente desde la revolución científico-técnica del siglo XVIII. Al fin y al cabo se trata de armonizar los medios técnicos empleados para el dominio de la naturaleza con nuestra responsabilidad con respecto a las generaciones venideras.

Sin embargo, la renuncia al progreso técnico no nos acercaría a este objetivo; tan sólo sería señal de una situación negativa. Lo que precisamos son procedimientos y productos más inteligentes y menos perjudiciales desde el punto de vista ecológico. El socialismo democrático de los próximos años debe constituirse en defensor de un desarrollo profundo —coordinado mundialmente— y duradero.

La dignidad del hombre, su derecho a la propia individualidad y autodeterminación, siempre se mencionaron al hablar de la idea-guía del socialismo democrático. Una técnica abandonada a sí misma, que pudiera disponer de la esencia del hombre, restaría terreno a su dignidad. Los riesgos de la técnica genética son el más alarmante ejemplo de cómo la técnica más avanzada adquiere características políticas. Lo mismo puede decirse de la energía atómica, de las nuevas técnicas de comunicación o sistemas de producción. Debido a que sus riesgos afectan a todos, la decisión sobre las alternativas debe tomarse también en el marco de declaraciones políticas de principios.

Un proyecto político fundamental de futuro debería por lo tanto ser el desarrollo de objetivos y procedimientos para una estructura técnica democrática. No se trata en absoluto de poner obstáculos a aquello que augura progreso. Se trata más bien de que las decisiones sobre el futuro del mundo del trabajo y la vida no se tomen tan sólo en laboratorios y reuniones de altos dirigentes.

EL DESAFIO DE LA ECONOMIA MUNDIAL

Por primera vez en la Historia podemos hablar de una verdadera globalización del tráfico y de las telecomunicaciones, de las relaciones económicas y de los flujos de dinero y capital. Nunca anteriormente el desarrollo económico en un extremo del mundo ha tenido efectos tan directos y persistentes sobre el resto del planeta. De esta manera, los elevados intereses en los centros financieros agu-

dizan la crisis del endeudamiento. Las exorbitantes obligaciones de amortización y la fuga de capital son la causa del bloqueo del desarrollo —con graves consecuencias sociales, ecológicas y políticas: cada vez son más las personas que se ven oprimidas en la economía de la pobreza del sector informal, al tiempo que la necesidad y la miseria aceleran la explotación exhaustiva de la naturaleza. Y las crecientes tensiones sociales ponen en peligro una democracia, cuya conquista por regla general es muy reciente.

En los mercados mundiales sigue produciéndose entretanto una despiadada lucha por la obtención de ventajas con respecto a la competencia. Los países pobres no crecen o incluso muchos países africanos retroceden sin esperanza alguna. La reconversión estructural es un reto en todas partes, y en no pocos casos significa adaptación a menos. En los países industrializados de la Europa Occidental, los costes de la reconversión estructural son el desempleo masivo de larga duración y la tensión social, causada por las nuevas exigencias de movilidad y flexibilización. Vuelven a extenderse la mentalidad de la ley del más fuerte y los rudos métodos del capitalismo manchesteriano, que se creían superados hace tiempo. Fascinados por el crecimiento económico en Asia Oriental, algunos conservadores «modernizadores» pretenden restar peso al Estado Social. Pero contra sus esfuerzos por implantar un thatcherismo a nivel mundial se opondrán las fuerzas del socialismo democrático, que los superarán.

Es preciso reconocer que las formaciones políticas (y sindicales), cuyo nacimiento se debe a la lucha contra los abusos del capitalismo, se ocuparon más de la distribución de las rentas del capital que de su gestión. Resultaba imposible dejar al margen las polémicas con respecto a lo exigible (o lo meramente necesario) desde el punto de vista económico-político. A esto se añadió además la experiencia de las crisis producidas por el desmoronamiento de las denominadas economías estatales socialistas en la Unión Soviética y en los países afines. Las diferencias existentes entre el Socialismo Democrático y el colectivismo autoritario se hicieron patentes, y no sólo en aspectos parciales, sino en su totalidad.

Estamos a favor de la competencia económica, pero en contra de una ciega adoración del mercado en general y del mercado mundial en particular. Dado nuestro deseo de intervenir políticamente en las leyes del mercado —en el sentido de la responsabilidad pública—, debemos abogar por una estrecha cooperación internacional. Las opciones individuales conducen a un callejón sin salida, pues las disposiciones nacionales pueden ser fácilmente obviadas por las empresas y los bancos que operan a nivel internacional. La profundización de la Comunidad Europea en temas sociales y ecológicos constituye un proyecto de colaboración global a nivel regional digno de ser imitado. Para que la regionalización no produzca la no deseada formación de bloques y guerras de trincheras proteccionistas, debe existir una preocupación por los acuerdos interregionales.

Nadie duda ya que una industrialización desenfrenada ocasiona daños globales —y no sólo en el medio ambiente. Sin embargo, en muchos lugares los omnipresentes peligros para el medio ambiente han contribuido a un radical cambio de conciencia. Que los riesgos no respetan las fronteras del sistema, lo han demostrado las nubes de radiación de Chernobyl. Que el consumo de los recursos en los Estados industrializados origina catástrofes globales en el medio ambiente, lo hemos sabido ya antes del descubrimiento de que el agujero de ozono se seguía abriendo. Poco a poco se toma conciencia de que la destrucción global del medio ambiente se ve acelerada en gran medida por el subdesarrollo. El informe de la Comisión Brundtland de las Naciones Unidas ha incidido sobre todo en las circunstancias globales. En relación con ello, la Internacional Socialista ha presentado en Estocolmo su estrategia sobre seguridad ecológica. Ya se habría avanzado mucho si se «pensara a nivel global y se actuara a nivel local de forma razonable». Las sociedades industrializadas poseen los medios financieros y las posibilidades técnicas para acometer la transformación ecológica. Debería resultar posible despertar las suficientes voluntades políticas como para contener los intereses económicos a corto plazo. Los problemas globales del medio ambiente no se solucionan únicamente porque los países industrializados, tanto en el Este como en el Oeste, reduzcan sus riesgos domésticos. Es preciso acometer acciones globales.

Si se sabe que la pobreza cotidiana obliga a millones de personas a la explotación exhaustiva de la naturaleza, es obligatorio contribuir a que en el Sur de este planeta sea posible progresar respetando la dignidad del hombre y el medio ambiente. Nada se logra con denunciar el avance de los desiertos y manifestar preocupación por los riesgos climáticos que entraña la destrucción de la selva tropical. Si se desea salvar la naturaleza, hay que estar asimismo dispuesto a modificar las estrategias de desarrollo a nivel mundial. En este punto, los socialistas democráticos tienen un importante papel que jugar.

CONSTRUIR EL FUTURO

Las nuevas amenazas abren también excepcionales oportunidades de colaborar, de reunir fuerzas y de superar la opresión, las carencias y las grandes desigualdades.

El socialismo democrático del futuro debe aprovechar estas oportunidades. La tendencia a largo plazo de mundialización de la política exige una nueva concepción del internacionalismo, también por parte de los partidos socialistas-democráticos. Hemos estado y seguimos estando en contra de que otros decidan por uno mismo, a favor de la responsabilidad propia y de las decisiones tomadas en común —en particular con respecto a la cooperación internacional. Al mismo tiempo, para la Internacional Socialista la completa independencia de los partidos miembros fue siempre un principio superior sobre el que no cabía disposición alguna. Esto debe permanecer así.

No obstante, deberemos ocuparnos de intensificar esta colaboración, pues el planteamiento común de los problemas, cada vez más habitual, exige reacciones políticas concertadas. La formación del consenso no es siempre sencilla —ni tan siquiera en un grupo como la fracción socialista del Parlamento Europeo. Sin embargo, el avance a nivel internacional es posible si los intereses particulares se limitan de forma consciente. Y resulta urgente, porque en muchas áreas existen fuerzas firmes, e incluso en retroceso, que determinan la forma y el ritmo de la internacionalización. No podemos por tanto permitirnos ir a una velocidad de caracol. Teniendo en cuenta que los márgenes de actuación de la política nacional son cada vez más estrechos, la cooperación internacional se está convirtiendo en una necesidad especial para los socialistas democráticos.

Con la mirada puesta en una sociedad mundial organizada democráticamente, debemos acometer la organización de la cooperación internacional —para lograr el acuerdo sobre cuestiones de política de paz, política económica, de medio ambiente y desarrollo, tecnología y otras cuestiones. La actualización de las tradiciones internacionalistas del movimiento socialista deberá ser la piedra angular de nuestra política de futuro.

El contraste entre las sociedades industriales de bienestar en el hemisferio Norte y las zonas de miseria del Sur clama ahora de forma más evidente e insoportable que nunca. El subdesarrollo y los millones de muertes que causa el hambre son el destino fatal de una gran parte de la Humanidad. En la actualidad existen más de 800 millones de personas que vegetan en la más absoluta de las pobrezas; llevan una vida deplorable, muy por debajo de los mínimos vitales. Y su número aumentará de continuar la progresión del crecimiento demográfico.

El injusto régimen de la economía mundial, de las relaciones financieras internacionales y de los gastos para fines militares en muchas partes del mundo obstaculizan un avance del progreso, que pudiera asegurar el sustento básico a todos. Esta situación de diaria amenaza a la vida atenta contra la dignidad humana. Terminar con esta situación interesa tanto al Norte como al Sur. Sólo el equilibrio nos permitirá lograr un mundo de paz y bienestar en todas las partes de la Tierra. Asimismo, para los socialistas democráticos, el luchar por un mundo en el que todas las personas dispongan de la oportunidad de disfrutar de una existencia razonablemente segura y de una vida digna, constituye un principio incuestionable. La solidaridad debe primar en todo el mundo.

Es por ello por lo que el Socialismo Democrático debe hacer sentir su peso con mayor fuerza en la balanza, con el fin de crear, también en el Sur, las condiciones que permitan un progreso más firme. Es preciso un nuevo orden de las relaciones internacionales mundiales y de las correspondientes instituciones internacionales, de manera que los intereses del Sur estén contemplados de forma apropiada. En este sentido —tal como postula desde hace tiempo la Internacional Socialista— el ahorro obtenido por la disminución del armamento debería hacerse llegar, en parte a través de la coordinación internacional, a los países del Sur que sufren la miseria.

Las bases de una concepción del futuro del Socialismo Democrático se derivan de las citadas cuestiones de supervivencia de la Humanidad:

- una nueva política de seguridad común, tal y como ya se ha iniciado de hecho entre el Este y el Oeste;
- una política de transformación ecológica de la industria y de las sociedades en desarrollo;
- una política de estructuración técnica social;
- un eficaz cambio de orientación en las relaciones Norte-Sur.

Estos objetivos básicos deben hacer posible a todas las sociedades una política válida para el futuro, por muy diferentes que puedan ser en otros aspectos. Una nueva orientación de este tipo sustituye al modelo de progreso lineal, por un concepto de progreso autocrítico. Siempre se ha creído que el crecimiento económico espontáneo producía de forma automática más libertad y más justicia, incluso felicidad personal. Actualmente esta

convicción ha sido abandonada. Evidentemente, esto no significa que tengamos que distanciarnos de los objetivos de emancipación. Antes bien significa que debemos ser más sensibles, más críticos y estar más atentos a la hora de averiguar durante cuanto tiempo nos seguirán acercando aún las recetas, consideradas válidas en su día, al logro de los objetivos de una vida libre, solidaria y segura.

El Socialismo Democrático sigue siendo el movimiento histórico del progreso, aunque por nuevas vías, ya que las anteriores no son válidas o llevan en dirección equivocada. El movimiento del Socialismo Democrático tiene la obligación histórica de ser defensor y organizador del nuevo progreso.

NUEVAS POSIBILIDADES DE DIALOGO

Lo más nuevo y esperanzador de los cambios que está experimentando la situación actual es el hecho de que las fuerzas responsables en muchos ámbitos políticos han reconocido y manifestado claramente que los intereses de la Humanidad deben tener preeminencia sobre los intereses de grupo o regionales. En los últimos años esto ha sido puesto de relieve con una firmeza realmente convincente por el primer dirigente de la Unión Soviética y Secretario General del PCUS.

Si los programas de reforma vinculados al nombre de Mijail Gorbachov en la Unión Soviética obtuvieran una confirmación estable, las consecuencias tendrían una extraordinaria relevancia para todo el mundo. Lo mismo cabría decir sobre el éxito de las revoluciones democráticas en Centroeuropa y Europa del Este, que de forma provisional se ven oscurecidas por la recaída en un nacionalismo objetivamente superado.

Uno de los signos más importantes de esperanza en nuestro tiempo es la posibilidad de nuevos diálogos que ofrece la toma de conciencia sobre los intereses generales de la Humanidad. Las actitudes de entendimiento y de cooperación han ocupado en algunos lugares el puesto del dogmatismo ideológico. Aumenta la impresión de que, a pesar de que persisten las discrepancias, aumenta el campo de puntos en común incuestionables, lo cual significa para las diferentes formaciones políticas la posibilidad de un intercambio fructífero para todos.

El movimiento del Socialismo Democrático puede convertirse en la guía de una nueva cultura política internacional, de diálogo sobre algunas discrepancias y conflictos de interés o valores. Un tipo de proyecto de acuerdo y de simultánea cooperación de esta naturaleza no equivale en absoluto a una precipitada retirada de los grandes objetos de controversia. También hoy existen diferencias significativas —incluso con el gobierno soviético— en relación con los principios fundamentales de una sociedad digna para el hombre. Lo mismo puede decirse sobre otras cuestiones clave, tanto sociales como políticas, como son el papel y la garantía de los derechos humanos, la organización y el alcance de la democracia o la función y estructura del pluralismo social.

Ciertamente, no estamos en posesión de la fórmula mágica para que el cambio social se realice sin conflictos. Los Socialistas Democráticos somos conscientes de lo difícil que resulta garantizar la justicia social en una economía de mercado y cuánta energía es necesaria para garantizar y desarrollar la democracia y la constitucionalidad. Seguiremos estando dispuestos a aportar nuestra amplia experiencia, pero no podemos ofrecer recetas infalibles.

OBJETIVO CENTRAL: LOS DERECHOS HUMANOS

En el futuro, y en lo que respecta a la defensa de los derechos humanos, los Socialistas Democráticos no van a transigir. Por muy diferentes que sean las vías de la reforma que escojan las sociedades del Norte, el Sur, Este y Oeste para dar el paso al siglo XXI, la protección de los derechos humanos debe constituir en cualquier parte la base inexcusable del progreso.

En el futuro seremos si cabe más inflexibles a la hora de presentar nuestras reclamaciones allí donde se violen los derechos humanos, y de forma aún más enérgica exigiremos cambios allí donde su garantía sea insuficiente. Los Socialistas Democráticos nos consideramos defensores de los derechos humanos sin reserva alguna. Los derechos liberales de libertad no pueden relativizarse, pero no son los únicos que cuentan. Del mismo modo, nos oponemos a la interpretación, siempre defendida por el comunismo tradicional, de que los derechos de protección social son lo único importante. Por el bien de la dignidad humana, los derechos humanos no pueden ser ni relativizados, ni divididos y contrapuestos entre sí. Los derechos liberales de libertad, los derechos democráticos de participación y los derechos sociales de protección se condicionan entre sí, y únicamente su conjunto es capaz de garantizar la libertad humana.

La igualdad entre hombre y mujer es un gran desafío del Socialismo Democrático del futuro.

Quien se tome en serio los derechos humanos, debe luchar por la total equiparación social de hombres y mujeres. Esta resulta igualmente inexcusable para aprovechar al máximo las oportunidades de progreso de la sociedad y hacer fructificar en favor de la humanización de nuestras sociedades los particulares valores, formas de pensar y experiencias que las mujeres aportan. Todas las sociedades se enfrentan a este desafío, las del Norte y las del Sur, las del Este y las del Oeste —aunque el camino a recorrer no vaya a ser igual de largo para todas.

POR UNA SOCIEDAD ABIERTA, DEMOCRATICA

No es casualidad que entre las filas del comunismo en transformación se encuentren consecuentes reformistas que hayan retomado mucho de lo que ha interesado e interesa al movimiento del Socialismo Democrático a lo largo de la Historia. La idea original del Socialismo Democrático en la época de su nacimiento, cuando el dominio de la clase capitalista y las cortapisas del funcionamiento democrático liberal pervirtieron las exigencias de libertad de la Revolución Burguesa, partía de considerar que la libertad sólo es auténtica libertad cuando rige para todos los hombres en todos los ámbitos de la vida. La libertad igual, la libertad verdadera, sólo puede existir allí donde las personas pueden decidir en común, es decir, democráticamente, sobre todas las cuestiones que afectan a su vida en común. Una democracia políticamente garantizada y socialmente completa es y sigue siendo el punto central de la visión del Socialismo Democrático. Se trata de la dignidad de las personas y de su derecho inalienable a decidir por sí mismos en solidaria comunidad con los demás.

La visión de una sociedad democratizada es lo que une a los socialistas demócratas de todo el mundo: la autorregulación de las personas en el mundo del trabajo, la corresponsabilidad de la sociedad sobre el progreso económico y el control eficaz del poder político y económico. Esto excluye tanto el poder absoluto del Estado sobre los medios de producción y la posibilidad de disponer de los mismos de forma centralizada, como la dominación arbitraria de una propiedad privada independiente de la sociedad. Sin embargo, el control social del poder económico no excluye, sino que incluye las relaciones de mercado. Cuando de forma consciente el mercado no se desentiende de la responsabilidad social, es un instrumento mejor de regulación económica que lo que puede ser la burocracia centralizada.

Los partidos del Socialismo Democrático determinan los instrumentos del control social de forma diversa, en función de las diferencias que existen entre el grado de progreso de sus respectivos países y de sus diferentes tradiciones. El papel de las empresas privadas, de las cooperativas, la tendencia a la asociación, las formas de cogestión y la planificación marco se enfatizan y se valoran de manera diferente. Pero todos coinciden por completo en la idea básica de un régimen económico mixto y democrático. La democracia económica es también una meta fundamental en el futuro, porque garantiza la dignidad de la persona trabajadora, porque es un instrumento de control del poder y porque la participación social en las decisiones económicas seguirá siendo necesaria. Es también una condición necesaria para que la lucha contra el injusto desempleo resulte eficaz.

Las sociedades industrializadas de Occidente están experimentando desde hace tiempo una tendencia al individualismo sin precedentes, de enorme trascendencia, que tiene su origen en el aumento del bienestar social, en la ampliación de las posibilidades de formación y en la existencia de garantías sociales básicas. Desaparecen los modos de vida tradicionales, profundamente enraizados. Lo mismo puede decirse en general de la vieja cultura vital del movimiento obrero, que durante casi un siglo posibilitó una convivencia colectiva en la que los trabajadores y sus familias, desde la cuna al féretro, se podían sentir amparados y seguros. Esta cultura de solidaridad ha perdido su signifi-cación característica.

Trabajadores y trabajadoras, empleados, funcionarios con buen sueldo y buena formación, que ascienden en su vida profesional gracias a la dedicación y a la eficacia y que no han conocido aquellas experiencias colectivas, a menudo desarrollan una pronunciada conciencia individualista, al considerarse a sí mismos artífices de sus éxitos y de las condiciones en las que viven. De hecho disponen también a todos los niveles de la posibilidad de elegir entre varias alternativas, es decir, un margen de maniobra para su libertad del que nunca antes pudo disponer la población trabajadora. Los círculos conservadores y neoliberales suelen instrumentalizar con éxito este nuevo individualismo en una política cuyos resultados, sin embargo, pueden significar la supresión del nivel de vida alcanzado, de las seguridades sociales y de las oportunidades de formación. En este caso, el margen de maniobra de la libertad individual

del trabajador se vería considerablemente reducido.

EL NUEVO DESAFIO

De todo ello se deriva un nuevo gran desafío para el Socialismo Democrático en las sociedades industrializadas. A los grupos que defienden sus programas —a primera vista— no les parece una visión de futuro aceptable. Por un lado, debemos dar la bienvenida a las nuevas posibilidades de la libertad —elección de oportunidades y estilos de vida, de formas de comunicación y modelos profesionales—, pues precisamente nosotros apoyamos la libertad individual. Por otro lado, debe ponerse claramente de manifiesto qué condiciones sociales precisa en la práctica la libertad individual de los dependientes y los débiles. También el nuevo individualismo tiene su fundamento social.

La oportunidad del Socialismo Democrático de transmitir de nuevo una oferta digna de ser creída no se obtiene únicamente con proclamas de solidaridad, sino mediante la presentación de programas económicos, ecológicos, de política educativa y culturales que evidencien qué condiciones sociales deben garantizarse para que sea posible un alto grado de libertad individual para todos. Las sociedades industrializadas del futuro estarán determinadas por una creciente tecnificación de las condiciones de trabajo y de vida. Dichas sociedades han sido acertadamente descritas mediante el concepto de «sociedades del riesgo». Pero no se trata únicamente de riesgos para la salud y la vida, también se descuida la previsión social siempre que se desarrollan nuevas tecnologías. El peligro aumenta, pues, mediante la tecnificación, ya que el tiempo libre de un número cada vez mayor de personas —como consecuencia del acortamiento de la jornada laboral— se ve condenado a una actitud pasiva de consumo, debido a la actuación de las poderosas empresas de tiempo libre. Estas personas no pueden desarrollar su propia experiencia, su creatividad y el autoconocimiento. La utopía negativa sería una sociedad que, a la vez que lograra que la vida fuera cada vez más confortable y rica, hiciera a las personas cada vez más pasivas y dependientes. La técnica podría hacer posible lo que Aldous Huxley escribió al respecto hace décadas.

Al Socialismo Democrático, tanto hoy como en la época de su nacimiento, le deben importar las personas emancipadas, con criterio propio, que en asociación con otros determinan sus condiciones de vida y en dicho marco pueden buscar su felicidad de forma individual. Esta visión no precisa correcciones. En nuestra sociedad cada vez más determinada —y en cierto sentido también amenazada— por el consumismo, la política cultural juega un papel clave. Una política que no sólo debe permitir el acceso de todos al mayor número posible de fuentes de cultura nacional e internacional, sino que a la vez debe ofrecer también oportunidades para la experiencia propia, para la comunicación y la creatividad —para que las personas en la civilización técnico-científica puedan ser sujetos emancipados en lugar de convertirse en objetos dependientes. Contra las aberraciones de la industria del tiempo libre, que hace caer de forma cómoda y manipuladora en verdaderas manías, es necesario implantar el proyecto de una política cultural que proteja y fomente el ámbito propio de la experiencia humana, tanto individual como colectiva.

OPORTUNIDAD DE FUTURO

El mundo actual no conlleva únicamente una nueva clase de riesgos, sino que también abre oportunidades sin precedentes. Su configuración consciente debe hacer que las nuevas tecnologías sean fuente de bienestar y de formas de vida y trabajo en armonía con la naturaleza, que mejoren la asistencia sanitaria, la seguridad de los puestos de trabajo y den la posibilidad de disfrutar de más tiempo libre.

La democratización de la sociedad y las decisiones responsables sobre el futuro del progreso resultan necesarias a fin de que la visión de una sociedad digna para el hombre se pueda hacer realidad.

La sociedad democrática mundial, una necesidad práctica en nuestro intrincado mundo, ofrece la oportunidad de una época de paz y de cooperación leal entre los pueblos.

Los socialistas democráticos entienden su concepción de una sociedad mundial democrática y digna para el hombre como una exigencia de sus propios actos y como una oferta de diálogo y cooperación.

EL VIEJO Y EL NUEVO SOCIALISMO

Alfonso Guerra

1. EL VIEJO SOCIALISMO

Lo primero que se constata cuando se escribe del socialismo del pasado y del socialismo del futuro es que nos encontramos en un momento de profunda revisión de muchos de los postulados y de los análisis fundamentales en los que se ha venido sustentando el socialismo durante más de un siglo. Si en el año 85 manifesté en las reuniones de Jávea [1] que «hoy en día se empieza a difundir la conciencia de que algunas de las viejas formulaciones del pensamiento socialista se han convertido, con el paso del tiempo, en clichés desfasados que ya tienen poca utilidad, y sin embargo nos cuesta plantearnos que esos principios tengan que renovarse e incluso que sea preciso reconocer la virtual pérdida de vigencia de algunos de esos principios», hoy creo que tras los acontecimientos de los últimos meses en varios países comunistas y los nuevos enfoques que se están difundiendo en el debate teórico, las reticencias al análisis y a la renovación empiezan a desaparecer.

Incluso, en nuestros días, tras muchos años de dificultades para la crítica en algunos ámbitos concretos, y de algunos silencios que eran fruto de cierto sentimiento de pudor intelectual y político, el riesgo que se puede correr es el de deslizarse en un movimiento pendular hacia una crítica total y absoluta del socialismo histórico, en la que no se llegue a *discriminar* suficientemente lo que hay de válido y de inservible en las experiencias y las reflexiones teóricas del pasado.

La responsabilidad de los intelectuales de izquierdas es, sin duda, la de ser capaces de someter nuestros legados del pasado a una revisión crítica tan dura como sea necesaria. Pero en esta crítica hay que evitar la irresponsabilidad de deslizarse hacia el papel de dinamitadores de la historia, o de enterradores de principios en los que han descansado las esperanzas de emancipación de la humanidad.

Por ello, antes de recordar algunos de los elementos tradicionales del socialismo que han quedado en desuso o aquellos que se han demostrado erróneos, creo que es de justicia nuestro reconocimiento no sólo a todos los pensadores que, desde mediados del siglo XVIII, han ido aportando conceptos, ideas y teorías que han permitido el desarrollo del pensamiento socialista, sino también a todos los que con su esfuerzo y su militancia han participado en los más diversos rincones del mundo en la lucha por una sociedad mejor y más justa. Sin ellos el mundo actual sería otro y, sin lugar a dudas, bastante peor.

Los que hemos aprendido a reflexionar teóricamente y a trabajar políticamente en el marco de

[1] Encuentros anuales sobre el *Futuro del Socialismo* organizados por la Fundación Sistema en Jávea (Alicante, España).

culturas milenarias, sabemos muy bien que no podemos juzgar con justicia histórica en todos sus detalles a los que nos precedieron en el tiempo sin tener en cuenta las circunstancias específicas de su época y de su contexto. Con sus errores y con sus limitaciones hay que resaltar, por ello, que el movimiento socialista ha cumplido una de las funciones que pretendía realizar: transformar el mundo.

De la misma manera que nosotros somos deudores de las circunstancias y las posibilidades específicas de la época que nos ha tocado vivir, los padres del socialismo lo fueron de la suya. Una época marcada por las grandes construcciones intelectuales de los positivistas, de Kant, de Hegel... con todo lo que ellas tienen en común de voluntad totalizadora y omnicomprensiva. De ahí que el socialismo, especialmente la teoría marxista, aspirase a ser un pensamiento sintético, unificador y totalizante, y de ahí que tal pretensión se tradujera en la práctica en una fuerte tendencia a la *simplificación* y el *dicotomismo*.

Pero el socialismo no sólo surgió en una época dominada por la confianza en las posibilidades de construir un pensamiento científicamente veraz y definitivo, sino que también vino influido por otros elementos, procedentes del pensamiento judeo-cristiano o del espíritu revolucionario de la época, penetrados por una visión finalista de la historia que proyectaba una actitud «salvadora» de toda la acción social y política; de ahí la mitificación de la revolución, del *momento revolucionario,* como esperanza de una *catarsis* total de las conciencias, de la cual resultaría —se pensaba— una conversión «salvadora» de la humanidad.

Pese a la voluntad declarada de intentar elaborar una teoría científica (estimulada —a su vez— por el gran impulso de las ciencias y de las técnicas), todos estos elementos se reflejaron en fuertes tendencias hacia una visión teológica del socialismo, con su componente inevitable de dogmatismo, de simplificación y de acriticismo que se puso más en evidencia en su línea postmarxista. Y cada vez con más agudeza en el marxismo-leninismo, en el estalinismo y en el maoísmo.

Esta concepción cuasi-religiosa del socialismo, que llevaba a remitir la solución de todos los males a una catarsis revolucionaria final, ha impregnado durante muchas décadas buena parte de los debates de la izquierda. Incluso en el ámbito del socialismo democrático, durante los años cincuenta y sesenta sobre todo, la gran acusación de los radicales no se refería —si recuerdan— a la posibilidad real de conseguir mejoras sustanciales para los trabajadores con las reformas introducidas o conquistadas en duras batallas políticas y sociales, sino que lo que se planteaba con frecuencia era si aquellas acciones nos acercaban o nos alejaban del gran momento de la revolución. Actualmente, cuando ya finaliza la década de los ochenta, y sólo nos separa una decena de años del horizonte del nuevo siglo, la quiebra teórica y práctica de lo que supuso la esperanza en aquellas revoluciones míticas ha dado por cerrado muchos de aquellos debates interminables.

Este *concepto de revolución* estaba emparejado, a su vez, con una *visión bipolar y ahistórica del conflicto social* que daba lugar a una *teoría del sujeto único revolucionario,* mediante la cual se proveía de todos los valores positivos y de todas las potencialidades redentoras al *proletariado,* como clase social permanente, ascendente, universal, en proceso de depauperación progresiva y sometida continuamente a una dictadura —hasta el momento de la ruptura revolucionaria— por parte de la otra clase detentadora de los medios de producción, cada vez más concentrada y explotadora y que ejercía una dominación a través de la organización de un *Estado* que se consideraba, por tanto, como un aparato opresor y nefando que había que suprimir o superar.

Esta articulación y proyección mecanicista y atemporal de conceptos, algunos de ellos acertados y correctos en el momento específico en que se formularon inicialmente, produjeron en mayor o menor grado un pensamiento y una práctica política dominada por las estrecheces y la rigidez, que sólo con enormes dificultades, traumas y convulsiones fue progresivamente dando lugar a rectificaciones y adaptaciones, por parte de unos, y a encapsulamientos más dogmáticos y sacralizadores por parte de otros.

De la interpretación de la teoría del sujeto único revolucionario, de la visión más o menos rígida, más o menos permanente del conflicto social entre las clases y del mayor o menor valor dado a la persona como individuo y a su libertad se derivaron, a su vez, concepciones políticas y organizativas diferentes del socialismo, a partir de un tronco histórico común que en sus orígenes no aparecía tan diferenciado como llegó a serlo.

Desde un punto de vista teórico es verosímil pensar que si Marx hubiera escrito después de Freud, y lo hubiera hecho en un contexto intelectual influido por unas concepciones científicas más abiertas y modernas, su gran capacidad de síntesis y de asimilación se hubiera traducido en una influencia teórica sobre el socialismo ulterior de signo bastante diferente. Pero más allá de la melancolía que puede suscitar esta reflexión es evidente que la historia ni se repite ni se inventa y que

nosotros como hombres de nuestra época debemos atenernos a los datos ciertos de la historia, siendo capaces de aprender de ellos a partir de las nuevas ópticas y posibilidades de nuestro tiempo.

Desde un punto de vista histórico, del concepto de clase —y de la versión sobre la clase «redentora»— se pasó lógicamente al concepto de «partido de clase». De esta manera, algunos de los que creían en la inexcusabilidad de un partido de clase para realizar una revolución salvadora infirieron inmediatamente la necesidad de una estructura de partido de vanguardia, que una vez alcanzado el poder —normalmente por la acción violenta—, y para purificar la sociedad, utilizaba el Estado y por tanto ejercía una dictadura de clase que en la práctica se convirtió en algunos países en dictadura de la antedicha vanguardia, es decir, en una *dictadura de partido*.

Dictadura de partido que, debido a su propia dinámica y a la influencia más general de la *cultura autoritaria* que se difundió en los años treinta, se transformó en una dictadura sin más. Esta secuencia negativa ya fue denunciada y predicha por Rosa Luxemburg en 1917, con resultados posteriores que están perfectamente a la vista, y de los que solamente algunos comunistas lúcidos, como Gramsci, acertaron a distanciarse en su día.

Por otro lado, el socialismo democrático que también partía del concepto común de partido de clase, a medida que asumió como consustancial a su proyecto la voluntad y los procedimientos democráticos (como forma de autorregulación organizativa y como procedimiento de acceso y eventual mantenimiento en el poder) y a medida que la dicotomía social inicialmente postulada se quebró y se difuminó en la realidad práctica, evolucionó hacia un concepto de partido de masas más amplio, capaz de conseguir un apoyo electoral mayoritario para realizar por métodos y procedimientos democráticos y pacíficos una política de reformas progresivas. En algunos casos, a su vez, el concepto de partido de masas evolucionó hacia formulaciones más genéricas e indiferenciadas («partido popular», «interclasista», «de todo el pueblo»), con todo lo que ello implicó —e implica— de riesgos de inconcreción sociológica y política del proyecto socialista.

Sin embargo, lo cierto es que, más allá de insuficiencias y limitaciones, la óptica socialdemócrata hizo posible el acceso democrático al poder de buen número de partidos socialistas europeos, permitiendo comprobar las posibilidades que ofrecía la utilización de ese instrumento tan denostado que era el Estado para desarrollar políticas sociales y redistributivas. Quizás muchos necesitaron que llegara la *crisis fiscal del Estado* de los años sesenta, y la fuerte ofensiva neoconservadora contra el *Estado de Bienestar* de los ochenta, para comprender en todo su alcance las posibilidades de reforma y de cambio social que se ofrecían por esa vía.

El error histórico de creer que el Estado como estructura era exclusivamente un instrumento todopoderoso y monolítico al «servicio» de la clase dominante denota no sólo una insuficiente capacidad de imaginación y de análisis, sino que refleja también el escaso desarrollo de la sociología —de la sociología de la organización— en el horizonte temporal en el que se hicieron estas simplificadoras interpretaciones.

Las organizaciones poseen fines y funciones propios por encima de los intereses que originaron su creación, de la misma manera que los diferentes grupos que se desenvuelven en ellas los tienen a su vez. Por esta razón el Estado, que efectivamente fue un instrumento al servicio de la burguesía, fue dejando paulatinamente de cumplir este papel exclusivo en las democracias, para convertirse en un instrumento de garantía para los sectores sociales más débiles, en un elemento de equilibrio entre las regiones y en un factor de integración para la defensa de los intereses colectivos. Por la misma razón, el partido de vanguardia que se creó para hacer la revolución para la clase trabajadora acabó devorando a la revolución en su propio beneficio, como denunció Djilas hace ya bastantes años en su libro *La nueva clase*.

Por último cabe decir en esta apretada revisión que del concepto de clase cerrado y estático se derivó asimismo un igualitarismo ingenuo y angelical que a veces dislocó tanto el discurso político como la vertebración de las demandas sociales, que, como hoy casi nadie duda, ya no pueden enfocarse en toda su complejidad sociológica y económica a partir de simplistas y uniformadoras respuestas colectivistas.

2. LOS IMPACTOS TRANSFORMADORES Y EL NUEVO SOCIALISMO

En nuestros días la acumulación de informaciones y de datos disponibles sobre las perspectivas y posibilidades de cambio en la realidad ha llegado a ser de tal naturaleza que en los círculos medianamente documentados se ha generado un grado de consenso que a veces, incluso, está permitiendo prescindir analíticamente de la argumentación sobre el *cambio*. Actualmente se puede decir que no sólo los sectores ilustrados de la sociedad,

sino el conjunto más amplio de los ciudadanos viven bajo la *conciencia del cambio social*. Estamos ante sociedades muy dinámicas que se encuentran en los umbrales de procesos de transformación muy intensos y profundos. Y la *conciencia del cambio* se ha convertido en uno de los puntos de referencia fundamentales de las reflexiones teóricas y de las prácticas políticas.

Lo primero que se desprende de un rápido repaso como el que acabo de efectuar —y que estamos haciendo todos en unos u otros lugares— es que los teóricos y los políticos son hijos de las limitaciones de la cultura y del saber de su época y que con el tiempo las realidades económicas, sociales, tecnológicas y políticas se modifican y presentan nuevos e inesperados aspectos, que precisan de nuevas e impensadas soluciones.

Con toda la cautela necesaria, pues, hay que profundizar en las nuevas realidades que se han hecho presentes y se avecinan y en las nuevas soluciones que somos capaces de ofrecer.

Para ello, es preciso empezar por preguntarnos qué podemos entender hoy por *socialismo* con una mínima visión de futuro.

2.1. *¿Qué socialismo?*

El socialismo del futuro *ni parte de cero* ni debe entenderse como un *a priori cerrado*. El socialismo es un ideal emancipador ínsito del proceso histórico, que influye y es influido por las propias circunstancias del devenir social concreto.

La experiencia histórica, como hemos apuntado, nos previene contra los riesgos políticos y las deformaciones teóricas a que dan lugar las pretensiones de entender un ideal como un «sistema-cerrado», con formulaciones y previsiones para todo. Los hombres de nuestro tiempo sabemos que las *formulaciones absolutas* acaban estimulando el desarrollo de mecanismos sociales distorsionadores y vicios de procedimiento que se traducen en una inversión tal de la lógica de las situaciones que, finalmente, la *absolutización de la formulación* termina por imponerse no sólo sobre las exigencias de la realidad, sino también sobre las propias necesidades humanas y sociales.

El socialismo del futuro ha de ser entendido como algo totalmente distinto a un *dogma* o una *pseudo-religión,* traducible en un catecismo o un repertorio de formulaciones que sea preciso creer o no creer para siempre de una manera no racional o no reflexiva.

El socialismo es un impulso, un ideal que se va desarrollando y formulando en el proceso histórico, a partir de la reflexión teórica y del contraste con las experiencias concretas. El socialismo no pretende trazar un cliché *a priori*, un dibujo totalmente terminado del tipo de sociedad que se debe tomar como referencia inexorable, sino que el socialismo es el proceso de desarrollo y ajuste de unos ideales emancipatorios a sociedades concretas en momentos históricos determinados. En este sentido es en el que puede decirse que el socialismo no es un *totus* que sea posible conquistar definitivamente en un momento determinado como culminación y fin de la historia, sino que es un elemento básico del dinamismo social, ubicable en una perspectiva que aspira a una perfección progresiva de las comunidades humanas que nunca será totalmente alcanzable.

Por ello, para progresar en la construcción del socialismo como un ideal emancipador y como una guía de orientación para la evolución concreta de las formas de organización social, es preciso ser capaces de formular las perspectivas a través de las que resulte factible superar las carencias, contradicciones, alienaciones, dominaciones, fuentes de miseria y de malestar social, etc., que taponan las posibilidades de progreso libre, igualitario y solidario de una sociedad concreta en una perspectiva histórica determinada.

El socialismo del futuro, pues, se ha de construir a partir de unos debates absolutamente libres y des-prejuiciados, en una tarea de elaboración teórico-práctica en la que será necesaria una colaboración muy estrecha y directa entre intelectuales y responsables políticos. Lo que en este momento necesitamos para hacer progresar el socialismo no es ni un repertorio de justificaciones *a posteriori* de una práctica política de corto alcance, ni una reflexión filosófica abstracta sobre principios desconectados de la realidad, sino una *guía teórica para la práctica política de los próximos años*.

2.2. *El horizonte de la sociedad del futuro*

Desde la perspectiva presente resulta difícil prever con precisión la manera en que se van a estructurar las sociedades del futuro en todos sus detalles. Sin embargo, en nuestros días se está generalizando una impresión muy amplia de que nos encontramos en los umbrales de cambios muy importantes en todos los órdenes, que van a afectar de una manera fundamental a aspectos básicos de la organización de nuestras sociedades.

Algunos teóricos sociales, incluso, han llegado a apuntar que los cambios que se avecinan ten-

drán más importancia que los que implicó el tránsito de la sociedad agraria tradicional a la sociedad industrial moderna.

Aunque estamos aún en los inicios de muchos de estos procesos de cambio y los nuevos perfiles sociales tardarán algún tiempo en delinearse con nitidez, lo cierto es que ya en nuestros días se pueden vislumbrar algunas de las principales líneas de transformación. Así se pueden prever a corto y medio plazo importantes *cambios* en la *naturaleza y el papel del trabajo* (que se desarrollará cada vez de manera más desmanualizada, dando lugar a una evolución progresiva desde una civilización del trabajo a una civilización del ocio), en las *clases sociales* (con emergencia de nuevos sectores y una acelerada pérdida de peso social y económico de otros), en la *estructura del poder* (que será cada vez más transnacional, más anónimo y más influido por nuevos elementos culturales, tecnológicos, etcétera), en las *relaciones sociales* (que bascularán cada vez más sobre elementos «micro», serán menos formalizadas y darán lugar a nuevas identidades sociales), en el *mapa internacional* (con una redefinición de los espacios políticos y diversos cambios económicos y políticos muy importantes que ya se apuntan claramente en nuestros días), etc.

Ante este cúmulo de cambios sociales y de nuevas situaciones, resulta lógico pensar que la naturaleza de los conflictos sociales en las sociedades del futuro será significativamente distinta a la que ha tenido lugar durante las primeras etapas de desarrollo de la sociedad industrial capitalista.

Por ello es esencial que el socialismo sea capaz de prever con suficiente claridad qué tipo de conflictos, de problemas, de carencias sociales y culturales, etc., se van a producir con carácter más prevalente en los nuevos tipos de sociedades tecnológicamente avanzadas que se apuntan en el horizonte histórico.

Desde un punto de vista muy general se puede decir que los elementos de conflicto y de desajuste social tenderán a diversificarse de manera muy considerable, como no puede menos de ocurrir en sociedades muy complejas que además están experimentando intensos procesos de cambio. Se acentuarán las dimensiones no económicas de la desigualdad, de forma que cada vez serán más importantes las desigualdades asociadas a factores personales, como la edad (jóvenes con menos oportunidades de encontrar empleo, jubilados con pensiones escasas...), el sexo (persistencia de elementos de discriminación de la mujer), el nivel cultural (que da lugar a oportunidades vitales y sociales muy distintas), el lugar de residencia (con impactos ecológicos y oportunidades de calidad de vida diferenciadas), por no hablar de los elementos nacionales, que se traducen en unos niveles de vida —y unas expectativas de futuro— extraordinariamente desiguales entre unos y otros pueblos de este planeta.

La complejidad de las nuevas situaciones exige un esfuerzo riguroso por entender cuáles van a ser las demandas y las necesidades sociales que van a plantearse en un futuro inmediato.

En este sentido debemos empezar por profundizar *en primer lugar* en las *demandas personales*. ¿Qué van a querer básicamente los ciudadanos en esas sociedades del futuro en las que ya nos estamos adentrando? ¿Qué van a *demandar* de los *socialistas*? Un socialismo pensado al margen de las *demandas personales* que van a plantear —que ya están planteando— los ciudadanos de las sociedades industriales avanzadas tendrá pocas posibilidades de éxito. Por ello debemos estar dispuestos a dedicar una atención muy prioritaria a la reflexión sobre esta cuestión. De momento, y simplificando mucho, podemos decir que la primera *demanda personal* será —es ya— un *estándar de bienestar,* un nivel de disposición de recursos materiales (vivienda, bienes de consumo, ingresos, etcétera) y un grado de acceso a la educación, a la cultura y a la atención sanitaria que configuran la imagen del *nivel de vida* «alcanzable» por una población en un momento dado. Este *nivel medio de vida* constituye no sólo un reflejo de lo que en realidad ocurre, sino que es una «aspiración», *un modelo de referencia socialmente establecido,* tal como se refleja en la conciencia colectiva y tal como transmiten los medios de comunicación. Y puede dar lugar, por tanto, a frustraciones y conciencia de limitaciones en los ciudadanos que no alcanzan ese estándar propio de una época histórica. Junto a ello una fuerte demanda personal; es la que aparece asociada a la idea genérica de *seguridad,* que tenderá a hacerse tanto más importante cuanto más se encuentren asegurados los mínimos vitales de subsistencia y que adquirirá un alcance especial en sociedades que estén experimentando intensos procesos de cambio, con todos los elementos de tensión e incertidumbre asociados. Las demandas de seguridad irán desde la seguridad ciudadana (como reconocimiento de derechos y como protección personal), la seguridad de *status* y de reconocimiento social (en una perspectiva de equidad y de igualdad de trato y de oportunidades), la seguridad de empleo (como actividad social y/o como medio de subsistencia), la seguridad ante el infortunio y la enfermedad (como garantía de una existencia más sana y de una mayor

calidad de vida) y la seguridad ante los grandes riesgos colectivos (guerras, catástrofes, etcétera), entre los que los elementos ecológicos tenderán a adquirir una importancia creciente, incluso en su específica dimensión de demanda personal de unas condiciones de vida ambientalmente más sanas.

En *segundo lugar* es necesario profundizar en cómo van a evolucionar y cómo se van a manifestar las necesidades y *demandas colectivas o grupales,* no sólo de las *clases sociales* de naturaleza económica, tal como las hemos entendido tradicionalmente (que pugnan por conquistar mayores cuotas de poder social y de participación en los beneficios), sino también de nuevos y diversos grupos de interés económico o social sectorial que a veces cuentan con importantes instrumentos organizados de presión (grupos de presión económicos o institucionales, organizaciones corporativas, asociaciones de consumidores, de vecinos, etc.). Y sobre todo, habrá que prestar una especial atención a las demandas de aquellos sectores menos formalizados y que sufren —o pueden sufrir— en mayor grado las marginaciones, las carencias y las subordinaciones sociales, como ocurre con esos amplios grupos socialmente infraposicionados y generalmente situados fuera de la lógica del mercado a los que algunos sociólogos han empezado a calificar como infraclases, y que ven definida su posición social —y sus carencias— básicamente a partir de factores culturales y personales (nivel de educación, edad, sexo, etc.).

En *tercer lugar* una perspectiva socialista de futuro no puede olvidar, ni mucho menos, las propias *necesidades de conjunto del sistema social,* máxime en sociedades en las que se apuntan los riesgos de ciertas tendencias disgregadoras y de algunos desajustes del sistema que son resultado de la inapropiación de determinados elementos de la teoría económica clásica para garantizar un crecimiento económico armónico y sostenido que no implique graves costos y riesgos personales, sociales y medioambientales. Es por ello por lo que en las nuevas sociedades que están emergiendo, los desajustes sociales que resultan de la dificultad de ofrecer un trabajo digno y seguro para todos, para garantizar los equilibrios medioambientales básicos y para asegurar una disposición de recursos naturales suficientes para las futuras generaciones, se han convertido en elementos fundamentales de referencia para un proyecto socialista de futuro, frente a la improvisación y a los riesgos de tensionamiento que introducen en la dinámica social los enfoques neoconservadores con su postulamiento absoluto del librecambismo y el ultraindividualismo insolidario.

A partir, pues, de esta comprensión de la complejidad de lo social y de nuestra capacidad para ofrecer alternativas que den respuestas integradoras a las diferentes *demandas* y *necesidades sociales* puede garantizar el socialismo el futuro de una sociedad en la que se pueda alcanzar el máximo de las posibilidades de bienestar material sin poner en riesgo equilibrios colectivos y medioambientales básicos, o valores y derechos humanos fundamentales.

2.3. *El socialismo del futuro*

La clarificación sobre la manera específica de entender el socialismo del futuro ha de ser, naturalmente, el resultado de los múltiples debates que en estos momentos se están realizando. Estamos, sin duda, ante unos debates profundos y muy ricos en matices, cuyo resultado final es prematuro aventurar mientras la discusión y la reflexión permanezca aún abierta. Nuestra convicción es que entre todos vamos a ir concretando progresivamente los perfiles de ese socialismo de futuro que nos demandan las circunstancias presentes, y lo iremos concretando de una manera abierta, dialécticamente, mediante un trabajo teórico-práctico riguroso e imaginativo.

El socialismo del futuro, sin embargo, no debemos entenderlo como el punto cero de una nueva singladura, ni como una nueva realidad absoluta a imaginar haciendo tabla rasa del pasado. Como ya hemos subrayado, el socialismo del futuro hunde sus raíces en una larga trayectoria histórica de progreso humano y social, y, sobre todo, es un proyecto que debemos plantear a partir de todos los logros alcanzados con el desarrollo de las políticas sociales y redistributivas de las últimas décadas.

Una vez que en buena parte de las sociedades occidentales de nuestro entorno se han asentado formas de convivencia democráticas, se han alcanzado determinados niveles de crecimiento económico y se han asegurado determinados mínimos vitales para la mayoría de la población, el papel básico del socialismo se ha de orientar a la eliminación de todo vestigio de dominación del ser humano, sea ésta económica, política, cultural o étnica y a la emancipación del hombre, a través de:

— La *profundización y extensión* de las *formas y procedimientos democráticos* en los diferentes ámbitos de la vida social, haciendo posible la *participación* efectiva de los ciudadanos en los asun-

tos públicos y la perfección progresiva de los mecanismos de *autorregulación social* colectiva.

— La *igualdad* y la *extensión de la cultura y de la educación* que vivifique el sentido profundo de la libertad.

— La ampliación de los tiempos y espacios sociales que permitan el ejercicio y disfrute personal de las propias *capacidades humanas creativas* y el desarrollo de una existencia más *sana* y gratificante.

— La superación de las condiciones de *marginación social y de pobreza* en que viven amplios sectores de la población.

— La creación de las condiciones de *equilibrio* y *armonía social* que garanticen una progresiva mejora cualitativa y cuantitativa de los *niveles de vida* de los ciudadanos y aseguren a la vez unos estándares sociales dignos para todos y una adecuada *estabilidad* de los sistemas políticos democráticos.

— La paz, el equilibrio internacional, que dé seguridad y desvíe los recursos dedicados a las armas hacia inversiones que garanticen bienestar y la protección del medio natural.

Sin duda alguna en determinadas partes de este planeta existen actualmente las condiciones adecuadas como para poder plantear un desarrollo del socialismo en esta dirección. Pero el socialismo del futuro no puede ser entendido meramente como una fórmula de progreso y de bienestar para las naciones más ricas y privilegiadas de este planeta. Sin solidaridad no se puede hablar verazmente de socialismo. Por ello, el socialismo de esa minoría de naciones desarrolladas de este planeta ha de esforzarse, a la vez, en lograr que esas naciones evolucionen conforme a metas como las que acabamos de enunciar y, al mismo tiempo, trabajar para crear las condiciones internacionales que permitan desarrollar una efectiva y eficaz política de solidaridad y de reequilibrio en las hirientes asimetrías y dependencias internacionales actuales.

Los hombres de nuestra época sabemos muy bien en qué se tradujeron realmente las formulaciones socialistas originarias de un *internacionalismo inconcreto y retórico*. También conocemos las limitaciones y problemas —acrecentados por el transcurso del tiempo— de las experiencias de los *socialismos nacionales* y, sobre todo, conocemos bien el sinsentido y las aberraciones a que dio lugar la concepción del *«socialismo en un solo país»,* al que retóricamente se aludía como *«patria del socialismo»*.

La idea de un «gheto» o de un «paraíso de privilegiados» es incompatible con aspectos medulares de las aspiraciones socialistas. La cuestión hoy estriba en determinar cómo podemos trabajar eficazmente —y no de una manera meramente retórica— por un desarrollo virtual de las políticas solidarias internacionales propias del socialismo.

El carácter que han llegado a adquirir las desigualdades internacionales, junto a la propia diversidad de circunstancias culturales, políticas y geográficas, hacen muy difícil que en un mundo tan complejo como el actual se puedan llegar a formular opciones y planteamientos socialistas exactamente válidos —y aplicables— para todos los países del planeta. Tenemos que partir, pues, de asumir la propia complejidad de lo real en el campo internacional y no dejarnos arrastrar nuevamente por la trampa de las meras declaraciones internacionalistas enunciativas y retóricas que a nada comprometen, pero nada logran resolver.

Razones de carácter económico, político, tecnológico, cultural, etc., exigen que el socialismo del futuro se plantee como un proyecto aplicable sobre *espacios geográficos y económicos virtuales,* pero, a su vez, creando las condiciones que permitan su efectiva proyección práctica internacional. Así pues, en la medida en que en los países europeos se dan las condiciones para el desarrollo de un socialismo solidario, el socialismo europeo debe comprometerse activa e intensamente en el desarrollo de las herramientas teóricas y organizativas precisas desde las que poder alcanzar una *hegemonía política* que permita avanzar en la dirección apuntada, poniendo toda la enorme capacidad europea al servicio de una política de solidaridad y de cooperación internacional, que no esté basada en proyectos expansionistas, ni en el establecimiento o mantenimiento de forma alguna de dependencia o dominación.

¿Podrá fraguarse a medio plazo un planteamiento de socialismo de futuro como el que aquí estamos apuntando? ¿Será capaz el socialismo europeo de dotarse de los instrumentos organizativos que las nuevas situaciones demandan? ¿Logrará un apoyo social suficiente en los prósperos y en muchos aspectos insolidarios *sectores emergentes establecidos* de las sociedades europeas? ¿Con qué impulsos y con qué apoyos sociales será posible construir y hacer avanzar el socialismo del futuro?

El socialismo histórico fue impulsado básicamente por las clases trabajadoras en ascenso de las sociedades industrializadas tradicionales. Pero ahora, cuando se está produciendo un intenso proceso de robotización del trabajo y cuando las clases trabajadoras manuales se encuentran más asentadas económicamente y su número decrece

significativamente es necesario preguntarse con toda crudeza: ¿Quién va a constituir la mayoría social en la que se pueda apoyar el socialismo para desarrollar por métodos pacíficos y democráticos su proyecto de futuro? ¿El socialismo del futuro puede acaso ser entendido como un mero proyecto ideológico sin sujeto, o sujetos sociales específicos?

Quizás aún sea pronto para dejar zanjadas estas cuestiones, pero lo cierto es que hoy por hoy debemos entender que el socialismo del futuro habrá de contar por necesidad con unos apoyos sociales más amplios y diversificados que los tradicionales, prestando una especial atención a la capacidad de impulso que pueden aportar grupos de referencia no laboral como las «infraclases» o los «nuevos movimientos sociales», que en cierta medida reflejan la emergencia de nuevas sensibilidades sociales y políticas, ante la presencia de algunos problemas y elementos de desajuste que están adquiriendo una importancia creciente en las sociedades de nuestros días (las dificultades de empleo para los jóvenes, las nuevas formas de marginación, los problemas medioambientales, la desigualdad de la mujer, etc.).

Muy al contrario de lo que algunos pudieran pensar, en las nuevas circunstancias sociales el socialismo puede encontrar nuevos elementos de impulso, si es capaz de sumar a sus apoyos tradicionales la voluntad transformadora de otros sectores sociales que no ven definida su sensibilidad política únicamente a partir del estricto marco de las relaciones laborales.

En esta perspectiva es en la que resultará posible que el socialismo del futuro sea un proyecto de mayorías que se irá afianzando e irá haciendo progresar a las sociedades de una manera pacífica en la profundización de la práctica democrática.

3. CONCLUSIONES

El socialismo es actualmente el principal factor nucleador de las aspiraciones de emancipación humana y de progreso social. En los ideales del socialismo se proyectan los mejores anhelos de progreso de la civilización hacia formas de vida social basadas, cada vez más firme y coherentemente, en criterios de libertad, de igualdad, de armonía y de equilibrio social. Hoy en día el ideal socialista es a la vez impulso emancipador para los sectores sociales que aún no han conquistado los derechos individuales y sociales básicos, ni se han beneficiado de las posibilidades que permite el progreso científico y técnico, y, al mismo tiempo, elemento fundamental de la conciencia global de las necesidades de equilibrio social y medioambiental de este planeta.

Por ello el socialismo de las próximas décadas se ha de construir sobre la base de las demandas concretas de colectivos determinados, pero también a partir de la conciencia exigente de las necesidades globales del futuro.

El socialismo es básicamente un proyecto de futuro. El proyecto que puede —y debe— garantizar un futuro esperanzado de progreso de la civilización humana. Ese ha de ser precisamente el *norte* de las acciones políticas concretas y de las reflexiones teóricas.

Si contemplamos con suficiente perspectiva histórica y con adecuada amplitud teórica el balance actual que el socialismo puede presentar sobre sus resultados y sobre su impacto en las sociedades de nuestro tiempo, más allá de algunos juicios superficiales e interesados, habremos de coincidir en que hemos llegado a un punto de maduración suficiente como para afrontar una nueva etapa en el devenir de este ideal emancipador. Cuando se analiza con rigor y objetividad lo que ha ocurrido en el mundo industrializado durante el último siglo se puede decir que en *el largo camino histórico* el socialismo en el fondo ha ganado la batalla moral y política al modelo económico y social que exaltaron los grandes teóricos clásicos del capitalismo. En realidad nadie se atreve a defender hoy en día los supuestos morales específicos de que partían los teóricos —y los prácticos— del capitalismo librecambista y presocial. Incluso los más recalcitrantes teóricos neoconservadores de nuestros días están convencidos de la impracticabilidad a ultranza de dicho modelo en sociedades en las que, pese a todos los residuos insolidarios, la mundialización de la información y su carácter inmediato y cercano, refuerza una conciencia moral que rechaza las formas más chocantes y llamativas de desigualdad, de opresión, de explotación, de injusticia social, etc.

Por ello es por lo que con suficiente perspectiva histórica podemos considerar que el capitalismo originario, que exaltaba la competitividad sin freno y que priorizaba el valor de las «cosas» (mercancías) sobre las personas, ha sido derrotado en el terreno moral y también en un plano práctico general. Políticamente esta derrota tiene su elemento de señalización más llamativo en todas las conquistas sociales, laborales y económicas alcanzadas por las clases trabajadoras y los sectores sociales más necesitados en buena parte de las sociedades desarrolladas. Y, a su vez, encuentra sus hitos históricos más destacados en lo que supuso

la Revolución de Octubre, con todo su impacto ulterior, y, sobre todo, desde mi punto de vista, en lo que ha supuesto históricamente el socialismo democrático organizado como elemento fundamental de reequilibrio en la evolución de las sociedades occidentales; especialmente en el desarrollo, aun con todas las limitaciones que se quiera, de ese gran elemento de referencia redistributiva y solidaria que conocemos como *Estado de Bienestar.*

Pero no hay que engañarse: el socialismo ha ganado algunas batallas morales y políticas, pero quedan aún muchas cuestiones pendientes. Ni el socialismo real (con su fracaso económico, aunque ha socializado la propiedad de los medios de producción, y su incapacidad de libertad) ni la socialdemocracia (que no ha sustituido al sistema capitalista, conservando la propiedad privada de los medios de producción, pero ha construido el Estado del Bienestar) representan una concreción de la formación social socialista, pero han favorecido por vías diferentes la creación de condiciones técnicas y económicas, para la construcción de una sociedad socialista.

El socialismo puede afrontar el futuro desde una perspectiva de cierto optimismo. Podemos encarar la próxima década no sólo a partir de los *logros alcanzados* y, por lo tanto, a partir de la conciencia de la *capacidad movilizadora y transformadora* de nuestros ideales, sino también sobre la base de nuestra *capacidad de aprendizaje.* Lo que diferencia un ideal vivo y dinámico de una doctrina fosilizada es la capacidad para renovarse a partir de las experiencias prácticas. Y los socialistas sin duda han aprendido mucho de las experiencias de las últimas décadas. El socialismo en su sentido más amplio ha acumulado una cantidad impresionante de experiencias. Y en nuestros días estamos asistiendo precisamente a una especie de gran movimiento de recolección de tan amplia cosecha de experiencias. En cierto modo parece como si actualmente socialistas democráticos, comunistas y otros sectores políticos de izquierdas coincidieran en reconocer que ha llegado el momento de hacer balance y de recoger la cosecha de las experiencias de los últimos tiempos, pasando nuestros resultados por un tamiz adecuado que nos permita depurar lo válido de lo inservible.

Esa puede ser, sin duda, la mayor grandeza del socialismo como ideal emancipatorio: su capacidad de renovación y de adaptación a los nuevos tiempos y las nuevas realidades, desde el acervo de una gran experiencia y desde el dinamismo que proporciona su carácter de movimiento social vivo y operativo.

Por eso, tenemos por delante un gran reto y una gran responsabilidad histórica y política. Nuestra responsabilidad consiste, ni más ni menos, en ser capaces de contribuir positivamente a la construcción del *socialismo del futuro,* desde el pasado y el presente del socialismo. Los intelectuales y los responsables políticos tienen que lograr que la elaboración *teórica del socialismo del futuro* vaya por delante de la propia práctica política de nuestros días, no sólo ejerciendo una tarea de valoración crítica del pasado, de análisis de las insuficiencias y de las limitaciones de la teoría y la práctica histórica, sino también y básicamente abriendo nuevos caminos, trazando nuevos objetivos y profundizando, en suma, en las grandes metas transformadoras propias de los ideales socialistas.

El socialismo es un ideal y un movimiento social no sólo capaz de renacer de sus cenizas, sino que encuentra su fuerza y su impulso precisamente en sus experiencias y en sus crisis. El socialismo se vivifica en las experiencias y en la reflexión teórica. De ahí que no debamos inquietarnos porque en estos momentos el socialismo en su más amplia expresión esté viviendo una etapa crítica, de revisión, de análisis y de debate. La disposición a afrontar esta crisis de una manera abierta y no dogmática es la mejor garantía de que vamos a salir profundamente vigorizados de los debates que estamos realizando.

El socialismo, tal como hoy lo entendemos, se ha ido desarrollando a lo largo de los dos últimos siglos a través de diferentes etapas bien perfiladas. La *primera «etapa precursora»* se encuentra, sin duda, claramente enlazada con los ideales de la Ilustración y con el espíritu que animó la Revolución Francesa y que culminó en las revoluciones democráticas de nuestra época.

Sin embargo, en realidad, el socialismo tomó cuerpo y adquirió unos perfiles específicos en una *segunda «etapa teorizadora»,* en la que el esfuerzo intelectual de los grandes pensadores sociales del siglo pasado contribuyó a dar carta de naturaleza propia y suficiente perspectiva histórica a los anhelos y necesidades de los sectores sociales que vivían más mutiladoramente las consecuencias de la revolución industrial capitalista.

Una *tercera «etapa de carácter práctico»* en el desarrollo del socialismo hay que situarla en el período que se inicia al filo de la Primera Guerra Mundial, durante el que tiene lugar la asunción de responsabilidades políticas concretas por organizaciones socialistas de diferente orientación. El socialismo dejó entonces de ser un mero ideal, una mera referencia teórica, para empezar a acometer

experiencias políticas prácticas. Como todos sabemos, esta etapa dio lugar a un período de intenso debate y de importantes divisiones, que en cierto modo revelaban las insuficiencias y lagunas de algunas teorizaciones anteriores. Por ello, esta etapa vino acompañada también de un acusado esfuerzo teorizador. Pero se trató en buena medida de una teorización parcial y justificadora *a posteriori* de prácticas políticas previas y muy concretas: la leninista y la socialdemócrata. De esta manera el debate teórico posterior a la etapa de los *grandes padres fundadores del socialismo* fue un debate extraordinariamente mediatizado por lo que *«se hizo»* y lo que *«se dijo»* en algunos países muy concretos (Rusia y Alemania, básicamente) y en períodos y circunstancias históricas muy específicas, y en realidad difícilmente repetibles o extrapolables. No es por ello extraño que la dimensión teórica del socialismo en esta tercera etapa haya estado oscurecida y vicarizada por la propia *práctica política concreta* de cada cual.

Históricamente puede decirse que de la *primera etapa* del socialismo queda la llama, el impulso que puso en marcha el ideal, de la *segunda etapa* hemos heredado un importante acervo de ideas y de elaboraciones teóricas; pero de la *tercera etapa* lo que en realidad queda —y quedará en los libros de historia— es un conjunto de experiencias prácticas de las que tenemos que ser capaces de extraer las conclusiones oportunas.

Hoy en día es preciso preguntarse hasta qué punto la *teoría* que mantenía viva la *llama* del impulso inicial, y que sirvió para movilizar y tensionar a amplios *sectores sociales* en la búsqueda de *experiencias políticas* concretas, continúa manteniendo la misma capacidad operativa y sigue siendo capaz de despertar entusiasmos y de alentar y orientar experiencias concretas.

En realidad, basta mirar a nuestro alrededor para comprender que algunos enfoques teóricos tradicionales del socialismo ya no son capaces de cumplir este papel. De ahí que en nuestros días se esté abriendo una nueva etapa en la historia del socialismo. Y esta *cuarta etapa* ha de ser necesariamente una *«nueva etapa de teorización»,* capaz de lograr un mayor impulso y de orientar los nuevos desarrollos prácticos del socialismo.

Nuestra ventaja en estos momentos —si se me permite traer al caso la célebre frase de Newton— es que actualmente los socialistas también tendremos la «posibilidad de ver más lejos», «porque nos auparemos sobre hombros de gigantes», y, a su vez, porque sobre la base de las aportaciones teóricas de los clásicos del pensamiento socialista hoy estamos en condiciones de lograr que nuestras aportaciones teóricas para el futuro se enriquezcan con el contraste de una amplia experiencia acumulada.

En definitiva podemos decir que a la hora de trazar nuevas singladuras los socialistas no sólo sabemos que *ya hemos recorrido una parte de nuestro trecho,* sino que estamos en condiciones de beneficiarnos de importantes experiencias sobre la forma de orientarse y de recorrer —o no recorrer— unos u otros caminos.

Cuando un viejo tiempo llega a su fin, y una nueva etapa de grandes posibilidades científicas y sociales se apunta en el horizonte, es preciso coincidir, en suma, en que ha llegado el momento de impulsar abiertamente sobre los sólidos cimientos del *socialismo histórico,* un *socialismo renovado de futuro.* Un socialismo para las nuevas generaciones y para los nuevos tiempos. Esa es la tarea.

EL SOCIALISMO Y LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Oskar Lafontaine

No es casualidad que yo, un socialdemócrata alemán, trate este tema, pues nosotros, los alemanes, vivimos con una contradicción histórica de carácter propio: nuestra historia ha estado preñada, quizás más que la de otros pueblos, de grandes movimientos sociales —aun en la más reciente historia de la República Federal de Alemania, los movimientos sociales han desempeñado un papel mucho más poderoso que en otros países europeos occidentales—, pero, al mismo tiempo, estos movimientos no han sido tan temidos en ninguna parte, ni tampoco han sido reprimidos con tanta frecuencia como en Alemania, si bien esto es algo que ya no ocurre en la República Federal de Alemania.

Dos almas, por consiguiente, en el pecho alemán: una, que anhela el orden y la tranquilidad; la otra, que exige «movimiento». ¿Cómo maravillarse de que precisamente Alemania haya engendrado a los primeros grandes teóricos del movimiento social —menciono a Karl Marx, por nombrar sólo a uno—? Ya hace siglo y medio escribía en la introducción a su *Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel* que la historia alemana se inspira en un movimiento —la palabra movimiento tiene aquí, por cierto, otro sentido—, un movimiento «al cual ningún pueblo del firmamento histórico imitó, ni imitará. Es decir, que hemos compartido las restauraciones de los pueblos modernos, sin compartir sus revoluciones. Hemos sido restaurados, en primer lugar, porque otros pueblos emprendieron una revolución y, en segundo lugar, porque otros pueblos sufrieron una contrarrevolución; la primera vez, porque nuestros señores tuvieron miedo, y la segunda, porque nuestros señores no tuvieron ningún miedo. Nosotros, con nuestros pastores a la cabeza, nos encontramos siempre sólo una vez en la sociedad de la libertad: el día de su entierro».

Si bien este juicio fue una vez correcto, ya no atañe más, por cierto, a la República Federal de Alemania. Debido a que los espacios de libertad para los movimientos sociales no son hoy día menores que en otras democracias occidentales, pudo desarrollarse allí la cultura política, convirtiéndose en un caldo de cultivo para las demandas de participación ciudadana. Sólo que la desconfianza hacia los movimientos sociales dentro y fuera de la República Federal de Alemania ha seguido siendo grande y es mucho más grande cuanto más «alemán» es el movimiento. Esto tiene sus buenas razones. No hace tanto tiempo que en Alemania se pudo organizar e imponer más eficazmente que en otros lares un movimiento social, un movimiento pervertido cuyo objetivo era el fin de todos los movimientos sociales en un Reich milenario: el nacionalsocialismo.

Quien reflexione sobre los nuevos movimientos sociales, no debe dejar de considerar en absoluto los viejos. En este sentido, incluso el nacionalsocialismo hace al tema, como la experiencia histórica de que también la violencia fascista, allí

donde llegó al poder, comenzó primero como pequeño movimiento social, que pesa como una hipoteca de la desconfianza sobre todos los movimientos sociales posteriores. Los críticos nacionales y extranjeros de los nuevos movimientos sociales de la República Federal de Alemania —tanto de izquierdas como de derechas— casi no han dejado escapar una oportunidad para sembrar su crítica de alusiones abiertas o encubiertas al nacionalsocialismo. Esta desconfianza, aun siendo comprendida a la luz de la historia, en la cual Alemania ciertamente no aparece como la cuna de la libertad, no por ello ha contribuido menos a que las motivaciones de los nuevos movimientos sociales —en primer lugar, el movimiento por la paz germano-occidental— sean mal interpretadas ampliamente por una parte de sus críticos. A la mayor parte del movimiento por la paz germano-occidental no le habría pasado por las mientes salvar su responsabilidad con el pacifismo y dejar a otros combatir por sí mismos y por la libertad de la República Federal de Alemania; antes bien, quería demostrar que toda lucha por la libertad se hace absurda cuando los medios previstos para ello tienen como consecuencia inevitable la destrucción de todos. El principio de la defensa de la libertad, la democracia y los derechos humanos no son objeto de debate, sino solamente la cuestión de la adecuación de los medios.

Aun cuando haya entrado en el tema sobre el país que mejor conozco, intentaré, sin embargo, analizar los nuevos movimientos no sólo desde la óptica alemana. Las características comunes esenciales de los distintos movimientos «nuevos» regionales o nacionales de Europa occidental son tan evidentes que la mayoría de las afirmaciones acerca de uno de estos movimientos es aplicable poco más o menos a los otros. Sería mucho más problemática una comparación con los movimientos sociales en Europa oriental o en países extraeuropeos, comprendidos los Estados Unidos —las condiciones previas tradicionales, culturales, políticas, económicas o sociales son demasiado diferentes—. Por eso, desearía dejar al margen estos movimientos, aun cuando sus contenidos o formas de acción parezcan coincidir aparentemente con los «nuevos» movimientos europeos occidentales. Ni el movimiento de democratización en China, ni el movimiento *anti-apartheid* en Sudáfrica, ni tampoco el movimiento por los Derechos Humanos en Checoslovaquia, pueden medirse con la misma vara con que hay que medir los «nuevos» movimientos sociales en Europa occidental.

En este sentido, argumento como político, no como científico. En otras palabras: debo juzgar de manera subjetiva y no debo eludir por fuerza el deseo de pensar ideológicamente. Como no soy un sociólogo, no cabe esperar de mí ningún análisis sociológico respecto del socialismo ni de los nuevos movimientos sociales de acuerdo con normas científicas. Deseo centrar mi exposición en la relación política entre el socialismo democrático y los nuevos movimientos, y, por eso, sólo puedo tratar someramente las estructuras sociológicas internas de estos movimientos y apenas considerar sus evoluciones especiales en cada caso. Desde la perspectiva de mi tema, en los nuevos movimientos sociales me interesa predominantemente el común denominador que puede abstraerse de sus formas y contenidos específicos.

¿Existe realmente este común denominador? ¿Pueden meterse en una misma horma conceptual los nuevos movimientos alternativos y los nuevos movimientos pacifistas? ¿Qué es lo que une al nuevo movimiento ecologista con el nuevo movimiento feminista? Los diversos movimientos tienen en común algo más que la forma de manifestarse. Movimientos con los más diversos puntos temáticos son comparables entre sí porque hay motivaciones totalmente análogas, porque hay actitudes de protesta y de pensamiento totalmente análogas, que impulsan a los seres humanos hacia tales movimientos. Naturalmente, cada movimiento tiene su propio carácter, sobre todo el movimiento feminista, cuya protesta es mucho más existencial y mucho más intemporal. Pero también éste puede incluirse sin duda, con la pluralidad de sus actuales formas de manifestación, en un nuevo tipo de movimiento social.

Después de la desintegración del movimiento estudiantil de los años sesenta la protesta social se dispersó, ante todo en grupos sin importancia de políticos dogmáticos, en círculos espontáneos de la nueva izquierda, en comunidades de viviendas de carácter privatizador, en proyectos alternativos, en grupos de experimentación propia y de ayuda al Tercer Mundo. Otra parte considerable de la oposición extraparlamentaria, en medio de la euforia reformista inicial, que pasó del movimiento estudiantil a los partidos tradicionales del movimiento obrero, volvió a la política institucionalizada. Pero también los primeros grupos de iniciativas ciudadanas germinaron ya a comienzos de los años setenta, en tanto que el movimiento feminista comenzaba a formarse de nuevo. Pero aún no se podía apreciar que este difuso escenario desataría una amplia ola de movimientos de protesta, que no se habría de enconar más en las cuestiones referentes al orden capitalista imperante, hechas de nuevo suyas por el movimiento estu-

diantil, sino en las cuestiones de la reproducción social. Sólo ante el trasfondo de la crisis del petróleo del año 1973 tomaron conciencia los seres humanos de los problemas ecológicos derivados del crecimiento industrial, la destrucción progresiva de espacios vitales naturales y sociales o los riesgos y daños crecientes de las nuevas grandes tecnologías. Esta nueva sensibilidad hacia los límites del crecimiento, hacia el deterioro del medio ambiente y el encerramiento de la vida entre las cuatro paredes de la técnica fue el verdadero caldo de cultivo de una protesta contracultural, que movilizó a los movimientos sociales de una nueva forma.

A partir de la segunda mitad de los años setenta, la protesta se hizo omnipresente —protesta contra el industrialismo, contra el patriarcado, contra el militarismo y el armamentismo, contra el Estado, contra la técnica, contra el progreso y también contra el socialismo. Por lo que respecta a los nuevos movimientos sociales, parece asistirle la razón a André Glucksmann —al menos esta vez— cuando habla de un humanismo negativo, y entiende por ello que los seres humanos no se definen ya a partir de una imagen positiva de su esencia humana, sino sólo a través de la delimitación ante lo inhumano, ante la catástrofe. También a mí me parece que los nuevos movimientos —excluyo aquí al movimiento feminista— están motivados en sus protestas de una manera demasiado parcial y drástica. Existen contra-movimientos, es decir, movimientos cuya motivación no proviene de la lucha por los derechos humanos, sino de la protesta contra la violación de los derechos humanos; no de la lucha por la igualdad racial, sino de la protesta contra el *apartheid;* no del esfuerzo por un medio ambiente limpio, sino de la protesta contra la contaminación del medio ambiente. Esta diferencia no es ningún mero sofisma. Quiero decir con esto que los nuevos movimientos son típicos de una sociedad saturada, en la cual la libertad y el bienestar —en una proporción como la que existe actualmente— ya no tienen que conquistarse a través de la lucha, basta con mantenerlos. En favor de esta interpretación habla el hecho de que las partes más cultas de las nuevas clases medias son portadoras de los nuevos movimientos sociales.

Entre tanto, la protesta contracultural constituyó también una parte esencial de los primeros movimientos socialistas. ¿No se interpretaron también éstos en primer término como anti-movimientos —anti-capitalistas, anti-imperialistas, anti-fascistas, anti-burgueses o cualquier otro «anti»? ¿Son realmente tan nuevos los «nuevos» movimientos?

El «movimiento social» fue descubierto hace aproximadamente ciento cincuenta años como movimiento obrero. Es decir, que el concepto se aplicó, en primer término, a un movimiento que daba una respuesta socialista a la «cuestión social». Los movimientos sociales de los años setenta y ochenta del siglo XX se interpretaron como nuevos, sobre todo en comparación con las formas institucionalizadas, tradicionales del movimiento obrero —los sindicatos, los partidos socialdemócratas, socialistas o comunistas. ¿Significa esto también una ruptura con los ideales y las ideas socialistas del «viejo» movimiento obrero? Quiero analizar esta cuestión.

El movimiento estudiantil del 68 seguía, de manera diferente a los «nuevos» movimientos, totalmente en la línea teórica del movimiento obrero socialista, aunque ya había tomado los métodos de lucha de los ulteriores movimientos, con formas de desobediencia civil no convencionales —iban desde la manifestación desbordante de fantasía, pasando por los *sit-ins* o *happenings* provocadores, hasta la violación limitada de las normas—, importadas de América. La protesta antiautoritaria de los años sesenta desarrolló ya en lo esencial también las características de la estructura organizativa autónoma, descentralizada, en red, de los nuevos movimientos sociales. El movimiento estudiantil se concibió políticamente como oposición extraparlamentaria, no como oposición antiparlamentaria. El hecho de que su acción política estuviera muy poco institucionalizada se debió sobre todo a que no podía disponer de las instituciones políticas; esto no debe malinterpretarse como negativa rotunda a la institucionalización de la política. ¿No fue Rudi Dutschke quien proclamó la «larga marcha a través de las instituciones»? Muchos de los del sesenta y ocho marcharon por este camino y en el ínterin arribaron a las instituciones: no hace mucho, incluso Daniel Cohn Bendit se convirtió en concejal para asuntos culturales en Frankfurt.

En cambio, la comprensión política de los «nuevos» movimientos sociales tiene, en principio, un componente anti-institucional, está impregnada de una desconfianza profunda en la competencia resolutiva de la política institucionalizada. Desde la óptica histórica, esta posición antiinstitucional no es nada nuevo: precisamente, estas formas de pensar y sentir eran características de las grandes corrientes anarquistas o sindicalistas dentro del movimiento obrero europeo.

Dado que por antonomasia todo movimiento social lleva en sí mismo algo de anti o extra-institucional, lo que realmente tiene de nuevo mal se puede apreciar en su distancia respecto de la política institucionalizada. Sin duda, un nuevo movimiento podría romper con las formas institucionalizadas de un movimiento predecesor y, no obstante, perseguir los mismos objetivos sociales fundamentales.

Incluso el «viejo» movimiento obrero, para volver a ser un verdadero movimiento, tendría que romper con las formas de organización en las cuales hoy se ha petrificado. En tanto estuvo realmente en movimiento, se mantuvo fiel también a su carácter extra-institucional; mantuvo también distancia, con no menos conciencia que los nuevos movimientos, respecto de las instituciones estatales, no dio menor importancia a la autonomía —una autonomía proletaria frente a la política burguesa—, no dejó de declararse a favor de formas de participación y de acción no convencionales.

Y ciertamente es el mismo anhelo de trabajos integradores, solidarios, opcionales, el mismo sueño no realizado de relaciones de producción libres de dominios, que antiguamente inspirara a las organizaciones cooperativas y de autoayuda del precoz movimiento obrero, lo que ahora sostiene al nuevo movimiento alternativo. Si, no obstante, las cuestiones referentes a unas formas de producción alternativas se plantean de un modo diferente a entonces, no es tanto porque las utopías sociales hayan desaparecido de la mente de los hombres, sino porque en más de un siglo han cambiado considerablemente las condiciones sociales.

Los movimientos sociales son los indicadores del cambio social. Pues en tanto las masas son portadoras independientes del cambio social, lo son en forma de movimientos sociales. Pero movimiento significa también participación: los hombres no son objetos, sino sujetos de su historia, ellos mismos influyen directamente en los procesos sociales, no son tan sólo la caja de resonancia de la actividad política de una minoría selecta que conduce el Estado. Esto no hace que los movimientos sociales sean democráticos *per se,* ni les permite ser idénticos a las fuerzas del progreso —tal como lo creía el «viejo» movimiento obrero—. En su irrefrenable impulso hacia adelante, el movimiento obrero socialista ha pasado por alto el hecho de que también es posible moverse hacia atrás igual de bien. Más tarde el fascismo le haría abrir los ojos.

Nadie querrá afirmar que los movimientos sociales no son democráticos. Al contrario. Su aversión hacia la política institucionalizada se arraiga en el deseo de una democracia más directa, más radical. En consecuencia, están organizados «democráticamente en las bases». Sin duda, esta organización democrática de base no es, de ningún modo, tan nueva como a veces se la presenta, pero también ella pertenece a la constante ideológica del «clásico» radicalismo de izquierda.

De las primeras luchas del movimiento obrero, en los días de la Comuna de París, se ha contado cierta anécdota, que, aun cuando pudiera no ser cierta del todo, no obstante dice mucho más sobre el carácter democrático de base de estos movimientos que cualquier seco análisis científico. Existe, por ejemplo, la hermosa historia del sencillo hombre de pueblo que se duerme como súbdito en el Ayuntamiento y se despierta como Alcalde. El honrado hombre debía pronunciar unas palabras en un asunto administrativo banal, el 18 de marzo de 1871 en el Ayuntamiento de París, pero cuando apareció conforme a su deber, encontró el edificio desierto. El cuerpo de funcionarios había huído ante los sublevados. En su búsqueda de un alma caritativa, el pobre diablo fue de habitación en habitación, hasta que finalmente llegó al despacho oficial del Alcalde. Allí debió encontrarse muy bien, pues los ocupantes lo hallaron adormilado en el sillón del Alcalde. A los comuneros les pareció esto una señal del destino, por lo que eligieron al atolondrado hombre sin más ni más como nuevo Alcalde. Por cierto que la fábula de la democracia de base no duró mucho tiempo, pues de inmediato se evidenció que el nuevo Alcalde socialista de París no podía hacer frente a sus tareas: no sabía leer ni escribir.

No les digo nada nuevo cuando señalo con esto que Karl Marx consideró a la Comuna de París como un modelo de la sociedad socialista revolucionaria. Y todos aquellos que posteriormente intentaron reelaborar en su auténtico espíritu la teoría socialista o ponerla en práctica han seguido esta guía democrático-radical. Rosa Luxemburg, por ejemplo, sólo se podía imaginar la sociedad socialista como un orden nacido de la espontaneidad revolucionaria, desenfrenada y libre de los movimientos de masa. De forma no muy diferente pensaba Karl Liebknecht. Fue el héroe y el mártir aclamado por las masas de aquel gran movimiento pacifista alemán del siglo XX, que comenzara a finales de 1914 con mil trabajadores en huelga y que —creciendo sin cesar— alcanzó su punto culminante a principios de 1918, con un millón y medio de huelguistas. En 1917, en la cárcel, Liebknecht escribió frases que no le van a la zaga en radicalidad democrática al «Credo» demo-

crático de base de los «nuevos» movimientos sociales. Sólo quiero citar una sola de estas frases: «La educación de las masas y de cada individuo en la independencia moral y espiritual, en la incredulidad respecto a la autoridad, en la propia iniciativa de decisión, en la libre disposición y capacidad para la acción, constituye sobre todo el único fundamento seguro para el desarrollo de un movimiento obrero a la altura de su misión histórica, así como la condición previa esencial para la extirpación del peligro burocrático».

En la crítica radical de izquierda de la degeneración «burocrática» del socialismo, se hallaba ya en esencia el anti-institucionalismo de los «nuevos» movimientos sociales. Los nuevos movimientos intentan interpretar de otra manera los problemas y mostrar formas alternativas de socialización. Los socialistas de izquierda y los comunistas de los «Consejos» habían intentado lo mismo antes que ellos. Los «nuevos» movimientos se rebelan contra la nivelación, el anonimato y la desvalorización del individuo en una sociedad organizada de forma tecnocrática y determinada por la técnica. Lo mismo hicieron los anarquistas antes que ellos. Como lo hicieron desde siempre los movimientos radicales de izquierda de todos los matices, así luchan ahora los «nuevos» movimientos contra las estructuras de dominación insertadas en las formas de acción y percepción cotidianas institucionalizadas. No fue otra cosa lo que Trotski pensaba al demandar que la revolución se convirtiera en una causa permanente.

Aunque el «nuevo» anti-institucionalismo se mueve esencialmente en la misma dirección que el viejo —igual que antes, ahora se trata de la supresión del dominio institucionalizado abierto o encubierto—, ha cambiado ciertamente el valor de su posición política y social. Es decir, que en la medida en que se han modificado las formas de acción y percepción institucionalizadas y preñadas de dominación en el transcurso del cambio social, los modelos de acción y orientación cultural alternativos de los nuevos movimientos sociales no pueden seguir siendo idénticos, naturalmente, a los modelos tradicionales del radicalismo de izquierda. El intento de deshacerse de los viejos vínculos y formas de dependencia ha revelado nuevas coacciones —por ejemplo, la estandarización y comercialización industriales del estilo de vida, también la carencia de posibilidades propias de creación, como consecuencia de la vinculación a coacciones sistemáticas, altamente complejas, o la cada vez más extensa organización tipo «seguridad estatal» de la vida social.

Pero el desarrollo de la sociedad moderna no está caracterizado solamente por estas tendencias limitadoras de la libertad individual, sino que también se caracteriza, al mismo tiempo, por una serie de procesos justamente contrapuestos, entre ellos una tendencia progresiva hacia la individualización y la pluralización, establecida en los cambios estructurales del mundo del trabajo —una tendencia que se refleja en los deseos de autorrealización de los hombres—. Se expresa en la protesta contra las normas y las estructuras autoritarias tradicionales, en la búsqueda de nuevas formas sociales que aporten identidad y sentido, así como en la creación de una gran variedad de estilos de vida subculturales. La protesta de los nuevos movimientos sociales contra la tutela y el control burocráticos, contra la informatización y la mecanización, contra el Estado atómico y policial, marca exactamente la nueva línea conflictiva entre la creciente necesidad de autodeterminación de los seres humanos, por un lado, y la igualmente creciente necesidad de dirección sistemática, reglamentación tecnocrática y control del proceso social, por otro. No son ya las condiciones de vida determinadas y estructuradas socialmente, sino que es una confusión tocante a temas específicos, que cambia de un caso a otro, la que conforma el núcleo cristalizador para la formación de nuevos movimientos sociales. El socialismo democrático estaría condenado a fracasar si no tomara en serio estos conflictos y no convirtiera en punto de partida de sus reflexiones estratégicas las tendencias sociales contrapuestas. Al mismo tiempo, creo que no debo hacer hincapié en qué tendencias han de ser apoyadas por los socialistas democráticos y cuáles deben ser combatidas. En la lucha por la extensión de las posibilidades de autodeterminación individual y social, los socialistas y los nuevos movimientos son, por decirlo así, aliados «naturales».

Con el cambio social, se han desplazado inevitablemente los puntos de cristalización de los nuevos movimientos. Incluso los «viejos» temas —ya sean la emancipación de la mujer, la democratización de la sociedad, el futuro laboral o el mantenimiento de la paz— se presentan de otro modo en condiciones sociales diferentes. Se añaden nuevos temas, no tenidos en cuenta antes; así, sobre todo, la amenaza ecológica del hombre por el hombre.

En mi opinión, sería erróneo calificar a un movimiento como nuevo sólo porque da otra respuesta adecuada a una cuestión social acuciante, que existe desde hace tiempo, pero que, evidentemente, se presenta ahora de una forma diferente a

como era antes. También el «viejo» socialismo institucionalizado debe formular sus respuestas conforme a su tiempo, si no quiere convertirse en un anacronismo. ¿Habría por eso que hablar ya de un «nuevo» socialismo?

Pero, ¿cuál es su actitud ante la cuestión ecológica? De hecho, aparece como nueva, puesto que ha sido «descubierta» en las últimas décadas. Así pues, el movimiento ecologista es ya, por tanto, un nuevo movimiento —y esto lo diferencia de los movimientos con una temática tradicional, como serían los movimientos feministas, de democratización o pacifistas—, al tener en la cuestión ecológica un punto realmente nuevo de cristalización. A esto se agrega que este nuevo tema, en lo que respecta a nuestra forma de pensar y de actuar, tiene su propia dinámica. Tan nueva como el propio tema es la crítica, relacionada con él, de la irracionalidad económica conservadora —una crítica fundamental no sólo de la administración capitalista, sino también de la socialista—. Pues no sólo la tendencia capitalista a una obtención máxima de beneficios y a la acumulación, comprobada ya por Marx, sino también la tendencia socialista al desarrollo de todas las fuerzas productivas, con la esperanza de asegurar el bienestar de todos a partir del crecimiento industrial, se han revelado en el ínterin como amenazadoras para la existencia del género humano. Si, para el movimiento socialista, la contradicción fundamental entre el capital y el trabajo era la piedra angular de la contradicción entre la organización social del trabajo y la apropiación privada de sus productos, la protesta del nuevo movimiento ecologista se ha polarizado en la contradicción no menos fundamental entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el desgaste del medio ambiente. Si para uno se trataba de los problemas de distribución, de la modificación de las relaciones de propiedad sobre los medios de producción, para el otro se trata más bien del cambio de formas de vida erróneas por una producción cuidadosa y un consumo razonable, con el fin de superar un productivismo fijado en el crecimiento. De acuerdo con esto, las estructuras sociales de poder son consideradas por los nuevos movimientos no tanto bajo el aspecto específico de las clases, sino más bien bajo un aspecto instrumental-tecnocrático. No oculto que considero esto como un orden de distribución adecuado para la sociedad de riesgo en la que vivimos actualmente, pero añado, además, que nosotros, los socialistas democráticos, no deberíamos descuidar el problema de las clases sociales por la primacía de la supervivencia del género humano. Como siempre, forma parte inalienable de la esencia del socialismo la demanda de mayor justicia social.

Para el viejo movimiento socialista, como para el nuevo movimiento ecológico, el trabajo continúa siendo un concepto clave, pues el trabajo constituye la condición previa de toda producción y de todos los medios de producción, y es también la condición previa de la producción de riesgos técnicos o ecológicos.

Ante el acrecentamiento del agudo problema de la desocupación, se ha puesto en marcha un discurso social acerca del futuro del trabajo. Sobre todo en la República Federal de Alemania, pero también en otras partes, se han aproximado las posiciones del socialismo democrático y de los nuevos movimientos en el curso de este debate. En el nuevo programa de principios del SPD, el trabajo es definido, en el sentido dado por Hannah Arendt, como una actividad social llena de sentido y, de este modo, se ha ampliado el concepto de trabajo más allá del propio trabajo retribuido —con todas las consecuencias que de ello puedan derivarse para la vida familiar y económica—. Las visiones del futuro de los nuevos movimientos sociales —el movimiento alternativo, el movimiento feminista, el movimiento ecologista— están afianzadas en un concepto de trabajo totalmente similar.

De buen grado me explayaría ahora sobre el hecho de que esta nueva definición del concepto de trabajo no resulta tan nueva, de que se deriva más bien de viejos ideales socialistas, incluso genuinamente marxistas, en los cuales el trabajo no aparece ya como mercancía enajenada, sino como medio para la autorrealización del hombre. Sin embargo, dentro del marco de este trabajo, lamentablemente no puedo profundizar en el tema capital del trabajo; en el último libro de André Gorz se pueden leer cosas interesantes sobre el particular.

No se puede negar que los nuevos movimientos sociales responden, al menos parcialmente por su contenido, a los movimientos socialistas precedentes. El ejemplo de la nueva definición del concepto de trabajo muestra que se perfila cierta coincidencia en cuanto al contenido entre el socialismo democrático y los nuevos movimientos, incluso en aspectos esenciales del futuro. Y el debate entre el «movimiento» y el socialismo no sólo ha sido fructífero en lo referente al tema del trabajo. Las propuestas de desarme del movimiento pacifista se hallan en el ínterin en el orden del día de las negociaciones diplomáticas. El concepto defensivo de «incapacidad de ataque», que hoy día es un punto del programa socialdemócrata, fue

acuñado originalmente por el movimiento pacifista. Desde hace tiempo, también los sindicatos hablan de la compatibilidad social y ambiental de las tecnologías, de la reconversión de la producción o de la autoadministración empresarial en las fábricas amenazadas por el cierre. Sin la presión del movimiento feminista, no se hubiera acordado una cuota de participación femenina en el SPD. Y, por cierto, a los partidos socialistas les hubiera sido más difícil atender razones ecológicas, si no hubieran estado sometidos permanentemente a fuertes presiones por parte de los movimientos ecológicos y anti-nucleares.

Los nuevos movimientos sociales se basan en un «nuevo» pensamiento, que se extendió en la década de 1970, cuando la crisis ecológica se manifestó de forma drástica. El optimismo del progreso ilimitado, al cual se había suscrito el movimiento obrero socialista, no concordaba ya con la destrucción de los espacios sociales y vitales, que se estaba consumando ante la vista de todo el mundo. El propio progreso fue puesto en duda cada vez más, grandes sectores de la izquierda política cayeron en un nuevo pesimismo respecto a la civilización. Se tendía a ir demasiado lejos: si el progreso conduce a la destrucción, entonces tiene que ser erróneo el pensamiento que condujo a la idea de progreso. De este modo, se puso en la picota al enciclopedismo europeo junto con todo su racionalismo, es decir, aquel pensamiento del cual había nacido la izquierda.

Evidentemente, el «nuevo» pensamiento de los «nuevos» movimientos tiene más bien un rasgo conservador, neorromántico. Por cierto, no pongo aquí en la palabra «conservador» el acento peyorativo que tiene en el uso del lenguaje político, sino que lo empleo en el sentido de que preserva los valores tradicionales. Y subrayo expresamente que no echo a la «mirada retrospectiva», que diferencia a los nuevos movimientos sociales de los viejos movimientos socialistas, en un mismo saco con la «marcha atrás» de los movimientos fascistas. La orientación democrática de acuerdo con los viejos valores, que se da en los nuevos movimientos, tiene tan poco en común con el «terror del retroceso» fascista como la orientación democrática según los nuevos valores, característica del socialismo, con el «terror del avance» estalinista.

En comparación con el socialismo democrático, los nuevos movimientos sociales padecen de una pérdida de utopía. No están sostenidos por la idea general de un orden mejor, hacia el cual tendría que seguir desarrollándose la sociedad. Los temas de los nuevos movimientos cambian con el ir y venir de las movilizaciones. Sus visiones del futuro son tan limitadas como los temas que las motivan. Falta la tenacidad, que se alimenta de la utopía. (Otro motivo del escaso aliento de estos movimientos «de un solo punto» es el hecho de que no recogen las verdaderas cuestiones que hacen a la seguridad de la existencia —política económica, social o de mercado de trabajo.) Los socialistas, en cambio, no deberían abandonar la idea de progreso, la creencia en el logro de una condición mejor —el principio de la esperanza, como lo llama Ernst Bloch—. Quien entienda las utopías sociales como una guía para la acción política, no podrá tener ninguna esperanza sin creer en la posibilidad del progreso. Contra las imputaciones de los nuevos movimientos, el socialismo democrático debe situarse ante los principios del enciclopedismo.

Pero esto no debe significar que tampoco los socialistas, en el camino hacia el progreso, se detengan de cuando en cuando y echen una mirada retrospectiva; algo así recomendaba Walter Benjamin en sus tesis histórico-filosóficas. Los momentos de preservación forman parte del progreso, especialmente en la sociedad del riesgo. A pesar de todas las críticas al tedio del progreso de los nuevos movimientos, estas críticas han ayudado siempre a los socialistas a comprender que el futuro no se podrá alcanzar con un ingenuo «optimismo tipo hurra-que-viene-el-progreso». De este modo, los nuevos movimientos han contribuido decisivamente a que se medite más sobre el concepto de modernización de la sociedad, desde el cual se puedan asir mejor los mecanismos de control democrático.

Es característico de los nuevos movimientos sociales —y en comparación con los movimientos socialistas, es algo evidentemente nuevo— un anti-intelectualismo ostentado abiertamente: a la pérdida de la utopía se asocia una pérdida de la teoría; y a ambas las veo relacionadas. En efecto, el movimiento estudiantil del 68 introdujo las formas de acción de los movimientos posteriores, pero, todavía plenamente dentro de la tradición de las izquierdas socialistas, se esforzó por derivar invariablemente su acción política de una fundamentación teórico-social generalizadora. Por supuesto que sus expectativas vinculadas al análisis crítico del capitalismo, que se dirigían a la clase trabajadora, a los grupos marginales de la sociedad industrial o a los movimientos de liberación del Tercer Mundo, los indujo al error. El desencanto hizo que las teorías se petrificaran en dogmas y el movimiento del 68 se desintegró en sectas. Pero los dogmas no dan ninguna respuesta a los nuevos problemas. La teoría de las «nuevas

izquierdas» perdió al mismo tiempo su capacidad para interpretar las experiencias, las esperanzas y los temores de una nueva generación y para reunirlas en nuevas utopías.

Desde esta óptica, la ruptura de los nuevos movimientos sociales con el movimiento obrero tradicional fue también una ruptura liberadora con sus «-ismos», ya sean marx-ismo, lenin-ismo, maoismo o simple y llanamente social-ismo. Cuando digo que esta ruptura tiene también su lado bueno, no quiero con ello hablar en favor de una «nueva» oposición a la teoría. No necesito explicar lo bien que le sienta a un socialista democrático que el calificativo de «revisionista» no signifique ningún insulto para la izquierda de la última hornada. La ruptura con los «ismos» era esperada, porque dicha ruptura ayuda a los socialistas a echar por la borda el lastre ideológico y a interpretar la realidad de manera más realista. Era esperada, porque el socialismo, sobre todo en el Este, va de mal en peor. Ahora, también allí se quiebran los dogmas petrificados.

La crisis ecológica puso al desnudo las debilidades de la teoría socialista. Surgió un nuevo tipo de movimiento, porque el pensamiento político institucionalizado, habitual, del movimiento obrero no pudo dominar esta crisis. (Los nuevos movimientos sociales surgen siempre que los graves problemas no pueden ser solucionados con las categorías tradicionales del poder político.) Pero esto no significa que nosotros, los socialistas, nos quedemos ahora tan huérfanos de teoría como los nuevos movimientos. Al contrario. Si el viejo proyecto socialista de las izquierdas no da más frutos, es que ha llegado ya la hora de construir uno nuevo —uno que no sólo viva de la protesta, sino uno que esté animado por la utopía de un orden social más justo—. Este espíritu fue el que en el pasado permitió al socialismo ser algo más que sólo un movimiento de protesta contra el capitalismo; y este espíritu es el que mejor simboliza hoy día la diferencia entre el socialismo democrático y los nuevos movimientos sociales.

Actualmente vemos cómo los sistemas comunistas se desintegran debido a una carencia de libertad y democracia. Sin lugar a dudas, la idea socialista podría verse dañada por este derrumbamiento, si aumentara la fascinación del potencial capitalista. Por consiguiente, es precisamente ahora cuando la izquierda necesita un nuevo proyecto socialista de libertad, que pueda oponer a la bancarrota de las economías planificadas comunistas. ¡Si ésta no es la hora del socialismo democrático...! En medio del desconcierto general, ¿qué fuerza política estaría en condiciones de elaborar y llevar a cabo para la izquierda un proyecto de gran porvenir? Es evidente que el socialismo democrático debe ponerse realmente de nuevo en «movimiento» para este fin: ser de izquierdas significa moverse.

Como ya lo he indicado reiteradamente, los nuevos movimientos surgieron como protesta contra la falta de movimiento del socialismo —no tanto como protesta contra el propio socialismo, sino más bien como protesta contra su pretendido fracaso—. De ningún modo ha sido solamente el no socialismo «real existente» del Este el que se ha inmovilizado. No nos engañemos: comparándolo con lo que las utopías socialistas auguraban, el socialismo, allí donde llegó al poder del Estado, no ha traído gran cosa. Obtuvo sus méritos históricos más bien desde la oposición; sus grandes triunfos los alcanzó en la oposición. Esto es válido para los comunistas —sólo basta comparar sus méritos en las luchas democráticas contra las dictaduras fascistas con lo que ellos han permitido de mísera democracia en su ámbito de dominio—. Y esto no es menos válido para los socialistas democráticos. Su gran mérito histórico, el Estado socialista de la libertad, fue logrado por el movimiento obrero en lucha contra las pretensiones del capital; y digo conscientemente que fue logrado en la lucha porque los medios necesarios para ello, ya sean huelgas o protestas de masas, fueron más bien los de la oposición que los del arte de gobernar.

Con esto no quiero decir que los gobiernos socialistas, que en el transcurso de este siglo fueran elegidos una y otra vez para ejercer el poder en las democracias parlamentarias de Europa occidental, han sido malos o, incluso, inútiles. Al contrario, fueron necesarios para legalizar los objetivos de los movimientos socialistas. Los gobiernos socialistas y socialdemócratas pusieron sobre la mesa lo que el movimiento obrero había preparado. En Alemania, por ejemplo, la democracia, que en 1918 había recibido el espaldarazo histórico de la revolución, necesitó el poder del gobierno socialdemócrata para establecerse. Y, en principio, no sucedió de otro modo en 1969, después de que la euforia de las reformas, desatada por los representantes del 68, llevara de nuevo a la socialdemocracia al poder. No pocas de las reformas, para las cuales el movimiento social había preparado un clima social y político en la década de 1960, fueron aseguradas de manera institucional sólo a comienzos de la década de 1970.

Es cierto que no pertenezco a los que minusvaloran los méritos de los gobiernos de coalición social-liberal de Willy Brandt y Helmut Schmidt. Tampoco hago ningún reproche contra determi-

nadas personas si hoy compruebo que la coalición social-liberal perdió con el tiempo su ímpetu reformista del comienzo. Todo el SPD permitió que su proyecto de reformas se estatalizara, que, desligado de los movimientos sociales que lo iniciaran, consumiera su existencia de gobierno en las instituciones estatales. Tampoco en este punto quiero que se me interprete mal. Yo mismo sé demasiado bien que los asuntos imperativos han de ser atendidos, y que los gobiernos socialistas tampoco pueden pasar por alto estos hechos. Pero de acuerdo con el pensamiento socialista, gobernar debe ser algo más que una administración de los asuntos imperativos. A este «más» pertenecen los impulsos que parten de los movimientos sociales.

Concentrado en la acción estatal, hacia finales de la década de 1970, el SPD no fue capaz de hacer suya la política de reformas impulsada por los nuevos movimientos sociales en la sociedad ni de cimentarla de forma institucional. El resultado es conocido: el debilitamiento del movimiento reformista por la escisión de los «Verdes». A partir de entonces, la socialdemocracia se apoyó sólo sobre una pierna estatal. Pero con una sola pierna se avanza —si es que se avanza— con mucha dificultad. Sin embargo, para un partido socialista o socialdemócrata no debería ser difícil tender puentes políticos incluso hacia los movimientos sociales, cuando es partido de gobierno. Con bastante frecuencia, sus miembros participan activamente también en los «movimientos». Por ejemplo, fueron los socialdemócratas los que hicieron que el movimiento pacifista germano-occidental fuera un movimiento de masas; los precursores del movimiento ecologista germano-occidental —en primera línea, Erhard Eppler— fueron socialdemócratas. Sin duda alguna, la pérdida de poder político le facilitó al SPD la entrada en los nuevos movimientos sociales. No fue una casualidad que el movimiento de protesta germano-occidental alcanzara su punto culminante de movilización en el año 1983, es decir, poco después del triunfo electoral de los conservadores.

El socialismo democrático podrá cumplir con su cometido sólo en la medida en que él mismo siga siendo un movimiento. Si ha dejado de estar en movimiento, tiene que ponerse en movimiento de nuevo. Y no sólo en la oposición debe ser un movimiento. Debe lograr mantener el difícil equilibrio entre poder estatal y movimiento, incluso allí donde gobierna. Esto significa, por una parte, que junto con la administración de los asuntos imperativos, también ha de hacer suyos los impulsos emancipadores que provienen de la sociedad y llevarlos políticamente a la práctica; por otra parte, significa poner coto a la tradición de prepotencia estatal del hegelianismo en beneficio de las tradiciones libertarias del movimiento obrero.

Esto ha sido concebido como defensa de una desestatización acorde con la época. El carácter democrático del futuro depende de la dimensión que adquiera la participación ciudadana en el Estado, en la economía y en la sociedad que la izquierda pueda llevar a cabo. Entre las enseñanzas que vale la pena extraer de los hechos ocurridos en el mundo comunista, se encuentra también la de que un monopolio estatal de la responsabilidad, que incapacita a los individuos, conduce a la larga a un callejón sin salida. Por eso, en el futuro tendrá importancia la democratización de la responsabilidad. Los nuevos movimientos sociales han realizado una labor esencial en este sentido. Han roto el monopolio de los expertos en las decisiones y han convertido en objeto de debate público y político las cuestiones referentes al tipo de desarrollo tecnológico futuro y su control social. Sólo así se han puesto al alcance unas posibilidades alternativas de configurar el desarrollo social. ¿Puede renunciar el socialismo a estos impulsos?

La relación entre el socialismo democrático y los nuevos movimientos sociales debe ir más allá de una situación de coexistencia pacífica entre dos fuerzas sociales de la izquierda política, consciente de su fuerza una de llas, desafiante la otra, para llegar a una forma de simbiosis. Sólo me puedo imaginar el socialismo como un «movimiento» que también saca su fuerza de empuje política y espiritual de la pluralidad de otros movimientos sociales de la izquierda, pero que se protege contra el escaso aliento de estos movimientos con un amplio proyecto social. Así no podrá ser comercializado tampoco como una moda, no lo despojarán de su aguijón crítico ni podrán desgastarlo.

La tensión dialéctica creadora existente entre la política real y la protesta, entre la responsabilidad y la utopía, entre el poder estatal y el movimiento social, tampoco debe quebrarse allí donde se gobierna en nombre de la idea socialista. Sé que es más fácil decirlo que hacerlo. Pero ésta es la condición previa para que los gobiernos socialistas, en su camino hacia el futuro, no se conviertan en meros episodios.

LAS ZONAS INEXPLORADAS DEL SOCIALISMO CONTEMPORANEO

Adam Schaff

La expresión «zonas inexploradas» proviene de la terminología empleada en la cartografía y en la antigüedad se aplicaba a los continentes desconocidos. Actualmente se usa al hacerse referencia a la configuración de los continentes o a sus partes no conocidas con exactitud hasta el fin, como puede ser el recorrido de los ríos, etc. Así pues, cuando se emplea la expresión «zonas inexploradas», se entiende perfectamente lo que se quiere comunicar. En otras ramas del saber del hombre, la expresión «zonas inexploradas» también suele ser utilizada como metáfora. En esos casos su contenido carece de nitidez y puede ser polivalente, pero en toda situación concreta sigue siendo comprensible y útil, aunque requiera explicaciones adicionales para impedir los peligros que supone su ya indicada polivalencia.

Soy consciente de esos peligros, pero opté por la utilización del término en estas reflexiones porque —al menos eso me parece— facilita la explicación de lo que me preocupa. Llevo en mí desde hace un tiempo toda una serie de preguntas a las que no se ha dado respuesta, pero que yo *deberé* responder por mi propia cuenta, si he de hacer de manera consciente lo que me propongo hacer. Una vez más lo que escribo dimana de la necesidad de contestar a preguntas que me «inquietan», que no me dejan en paz. Así surgieron, en principio, todos mis trabajos y precisamente por eso son de tan diversa temática. Esta vez —además de ese motor de mis análisis que es la crisis del socialismo— mi preocupación por las «zonas inexploradas» del socialismo moderno se relaciona con el hecho de que me he comprometido en la creación y el desarrollo de una organización internacional denominada «El socialismo del futuro». Esta organización, teniendo como apoyo inicial al PSOE (Partido Socialista Obrero Español), crea los cimientos de una nueva Internacional Ideológica de los movimientos socialistas contemporáneos de todos los matices. Empezará a funcionar en Europa, pero es de esperar que posteriormente se extenderá a otras partes del mundo. Todo esto suena muy bien y la tarea planeada es muy gloriosa, pero exige, sobre todo, una profunda reflexión, cosa que en la situación actual de los citados movimientos ya es, de por sí, un enorme éxito. Hay muchas cosas que impiden que nos sumamos en el «letargo del dogmatismo». Una de ellas es —y a mí me asombra sinceramente— la pregunta: qué entendemos por «socialismo». La claridad en esta cuestión es indispensable, si queremos hablar —y no podemos eludirlo, cuando tenemos como objetivo hacer frente a los retos de un futuro no lejano— del socialismo del *futuro*. Yo me entregué al trabajo que he indicado y topé inmediatamente con una «zona inexplorada». Resultó que, a pesar de tener una convicción «justificada» de que tengo un determinado conocimiento sobre el tema abordado, topé con grandes dificultades al tratar de responder a tan básica pregunta, sin lo cual todo lo demás sería inútil. Se-

gún avancé en mis reflexiones fueron apareciendo más y más «zonas inexploradas». Fue así como surgió la idea —para mí una necesidad— de reflexionar de manera más detenida sobre las «zonas inexploradas» y de suscitar al menos una discusión al respecto. Sin esto sería imposible dirigir a escala internacional una revista y un Foro de discusión sobre «El socialismo del futuro».

Personalmente estoy convencido de que nos obligan a desarrollar esta labor las consecuencias sociales de la actual revolución industrial, las nuevas formas de vida que acarrea y, entre ellas —al menos yo así lo veo—, un nuevo socialismo. ¿Cómo es? Esa es la pregunta esencial. Mas para poder contestarla hay que llenar de contenido primero varias «zonas inexploradas» del mapa del socialismo *moderno*. Este es el sentido de mis reflexiones. Repito: quiero aclararme yo mismo toda una serie de cuestiones.

Antes de pasar a las reflexiones propiamente dichas quiero —con ayuda de estas notas de introducción— facilitarme un poco la tarea formulando con mayor precisión —aunque no de manera definitiva— ciertas cuestiones relacionadas con el término «zonas inexploradas», la palabra «socialismo» y el contenido que yo les doy.

Como ya indiqué más arriba, la expresión «zonas inexploradas» la he sacado de otro campo del saber, la utilizo de manera metafórica y, por consiguiente, requiere una explicación que aclare con precisión el contenido que le atribuyo. Lo hago al comienzo para evitar una mayor complicación de los razonamientos, motivada por la polivalencia de los términos utilizados.

Así pues, las «zonas inexploradas» pueden significar —en nuestro contexto— «desconocimiento» —real o aparentado, impuesto por el silencio guardado por distintas razones y en relación con diferentes aspectos de la realidad— del *pasado*. Esas serían las «zonas inexploradas» de la historia. En este sentido las «zonas inexploradas» se han puesto de moda en Polonia: sirven para tratar asuntos de las relaciones polaco-soviéticas que antes estaban vedados [por ejemplo, la disolución por el Comintern en 1937 del Partido Comunista de Polonia y la *masacre* de los comunistas polacos llevada a cabo por el aparato represivo estalinista; el reparto de Polonia concertado por Molotov-Ribbentrop en el anexo secreto al acuerdo de 1939; el asesinato de 12.000 oficiales polacos (4.000 en Katyn, ¿y el resto?); el asunto de la Insurrección de Varsovia de 1944 a la que se condenó al fracaso, aunque el Ejército Rojo estaba apenas a unos pocos kilómetros del centro de la capital polaca; el asunto de la detención y deportación de los soldados y mandos de la resistencia polaca, del Ejército del Interior, que salían de la clandestinidad al ser liberados los territorios orientales de Polonia por las tropas soviéticas y polacas, y muchas otras cuestiones más]. Estos asuntos tienen una importancia colosal, aunque muchas veces se trata solamente de decir abiertamente y en voz alta lo que se sabe de todos modos de sobra. Se trata de reconocer los hechos. Ahora bien, a mí no me interesan esas «zonas inexploradas» ni otras parecidas, sean polacas o extranjeras. No hablaremos, pues, de la historia y de sus zonas oscuras.

El término «zonas inexploradas» tiene otros significados y ésos son los que *nos van a interesar* aquí. Las «zonas inexploradas» pueden estar relacionadas con el presente y con nuestros conocimientos sobre éste. En lo que al socialismo concierne —como movimiento político y como formación, y ésas son las esferas que aquí nos interesan—, hay muchas y muy importantes cuestiones de este tipo. Se trata, naturalmente, de los problemas que se plantean *actualmente* ante el movimiento socialista, en el sentido extenso del término que comprende muy diversas manifestaciones concretas. Se trata de asuntos tan novedosos que carecen de respuesta en las «biblias» del socialismo escritas por los clásicos: ellos no sólo no vivieron nuestras situaciones, sino que tampoco pudieron preverlas y eso nos obliga a utilizar nuestros propios cerebros y resolver los problemas por cuenta propia.

Se trata, por ejemplo, del análisis de las consecuencias sociales de la revolución industrial en marcha, de la importancia de esas consecuencias para las ideas del socialismo y, en particular, el aumento del paro estructural y la *desaparición paulatina de la clase obrera,* fenómenos inexorablemente ligados a la revolución industrial, que modifican sustancialmente las reglas de juego en el movimiento socialista, sus objetivos y sus acciones, si estas últimas han de ser racionales. Otra cosa más: ¿cuál es la postura ante el marxismo de las ramas del movimiento socialista (ampliamente concebido) que basan sus actividades en la teoría y la ideología marxistas, cuando el desarrollo de la realidad objetiva amenaza con liquidar los fundamentos en que se basa el marxismo en el análisis social (se trata de la desaparición gradual del proletariado y, juntamente con él, de la plusvalía, de la lucha de clases, de la dictadura del proletariado y de muchos otros elementos)? Y algo más: la actitud frente a la religión en una situación nueva, cuando los movimientos religiosos desempeñan, con frecuencia, un papel revolucionario y se

adhieren de manera consciente al socialismo en tanto que régimen que ellos mismos señalan en su ideología como objetivo del desarrollo social. También se plantea el problema de los movimientos de masas que objetivamente son aliados del movimiento socialista y que antes sencillamente no existían, porque no había razones para que existiesen (como ocurre con el movimiento ecologista que se está convirtiendo cada vez más en un movimiento de masas), o ahora han alcanzado esa categoría (por su número y calidad), como es el caso del movimiento feminista. Y por último, para cerrar esta lista de ejemplos, el asunto que hemos dejado para el fin, pero que lógicamente debería haber encabezado el orden: ¿qué entendemos hoy por «socialismo»? Sin una respuesta precisa a la pregunta sería difícil —o imposible— actuar de manera *consciente* en los marcos del movimiento socialista. Sería muy difícil también reflexionar sobre el socialismo del futuro y buscar soluciones profilácticas en ese sentido, no sólo porque sea diferente la realidad objetiva de hoy, sino también porque la palabra «socialismo» se vio afectada por el pecado de la polivalencia desde hace mucho tiempo, cosa que, por otro lado, no obstaculizó la explotación despreocupada de dicho término en el lenguaje coloquial y en razonamientos más o menos doctos sobre el tema.

Las «zonas inexploradas» pueden relacionarse asimismo con el futuro. En cierto sentido el futuro, al ser desconocido en el presente, es de por sí una «zona inexplorada». Pero no se trata de adivinar el futuro, de hacer profecías sobre el porvenir. De lo que se trata es de hacer *previsiones* y de hacerlas con exactitud científica tomando, como punto de partida, los hechos que hoy conocemos y el ritmo probable de su dinámica. Podemos, pues, admitir —guiándonos por los conocimientos que tenemos y rechazando los mecanismos defensivos de la disonancia cognoscitiva— que el fenómeno del paro estructural irá creciendo a un ritmo acelerado como función de la revolución en la esfera de la tecnología de la producción. Aquí se plantean dos cuestiones: cómo asegurar medios de vida a las personas privadas de su empleo en el sentido tradicional de la palabra y cómo asegurar a esas personas un nuevo tipo de trabajo (ocupaciones de utilidad social), porque en caso contrario la sociedad degeneraría y esa patología sería particularmente peligrosa para la juventud.

Otra «zona inexplorada» del mapa de ese futuro ya se deja sentir ahora y son las experiencias del presente las que permitirán darle solución en el futuro (precisamente por eso la indico en el párrafo sobre el futuro previsible): la actitud del socialismo hacia la propiedad privada de los medios de producción. Históricamente la liquidación de esa propiedad, en tanto que condición de la liquidación de las clases poseedoras y de la explotación del hombre por el hombre, fue la base del socialismo, la esencia que lo diferenciaba del capitalismo. Sin embargo, la historia del socialismo real ha proporcionado grandes enseñanzas en este campo: la liquidación de la propiedad privada no basta para edificar el régimen socialista en el sentido extenso de la palabra; tampoco garantiza la superioridad del socialismo sobre el capitalismo en la competencia entre los dos sistemas. Las experiencias de setenta años de esa rivalidad están obligando actualmente a los más obcecados dogmáticos a recular y ese retroceso está adquiriendo los visos de una capitulación. Resurgió así un viejo problema discutido a fines del siglo pasado (Simmel, Max Weber y otros) sobre las relaciones entre la estatización y la socialización de los medios de producción. Por otro lado, los avances de la tecnología han dado nueva vida a la cuestión económica contenida en la formulación «small is beautiful» (Selumpefer) que plantea a su vez de una manera novedosa el problema de la propiedad privada en la esfera de la producción. Pero, ¿qué diferencia hay, entonces, entre el socialismo y el capitalismo? La pregunta es fundamental y habrá que darle una respuesta consciente en el futuro, pero ya ahora tiene serias incidencias sobre la política de los movimientos socialistas. Por el momento esta cuestión plantea problemas, dudas y polémicas, y en definitiva es —ahora, con las experiencias acumuladas, más que nunca— una «zona inexplorada».

En el horizonte se perfilan muchas otras «zonas inexploradas». Una de ellas es, por ejemplo, el problema de la formación permanente. El individuo, mantenido por la sociedad deberá ser sometido a este proceso durante toda la vida. La sociedad deberá asegurar también al individuo la adecuada organización y aprovechamiento de su tiempo libre, ya que el tiempo de ocio se prolongará cada vez más. De esto ya se ha hablado alguna que otra vez. Por ejemplo, se refirió a este tema Platón en la Antigüedad, pero el problema vislumbrado por el filósofo griego tenía una dimensión y un sentido muy distintos a los que posee en nuestros tiempos y, más aún, a los que adquirirá en un futuro previsible.

Las experiencias, lamentablemente negativas, de la edificación del socialismo, plantean también el problema de la formación *moral* del individuo en la sociedad socialista del futuro. En el empal-

me de los siglos XIX y XX tuvo lugar una polémica con el llamado «socialismo ético» que terminó con la derrota de éste y con el destierro práctico de la corriente «ética» de la rama revolucionaria del movimiento obrero. Los filósofos marxistas se ocupan también de los problemas de la ética, pero eso nada tiene que ver con el asunto que aquí nos interesa. Se trata del lugar que esa cuestión ocupa en la *práctica* del movimiento socialista, en la inspiración de las posturas prosocialistas. Los marxistas, empeñados —por razones obvias— en los problemas económicos y políticos, siempre tuvieron desatendida la cuestión de la ética y, en general, los asuntos de la psicología de las masas. Sabemos cuán negativas son las experiencias de los países del socialismo real y, por consiguiente, hay que reconsiderar el problema de la creación del *Nuevo Hombre del Socialismo*. Esta es otra «zona inexplorada».

Y para terminar una «zona inexplorada» puramente política: ¿debe subsistir la división del movimiento socialista, aunque las causas que en el pasado la motivaron hayan dejado ya de existir, o se debe prever —y avanzar en esa dirección— su reunificación en el futuro?

Hasta aquí el puñado de ejemplos —el «menú» es mucho más rico en la realidad— que ilustran los problemas que centran nuestra atención. El catálogo presentado de cuestiones que requieren reflexión es incompleto, pero incluso esta lista parcial indica que tendremos que seleccionar unos pocos para que el ensayo que hemos proyectado no se convierta en un abultado tomo. No obstante, considero oportuna la indicación de la numerosidad de los asuntos dignos de ser clasificados como «zonas inexploradas».

Para cerrar estas notas de introducción haré una breve referencia a la polivalencia de la palabra «socialismo», cuestión a la que dedicaré mucha atención en mis actuales reflexiones. Aquí quiero recalcar únicamente una cosa. Con frecuencia la palabra «socialismo» se utiliza sin darse importancia a su polivalencia: unas veces se emplea en el sentido de «movimiento político socialista» y otras en el sentido de «formación (régimen) socialista de la sociedad». Esta diferenciación es tan nítida que su indicación parece trivial. Sin embargo, su omisión conduce a serias confusiones y errores en los razonamientos. Precisamente por eso, por prudencia, pongo esta observación en primer lugar. El resto irá surgiendo de nuestro razonamiento principal.

LAS «ZONAS INEXPLORADAS» EN LA ACTUAL SITUACION DE LOS MOVIMIENTOS PROSOCIALISTAS

De todas las cuestiones expuestas más arriba escojo aquellas que, a mi entender, requieren una aclaración particularmente rápida, si queremos que la discusión sobre el socialismo del futuro sea fructífera. He aquí los asuntos seleccionados:

a) qué entendemos por el término «socialismo» que utilizamos al reflexionar sobre sus formas futuras;

b) qué incidencias tiene la actual revolución industrial sobre la dinámica del movimiento socialista en el mundo;

c) qué postura debe adoptar el movimiento socialista ante los movimientos de masas contemporáneos y, en particular, qué tratamiento debe dar el movimiento socialista a la religión y a los movimientos sociales relacionados con la religión.

Ad.a)

La palabra «socialismo», utilizada como antónimo de «capitalismo», es tan corriente que la empleamos sin mayores resistencias y sin reflexiones profundas sobre su contenido. Cuando se trata de los asuntos sociales la cosa parece absolutamente clara y evidente. Pero la más breve reflexión nos conduce al descubrimiento de que la realidad es otra, que la palabra «socialismo» es polivalente y que su contenido carece de nitidez.

Ahora voy a omitir la polivalencia a la que hice referencia más arriba, es decir, a la utilización del término socialismo como movimiento político y como formación social. Esa diferencia es obvia y, por lo regular, la tenemos presente al utilizar el término. Aquí nos interesa, ante todo, aquel contenido de la palabra «socialismo» que se relaciona con el régimen socio-político cuya edificación se plantea el movimiento socialista y que es propagado por la ideología de ese movimiento.

«Topé» con este problema cuando emprendí una discusión con los partidarios de la tesis de que los países del socialismo real —nombre que esos países se dan— no son socialistas. Debo señalar que la discusión en cuestión se desarrolló en el seno de la izquierda (la derecha política no niega el carácter socialista de los países del socialismo real, ya que desde su punto de vista las deformaciones que se dan en esos países son precisamente lo único que se puede esperar del socialismo), que se siente irritada por las deformaciones políticas existentes en esos países, contadictorias con la vi-

sión que tiene del socialismo *ideal* esa parte de la izquierda. Yo, sin defender las deformaciones y su incompatibilidad con el modelo ideal, defendí la tesis —y la sigo defendiendo— de que esos países, desde el punto de vista de la definición básica de la formación económica de la sociedad que formuló Marx (se trata del carácter de la propiedad de los medios de producción), son países socialistas. La superestructura que tienen es incompatible con los ideales de la sociedad socialista según ésta se entiende generalmente, y precisamente de esta contradicción dimana, a mi entender, una *advertencia* importante para los partidarios del socialismo: la revolución en la esfera de la propiedad de los medios de producción y la liquidación que supone de la clase de los capitalistas no son condiciones suficientes para la edificación de la sociedad socialista dotada de atributos como la libertad, la igualdad, la fraternidad, etc., que son rasgos secundarios. En ciertas circunstancias puede surgir incluso una sociedad de superestructura comuno-fascista basada en la nacionalización de los medios de producción. Dadas las experiencias acumuladas hasta ahora considero que esta advertencia es muy importante. También me parece un acto ingenuo e, incluso, un error político, el intento de parte de la izquierda de distanciarse de la edificación del socialismo existente en la práctica mediante la simple negación del carácter socialista de las sociedades que, desde hace decenios, son consideradas como tales por el resto del mundo y viven en una realidad indiscutiblemente distinta de las sociedades del capitalismo. Para evitar en el futuro las deformaciones del socialismo (del régimen) no basta con cerrar los ojos a la realidad; por el contrario, hay que ver esa realidad con nitidez y analizarla a fondo.

Pero ésta fue sólo una simple observación al margen de nuestro asunto fundamental. Lo que quería decir es que la polémica que sostuve me ayudó a deshacerme de una convicción errónea que tenía: hasta ese momento me parecía que la palabra «socialismo» no era polivalente. Ahora sé que tiene múltiples significaciones: yo, por ejemplo, la utilicé dándole un determinado contenido, pero mis opositores —personas doctas y competentes— rebatieron dicha aplicación argumentando que era errónea. Bastó después un momento de meditación para ver cómo se abría una extensa gama de significaciones distintas, hasta aquel momento ocultas para mí, en la palabra «socialismo» que parecía tan simple.

Hay que abandonar la cómoda convicción —relacionada con la clasificación hecha por Marx de las formaciones sociales según las relaciones de propiedad vigentes en ellas— de que, para definir si un régimen sociopolítico es socialista o no basta con analizar su base. La sociedad no es una estructura reducida a su propia base de producción (en el sentido marxista), sino que posee también una determinada superestructura. Pues bien, cuando nos ponemos a analizar este asunto vemos que con el término «socialismo», con la noción «socialismo», empiezan a pasar cosas muy extrañas: en vez de *una* noción del socialismo funcionan *muchas* —incluso contradictorias— y es imposible establecer cuál de ellas es *auténtica.* La autenticidad de la significación depende de todo un entramado de circunstancias y condiciones a veces sumamente complejo. De nada sirve tampoco la evocación de los autores clásicos (Marx y Engels), porque ellos, a conciencia —salvo algunas observaciones fragmentarias—, eludieron toda manifestación rotunda al respecto. Lenin tampoco puede ser tomado como argumento, porque es parte de la polémica y no todos reconocen su autoridad. Vistas las cosas así hay que admitir que funcionan distintas nociones del socialismo (en tanto qué régimen) y esto explica la variedad de movimientos políticos —con frecuencia enfrentados— que se adjudican el calificativo de «socialistas». Nos habla de estas cosas la historia de la idea del socialismo, nos habla también la situación actual del movimiento socialista afectado a veces por animosidades incluso drásticas, nos hablan las luchas «fratricidas»: de no haberse producido la ruptura entre comunistas y socialistas en la Alemania de Weimar, Hitler no habría llegado al poder; el general Franco tampoco habría triunfado en la guerra civil española de no haberse producido enconadas luchas entre comunistas, socialistas, anarquistas y trostskistas.

Para poner más en evidencia la diversidad de las concepciones y, por consiguiente, la polivalencia del término «socialismo» —a la que hacemos referencia aquí— nos limitaremos a citar los «lemas» de las polémicas que se desarrollan en esta esfera, porque una presentación más detallada de las mismas exigiría la presentación pormenorizada de las posturas y argumentos de las partes y, posteriormente, su análisis y su discusión en una «mesa redonda». He aquí algunos temas polémicos de actualidad que tienen sus raíces en disputas muy prolongadas, mantenidas —algunas de ellas— ya más de cien años: el socialismo estatal (Marx y Engels anunciaron la desaparición gradual del Estado en el socialismo, en tanto que ejercicio del poder, en tanto que aparato de opresión de los trabajadores, pero anunciaron también —y de esto algunos se «olvidan» gustosamente—

la subsistencia del Estado en tanto que administrador de los bienes) y el socialismo sin Estado (el anarquismo concebido por Bakunin y Kropotkin y por sus partidarios y continuadores); el socialismo democrático (en la versión de los socialistas y socialdemócratas contemporáneos que pueden basarse en la autoridad de Engels y en su postura frente al parlamentarismo y su papel) y el socialismo de la dictadura del proletariado (en la versión de Lenin que pudo hacer referencia a ciertas manifestaciones de Marx, pero que fueron interpretadas por los bolcheviques y de esa manera aceptadas por el Comintern y aplicadas en las condiciones nacionales); el socialismo burocrático (en tanto que generalización de la experiencia de los países del socialismo real) y el socialismo de la autogestión popular (basado, sobre todo, en el ejemplo de Yugoslavia tras su ruptura con el Cominform, pero propugnado por muchos adversarios del estalinismo encabezados por el movimiento trostskista de la IV Internacional); el socialismo de la economía planificada y el socialismo «de mercado» con sus distintas versiones (incluido en ellas el complicado problema de la propiedad de los medios de producción); el socialismo monopartidista y el pluralista (la polémica entre estas corrientes es parte de la polémica que mantienen las concepciones del socialismo democrático y del socialismo dictatorial, pero se trata de un aspecto tan importante, sobre todo a la luz de los últimos acontecimientos, que es digno de ser singularizado para el análisis).

Como ya indiqué, el «menú» es más rico, pero ya los «platos» que hemos citado demuestran que el asunto es sumamente complejo. Los entendidos en la materia saben perfectamente que no hay respuestas prefabricadas para todas estas cuestiones y que se trata efectivamente de «zonas inexploradas» en el sentido que hemos dado aquí al giro. No tengo la menor intención de presentar aquí las posturas adoptadas por las partes en las polémicas indicadas. Tampoco pienso someterlas a una valoración. La presentación de tan distintas posturas, opiniones, definiciones y teorías debería corresponder a uno o más encuentros de «mesa redonda». La eventual síntesis y valoración de las distintas posturas podrán ser el fruto del trabajo hecho por esos encuentros y no del que se pueda hacer *antes* de que se celebren (si es verdad que nos enfrentamos a «zonas inexploradas» en el sentido que hemos dado al término).

¿Significa todo esto que por el momento carecemos de conocimientos positivos sobre lo que significa la noción «socialismo» (con excepción de su oposición a la noción «capitalismo» basada en el carácter de la propiedad de los medios de producción)? ¿Qué es lo que hace posible que bajo las banderas del socialismo se agrupen sus partidarios, a pesar de las diferencias que les separan, a veces muy profundas, en la comprensión e interpretación de lo que consideran fundamento de sus convicciones? Sí, podemos responder positivamente a estas preguntas y podemos hacerlo partiendo de la historia del movimiento socialista en el mundo: ese elemento positivo es la convicción de que el principal objetivo del socialismo (en tanto que régimen social) es la liquidación de todo tipo de explotación del hombre por el hombre. El resto es secundario, el resto es una explicación o interpretación de ese principio fundamental y a esa explicación se incorporan las consignas de «Libertad, Igualdad y Fraternidad».

¿Pero es suficiente la aceptación del principio de la liquidación de la explotación del hombre por el hombre para poder considerar que una persona es socialista? Basta una breve reflexión para llegar a la conclusión de que el citado principio es tan general y profundo a la vez que puede ser considerado —dadas sus múltiples consecuencias— como base de la comunidad de los socialistas. Yo mismo viví la asimilación de esa verdad en Varsovia, en octubre de 1956, cuando en un gran mitin de la población de la ciudad, Wladyslaw Gomulka —que acababa de salir de la cárcel— la formuló. Pienso que llegó a ella en los años que pasó en solitario en la prisión estaliniana. Confieso que en el primer momento fue para mí una conmoción: me faltaba todo el «envase» marxista en aquella definición del socialismo. Sin embargo, tras un examen más profundo llegué a la conclusión de que las formulaciones utilizadas por Gomulka eran justas y que los «envases» —independientemente de su tipo y calidad— eran algo secundario en comparación con el contenido, por importantes que fuesen. Esa verdad nos permite hablar de la *comunidad* de los socialistas, a pesar de las diferencias que les separan y que a veces son realmente profundas: unos, los marxistas, justifican la elección del sistema de valores que tienen (porque de eso se trata en definitiva) con la cosmovisión marxista, mientras que otros, los partidarios de la Teología de la Liberación, evocan la revelación divina. Ahora bien, esas diferencias no eximen —a nadie— del deber de pensar sobre las nuevas y concretas formas del socialismo del futuro. Hay que reflexionar sobre esta cuestión partiendo de las experiencias aportadas hasta ahora por el desarrollo del socialismo y de la actual situación social que ya está relacionada con la nueva Revolución Industrial.

Ad.b)

La lógica del desarrollo de la sociedad nos lleva así de una «zona inexplorada» en el mapa del socialismo *moderno* (entendido como movimiento sociopolítico y también como régimen socialista en la versión en que existe en los países del socialismo real) a otra «zona» distinta: ¿cuáles son (y probablemente serán) las consecuencias sociales de la actual Revolución Industrial, en lo que concierne al socialismo?

He escrito muchas veces sobre este asunto, lo he hecho incluso con tozudez, porque no puedo librarme de la impresión de que el mecanismo de la disonancia cognoscitiva es lo único que impide a personas inteligentes y razonables, que se encuentran a ambos lados de la barricada que separa a los partidarios y adversarios del socialismo, aceptar argumentos muy simples e irrebatibles. Precisamente por ello tengo que seguir exponiéndome al reproche de que soy reiterativo y repetir una vez más lo esencial en esta cuestión, también desde el ángulo de la «zona inexplorada». Lo exige la lógica interna de estas reflexiones. Naturalmente, los muchos trabajos en los que he abordado este asunto, y sobre todo en mi libro *¿Qué futuro nos aguarda?*, me permiten abordar esta importantísima cuestión de manera resumida: a los lectores que estén interesados en profundizar el tema les recomiendo que consulten mis publicaciones.

El problema consiste en que actualmente nos encontramos en el mundo entero —aunque la intensidad del fenómeno es diversa y depende del nivel de desarrollo alcanzado en cada lugar— en un período de cambios motivados por la nueva Revolución Industrial. Una de las principales fuerzas de esta revolución es el avance conseguido en la electrónica que provoca a su vez un gran progreso de la automatización y la robotización, tanto en la producción como en los servicios. En la esfera social estos procesos conducen al paro *estructural* (tecnológico) masivo. Este fenómeno es imposible de erradicar y así lo previó ya en 1930 el economista más destacado de nuestro siglo, John Maynard Keynes. En los años sesenta repitieron indirectamente su idea Milton Friedman y James Tobin, dos Premios Nobel de economía, los dos norteamericanos, considerados como «apóstoles» del mercado libre. Estos dos científicos, para superar las secuelas económicas del proceso de pauperización, inventaron la «renta sin trabajo». Al ir desapareciendo el trabajo en su sentido tradicional (el trabajo asalariado, lo que en el lenguaje de Marx se denomina como «*Ichnarbeit*») y, por consiguiente, al ir desapareciendo la clase obrera, irán planteándose nuevos problemas relacionados con la necesidad de garantizar a la gente un determinado nivel de ingresos no vinculados a un trabajo tradicionalmente concebido: se trataría —y éste sería un concepto *nuevo* y más amplio— de todo tipo de *ocupaciones* útiles desde el punto de vista social (es evidente que sin aplicarse esa solución surgiría una sociedad degenerada y las patologías sociales afectarían principalmente a la juventud).

En esta situación no hay pretexto que valga: por mucho que se repitan los adjetivos «democrático» o «reformador» añadidos a la palabra «socialismo» nada se podrá hacer. Confieso que esas «trampas» y «disfraces» me producen náuseas, porque sé que nada pueden resolver y lo único que pretenden es encontrar un cómodo «camuflaje» para encubrir traumas, por otro lado muy comprensibles. La única salida real será la realización de un nuevo reparto del producto social, porque sin esa maniobra será imposible financiar el esquema basado en la «renta sin trabajo». Tengo que decir que somos testigos de la venganza de ultratumba de Marx, porque mientras las fórmulas «democrática» y «reformista» tienen como objetivo encubrir la esencia del proceso que se está realizando, la *revolución* más auténtica —aunque llevada a cabo con medios democráticos y reformadores— está demostrando de manera modélica la exactitud de la tesis básica del materialismo histórico sobre el cambio inevitable de la superestructura, cuando sufre un cambio radical la base de la sociedad. Permitamos a los continuadores modernos del famoso señor Jeurdain de Molier deleitarse con el descubrimiento —aunque se defiendan ante él como gato panza arriba— de que siempre hablaron en prosa: lo que está adquiriendo formas en el horizonte es la más auténtica revolución. Esto es indudable, al menos en lo que concierne al régimen económico, pero es evidente que también otros aspectos de la formación social cambiarán: la correlación entre las clases, el régimen político, la cultura dominante en la sociedad. Dicho con otras palabras: nos encontramos ante un cambio de toda la civilización humana (es decir, de su cultura espiritual y material) y todo intento de cerrar los ojos a esa perspectiva que acarrea grandes dificultades y suscita fortísimas resistencias es una actitud sencillamente peligrosa, porque de operarse todos esos cambios de manera espontánea podrán generar enormes costos.

Lo mismo se puede decir de las perspectivas relacionadas con un socialismo de forma nueva, perspectivas generadas también por el proceso más arriba señalado. Si no se padece de esa en-

fermedad que la psicología define como «mente cerrada», resulta evidente que, en definitiva, de eso, de una *nueva* visión del socialismo se trata. He recalcado intencionadamente la palabra «nueva» en relación con la visión del socialismo para indicar que en este caso también se trata de una «zona inexplorada» en el mapa del socialismo moderno y, concretamente, de una «zona» de gran importancia y dimensión, cuya exploración debe ser emprendida inmediatamente sin hacer caso de los «tabúes» o tradiciones que prohíban esa exploración. *Periculum in mora.* Hay que usar el cerebro que se tiene, porque de nada servirán las citas sacadas —de Marx o de la Sagrada Escritura— ya que la situación es nueva, en el sentido *revolucionario*.

En síntesis la cosa se presenta del siguiente modo: si la revolución en la esfera de la tecnología, que es la base de la producción y de los servicios, hace innecesario el trabajo directo del hombre (gracias a la automatización y la robotización), esa forma del trabajo irá desapareciendo y juntamente con ella irá aumentando el paro estructural. Esta no es una tesis marxista, como tratan de presentarla algunos de sus críticos para restarle credibilidad. Es una tesis producto del *sentido común* y basada no en las citas, sino en los hechos y en el razonamiento lógico. Marx y sus partidarios ya clásicos nada dijeron sobre este tema (con la excepción de un fragmento profético de *Grundrisse* de Marx de mediados del siglo XIX). El que sí habló fue John Maynard Keynes en 1930 y lo hizo de manera contundente. La tesis en cuestión no puede sacarse por deducción del marxismo (que describe objetivamente los hechos y determina sobre su base las previsiones de cara al futuro), aunque sí es marxista la tesis —y ya se hizo referencia a ello— que sostiene que, de ocurrir realmente de esa manera, entonces los cambios que se produzcan en la infraestructura de la sociedad acarrearán también cambios en su superestructura. Esto hace prever una revolución en toda la civilización moderna. Es verdad que Marx ya lo dijo en su teoría general (las relaciones entre la infraestructura y la superestructura de la sociedad), pero «a pesar de ello», es verdad (ese fantástico «a pesar de ello» lo oí en el mismo contexto que aquí ha sido utilizado, hace veinticinco años y lo utilizó un destacado teórico y práctico de las aplicaciones de los ordenadores en el desarrollo social, cuando —al explicarme algunos asuntos relacionados con ese tema— expuso los mismos contenidos, aunque con sus propias palabras: «eso ya lo dijo Marx hace cien años» —le aclaré provocando su sorpresa). Ese encantador «a pesar de ello es verdad» es una prueba del *terror* que produce en ciertos círculos no tanto el apellido de Marx, como la confirmación de que sus teorías siguen vivas.

Repitamos, pues, aquí ese «a pesar de ello es verdad» constatando que si se confirma nuestro «si» (en cuanto a la inevitabilidad del paro estructural como consecuencia de la actual revolución industrial), nos veremos, como resultado de dicha revolución, ante la perspectiva de una nueva y extensa edición del socialismo en cuanto a sus dimensiones sociales.

La argumentación que se puede dar para apoyar esta tesis es sencilla y está basada en el sentido común (la condición de marxista no constituye un obstáculo y tampoco es una *conditio sine qua non* para poder llegar a las correspondientes conclusiones). Si el paro estructural resulta ser un fenómeno inexorable de la actual revolución industrial y sigue aumentando, la sociedad se verá en la obligación de tomar medidas prácticas en dos sentidos al menos: 1) asegurar a las personas que no trabajan como asalariados (se trata de una categoría distinta de los parados) los medios de sustento correspondientes y 2) asegurarles ocupaciones de utilidad social que sirvan para sustituir al trabajo tradicional asalariado.

He escrito muchas veces de estas cosas —ya lo indiqué más arriba— y, por consiguiente, no tengo la obligación de entrar en detalles, pero sí repetiré la conclusión general que dimana de todo esto: nos encontramos ante hechos reales y concretos y las conclusiones que de ellos se derivan en cuanto a las medidas concretas que deberá adoptar la sociedad nos colocan cara a cara con las nuevas perspectivas del socialismo, tanto en el sentido de la formación social capaz de realizar las medidas postuladas, como del movimiento sociopolítico que se plantea como objetivo el triunfo de esa formación. El nuevo reparto del producto social, sin el cual será imposible conseguir los recursos necesarios para controlar el problema del paro estructural masivo y para poder organizar el trabajo de una manera nueva (no como trabajo asalariado, sino como ocupaciones de utilidad social), planteará, como cuestión importantísima del orden del día, el problema de la formación económico-social y, por consiguiente, el problema de la formación política de la sociedad.

Se puede afirmar con absoluta seguridad que la nueva sociedad que surja no será semejante a la sociedad del socialismo real. Esto es evidente, porque conocidas son las deficiencias de las actuales sociedades del socialismo real, tanto en la esfera de la economía, como de sus estructuras so-

cio-políticas. Pero también se puede afirmar que tampoco será una sociedad capitalista de tipo tradicional, porque esa sociedad no podría resistir las formas no capitalistas del trabajo, al que habrá que dar un nuevo significado. ¿Qué formación será, entonces? Esta es la pregunta que se plantea con agudeza ante todos los movimientos sociales y políticos y, sobre todo, ante los movimientos socialistas (en el sentido amplio de la palabra) por excelencia.

Ad.c)

Trataremos de dar respuesta a esta pregunta cuando abordemos —de acuerdo con lo anunciado y de manera selectiva— el asunto de las «zonas inexploradas» en el mapa del socialismo contemporáneo y de los retos que se plantean ante él en un futuro próximo (treinta-cincuenta años, si la siguiente generación de ordenadores no reducen aún más ese período).

Pero antes de pasar a estas cuestiones directamente relacionadas con el futuro deberíamos abordar, a mi modo de ver, en los marcos de las reflexiones sobre el sistema de las «zonas inexploradas» en la *actual* situación de los movimientos socialistas (a esta cuestión está precisamente dedicada la presente parte de las reflexiones), el problema de los movimientos aliados, de los movimientos de masas que tienen su propia visión de una «Nueva Sociedad» o, incluso, de una nueva edición del socialismo.

Es evidente que esta cuestión —dada su relativa novedad en la historia de los movimientos prosocialistas tradicionales— requiere nuevas reflexiones y constituye, por consiguiente, una «zona inexplorada» en el sentido que dimos más arriba a este giro. Pero hay que advertir también una lógica más profunda de todo este asunto. Si resulta evidente desde el punto de vista del sentido común (lo repito: para pensar de esa manera no es obligatorio ser marxista) que la revolución tecnológica en la esfera de la producción y de los servicios tiene que acarrear cambios en otras esferas de la vida social, transformando de esa manera todo el mecanismo de su funcionamiento, también es verdad que esos cambios afectarán igualmente —aunque de otra manera— a los movimientos de masas de carácter sociopolítico que constituyen un singular *pendant* hacia la revolución tecnológica, en tanto que factor subjetivo (los hombres) en relación con el factor objetivo que es la infraestructura de la vida social que se desarrolla de una manera más o menos espontánea. En lo que concierne a la tendencia prosocialista en el desarrollo de la sociedad, la influencia que ejerce ese factor subjetivo es *mutatis mutandi* parecida a la influencia del factor objetivo al que se hizo referencia más arriba. Y no es cierto que el desarrollo del factor subjetivo sea *únicamente* el resultado de la revolución en la esfera de la tecnología (el factor objetivo): de alguna manera esa relación de dependencia existe, pero no explica de manera exhaustiva las fuentes del fenómeno que nos interesa y tampoco se trata de una dependencia unilateral. Sus elementos están unidos por un singular *feed back*.

En todo caso, la novedad y significación del problema y, por otro lado, la incapacidad de los partidos prosocialistas tradicionales para darle una solución práctica, demuestran que nos encontramos frente al fenómeno de las «zonas inexploradas» que nos interesa. Se trata de un problema tanto más importante por cuanto concierne a una «zona inexplorada» del *presente* de la situación del movimiento socialista (en el sentido amplio de la palabra) y también —quizás en un grado aún mayor— del *futuro* (en este caso el asunto se relaciona tanto con el socialismo como *movimiento social* como con su significado de nueva *formación social*). En particular se trata de la postura hacia los movimientos que se basan en la religión y que seguramente verán aumentar su potencia.

Aquí no cabe el análisis de los pormenores de tan extensa y compleja problemática. Tampoco se trata de dar una respuesta definitiva a las preguntas que suscita. Cualquier intento de esa naturaleza sería irresponsable e, incluso, ridículo. Pero podemos apuntar los problemas existentes abordando al mismo tiempo toda una serie de cuestiones teóricas.

La actitud ante los movimientos ecologistas, feministas, juveniles, etc., no engendra mayores dificultades si se busca el enfoque general: basta con tomar conocimiento sobre la existencia de esos movimientos y reconocer su relativa autonomía (aunque los movimientos tradicionales pueden y deben incorporar sus preguntas y problemas a sus propios programas de acción). El apoyo de esos movimientos a las tendencias socialistas dependerá en gran medida de la táctica de los movimientos tradicionales. Esto se relaciona, a su vez, con la comprensión de la nueva temática y con la apertura de los movimientos tradicionales a esos problemas. Ahora bien, esta cuestión no implica mayores problemas teóricos y exige solamente una ruptura con el dogmatismo.

Muy diferente es el asunto de los movimientos de masas revolucionarios (anticapitalistas) relacio-

nados con la religión y basados en la vocación moral. Esos movimientos son cada vez más numerosos en el mundo y su influencia sobre las masas es mucho mayor que la fuerza de atracción de los movimientos socialistas tradicionales (por ejemplo, la Teología de la Liberación ligada al catolicismo es, sin duda alguna, la fuerza revolucionaria más potente y eficaz de América Latina; el fundamentalismo musulmán representado por parte de los movimientos chiítas proiraníes o por las tendencias abiertamente prosocialistas plasmadas en el «Libro Verde» del líder libio Ghadafi, etc.). Su diversidad está relacionada con la diversidad de la base religiosa que sirve de fuente inspiradora. Ahora bien, independientemente de las apariencias y de la fraseología que sirve para guardar esas apariencias, los citados movimientos *tienen* sus bases reales en los problemas sociales de la actualidad, en problemas que se plantean de distinta manera en distintos medios y partes del mundo. Esos problemas suelen cubrirse con distintos disfraces retórico-religiosos condicionados por la historia y cultura locales. No obstante, a pesar de las diferencias de los disfraces religiosos los contenidos de los postulados de esos movimientos son similares. El cristianismo, el islam, el budismo, etc., hablan de la necesidad de pasar a una Nueva Sociedad. Como resultado, esos movimientos, en la situación actual, adquieren un carácter revolucionario-anticapitalista, aunque pueden distanciarse del socialismo y, sobre todo, de su versión representada por los países del socialismo real que conocen como realización práctica. Esto complica la situación, cuando queremos reflexionar sobre las consecuencias que dimanan de todo esto para la estrategia y la táctica de los grandes movimientos socialistas tradicionales.

Y esto es lo que da una dimensión actual a un problema que tiene que ser contemplado como asunto del futuro, al menos en su plena dimensión. Esa dimensión futura incrementa la importancia de este tema en tanto que «zona inexplorada». Los problemas concretos relacionados con los movimientos de masas no pueden ser tratados de una manera idéntica, porque —como ya se ha dicho— esos movimientos son muy diversos en cuanto a sus orígenes, a su inspiración y a sus formas. No obstante, ciertas consideraciones de carácter general y teórico son posibles y oportunas ya que ordenan, de alguna manera, los fenómenos que aquí nos interesan. Y a esas consideraciones nos vamos a limitar aquí.

Ante todo se trata de la postura frente a la religión de los movimientos tradicionales que, de alguna manera, siguen ligados al marxismo en tanto que ideología o siguen cultivando las tradiciones anticlericales del Siglo de las Luces (fenómeno que se da con frecuencia en los partidos socialistas). Como es sabido, el marxismo —de acuerdo con la tradición del Siglo de las Luces— proclamó que la religión era una especie de opio para el pueblo y combatió la religión y sus influencias en la sociedad partiendo del ateísmo materialista. Aquí vamos a dejar de lado los aspectos metafísico-filosóficos del problema y nos concentraremos en sus fuentes históricas. Cuando Marx asimiló la consigna de Bruno Bauer en los marcos de la izquierda hegeliana y, a través de ella e indirectamente, la postura tradicional del Siglo de las Luces sobre este asunto, ello se debió no sólo a las motivaciones de carácter filosófico-doctrinal, sino también a las exigencias de la lucha social. En aquella época la Iglesia desempeñaba un papel reaccionario y contrarrevolucionario en la lucha contra el feudalismo y contra el capitalismo y su clase en desarrollo. La oposición del naciente movimiento obrero frente a la Iglesia se debió, precisamente, al papel que ésta jugaba. Por otro lado, la oposición entre el ateísmo y la fe religiosa era y sigue siendo, hoy por hoy, uno de esos problemas filosóficos «eternos» que no pueden ser definitivamente resueltos —dado el carácter de los argumentos que entran en juego— y siempre la polémica termina con la constatación de la existencia de premisas distintas que no pueden ser empíricamente comprobadas. Ahí suele terminar la disputa y el problema recupera su carácter «eterno». Pero esto no determina de ninguna manera la postura hacia los creyentes agrupados en movimientos religiosos de carácter social. En primer lugar, porque como sabemos gracias a la práctica, la falsedad de las tesis tomadas como base —si rechazando la fe religiosa la consideramos como un conglomerado de esas tesis— no determina, de por sí, los resultados que se derivan de los actos humanos asentados en esas tesis. Por el contrario, la historia nos enseña que las actividades desarrolladas por muchos movimientos sociales que tuvieron carácter religioso fueron a veces *revolucionarias*.

Por esa razón, cuando los movimientos tradicionales prosocialistas examinan el problema de los movimientos sociales de masas, por ejemplo, de la Teología de la Liberación, no deben preocuparse de si las premisas religiosas aceptadas por los miembros de ese movimiento pueden ser o no aceptadas por las personas no creyentes o de si son compatibles o no con el marxismo (cosa que para parte de los movimientos tradicionales, como por ejemplo la socialdemocracia, carece de im-

portancia, puesto que rechazaron ya hace tiempo el marxismo en tanto que base teórica e ideológica). Deben interesarse por los objetivos sociales de esos movimientos a veces abiertamente revolucionarios de cara al capitalismo. Cuando Marx habló de la religión como del opio para el pueblo pensó precisamente en *esa* cuestión: en los efectos que tenía la religión en la versión que era propagada entonces por la Iglesia, para la lucha de clases del proletariado. La Iglesia de entonces de manera intencionada mellaba el filo de la lucha (y Marx no condenó de manera general los movimientos sociales religiosos, siendo una prueba de ello la valoración que dio de la Guerra Campesina de Alemania, disfrazada con la vestimenta religiosa). Hoy las cosas son muy diferentes, hoy se trata a veces de movimientos *revolucionarios,* de movimientos aliados en relación con los movimientos tradicionales —proletarios— prosocialistas. ¿Se puede seguir repitiendo de manera dogmática o —lo que aún es peor— sin sentido alguno, cuando esos movimientos de una u otra manera *luchan por el socialismo,* que la religión no es otra cosa que el opio para el pueblo? ¡Se cometería algo totalmente absurdo! Esa actitud tiene que ser radicalmente modificada. De eso no se desprende ningún cambio en la actitud del ateo o del agnóstico que siguen defendiendo la postura *científica* en su razonamiento, frente a la *metafísica* de la religión. Esta última cuestión es, en realidad, filosófica y, aunque se relaciona de alguna manera con el problema político y práctico que aquí nos interesa, no es idéntico a él. Y ésta era la conclusión que necesitábamos y fue la causa de todo el razonamiento expuesto.

El significado de esa conclusión para la acción tiene que ser establecido en cada caso de manera concreta y por separado ya que son muchas las variables que entran en juego. Pero el asunto central tiene que quedar bien claro: no hay razón alguna que prohíba la colaboración entre el movimiento tradicional obrero en sus distintas versiones con los movimientos prosocialistas de alguna manera ligados a la religión. Por el contrario, se trata de un imperativo del momento ya que en el futuro irá creciendo el papel del factor moral en la conformación del Nuevo Hombre a lo que haré referencia en la siguiente parte de estas reflexiones.

LAS «ZONAS INEXPLORADAS» EN EL FUTURO PREVISIBLE DEL SOCIALISMO

Cuando pasamos a la dimensión del futuro de los fenómenos sociales la pregunta sobre las «zonas inexploradas» en la previsión de los fenómenos específicos, como los que aquí nos interesan, empieza a complicarse en la medida en que el propio futuro es desconocido y, en cierto sentido, todo él es una «zona inexplorada». No obstante, hay toda una serie de cuestiones futuras —y sobre todo las que tienen su proyección en un futuro cercano— que son susceptibles a las previsiones relativamente exactas si se parte del conocimiento de los hechos y de las leyes que determinan su dinámica. Hay algunas cuestiones de esa índole que poseen una enorme importancia social y que la acción consciente del hombre pueden conformar de manera profiláctica. Es aquí donde funciona el *feed back* de las «zonas inexploradas» del futuro y del presente, que ya señalé más arriba. Para conformar la futura sociedad de acuerdo con nuestros planes y deseos —y disponemos de esa posibilidad— tenemos que tomar en consideración esos problemas, idear soluciones alternativas y actuar, en muchos casos, ya desde ahora, para alcanzar los efectos apetecidos en el futuro. De ahí la importancia de nuestra reflexión sobre el socialismo del futuro basada en las experiencias acumuladas hasta el momento, tanto las negativas como las positivas: hay que explorar las «zonas inexploradas» y dar comienzo a un intenso *brain storming* que nos permita tomar conciencia de qué es *lo que no sabemos* y qué soluciones podrían darse a los problemas que se nos plantean. El asunto es particularmente importante, porque ya desde ahora las conclusiones así formuladas deberían influir sobre nuestra *actividad* actual. La tarea es difícil y requiere libertad de pensamiento, el rechazo de todos los dogmas y tabúes, así como de todo tipo de limitaciones. Es inaceptable que las personas que participan en esa difícil y responsable labor sean sometidas al control de «fidelidad» por instituciones y estructuras que *ex definitione* saben mejor que nadie qué es lo que se permite y qué está prohibido. Actualmente sólo los suicidas pueden oponerse a la demanda de libertad de pensamiento. Para el bien de la causa hay que oponerse a los intentos de restringir esa libertad —intentos que se producirán sin duda alguna—, y la manera más eficaz de hacerlo sería la *institucionalización* de ese derecho a la libertad de pensamiento y de discusión a escala internacional.

Aquí solamente quiero apuntar (nada más) los problemas que, a mi juicio, constituyen las principales «zonas inexploradas» que podemos distinguir en el horizonte. De acuerdo con lo anunciado habrá que seleccionar rigurosamente los temas y dejar de lado incluso algunas de las cuestiones señaladas en la lista dada en la introducción. De

otra manera me sería imposible actuar, porque el espacio de que dispongo es insuficiente para abordar todos los problemas.

Para tener una idea precisa de cómo será el socialismo del futuro tendríamos que precisar cómo será la formación *económica* de dicho socialismo. La aclaración de este asunto requiere responder a muchas y muy complejas preguntas. En muchos casos las respuestas comprenderán distintas variantes, mas para tomar conciencia de ellas, para formularlas, será necesario el ya citado *brain storming*. Me estoy refiriendo a las siguientes cuestiones (vuelvo a repetir, por prudencia, que la lista es incompleta y la selección hecha, por fuerza, subjetiva y condicionada por los puntos de vista que tiene el autor en estos temas):

a) la propiedad social de los medios de producción *versus* la propiedad privada en el socialismo del futuro;

b) la planificación de la economía *versus* la economía de mercado;

c) el centralismo *versus* la descentralización.

En segundo lugar, la formación *social* (ante todo la estructura clasista) del socialismo del futuro:

a) ¿Qué clases sociales habrá en esa formación?

b) ¿Es posible el socialismo sin la clase obrera?

En tercer lugar, la formación *política* de esa sociedad, que implica las siguientes preguntas concretas:

a) el Estado y la democracia (la desaparición paulatina de la dictadura del proletariado juntamente con la desaparición de la clase obrera);

b) el pluralismo político *versus* el sistema monopartidista.

En cuarto lugar, la creación del *Hombre Nuevo* del socialismo y el papel del «socialismo ético».

En quinto lugar, el papel del marxismo en el socialismo del futuro.

* * *

Incluso esta reducida lista de temas resulta imponente: para tratarlos sería indispensable una extensa monografía y no un artículo, por largo que sea. De ahí que el lector tenga que contentarse con un esbozo de los problemas y también de las respuestas que se proponen.

Evidentemente, la selección de los temas y la manera en que son presentados están afectadas —como ya indiqué— por una determinada subjetividad relacionada con las opiniones del autor. Si en alguno de los casos me aventurase a dar mi propia respuesta a alguna de las preguntas formuladas, habría que tratar esa actitud como una participación en la discusión, a la que también tengo derecho.

* * *

Primero. Hay que empezar por la formación económica del socialismo del futuro para poder responder a esa pregunta básica: ¿qué entendemos en este contexto por «socialismo»? Una breve reflexión al respecto nos persuade de que nos encontramos ante una «zona inexplorada».

Esto no deberá suscitar demasiado asombro si volvemos mentalmente a las dificultades que tuvimos en la parte anterior con las reflexiones sobre el socialismo de *hoy*. Es evidente que esas dificultades aumentarán en el futuro como consecuencia de los rápidos y profundos cambios que se producen en la realidad objetiva de la sociedad. He aquí algunos de esos problemas que puedo solamente apuntar como temas de un indispensable *brain storming,* ya que carezco de respuestas seguras y, por otro lado, soy consciente —en el sentido teórico y práctico— de las muchas cuestiones que entran en juego. El único consuelo (para el autor) es la certidumbre de que, en la historia de la ciencia, la detección y el planteamiento del problema es tan importante casi como su solución y, a veces, incluso más importante, porque enriquece nuestros conocimientos sobre el mundo al incorporar a éstos un tema novedoso, cuya solución (con excepción de las ciencias que se basan en la deducción) siempre es el resultado de un proceso y no una verdad absoluta.

Ad.a)

Ante todo se nos plantea el problema de la propiedad de los medios de producción en el socialismo. La cuestión es singularmente importante ya que es un elemento de peso de la reflexión más arriba anunciada (en el punto quinto) sobre el lugar y papel del marxismo (en tanto que teoría e ideología) en el socialismo del futuro.

Hasta ahora el elemento principal —y el más seguro— de la especificidad del socialismo frente al capitalismo es el carácter social de la propiedad de los medios de producción. En el capitalismo la propiedad de esos medios es privada. Para Marx esta cuestión era un axioma en el que basó toda la estructura de los razonamientos expuestos en *El Capital* (la plusvalía, la explotación del prole-

tariado por los propietarios privados de los medios de producción) y de sus concepciones sobre las sucesivas *formaciones económicas* de la sociedad (en la *Introducción a la crítica de la economía política*). Marx diferenció las formaciones económicas indicando los rasgos específicos del derecho de propiedad que en ellas regía. El socialismo está en la cumbre del desarrollo de la sociedad en esa concepción, porque equivale a la liquidación de la propiedad privada de los medios de producción y de las estructuras clasistas que están condicionadas por esa propiedad. El rasgo que distingue fundamentalmente al socialismo como régimen social es —de acuerdo con esa tendencia— el carácter *social* de la propiedad de los medios de producción (objeto de discusión es únicamente la relación existente entre la socialización y la estatización), a diferencia del carácter privado que tienen en el capitalismo. Con ello está vinculada la convicción (compartida por distintas escuelas del pensamiento socialista) de que el socialismo —con la propiedad socializada— liquida el régimen clasista capitalista, la explotación de la clase proletaria y la anarquía de la economía provocada por los mecanismos del mercado que frenan el desarrollo económico de la sociedad. Para Marx (y los marxistas que le siguieron) las formas del nuevo reparto de los bienes en el socialismo (según el trabajo del individuo en la etapa inferior del desarrollo y según las necesidades humanas en la etapa superior, en el comunismo) son una función de esa transformación básica y revolucionaria en la esfera de la propiedad de los medios de producción. Naturalmente, Marx contemplaba la sociedad como un todo compuesto de la base y de la superestructura dependiente de ella (hablando con más precisión: del sistema de superestructuras), pero —dejando de lado muy contadas observaciones— no se pronunció de manera sistemática sobre la superestructura en el socialismo. No lo hizo —como científico que era— para evitar la acusación de que hacía profecías. Partiendo de este punto de vista, es justa la afirmación que yo defiendo de que los países del socialismo real, a pesar de todas sus deformaciones en la superestructura, son —a la luz del marxismo— una versión del socialismo, en cuanto a su infraestructura estatizada de los medios de producción.

No he dicho todo esto para repetir verdades triviales sobre el socialismo marxista, sino para poner al descubierto de la manera más aguda posible el sentido de esa pregunta relacionada con el futuro: ¿cómo será en este punto el socialismo del futuro?

Como por diferentes razones que ya se dejan sentir actualmente, y que sumen a la teoría y a la práctica del socialismo en una profundísima crisis, sería muy difícil suponer que el socialismo del futuro (en el sentido de las formas de la sociedad socialista) pudiese mantener las opiniones de hoy sobre ese tema y la práctica ligada a esas opiniones; se puede predecir que los partidarios del marxismo se verán en una situación dificilísima.

Al hacer la pregunta: ¿cómo será en este sentido el socialismo del futuro?, pensamos no sólo en los partidarios del marxismo. La mayor parte de los partidos socialistas y socialdemócratas ha rechazado el marxismo como ideología. Tienen una situación más cómoda que los partidarios del marxismo, porque en el avance hacia los nuevos enfoques y soluciones no se alzan como obstáculo las tradicionalmente asimiladas. No obstante, los partidos prosocialistas no marxistas también se verán en situaciones incómodas, porque también tendrán que responder a nuevas preguntas y a complementar su arsenal ideológico muy aligerado por el rechazo del marxismo. Ese arsenal no puede quedar, no obstante, vacío. El viejo truco del reformismo que afirma que el objetivo es lo de menos, porque lo que importa es el camino que se sigue, de muy poco servirá en una época de cambios revolucionarios, es decir, en los momentos en que la gente preguntará hacia dónde conduce el camino que han de seguir. Hay que responder a esa pregunta, y tanto más por cuanto los nuevos movimientos sociales, y entre ellos el ecologista, ya están dando sus propias respuestas. El partido que no esté en condiciones de dar una contestación satisfactoria a su clientela —y sobre todo a los jóvenes— se verá derrotado. Hoy la ideología *es necesaria* para que pueda indicar el *objetivo* que se persigue y no sólo el camino que conduce hasta él. Los partidos conservadores también lo comprenden. Con esto quiero decir que, en ciertos casos, ante todos, también ante los que no están marcados por la herencia del marxismo, se plantean los mismos problemas. Si es así tratemos de analizarlos.

No vamos a hacer profecías. En este caso la futurología científica se ve acosada por un número tan grande de variables e incógnitas que es incapaz de dibujar los pormenores de esa sociedad del futuro. No queda más remedio que limitar las ambiciones y tratar de indicar tan sólo las posibles variantes del desarrollo, partiendo en el análisis de los hechos ya conocidos y del ritmo y dinámica probables en su desarrollo. Esta base puede ser muy útil para formular cosas de importancia desde el punto de vista de las necesidades de los mo-

vimientos socialistas y de su orientación, si —ante las alternativas que se perfilan— desean encauzar el futuro desarrollo en la dirección apetecida. Pero para eso *hay que tener una ideología* que indique el *objetivo* del desarrollo. Por esta razón escucho con horror —lo confieso— a aquellos que con un tono displicente repiten (también ahora, cuando lamentablemente la situación es crítica) las antiguas «sabidurías» del reformismo y afirman que el objetivo carece de importancia. ¡No es verdad! Si no se tiene conciencia del objetivo no se puede entender el conjunto del camino que conduce hasta él. Ese «hacia donde se va» tiene que ser evidente para el político que no quiere limitar sus horizontes a las decisiones más inmediatas. El «camino» sin objetivo preciso tiene que conducir inexorablemente al fracaso y, para colmo, en una perspectiva histórica relativamente corta.

¿Qué se puede decir con seguridad —a mi modo de ver— sobre ese futuro no lejano?

En primer lugar, que nos regalará una sociedad de economía colectivista en cierto sentido y, en ese mismo sentido, socialista. Lo indican los resultados de la actual revolución industrial cuyo ritmo se acelera. Esos resultados conducen *inexorablemente* a la desaparición del trabajo en su sentido tradicional y a la necesidad de implantar un nuevo sistema de reparto del producto social con el fin de asegurar los recursos necesarios para mantener a todo un ejército de personas marginadas del trabajo tradicional (la automatización y la robotización). Esas personas tendrán que dedicarse a ocupaciones de utilidad social, es decir, a un trabajo de nuevo tipo y financiado también de una manera distinta por la sociedad. A lo dicho hay que añadir el problema del paro estructural en el Tercer Mundo (en ellos vivirá en el año 2000 el 85 por 100 de la población del planeta) que no podrá ser resuelto sin un nuevo reparto de la riqueza *global* del mundo, so pena de una catástrofe también global. Repito estas cosas por enésima vez, pero es el único método eficaz para desbaratar los mecanismos defensivos de las «mentes cerradas». *No hay* argumentos racionales en la literatura de este tema que se opongan a la tesis aquí expuesta, si dejamos de lado la ignorancia, las evasivas o las estafas conscientes motivadas por el deseo de adular a los todopoderosos del bando reaccionario. La primera tesis que aprovecho en mis reflexiones es la siguiente: podemos hablar del *socialismo del futuro* (y no solamente del futuro del socialismo), en lo que concierne al contenido *económico* de ese régimen de la sociedad del futuro.

En segundo lugar, si tomamos en consideración la superestructura de esa sociedad —y, en particular, la política— vemos una nítida alternativa: la versión democrática, desconocida hasta ahora en la historia, plasmada en la práctica y no solamente en los postulados, gracias a las grandes posibilidades de multiplicar sus riquezas que tendrá la sociedad (ésa es la visión del *socialismo* en tanto que idea del bienestar universal, de la libertad y de la democracia); o la versión represiva-totalitaria (a mi juicio, la posibilidad de un régimen comuno-fascista es, dado el actual juego de las fuerzas políticas internacionales, real) generada por la colaboración de las clases dominantes antiguas con una nueva clase surgida del monopolio de la información en tanto que nuevo medio de producción y, apoyada por ideologías retrógradas, incluido el nacionalismo.

La comprensión y asimilación de estas dos premisas por la ideología de los movimientos socialistas es sumamente importante para su lucha, así como para la eliminación del peligro que supone para ellos el futuro.

Pienso que esa base, ese punto de partida, es indispensable para poder retornar al problema central de nuestras reflexiones: el papel de la propiedad socializada (*versus* privada) de los medios de producción en la concepción del socialismo del futuro.

Debo empezar por confesar que carezco de una respuesta decidida a esta cuestión. Debo confesar también que se trata de un problema que suscita en mí mucha inseguridad y vacilaciones. Pienso que mi problema no es un caso aislado y que la cuestión adquirirá una intensidad cada vez mayor a medida que se aproxime la nueva sociedad. Se trata de una cuestión de gran peso teórico y práctico. Pero precisamente por eso debe ser indicada y transformarse en objeto de incesantes análisis libres de todo tabú, dogmas y limitaciones. Esos análisis hay que hacerlos con la mente muy abierta a la nueva realidad.

Por un lado se trata —ya lo dijimos— de un elemento *básico* de la concepción del socialismo (aceptada a lo largo de toda su historia): la propiedad privada de los medios de producción es —según opinan unos— la base de la explotación capitalista de la clase obrera y el fundamento de la economía de mercado que frena el desarrollo de los medios de producción; la propiedad social de los medios de producción elimina —afirman los mismos— esos dos fenómenos negativos y es, por consiguiente, la condición indispensable para edificar el régimen socialista.

Por otro lado, después de setenta años de existencia del «socialismo real» nos vemos obligados a decir unas cuantas cosas basadas en la práctica, en la experiencia empírica, sobre los axiomas más arriba formulados. Y ésta es la premisa que tiene como punto de partida la segunda escuela de pensamiento relacionado con el tema de la propiedad de los medios de producción y el socialismo.

En primer lugar, se ha visto que la eliminación revolucionaria de la propiedad privada de los medios de producción, aunque sea una condición *indispensable* para la revolución socialista (no sabemos si lo será en el futuro o, si sigue siéndolo, si lo será como ahora), no es una condición *suficiente*. Se trata de una constatación que es como un «jarro de agua», incluso para los más entusiastas partidarios de la «revolución *contra "El Capital"* de Marx», como el Gramsci de 1918, quien escribió sobre la Revolución de Octubre en Rusia (en aquellos tiempos no compartía la postura negativa en ese sentido de colosos del marxismo como K. Kautsky y G. Plejanov, pero varios años más tarde, en sus *Quaderni* escritos en la cárcel, se «convirtió» a la idea del *consenso* social en tanto que condición previa indispensable para la revolución socialista). Si se hubiesen escuchado a tiempo las advertencias de Marx (La *Ideología Alemana,* 1847) y de Gramsci (*Quaderni*), el movimiento socialista (ante todo su rama comunista) habría evitado esa joroba que tanto deteriora su prestigio, que son los «socialismos *honoris causa*» de Africa, América Latina y Asia, y habría ahorrado muchos tormentos y humillaciones a los pueblos «redimidos» de semejante manera. También fue fatal en sus consecuencias la transformación, después de la Segunda Guerra Mundial, de los países de democracia popular —según la concepción que se tuvo inicialmente de ese régimen— en países socialistas (únicamente obedeciendo a los intereses estratégicos comprensibles de la Unión Soviética en 1948), que está costando muy cara al campo socialista y por la que seguirá aún pagando un altísimo precio durante mucho tiempo, incluida en él la posibilidad de explosiones antisocialistas en varios países. Por último hay que señalar los enormes errores cometidos en el desarrollo de los países más grandes del socialismo real, de la Unión Soviética y de la República Popular China, que últimamente también enfrenta muy graves dificultades económicas y políticas.

En segundo lugar, no se ha confirmado en la práctica la afirmación de que la propiedad privada de los medios de producción frena el desarrollo de esos medios, mientras que la propiedad socializada lo acelera: la comparación de los resultados que arroja la rivalidad entre los dos sistemas de propiedad en la esfera de las innovaciones tecnológicas, de la productividad y del desarrollo de los medios de producción es vergonzosa.

En tercer lugar, tampoco se ha confirmado la tesis sobre la anarquía de la economía de mercado y sobre sus efectos negativos sobre la vida social como consecuencia de las crisis de superproducción inevitables en el sistema capitalista: la crisis económica afecta actualmente a *todos* los países del socialismo real en un grado mucho más acusado que a los países capitalistas (la tesis sobre la crisis definitiva del capitalismo, blandida todavía por la propaganda comunista, principalmente en Occidente, parece sacada de una comedia de humor negro y es sumamente embarazosa). A propósito, existe una carta de Marx, no citada seguramente por delicadeza, en la que el creador del socialismo científico dice que si el capitalismo supiese superar las crisis clínicas que le afectan (Marx lo consideraba imposible), no habría necesidad de derrocarlo. Lo que no pudo inventar Marx —porque no pudo surgir en su creativa mente ni como idea puramente absurda— es que los países socialistas busquen una salida al estancamiento económico en que se encuentran mediante la implantación de la economía de mercado y la realización de concesiones a favor de la propiedad privada en la economía.

En cuarto lugar, resultó que la anarquía económica es originada no por la economía de mercado, sino por un exceso de centralismo, por la carencia de ideas teóricas y por la deficiencia de las bases técnicas indispensables para la realización eficaz de una planificación de la economía. Por suerte además de los países socialistas y de su desafortunada (seamos exactos: arruinada) práctica, existen las multinacionales ultracapitalistas (esa nueva generación de criaturas del capital financiero, nacidas de los *cárteles* y *trusts* que Lenin consideró en su momento como el producto más sofisticado del capitalismo y, al mismo tiempo, su último producto), de las que se puede aprender cómo planificar eficazmente la economía. Pero al mismo tiempo resultó en Occidente que la economía estatizada (en algunos de esos países llegó a tener una dimensión considerable y formas muy modernas) cojeaba de las dos piernas y se procedió a su liquidación forzada (a la reprivatización), incluso en ramas que parecían insostenibles sin la ayuda financiera del Estado y que seguían siendo necesarias en la sociedad (la metalurgia, la minería del carbón, etc.).

Ad.b)

De una manera aún más dramática —aunque a mi modo de ver también más clara— se presenta el problema de la economía planificada *versus* de mercado y el socialismo del futuro. En este caso la práctica jugó una nueva y terrible pasada a los teóricos del socialismo que en algunos casos les ha conducido incluso a una fascinación casi histérica con la economía de mercado. Esta situación es una confirmación más de cuán insuficientes son los análisis llevados a cabo en esta esfera.

¿De qué se trata en este asunto?

En *primer* lugar, no cabe la menor duda de que la concepción (y la práctica) de la economía planificada en la versión tradicional comunista es sencillamente un fracaso. Esta realidad ha originado (y sigue originando) auténtico horror entre sus teóricos de ayer y los políticos que imponían a la fuerza dichas soluciones. Las consecuencias de la dominación de esa concepción durante años son catastróficas y pienso que no las abarcan a plenitud las fuerzas políticas que critican el sistema en el Este y en Occidente, aunque las causas de esa incomprensión (infravaloración) sean en ambos casos diferentes.

En *segundo* lugar, los efectos ya evidentes de la crisis han provocado una gran confusión (internacional) entre los teóricos y prácticos marxistas de este asunto. En algunos casos extremos esa confusión conduce a ver en la economía de mercado la panacea, el mejor remedio para resolver los problemas económicos del socialismo. A mi modo de ver la corriente favorable al mercado libre está adquiriendo las formas de una histeria suscitada por la frustración, y tanto más perjudicial por cuanto las premisas en que se basa esa «nueva ola» carecen de fundamentos racionales.

En *tercer* lugar, la euforia relacionada con la economía de mercado dimana en los círculos interesados por el tema de los países del socialismo real de las decepciones acarreadas hasta ahora por los métodos utilizados en la planificación de la economía y por la consideración de que el éxito económico de Occidente se ha debido a su mercado libre. Pero lo cómico es que ese mercado libre que se han inventado muchos partidarios del anticomunismo del Este o los «especialistas de ayer» de la economía del socialismo, hoy frustrados y desorientados, no existe en ninguna parte del mundo. No sé qué es lo que juega un mayor papel en el camuflaje de la dictadura económica en los mercados mundiales, las multinacionales y el capital financiero que las respaldan (una simple estafa de los interesados) o la aterradora incapacidad intelectual de los economistas que manifiestan su adhesión al campo marxista, aunque no se sabe qué significa esa declaración a la luz de esa omisión totalmente fantástica (y prudente a la vez) de la problemática económica básica de nuestro tiempo. Quiero decir que no es menester ser marxista para advertir el problema y lo prueba la rica y extensa literatura dedicada al tema, que no lo analiza desde posiciones marxistas. Si los marxistas se ocupasen de una vez de esa *terra incognita* también advertirían la actividad planificadora desarrollada por las multinacionales de nuestro tiempo.

En *cuarto* lugar, la *planificación económica* y no el mercado libre se hace cada vez más importante en un mundo de economía *global,* en ese mundo que se está desarrollando ante nuestros ojos. Es evidente que aquí no se trata de una planificación falsamente concebida, no se trata de una fuerza monopolista propulsora de la economía del país que trata de regular de manera pormenorizada todos los aspectos de la vida económica (hay cosas, como la productividad del trabajo en las empresas, que deben ser producto de la rivalidad y, por consiguiente, el resultado del funcionamiento del mercado). Se trata de la planificación que se basa en el *saber,* en los conocimientos sobre las necesidades reales de la sociedad (y contemplando el tema de una manera más amplia: las necesidades a nivel internacional). Se trata de las necesidades que existen ya en un determinado momento, pero también de aquellas que pueden ser previstas e, incluso, generadas intencionadamente. Esa planificación basada en los conocimientos y en la *imaginación creativa* (un buen ejemplo es la labor del gobierno y de la industria del Japón en el desarrollo de la microelectrónica en los últimos veinte años) previene las consecuencias negativas y costosas a nivel social de la anarquía del mercado, las elimina, pero sin liquidar las fuerzas que juegan en el mercado, al menos en cierto sentido y *en cierta medida.* Esto, a primera vista, puede parecer como si se estuviesen formulando opiniones contradictorias. Esa sensación se puede tener cuando se entiende por planificación de la economía el funcionamiento de un mecanismo que trata de someter a su dictado todos los fenómenos de la economía y se convierte en fuerza única que impide la participación de otras fuerzas tradicionales que de una manera más fácil y eficaz organizan la vida social en esa esfera. La contradicción es generada, en primer término, por aquellos que hacen uso de una concepción errónea de la planificación económica (tradicional en los países del socialismo real). Se podría

asimilar un hecho en sí trivial: el desarrollo normal de la economía exige hoy en día la cooperación de *dos* fuerzas motrices, la *planificación* y el *mercado*. La planificación (basada en el conocimiento de las necesidades económicas de la sociedad —tanto nacionales como internacionales—, en el conocimiento *científico* de la tecnología de la producción y en la imaginación creativa en cuanto al desarrollo y, juntamente con éste, al surgimiento e, incluso, a la generación de nuevas necesidades sociales) debe prever las grandes líneas de la evolución de la vida económica del país, pero debe estar acompañada del funcionamiento de las fuerzas del mercado, de la *competencia* de empresas de diverso tipo. A la luz de lo que hemos dicho más arriba, en la vida económica de todo país (pero con más razón en la vida económica de un país socialista, en todos los sentidos de ese término) deben actuar tanto las fuerzas de la planificación económica como las fuerzas del mercado, cada una de ellas en su correspondiente marco. Eso elimina la contradicción *principista* que existe entre ellas, aunque no elimina un posible choque en casos concretos de distintos objetivos e intereses (por ejemplo, cuando los intereses vitales de la sociedad obligan a aceptar el funcionamiento y existencia de empresas deficitarias desde el punto de vista económico, pero indispensables para un desarrollo conscientemente planeado: por ejemplo, la inversión de enormes recursos materiales y humanos en el programa de diez años de desarrollo de los ordenadores de la quinta generación, programa que lleva a cabo la entidad investigadora ICOT creada especialmente con ese fin en Japón). Por esa razón la eliminación de una de las dos fuerzas indicadas con el fin de asegurar el dominio a la otra fuerza es un error que tiene que conducir a consecuencias económicas negativas en la vida de la sociedad: así ocurrió cuando en nombre de la planificación económica se eliminó en los países socialistas la estructura y mecanismo del mercado. Pero de la misma manera —posiblemente en un grado aún mayor— tendría consecuencias negativas para la vida económica del país la eliminación de la planificación económica y su sustitución por la economía de mercado. No afirmo que esa corriente pueda abrirse paso en la realidad de hoy de los países del socialismo real y, menos aún, en los países del socialismo del futuro, cohesionados en un grado mayor que las sociedades de hoy con la economía global que, por diversas razones —dictadas en su mayoría por las relaciones internacionales—, dependerá de una manera más amplia de la planificación consciente. Sin embargo, me parece necesaria la acentuación de ese *iunctim* entre el factor planificador y las reglas del mercado libre en la vida de las sociedades socialistas, asunto que puede parecer una banalidad, pero que de hecho constituye un factor de gran significación.

En *quinto* lugar, hay que decirles claramente a los críticos de la economía planificada de los países de Europa Oriental que sus posturas, derivadas de las malas experiencias aportadas por esa economía, son el producto de un error cometido por ellos —y al que inducen a sus partidarios—, que consiste en que identifican la economía planificada *como tal* con su versión *mal* ideada en todos los sentidos. En primer término, porque —como ya indicamos— la «ideología» mal interpretada hacía identificar la economía planificada con la eliminación *total* de los elementos del mercado. Las consecuencias nefastas de esa concepción son de sobra conocidas (una de ellas es la actual euforia generada por la concepción de la economía de mercado, producto de la frustración originada por la economía planificada). En segundo lugar, y ésta es la cuestión central para nosotros, porque la planificación económica, sin la infraestructura moderna en las comunicaciones es, *ex definitione,* imposible. Sin embargo, esa planificación se hacía (¡santa ignorancia!) en los países del socialismo real.

Sabemos que en la legislación penal todo atentado llevado a cabo con medios ineficaces (por ejemplo, un intento de homicidio efectuado con una pistola de madera) es tratado con cierta condescendencia. En ruso existe un magnífico dicho para explicar esa situación: «Pokusheniye s niegodnimi sriedstvami» (no sé si en otras lenguas este dicho tiene algo que le pueda corresponder) *. Desde el punto de vista técnico la planificación practicada en los países de Europa Oriental era, desde el primer momento, ese «pokusheniye s niegodnimi sriedstvami». Primero faltaron los ordenadores, porque todavía no habían sido inventados, y luego, cuando ya los había, eran pocos, de capacidad insufienciente e incomunicados entre sí. A la luz de la informática moderna la «planificación» practicada en los países del socialismo real era una diversión muy costosa e inútil. Aquella planificación *no podía* dar resultados aunque la base econométrica existente fuese la más apropiada.

¿Qué se desprende de la constatación de esos resultados negativos? Evidentemente que no se

* Intento con medios inadecuados.

puede afirmar que sea la planificación económica la que no sirve. Lo que no funciona es la planificación económica *mala,* la planificación sin la correspondiente infraestructura en la esfera de las comunicaciones, es decir, ese típico «pokusheniye s niegodnimi sriedstvami». Aquí dejo de lado el problema de la correspondiente teoría econométrica —que también puede resultar errónea—, porque en nuestro caso basta con indicar ese hecho indiscutible que es la inexistencia de la correspondiente infraestructura técnica para la realización de una planificación económica moderna.

Ultimamente oí decir en Polonia que el ordenador *jamás* podrá simular las «vibraciones» propias de las distintas situaciones del mercado. Que se me permita decir que esa afirmación es digna de un cuento de hadas y que semejantes argumentos pueden ser presentados únicamente por gente que no tiene la menor idea de lo que puede simular ya un ordenador de la tercera generación y no hablemos ya de los ordenadores de la quinta generación con su «inteligencia artificial» que irrumpirán en el mercado ya en los años noventa.

En este sentido podemos sentirnos tranquilos: desde el punto de vista *técnico* la planificación económica será posible, incluso a escala global. También podemos estar seguros de que la economía planificada es y será más posible y más perfecta a medida que nos adentremos en el futuro. Esta es una indicación valiosa para la sociedad socialista del futuro.

Ad.c)

De acuerdo con lo que anunciamos, cerramos esta parte de nuestras reflexiones con el problema del «centralismo *versus* la descentralización» en la estructura económica del socialismo del futuro.

Naturalmente, también en este caso conservan su vigencia las reservas señaladas más arriba en cuanto a las «profecías». Sobre las posibles variantes del desarrollo —y su previsión científica— deben pronunciarse los especialistas en la esfera de la tecnología, antes que los especialistas en ciencias sociales. Si, a pesar de esa reserva, opto por abordar esta cuestión aquí, es porque soy consciente de la importancia que tiene a la luz de las experiencias negativas motivadas por la centralización excesiva de la planificación de estilo antiguo, y también porque considero necesario centrar la atención en este asunto de cara a la continuación del análisis sobre el socialismo del futuro.

Tal y como se presentan actualmente las cosas, sobre el tema que aquí nos interesa se pueden producir manifestaciones contradictorias. Por un lado, el desarrollo de la tecnología basada en la microelectrónica hace pensar —tenemos bases para ello en la práctica de la producción— que la descentralización en la producción y los servicios tiene perspectivas (la mejor ilustración de ese proceso es el desarrollo de la microelectrónica en pequeñas, pero muy innovadoras, empresas del famoso Silicon Valley de los Estados Unidos). Se puede esperar —y la previsión parece fundada— que el desarrollo de la tecnología (sobre todo de los ordenadores dotados de inteligencia artificial) seguirá impulsando el fomento de las *pequeñas* empresas, sobre todo en la esfera de los servicios. Pero paralelamente la experiencia nos enseña que la producción en la esfera de la microelectrónica exige inversiones cada vez mayores e infraestucturas de producción cada vez más grandes y complejas, lo cual conduce al polo opuesto, a la centralización, tanto de los capitales de inversión, como de los propios procesos de producción. ¿Es posible que esas *dos* tendencias sean auténticamente necesarias y sean en un mismo grado producto de la revolución en la microelectrónica? Es posible y no habría en eso contradicción alguna, pero se trataría de las dos caras de una misma moneda o de dos efectos simultáneos de un mismo proceso. No sé responder a esta pregunta. Ya sabemos que la pregunta es importante y por eso la indicamos, como también la necesidad de seguir analizando el problema.

Segundo. De acuerdo con el plan de reflexiones sobre las «zonas inexploradas» indicado al principio de este capítulo y concernientes al socialismo del *futuro,* vamos a pasar a los problemas de la formación social (de la estructura clasista) de ese socialismo.

Ad.a)

La reflexión sobre la formación económica de esa sociedad centró nuestra atención no sólo en las «zonas inexploradas», es decir, en los signos de interrogación. Indicó asimismo que el esquema tradicional en relación con el socialismo —como oposición al capitalismo, en lo que concierne a la propiedad de los medios de producción— está cambiando. Ese fenómeno se advierte con una claridad aún mayor cuando se analiza la estructura clasista (social) del socialismo del futuro.

En mis reflexiones sobre el tema parto de la tesis a la que ya hice referencia más arriba y de la que ya he escrito muchas veces y que dice: una consecuencia lógica del proceso de automatización

y robotización de la producción y de los servicios es la desaparición del trabajo en su significado tradicional, lo cual conduce a su vez a la conclusión de que tendrá que desaparecer también el proletariado tradicional. Este no es el lugar apropiado para someter esta tesis a discusión. Repito: he escrito muchísimas veces y de manera muy detallada sobre ese tema y en la literatura sobre la cuestión no he encontrado *ningún* argumento de importancia que hablase en contra de mi tesis. El que quiera cuestionarla y echarla por tierra tendrá que demostrar que el trabajo directo humano seguirá siendo necesario, aunque el desarrollo de la técnica lo haga inútil. Quedo a la espera de esa demostración, aunque tengo que subrayar que no creo en los milagros.

Esto significaría que aparecería una gran «zona inexplorada» en el mapa del socialismo del futuro: ¿Puede existir el socialismo *sin* la clase obrera, aunque su génesis histórica (en todo caso en lo que concierne a sus formas modernas, en particular a la marxista) se relaciona precisamente con la aparición del proletariado (ante todo del industrial) y con su explotación por el capital?

Se trata de una pregunta de importancia fundamental. Todo intento de esquivarla declarando (como hacen actualmente marxistas a veces muy respetados y preocupados que tratan de salvar a toda costa sus propias bases teóricas e ideológicas) que efectivamente la actual clase obrera y, sobre todo, aquella de sus partes que realiza trabajos manuales desaparecerá, pero que su lugar será ocupado por los científicos, los ingenieros, los técnicos, los ejecutivos y muchos otros «mandos» del proceso de producción automatizado, es un error. Es evidente que alguien —un ser humano— tendrá que dirigir el proceso de producción (Marx escribió en su *Grundrisse* en 1857 sobre el papel de los sabios e ingenieros de aquellos tiempos, promocionando la ciencia al papel de un nuevo medio de producción), pero eso no significa que la clase constituida por esas personas sustituirá al proletariado explotado por el capital. Por el contrario, esa nueva clase de personas podrá convertirse en una nueva clase poseedora (podrá monopolizar ese nuevo medio de producción que será la información) y, en determinadas condiciones, en nueva clase *dominante*. En ningún caso se tratará de un «sucedáneo» del proletariado y las relaciones de explotación del *trabajo* humano no entrarán en juego: podrán surgir muchas otras formas de explotación del hombre por el hombre, pero la explotación del trabajo humano desaparecerá, porque desaparecerá el trabajo como tal. Los robots y autómatas pueden ser *utilizados* en el proceso de producción, pero no pueden ser explotados en el sentido en el que se explota al *hombre* trabajador, que es despojado de la plusvalía que genera. Cambian las reglas que sirvieron de base al socialismo. Por consiguiente, la pregunta adecuada es ésta: si en el futuro en que regirán esas reglas existe el socialismo, ¿qué significará esa palabra y de qué socialismo se tratará?

Esta es, sin embargo, solamente una parte del problema que se nos plantea. En su forma global concierne a las estructuras clasistas (es decir, a la formación social) del socialismo del futuro.

Las raíces de ese problema se encuentran en la actual realidad que desdice de manera decidida una de las tesis fundamentales de Marx, de su teoría. Previó él, partiendo de un análisis de la situación clasista de la sociedad en que vivió y de la dinámica que manifestaba, que se produciría una polarización cada vez más acusada de las estructuras clasistas que daría, como consecuencia, la desaparición de las clases medias que pasarían a ser, principalmente, parte del proletariado. El estado de cosas que podemos observar casi ciento cincuenta años después es totalmente opuesto. Disminuye constantemente el campo perteneciente a la clase proletaria y también el área social de la clase capitalista, mientras aumentan las posesiones de las clases medias (hay ya una extensa literatura sobre este tema dentro de la cual destaca, por su claridad y argumentación, el trabajo del profesor de la Universidad Complutense de Madrid Salustiano del Campo Urbano, titulado «La Sociedad de Clases Medias», que presentó como conferencia de inauguración del año universitario en 1988).

Ya estamos viviendo en una sociedad en la que —en contra de lo que predijo Marx— el papel de las clases medias aumenta incesantemente. ¿Y en el futuro? El dinamismo previsible de la actual sociedad (que se manifiesta en la gradual desaparición del proletariado y de la clase capitalista) hace suponer que el proceso se intensificará. Eso significaría que el socialismo del futuro sería una sociedad de clases medias. Nuestra «zona inexplorada» adquiere en este caso una dimensión peligrosa. Por un lado la situación descrita nos facilita la respuesta a esa lógica pregunta de ¿a quién dominará la nueva clase poseedora a la que nos referimos más arriba, si en determinadas y favorables circunstancias se transformase en clase *dominante*? Dominará a las clases medias que se hayan formado. Pero se plantea paralelamente la pregunta de si esas clases medias no generarán el capitalismo, tal y como lo prevé la teoría marxista. Se trataría de un problema muy complejo ya que

el socialismo generaría el capitalismo. Ya no se trata de una «zona inexplorada», sino de un rompecabezas.

Ad.b)

Este es un problema que aparece como «zona inexplorada», pero es un problema que requiere contestación si ha de tener sentido cualquier cosa que se diga sobre el socialismo del *futuro*. Al menos hay que tener conciencia de que esas palabras encierran hoy en día un *nuevo* problema.

Mi papel en este ensayo consiste, ante todo, en poner al descubierto las «zonas inexploradas» allí donde existan en el contexto del desarrollo del pensamiento socialista y trato de atenerme fielmente a esa función de «apuntador». Ahora bien, eso no me prohíbe la formulación de mis propias observaciones sobre la solución de las nuevas preguntas que se plantean. Por eso también esta vez probaré mis fuerzas.

A mi juicio el problema del socialismo no se limita exclusivamente a la explotación económica del hombre por el hombre. Abarca todos los aspectos de la formación socialista de la sociedad. Esto significa que el socialismo tiene en cuenta también otros aspectos de la opresión y la explotación del hombre por el hombre (por ejemplo, el problema nacional, el problema femenino, etc.). Tiene asimismo en cuenta los problemas de la cultura y de la conformación del Hombre Nuevo que se basan en sistemas de valores cambiantes, etc. Pero tradicionalmente la explotación económica siempre se colocaba en cabeza, siempre aparecía como el *peor* de los males sociales. Precisamente por eso otros problemas eran enfocados —y así lo justificaba la historia— como cuestiones secundarias en relación con el asunto fundamental. El socialismo —en tanto que idea social y visto de una manera amplia— es una idea de lucha contra todas las manifestaciones del mal en la vida social. En tanto que forma organizadora de esa vida trata de eliminar esos males de manera institucionalizada.

Esto significa que el problema del socialismo es sumamente extenso y abarca, en realidad, la totalidad de la vida social de los hombres. Si entendemos esto tiene que estar claro que el cambio de uno de los puntos del programa o, inclusive, su eliminación, no liquida toda la idea y lo único que motiva es su recomposición. La dificultad radica más bien en las barreras sicológicas que tienen las personas que se acostumbraron a enfocar el problema de una manera determinada, que en la cuestión en sí.

El socialismo del futuro tendrá —a pesar de los cambios que se puedan producir— «trabajo para parar un tren», como se dice en el lenguaje coloquial. Naturalmente, el socialismo existirá y se concentrará, de una manera más íntegra de lo que pudo concentrarse en el pasado por razones obvias, en los problemas centrales de la vida del hombre, en la conformación de un sistema más perfecto de valores y en la creación, sobre esa base del Hombre Nuevo que, con sus actitudes y actos realizará los ideales del humanismo socialista —porque éste podrá adquirir contornos reales y romper con el carácter abstracto de sus postulados— y el universal. Será una novedad en la historia del socialismo que, como régimen social, no perderá de vista, naturalmente, los problemas organizativos y sociales que son la base de la vida cotidiana del hombre.

¿Es posible? ¿No se trata de una utopía? Es posible y no es una eutopía gracias a la nueva base económica, más rica que nunca, desconocida hasta ahora por la historia de la sociedad. Los que más me irritan son los «realistas» de distinto plumaje que de vez en cuando alzan su voz en distintos movimientos socialistas de nuestro tiempo y, partiendo de la miseria del socialismo real de hoy, se refieren, con sarcasmo, a la «utopía de Arcadia». Pienso que son unos ignorantes en lo que atañe a las tendencias y a las posibilidades de la sociedad moderna y hombres de «espíritu ruin». Así fueron siempre los que se mofaron de la idea del socialismo, y lo más lamentable del presente es que esos señores estén actualmente instalados dentro de ese movimiento. Esperemos que el desarrollo sucesivo del movimiento hará posible deshacerse de esos elementos y, más aún, por cuanto su futuro desarrollo no requerirá en los países industriales altamente desarrollados sacrificios ni actitudes heroicas. En esas situaciones los «héroes» suelen aparecer con mucha facilidad.

Tercero. Se nos plantea el problema de una nueva formación *política* de la sociedad socialista del futuro y, en este contexto, nos concentraremos en el problema de la *democracia socialista* (democracia *versus* dictadura).

Ad.a)

Al abrir estas reflexiones debo aclarar una confusión: se trata de un problema de importancia en el contexto del socialismo del futuro, pero como el asunto es en principio conocido, también en sus pormenores (por ejemplo, el principio del reparto de los bienes en dos fases de desarrollo del so-

cialismo, a lo que hizo referencia Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*), no pertenece a la categoría de «zonas inexploradas» que aquí nos interesan. Esta opinión es errónea, porque tiene sus raíces en la práctica (también errónea) de la edificación del socialismo en los últimos setenta años. Ha llegado el momento de hablar de estas cosas abiertamente en el movimiento obrero internacional, y tanto más por cuanto en los marcos de la *glasnost* está surgiendo una agrupación de «disidentes con patente», cuando se trata de *Stalin,* pero se toleran lagunas muy graves en la crítica del *estalinismo* que dimana no solamente de la codificación del leninismo llevada a cabo por Stalin, sino también de la herencia dejada por el propio Lenin y por sus colaboradores más próximos que nadaban en las utopías de la euforia del período posrevolucionario (para hacer justicia histórica mencionaré aquí uno tras otro a Bujarin, en un extremo, y a Trotski, en el otro). Pero si la *glasnost* de verdad está en vigor saquémosle punta: para poder hablar (y pensar) sensatamente sobre el futuro tenemos que barrer primero bien todo el patio del pasado sin recular ante las figuras más grandes. Al mismo tiempo debemos tener en cuenta que las condiciones sociales y políticas en que nos toca actuar sufren constantes cambios.

Como ya señalamos más arriba, de la rica problemática que comprende esta parte de nuestras reflexiones nosotros escogemos una cuestión central: la democracia. En su significado abstracto es una noción simple y comprensible. Es la contradicción de la dictadura, de toda dictadura. Sin embargo, la deformación que ha sufrido en los países del socialismo real la ha convertido en una noción de contradicciones intrínsecas que conduce a la identificación de la dictadura que elimina la democracia, con la democracia. Se trata de un crimen no solamente político sino también intelectual que pone en peligro las bases de la democracia, en tanto que forma de organización de las relaciones sociales. Este fenómeno de una u otra forma se manifiesta en las sociedades de regímenes clasistas, pero adquirió su forma más aguda en la doctrina de la dictadura del proletariado que se identifica con «nuestra» democracia y, para colmo, con una democracia de calidad «superior». Desde este punto de vista las dictaduras burguesas y, sobre todo, su versión fascista, eran más honradas: proclamaban de manera abierta la liquidación de la democracia y su actitud hostil hacia ella. Jamás proclamaron que sus programas eran una forma «superior» de democracia. Lo que sucedió en los marcos de la doctrina de la dictadura del proletariado, según la versión del marxismo-leninismo, es una lucha *hipócrita* contra la democracia. Los países del socialismo real y lo que ha quedado aún del movimiento comunista pagan actualmente un alto precio por ese estado de cosas. Ese precio es la profunda crisis que padecen. Y esto es precisamente lo que nos obliga a abordar, al menos, algunos aspectos del tema en este lugar *sub specie* de las reflexiones sobre el socialismo del futuro y sobre las «zonas inexploradas» en nuestros conocimientos acerca del desarrollo social en este sentido.

No pienso abordar aquí el complejo problema de la dictadura del proletariado en tanto que forma política del Estado socialista. No pienso hacerlo, porque se trata de un asunto muy complejo (tanto desde el punto de vista teórico como práctico), pero ante todo, porque no es una «zona inexplorada» en el sentido que aquí nos interesa. No cabe para mí la menor duda de que el socialismo del futuro en los países altamente industrializados tiene probabilidades de adquirir las formas de un Estado democrático. Esto podrá producirse también como producto de la lección histórica que suponen los países del socialismo real y del precio que sus sociedades ya han pagado y todavía tendrán que pagar durante mucho tiempo, por haberse apartado de la democracia y aceptado la concepción leninista de la dictadura del proletariado. También es verdad que en la situación concreta en la que el socialismo fue implantado —en contra de las claras *prohibiciones* de Marx al respecto— en países que aún no habían madurado para el nuevo régimen hubiese sido imposible mantener el poder sin hacer uso de los métodos dictatoriales y de la violencia. Ahora bien, no podemos excluir la posibilidad de que surjan nuevos países socialistas «honoris causa» (sobre todo en América Latina) y se manifiesten en ellos los conocidos elementos y consecuencias de la «dictadura del proletariado». En los países altamente desarrollados eso con toda seguridad no sucederá. Esto significa que para nosotros —porque son los países más desarrollados los que nos interesan principalmente— el problema en cuestión no reviste mayor importancia.

Por las mismas razones tampoco figurará entre las «zonas inexploradas» el problema del Estado en el socialismo del futuro. Es verdad que los anarquistas siguen abogando por una sociedad de autogestión y sin Estado, pero estoy profundamente convencido de que se trata de una anticuada utopía (Ovidio, *Aurea aetas...*) de cuentos de hadas. Y algo similar se puede decir también de los marxistas, más moderados (Lenin defendió la idea todavía en 1918, en su libro *El Estado y la*

Revolución, lleno de utopías), de que el Estado desaparecería como aparato de represión y subsistiría como aparato organizador, administrador de las cosas. Las experiencias nos demuestran que el Estado es un instrumento tan valioso que solamente los soñadores pueden imaginar una situación en la que el poder renuncie a él.

El problema del Estado y la democracia, aunque con otra dimensión, seguirá siendo actual también en el socialismo del futuro. Y en ese contexto sí se presenta como una «zona inexplorada», aunque con otro sentido que el que examinamos hasta ahora. No se trata de *cómo* será esa democracia sino *si* existirá o no. Surge, pues, un nuevo problema: ¿Puede ir a la par con la infraestructura socialista una superestructura dictatorial y totalitaria o, formulando las cosas de una manera aún más ruda, una superestructura comuno-fascista?

Sí puede, y lo demuestra la experiencia del pasado. Hablan asimismo de esa posibilidad las previsiones racionales del futuro.

En lo que concierne al pasado, sabemos —lo dice la historia de *todos* los países del socialismo real— que la consecuencia de la revolución socialista, hecha de una u otra manera, en una situación en la que no se dan las condiciones objetivas y subjetivas necesarias (de lo que habla claramente la teoría marxista), fue la necesidad de un poder dictatorial para asegurar el mantenimiento del poder, aunque fuese por la fuerza. Y fue así como surgió ese extraño híbrido denominado comunofascismo. Esta cuestión, conmocionante cuando no se está preparado para asimilarla, exige un extenso y pormenorizado análisis que aquí no cabe (por falta de espacio y por impropiedad temática). No obstante, pienso llevar a cabo ese análisis rápidamente y lo expondré en un ensayo especial. Aquí solamente subrayaré que, mientras ese análisis no se lleve a cabo, no puede considerarse cerrada la discusión sobre el estalinismo. Subrayo: la discusión sobre el *estalinismo* en tanto que sistema político y no como estudio de la personalidad de Stalin que podrá ser muy necesario en la Unión Soviética y el movimiento comunista, pero que es algo relativamente simple.

En lo que concierne al futuro, deberemos tener en cuenta que irán desapareciendo las clases sociales tradicionales (la clase obrera ante todo) y que, simultáneamente, irá naciendo probablemente una nueva clase poseedora (poseedora de un nuevo medio de producción: la información), compuesta por científicos, ingenieros, técnicos, ejecutivos, etc., que basándose en parte de la burocracia y en los restos de las antiguas clases poseedoras, podrá tender a transformarse en clase *dominante.* Entonces surgirá el peligro de luchas sociales y una tendencia que buscará el poder totalitario. De esta manera, teniendo en cuenta la infraestructura colectivista de la sociedad, surgiría el peligro de un régimen comuno-fascista de nuevo tipo.

Todo esto es una «zona inexplorada» y lo que de ella salga dependerá de la actividad de los hombres, empezando por la actividad preventiva que debe ser iniciada *ya desde ahora.*

Precisamente por eso escribo estas palabras: para despertar la conciencia social mediante una discusión sobre el tema que deberá ser seguida de las correspondientes actividades y medidas.

Ad.b)

Esa discusión crea los marcos adecuados y las bases apropiadas para el análisis del problema del pluralismo político.

El asunto puede parecer evidente, aunque (o precisamente por eso) la experiencia de los países del socialismo real demuestra lo contrario: la democracia sin pluralismo y sin la libertad que éste significa para los que piensan de otra manera (Rosa Luxemburg) es una noción intrínsecamente contradictoria o, hablando llanamente, una mentira inventada para engañar a los ingenuos. Después de setenta años de experiencias con la dictadura del proletariado en la versión leninista-estalinista y de sus catastróficas consecuencias, es evidente que la democracia socialista tiene que ser pluralista (pluripartidista). Y así será la democracia del socialismo del futuro. La única «zona inexplorada» que queda en relación con este asunto está ligada a la pregunta antes ya planteada: ¿será democrática esa sociedad? Sabemos que son posibles las dos soluciones. Sabemos también que en el régimen comuno-fascista no habrá pluralismo. Y sabemos que ese desenlace tendrá múltiples incidencias sociales y que actualmente, sin jugar a las profecías, tenemos, no obstante, que movilizar a la opinión pública contra ese peligro.

El funcionamiento del sistema pluripartidista en el socialismo del futuro dependerá de las condiciones concretas que existan y de las actividades de los hombres. Y precisamente la contestación concreta a esa pregunta se obtendrá cuando surja la sociedad socialista del futuro. Ahora bien, es conveniente que ya vayamos pensando en ello.

Cuarto. Es evidente que todo cuanto hemos tratado en los puntos anteriores depende, en gran medida, del factor subjetivo, de cómo será el

Hombre Nuevo que será generado por las condiciones objetivas y el sistema de educación social del socialismo del futuro. Lo hemos indicado escrupulosamente subrayando que muchos fenómenos y procesos del futuro dependerán en gran medida de la actividad de los hombres. Esto es evidente, pero es una evidencia que debe ser recordada, porque las negligencias en este sentido pueden frustrar los mejores planes.

Se oye hablar del Hombre Nuevo del Socialismo desde que comenzó el experimento socialista. Lamentablemente los resultados obtenidos son pésimos y, posiblemente, en este asunto el experimento ha sufrido el mayor revés. No solamente fue imposible la creación del Hombre Nuevo: se le partió la columna vertebral al hombre antiguo, su espina dorsal moral. El asunto es desagradable cuando se refiere a ello un «extraño», y por eso recomiendo seguir lo que relata la prensa soviética acerca de la corrupción (instalada en las más elevadas cumbres). Había mafias como la del Chicago de los años treinta; el alcoholismo, la drogadicción y la prostitución son un hecho; el robo es una plaga tan generalizada que «desaparece» incluso la ayuda donada a las víctimas del terremoto de Armenia... En el desenmascaramiento de estas calamidades la *glasnost* realmente funciona. En lo que concierne a otros países del socialismo real puedo decir con modestia sobre Polonia: *¡de te fabula narratur!* Otros países, muy precavidos, han anunciado que sus regímenes funcionan tan bien que la *glasnost* no les hace falta. Que se lo crean los ingenuos si les gusta. Se puede asegurar con absoluta certeza que si el socialismo del futuro no aborda el problema con energía y consecuencia, fracasará.

¿Qué es lo que hay que hacer en este orden? Sería absurdo dar consejos desconociendo las circunstancias concretas del futuro. No se trata de elaborar nuevas formulaciones, porque si algo sobra en todo esto son las palabras de las que ya han fluido torrentes enteros y sin resultado alguno. ¿Se trata, pues, de una «zona inexplorada»? Con toda seguridad. Y a lo dicho hay que añadir la advertencia de Marx: no juguemos a las profecías.

No obstante, hay algo que puede ser indicado para crear así condiciones propicias para el *brain storming* también sobre esta cuestión.

En el empalme de los siglos XIX y XX se libró en el movimiento obrero (sobre todo en el alemán) una implacable lucha contra el «socialismo ético». Sus representantes salieron, principalmente, de la escuela filosófica del neokantismo (encabezaban la corriente) y tendían a reemplazar, en la motivación del movimiento obrero, la teoría económica y sociológica científica de Marx por la ética. He expuesto el asunto intencionadamente de una forma muy simplificada, porque de esta manera será más comprensible mi propósito. La fórmula propuesta por los neokantistas fue un intento de hacer retroceder a la ideología del movimiento obrero a sus antiguas posiciones utópicas. El ataque que lanzaron los «ortodoxos» marxistas contra la teoría del socialismo ético fue, a mi modo de ver, comprensible y acertado. La postura de los neokantistas era tan absurda en los marcos del movimiento obrero de principios del siglo XX, como el intento de «complementar» el marxismo con la filosofía de Kant (en ambos casos la maniobra fue intentada por las mismas personas). Sin embargo, en aquellas luchas ideológicas se perdió un elemento importantísimo para la motivación de los partidarios del socialismo: los valores éticos.

Es indiscutible que esos valores radican en las posturas de los partidarios de todas las corrientes del socialismo. Sería imposible, en otro caso, la lucha —a veces muy sacrificada— por la consecución de valores como la libertad, la igualdad, la liquidación de la explotación del hombre por el hombre, el internacionalismo, etc. Ahora bien, en los marcos del marxismo —por razones históricas comprensibles— el determinismo económico relega a un segundo plano otros elementos de la ideología. Y tanto más cuando aparece una tendencia que trata de eliminar el factor económico-sociológico y la lucha de clases remitiéndose a los valores humanos universales.

No tengo la intención de rehabilitar el «socialismo ético» y, menos aún, poner en tela de juicio las bases científicas (adecuadamente adaptadas a la realidad actual) del movimiento socialista contemporáneo. Lo que quiero conseguir, en los marcos de nuestro *brain storming* acerca de la generación del Hombre Nuevo del Socialismo del Futuro, es acentuar la necesidad de devolver su brillo a los valores éticos en su formación. Sentimos en la práctica actual la insuficiencia de esos valores dentro de los movimientos socialistas y, en particular, dentro de los países del socialismo real. No se trata, naturalmente, de reemplazar los efectos que surten las condiciones objetivas de vida sobre las posturas de los hombres por sermones moralizadores. No se trata, en ningún sentido, de sermonear. De lo que sí se trata es de entender la influencia que ejerce sobre el individuo y sus actitudes el sistema de valores que ha asimilado, se trata de entender la necesidad de conformar ese

sistema de valores de manera que propicie la edificación del socialismo.

¿Cómo hacerlo? Esta es la pregunta que quería plantear y provocar así la discusión sobre el tema.

Quinto. Para terminar estas reflexiones quiero señalar la cuestión del papel y lugar del marxismo (de su contenido y de su ideología) en los marcos del socialismo del futuro. Un breve análisis preliminar del tema demuestra que la pregunta es complicada y difícil. Se trata, aunque las apariencias parezcan negarlo, de una «zona inexplorada» en el mapa del socialismo del futuro.

El socialismo es una teoría científica, porque sobre la base de los hechos subjetivamente observados, pero que pueden ser comunicados, y con el empleo de un determinado método de análisis y ordenamiento de dichos hechos, se puede conseguir una descripción sistemática de la realidad social y de las leyes que la rigen y, sobre esta base, prever el desarrollo social. El carácter científico —en este sentido— de la teoría marxista no garantiza *a priori* la veracidad de las tesis proclamadas que son confirmadas o negadas por la praxis. Sin cuestionar el carácter científico de una teoría se pueden criticar sus distintas tesis, cosa que es de absoluta normalidad en todos los campos de la ciencia. Como la teoría marxista es, en su esencia, una teoría empírica y basada en la generalización de los hechos observados, es comprensible que la variación de los hechos —fenómeno normal en la esfera de la vida social— acarree un cambio o la eliminación de los elementos anticuados de la teoría e, incluso, de partes enteras de ésta. Precisamente esas operaciones de actualización y renovación confirman su carácter científico. Esto se define en pocas palabras de la siguiente manera: el marxismo es una teoría *abierta* por su propia naturaleza. Todo intento de transformar sus tesis en dogmas, de dar a sus tesis empíricas un carácter anti-histórico, es *ex definitione* una operación antimarxista.

El marxismo es, al mismo tiempo, una ideología construida sobre la teoría marxista. En la literatura especializada hay una *gran riqueza* de definiciones de la ideología, con frecuencia contradictorias entre sí. Por eso voy a explicar en qué sentido utilizo el término. En nuestro caso entiendo por ideología el sistema de convicciones *(beliefs)* y de actitudes (*attitudes*, en el sentido de disposición a actuar) del hombre que, sobre la base de un sistema de valores que goza de aceptación social, determinan la orientación de las acciones humanas encaminadas a realizar (conseguir) la forma de vida social que se considera como la mejor. Sin una ideología así entendida no puede existir ningún movimiento político, ningún partido político, independientemente de lo que diga al respecto. Solamente en ese sentido la ideología puede ser definida como progresista o reaccionaria, proletaria o burguesa, laica o religiosa, etcétera. Y es así, con ese sentido, como utilizamos actualmente el término ideología en el lenguaje corriente y en el científico (en las ciencias sociales). Todo intento encaminado a oponer *ex definitione* la ciencia a la ideología, en las múltiples teorías sobre «el fin del siglo de las ideologías» (en los momentos en que la ideología adquiere una significación *singular* en la vida pública), es una prueba de la incomprensión semántica del término o una estafa científica, ya que se identifica esa afirmación entrecomillada con el fin del marxismo, como si éste fuese la *única* ideología existente en un período en el que las ideologías se multiplican adquiriendo las más diversas formas. Ese intento tiene, pues, un propósito político claramente definido (reaccionario). De acuerdo con el carácter expuesto de la ideología marxista y de la teoría marxista vinculada de manera orgánica a ella (lo que justifica las palabras de Lenin sobre el marxismo en tanto que ideología *científica*), es evidente que las tesis de esa ideología pueden ser susceptibles de *modificaciones,* a veces radicales. Cerraré estas observaciones semánticas, con las que he precedido las reflexiones que realmente aquí nos interesan, con la siguiente indicación: Marx utilizaba el término ideología como «conciencia falsa» o, como él mismo decía, *camera obscura,* que representa la realidad de una manera deformada, poniendo las cosas de cabeza. Pero daba esa significación únicamente a las ideologías burguesas. El marxismo, *ex definitione,* no era ideología. La historia ha demostrado que se equivocó. Los hombres infalibles —con excepción del Papa, según creen algunos— no existen. Marx se dejó llevar, al exponer esta convicción errónea, por las emociones, por la certidumbre de que sus puntos de vista eran absolutamente acertados. Hecha esta observación histórica para cortar toda discusión semántica, diré que la postura que expuse más arriba no cambia en un ápice.

Como ya hemos dicho, no hay partido político que pueda funcionar sin ideología: no se puede arrastrar a las masas (y eso es lo que pretende —y lo que debe pretender— *todo* partido político, independientemente de su color político, si no tiene la intención de proclamar *a priori* su fracaso político) si no se sabe y, por consiguiente, no se puede explicar a esas masas hacia dónde se va, cuál es el objetivo social que se trata de alcanzar. Sin

ese saber es imposible movilizar a las masas. Si esta verdad —como ya hemos dicho— concierne a todos los partidos políticos, concierne en un grado aún mayor a los partidos obreros que tienen inscrita en sus banderas la consigna del socialismo. Sabemos, por experiencia, que la ideología puede ser interpretada también con un espíritu reformista (en el sentido antiguo del término, porque hoy en día prácticamente todos los partidarios del socialismo en los países capitalistas altamente industrializados, incluidos los comunistas, son «reformistas») y se puede sostener que «el objetivo carece de importancia, mientras que el camino es lo esencial». Sin embargo, en el presente *todos* los movimientos —también los conservadores— plantean sus propios *objetivos*, sus propias metas. En la actualidad las cosas cambian a tal velocidad, la realidad se transforma a un ritmo tan rápido y son tantos y tan novedosos los problemas que se plantean a escala global y local que la «ideología» que pretende distanciar al hombre de la ideología no es más que una *ideología de la derrota*. Este fracaso amenaza a los movimientos y a sus líderes que, *in extremis,* para salvarse, tendrán que transformar los movimientos.

Tradicionalmente la ideología de la clase obrera fue el marxismo. En el transcurso del desarrollo histórico se cometieron dos errores: uno consistió en la petrificación dogmática de esa ideología (en la específica versión marxista-leninista) que ignoró toda modificación condicionada por el cambio de las circunstancias relacionadas con el lugar y el momento (lo hizo el movimiento comunista); el segundo error (lo cometieron los movimientos socialista y socialdemócrata) consistió en que, después de la Segunda Guerra Mundial, echaron el marxismo por la borda. Los socialistas y socialdemócratas se libraron de esta manera de los dogmas, pero se quedaron sin ideología, cosa que en un momento de transformación de la civilización tiene que condenar al fracaso. Tampoco resuelve el problema la ocupación del lugar de los partidos liberales, ya que surgen de manera espontánea nuevos problemas que exigen soluciones revolucionarias (repito: no en el sentido tradicional del término «revolución», no en el sentido de una solución violenta —ya que hablamos de los países altamente desarrollados—, sino revolucionarias en sus contenidos sociales).

En el movimiento obrero, en sus dos alas (corrientes) fundamentales, estamos sintiendo actualmente un agudo déficit ideológico. Hace falta una ideología moderna, a la altura de nuestros tiempos. Esa ideología tiene que ser creada. Nos lo indica la historia de las «zonas inexploradas» a las que hacemos referencia y a las que podemos añadir ahora otra más: la ideología moderna de los movimientos socialistas. Naturalmente, se puede optar por comenzar de la nada, es decir, por rechazar lo que existió en la historia y lo que es la tradición. Esta opción sería una pérdida de tiempo: el pasado no se puede anular y, para colmo, la mayoría de los partidos obreros —los que están ligados al movimiento comunista, al movimiento trostskista y los movimientos relacionados con el marxismo—, aunque no pertenecen a la corriente comunista (por ejemplo, la Teología de la Liberación), no tienen la menor intención de renunciar al marxismo en tanto que teoría e ideología. Se puede decir incluso —y esto ya es peor— que se resisten a introducir los cambios indispensables. Los movimientos de masas que de alguna manera están ligados al marxismo formarán parte también del socialismo del futuro que aquí nos interesa. En lo que concierne a los partidos socialistas y socialdemócratas opino que, bajo la presión de la realidad cambiante y por disponer, en semejante situación, de una ideología eficaz, se «acordarán» de que de manera imprudente rechazaron la herencia ideológica que recibieron y en sus filas se producirá un renacimiento del interés por el marxismo. Pero inclusive en el caso de que no sucediese así, seguirá siendo oportuno examinar, al analizar el socialismo del futuro, el problema del lugar y papel del marxismo en su estructura.

Esta pregunta también es actual, porque aquí y allá se oyen voces que hablan de la crisis del marxismo. En la mayoría de los casos esas opiniones carecen de fundamento, ya que de la crisis atravesada por el movimiento comunista se deduce que la culpa de esa crisis la tiene el marxismo, porque sirve de base oficial a la práctica de ese movimiento. Por consiguiente, si el comunismo está en crisis, tiene que estarlo también su base teórica, el marxismo. Se trata de un error *non sequitur* típico. Primero habría que demostrar que el comunismo aplica realmente en su práctica el marxismo. La realidad es totalmente distinta. Desde sus comienzos —y a lo largo de todo su desarrollo— el socialismo real es una cadena de actos que con frecuencia *violan* los principios y directrices del marxismo. Por consiguiente, su crisis es una crisis de los marxistas y no del marxismo.

Pero en parte la afirmación sobre la crisis del marxismo (clásico) es justa. Y hay indicios que hacen pensar que este fenómeno se intensificará a medida que vaya avanzando la revolución industrial que estamos viviendo. Esta es una parte de

la «zona inexplorada» que debe ser estudiada y eliminada cuanto antes.

Dijimos más arriba que el marxismo, como teoría e ideología es un sistema abierto, es decir, un sistema que cambia juntamente con la realidad y con el avance de los conocimientos de la ciencia. Precisamente en este sentido hay toda una serie de tesis del marxismo que tienen que ser modificadas.

He aquí algunos ejemplos:

El marxismo surgió como generalización de la situación social y política de los tiempos de la primera revolución industrial. Pero nosotros vivimos actualmente en la segunda (algunos afirman que ya es la tercera) revolución industrial, que modifica la situación objetiva y provoca la relegación a un segundo plano o la desaparición de toda una serie de premisas de importancia fundamental para el marxismo.

Toda la estructura lógica de *El Capital* se basa en la concepción de la explotación de la clase obrera por los capitalistas que se apropian de la plusvalía.

Ahora se plantean en relación con este esquema muchas preguntas:

¿Qué sucederá si el proceso de automatización y robotización de la producción conduce a la desaparición del trabajo en el sentido tradicional de la palabra y, juntamente con él, a la desaparición de la clase obrera (todo parece indicar que este proceso se operará en los próximos treinta-cincuenta años en los países altamente industrializados)? No pienso entrar en detalles en relación con este asunto que varias veces hemos abordado —aunque de manera superficial— en nuestras presentes reflexiones. No obstante, hay algo que está muy claro: tanto *El Capital* como toda la teoría marxista clásica sobre la explotación económica de la clase obrera irán a parar, sin duda alguna, a los libreros con obras sobre la historia de la ciencia, es decir, sobre cuestiones que en la práctica del momento ya carecen de utilidad.

Otro asunto más que abordamos con anterioridad: ¿Es posible el socialismo sin clase obrera? Si lo es —y considero que sí—, habría que saber en qué sentido y con qué formas.

Y por último —una cuestión de carácter sociológico—, el asunto ya abordado con más amplitud anteriormente de la sociedad de las clases medias. En este punto la teoría de Marx se ha visto claramente negada por el desarrollo histórico. Marx previó la polarización de la sociedad en el sentido de un aumento de la numerosidad del proletariado pobre y del enriquecimiento cada vez mayor de la clase capitalista. Previó que la clase media iría desapareciendo para engrosar, en su mayor parte, las filas de la clase obrera. Como hoy sabemos, el desarrollo ha sido muy distinto, acarreando consecuencias económicas importantísimas: las clases medias que existirán también en el socialismo del futuro constituyen la base del desarrollo del capitalismo (Rosa Luxemburg). En este sentido hace falta una revisión muy profunda del marxismo.

Otra tesis más del marxismo se ha visto negada por el desarrollo histórico de la sociedad. Esto se relaciona igualmente con la falsedad de la tesis de Marx acerca de la creciente pauperización de la clase trabajadora. Estas constataciones nos obligan a reflexionar sobre el marxismo y modernizarlo.

Ahora una pregunta de carácter político: ¿Qué hacer con el Estado de la dictadura del proletariado... sin proletariado? ¿Cómo será el Estado del socialismo?

Y una pregunta relacionada con la religión (recogida también con anterioridad): ¿Es realmente la religión un opio para el pueblo? Dada la oposición que ofrecerán las masas de marxistas creyentes (cristianos, mahometanos, etc.) ante semejante definición habría que decir que esa calificación nació de condiciones y circunstancias concretas y que actualmente es una calificación anacrónica. Pero, ¿qué hacer entonces con el movimiento ateo que en una sociedad democrática (no solamente socialista) seguirá existiendo? ¿Cómo reaccionar ante la propaganda religiosa desarrollada en esa sociedad?

Para cerrar esta breve selección de ejemplos volvamos a un tema que tratamos con mayor extensión anteriormente: el problema de la propiedad privada de los medios de producción en esa sociedad del futuro (socialista).

Es evidente que la lista de ejemplos aquí presentada ha sido limitada a los temas que de alguna manera ya fueron indicados en el texto. Esta maniobra me permitió ceñirme a los razonamientos ya formulados. Pienso, sin embargo, que los ejemplos proporcionados bastan para subrayar cuán profundos son los análisis que necesitamos y lo mucho que tiene que ser modernizado el marxismo. En la esfera de la filosofía, y como consecuencia de los avances de las ciencias sobre la naturaleza, hay tantos problemas nuevos como en el campo de la problemática social. Podemos calificar esta situación de crisis del marxismo, pero también podemos considerarla como una situación normal en la ciencia —el marxismo es una teoría científica— como una consecuencia del desarrollo y una necesidad de adaptar la teoría a los nuevos logros que modifican sus aspectos secundarios.

Yo, por razones sentimentales, me siento más complacido dando esta segunda explicación.

Hay una cosa segura: estamos cara a cara ante una «zona inexplorada». Personalmente estoy persuadido de que el marxismo —modernizado— jugará también en el socialismo del futuro un gran papel, como teoría y como ideología. Los contenidos de ese marxismo dependerán del potencial intelectual de quienes lo desarrollen: el trabajo en ese sentido debe ser iniciado inmediatamente. Esa «zona inexplorada» debe ser eliminada lo antes posible y con la mayor profundidad. Ningún tabú, ni figura, por prestigioso que sea su nombre, puede frenar o impedir este proceso. Lo que está en juego es demasiado importante.

* * *

Como ya he señalado, este ensayo es una provocación intelectual y política. En él me he centrado en la indicación de los problemas que deberán ser solucionados por los movimientos socialistas contemporáneos. En algunos momentos —es inevitable— incluye también una toma de posición, un esquema de respuestas. Así se manifiesta el factor subjetivo que también aparece en la selección y en la presentación de los problemas. Esto debería servir de catalizador para nuestra discusión sobre los temas planteados. Si sucede así, consideraré que conseguí el principal propósito de mi trabajo: desencadenar una discusión en torno a los asuntos acentuados y conseguir que esas cuestiones se conviertan en el programa de la discusión *.

* Finalizado tras una larga pausa (motivada por otros trabajos y una operación) el 8 de enero de 1989 en Sammering, Austria.

COMUNISMO Y SOCIALDEMOCRACIA

Fernando Claudín

Estamos presenciando el fin de una época histórica, iniciada con la revolución bolchevique y la escisión de 1919, en la que comunismo y socialdemocracia se enfrentaron permanentemente, incluso durante los breves períodos de cierta colaboración.

El principal haber del movimiento comunista fue la creación de un nuevo sistema social, al que sus dirigentes y teóricos llamaron socialista. Limitado, en un principio, al espacio euroasiático del antiguo imperio zarista, se convirtió después de 1945 en un sistema mundial, mediante revoluciones autóctonas en países atrasados o, en el caso europeo, mediante la exportación del modelo soviético al amparo de la presencia militar del Kremlin.

Por su parte, la socialdemocracia —que ya era un importante factor político e ideológico antes de la guerra del 14— se afirmó como la fuerza ampliamente mayoritaria del movimiento obrero europeo. Después de la Segunda Guerra Mundial amplió su presencia a otros continentes. Ha sido el máximo artífice de las reformas sociales y de los avances de la democracia, así como del aumento del poder real, político y social, de las clases trabajadoras dentro del sistema capitalista (sin que esta valoración signifique negar la contribución de otros grupos políticos).

El hundimiento del sistema social creado por el comunismo, acompañado de la crisis irreversible de los partidos comunistas occidentales, marca el fin de esa etapa histórica. La socialdemocracia queda como la única fuerza importante portadora de los ideales socialistas. Aquellos movimientos reformadores del Este que intentan preservar un futuro socialista para sus países vuelven su vista hacia la socialdemocracia. Lo mismo hacen los pocos partidos comunistas de Occidente que conservan alguna relevancia política.

Esta constatación no debería conducir a ningún triunfalismo en las filas de la socialdemocracia, que tiene sus propios problemas de renovación ideológica y adaptación política a un mundo en vertiginoso cambio. Pero cualquier interpretación que situara en el mismo plano, como fenómenos simétricos y equiparables, el hundimiento de la experiencia comunista y los problemas de crecimiento de la socialdemocracia volvería la espalda a las principales enseñanzas de la época histórica que ahora concluye.

Una tendencia a este tipo de «simetría» se manifiesta todavía en algunos responsables del PCUS. Incluso califican de «enfoque agresivo» el que desde la socialdemocracia se hable de «fracaso del comunismo» [1]. Pero esta actitud ideológica, más propia de los sectores conservadores so-

[1] Karen Brutents, «El PCUS y la socialdemocracia», *El País*, 4 de septiembre de 1989. (El autor es jefe adjunto del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS.)

viéticos que frenan la reforma, contrasta con la radical revisión histórica emprendida por los más caracterizados intelectuales de la *perestroika*.

También en las filas de la izquierda occidental encontramos juicios que, sin ser asimilables a la tendencia más arriba indicada, parecen considerar improcedente las valoraciones comparativas sobre los méritos y deméritos de la socialdemocracia y el comunismo. Los acontecimientos del Este —leí recientemente en uno de los muchos análisis dedicados a este tema— «no deben interpretarse de manera simplista como la demostración *a posteriori* de la razón de unos y del error de otros». En el mismo texto, después de enunciar una evidencia —que la revolución de 1917 «no puede explicarse como un error»— se afirmaba algo sorprendente: «en la historia no hay errores, sino hechos» [2].

Sin duda, el simplismo no es buen método de análisis, pero ¿puede descalificarse como «simplista» la conclusión de que, en términos globales —no en tal o cual episodio concreto—, la gran experiencia histórica que ahora concluye ha mostrado que las orientaciones básicas de la socialdemocracia respondían mejor a los ideales socialistas de libertad, democracia y justicia social, que la trayectoria ideológica y política del comunismo?

HECHOS Y ERRORES

En cuanto a la afirmación de que «en la historia no hay errores, sino hechos», si con ello quiere decirse que los errores también son hechos, no hay nada que objetar, salvo que la expresión no parece afortunada, porque induce a pensar que en el análisis de los hechos históricos no es necesario tomar en consideración, entre otros factores, los errores o aciertos de los agentes humanos que contribuyen a crearlos. Si estudiamos las trayectorias del comunismo y de la socialdemocracia, ¿puede prescindirse de los criterios de error y de acierto al analizar el comportamiento de los protagonistas? ¿O debe pensarse que en cada momento obedecían fatalmente a «condiciones objetivas» que no les dejaban más opción que la que tomaron?

Otra cosa es el buen uso metodológico de tales criterios. Sólo pueden aplicarse legítimamente en función de los propios objetivos que los actores persiguen, no de los objetivos por otros buscados. Se trata de saber si, dentro de determinadas condiciones objetivas —que también son materia de interpretación— los sujetos de la acción, individuales o colectivos, optaron por los medios que les conducían al fin buscado, o se equivocaron en esa elección.

Los dirigentes de la revolución de Octubre se proponían sinceramente —al menos es mi opinión— crear una sociedad superior a la capitalista, no el sistema del *gulag,* de dictadura burocrática y de ineficacia económica que hoy se desmorona. El criterio del error puede aplicárseles en cuanto recurrieron a una ideología, unos métodos políticos, un programa, que les condujeron a resultados diametralmente opuestos a los que se proponían. Su drama no era el primero ni sería el último. Como decía Hegel —y gustaba repetir Marx— lo más frecuente en la historia ha sido que los individuos o grupos sociales se propusieran una cosa y obtuvieran otra, a veces diametralmente opuesta a la que perseguían.

A la revolución de 1917, iniciada con el desmoronamiento del zarismo, no puede aplicarse, evidementemente, el concepto de «error», porque nadie la planificó. Fue el producto «natural» de diversas contradicciones objetivas y de múltiples acciones subjetivas, como sucede, por lo demás, con cualquier proceso histórico o resultante del mismo. Los errores o aciertos se sitúan *dentro* de esa revolución (o proceso), en las actuaciones de los diversos agentes políticos o sociales, según los objetivos que perseguían. Los mencheviques y social-revolucionarios, cuyo objetivo era asegurar el carácter democrático de la revolución, cometieron errores en la prosecución de ese objetivo —sobradamente analizados por los historiadores— que facilitaron el golpe bolchevique de Octubre. Lenin y su partido aprovecharon dichos errores y una situación caótica para conquistar el poder, restablecer el orden y aplicar su programa. Su error, como ya hemos dicho, consistió en *la creencia* de que ese programa —estatización total de la economía, abolición del mercado, dictadura absoluta del partido, etc.— conduciría a una sociedad más justa y más libre. Fue una opción ideológica, no un producto automático de determinadas «condiciones objetivas». Aún más, lo extraordinario del caso es que se abrió paso contra condiciones objetivas extremadamente desfavorables. Otros actores, incluidos destacados bolcheviques, interpretaron de diferente manera las famosas «condiciones objetivas» y preconizaron soluciones distintas a las de Lenin. Nunca sabremos lo que hubiera pasado de prevalecer sus posiciones o las de los social-revolucionarios y mencheviques. Ahora los historiado-

[2] Jordi Solé Tura, «Socialismo y comunismo», *El País,* 23 de octubre de 1989.

res hablarían de sus errores o aciertos en función de los objetivos que perseguían y de los resultados obtenidos.

En el apasionante «debate histórico» que actualmente tiene lugar en la Unión Soviética, la indagación de los errores cometidos en uno u otro momento ocupa un lugar central, desterrando la visión determinista y mecanicista de la historia propia del marxismo-leninismo. ¿Tenían razón los opositores a Lenin, en la dirección bolchevique, cuando sostenían que las condiciones internacionales e internas no eran favorables a una «revolución socialista» en Rusia? ¿Fue un error la negativa de Lenin a llegar a un compromiso con los otros partidos socialistas y a formar con ellos un gobierno de coalición, inmediatamente después del golpe de Octubre? ¿El camino erróneo comenzó con la disolución de la Asamblea Constituyente? ¿Se equivocó Lenin al liquidar definitivamente a mencheviques y social-revolucionarios y consagrar el monopolio comunista del poder, al mismo tiempo que tenía el acierto de instaurar la NEP? ¿El error fatal y decisivo estuvo en el apoyo del grupo dirigente a la línea de Stalin frente a la de Bujarin? Y así, sucesivamente, hasta la *perestroika*. Ultimamente presenciamos el reconocimiento en cascada de errores: mantenimiento, cuando ya era evidente su ineficacia, del mecanismo planificador administrativo; opción de alcanzar y superar militarmente a los Estados Unidos; invasión de Hungría, invasión de Checoslovaquia, invasión de Afganistán, etc. Un vertiginoso reconocimiento de errores, que está lejos de haber terminado. Evidementemente, no fueron errores casuales, cada uno estuvo determinado por factores ideológicos, políticos, interiores o exteriores, rasgos personales, o simplemente por incapacidad.

El análisis crítico de la historia de la socialdemocracia nos mostraría también un nutrido repertorio de errores, pero no han conducido al hundimiento de la socialdemocracia. Y la razón habría que buscarla no sólo en que sus concepciones ideológicas y políticas se revelaron más apropiadas a los objetivos que perseguía —la mejora social de las clases trabajadoras a través de la reforma y no de la ruptura revolucionaria; el avance de la libertad y de la democracia—, sino también porque el funcionamiento democrático de la organización y el estar sometida a la sanción democrática de la sociedad facilitaba la corrección de los errores.

EL NOMBRE Y LA COSA

Si nos atenemos a la realidad y no al discurso ideológico ninguna de las dos tendencias creó una sociedad socialista. La lucha política y sindical de la socialdemocracia ha contribuido decisivamente a importantes cambios en el capitalismo, pero no ha superado aún algunas de sus estructuras básicas, y está por ver cuáles de ellas corresponden a necesidades ineluctables del progreso histórico en una perspectiva predecible y cuáles constituyen un obstáculo anacrónico que deberá eliminarse. En cuanto al comunismo, hoy debería estar claro, incluso para los más obstinados en aferrarse a viejos clichés, que tampoco creó una sociedad socialista, a no ser que se confunda el nombre con la cosa.

El debate sobre la verdadera naturaleza del sistema soviético se inicio entre los marxistas desde el primer momento, pero no tuvo amplia resonancia hasta después de la muerte de Stalin. Entonces se vino abajo el principal argumento de los que, incluso desde posiciones críticas, seguían defendiendo el carácter socialista del sistema: la supuesta existencia de la propiedad social de los medios de producción. Las revelaciones de los sucesores de Stalin confirmaron que, en realidad, quien monopolizaba esos medios, como cualquier otra esfera de la vida económica, política y social, era una nueva clase o élite dominante, constituida por la alta burocracia del partido-Estado. A partir de esa constatación se debatieron diversas hipótesis sobre la naturaleza de tal sistema social. Algunos teóricos marxistas lo definieron como un capitalismo de Estado, pero fue prevaleciendo la tesis de que se estaba ante un sistema inédito, que no era ni capitalista ni socialista [3].

Durante mucho tiempo se pensó en la izquierda occidental que al menos ese sistema había resuelto el problema de la igualdad, aunque fuera al precio de la libertad. En realidad, había creado una especie de igualitarismo por abajo, en la penuria, sobre el que se elevaba la pirámide de privilegios de la nueva clase dominante. Contra ese igualitarismo para los oprimidos lucha ahora la *perestroika*. Además de ser la otra cara de los privilegios, representaba un poderoso factor de ineficiencia económica y de desmoralización de la sociedad.

Si se quiere encontrar un modelo teórico a este sistema social, nada más adecuado que el «comunismo de cuartel» evocado por Marx. La estatiza-

[3] Esta segunda tesis es la que sostuve en mi libro *La crisis del movimiento comunista*, 1970, y en otros escritos de aquellos años.

ción total de la economía ha implicado la regimentación de toda la vida política, social y cultural, la anulación de la personalidad y, finalmente, la irracionalidad del mecanismo de producción y distribución. Para instaurar este sistema, primero en la Unión Soviética y luego en otros países, fue necesario recurrir al terror contra la sociedad. ¿Puede extrañar que al destapar la caja de Pandora de semejante «socialismo», Gorbachov haya provocado el terremoto que estamos presenciando?

DEL «TRONCO COMUN» AL ENFRENTAMIENTO

¿Cómo explicarse que el comunismo y la socialdemocracia, partiendo de un tronco doctrinal y político común, hayan seguido caminos tan divergentes? En realidad, el programa que aplicó Lenin era muy similar al «programa máximo» de los partidos socialdemócratas de aquella época. También había en común la desconfianza, cuando no hostilidad, a la «democracia burguesa», pese a que esta democracia era, en gran medida, una conquista de las luchas obreras. Se la valoraba instrumentalmente, como un régimen que facilitaba el avance hacia la gran ruptura, el derrocamiento del capitalismo y la instauración de la dictadura del proletariado. Este enfoque predominaba ampliamente en los partidos de la II Internacional, aunque ya hubiera teóricos, políticos y dirigentes sindicales que comenzaban a tener otra concepción.

Viendo con la perspectiva actual la evolución del enfentamiento entre comunismo y socialdemocracia, podríamos constatar que la divergencia creciente entre ambas se produce, principalmente, en torno al problema de la democracia. En la doctrina y la práctica del comunismo hay una radicalización de los elementos antidemocráticos que ya existían en el «tronco común», reflejándose tanto en la concepción del partido como del socialismo. Paralelamente, en la socialdemocracia va produciéndose el fenómeno inverso: hay una revalorización creciente de la democracia en la teoría y en la práctica política, aunque la fórmula de «democracia burguesa» siga perteneciendo al lenguaje socialdemócrata durante algunas décadas.

La explicación de este proceso divergente exigiría referirse, por un lado, a la influencia en el marxismo de Lenin, de las «condiciones rusas»: régimen autocrático, carencia de tradiciones liberales, influencia del populismo revolucionario en la configuración del bolchevismo. (Tres ideas clave de Lenin —posibilidad de la revolución socialista en la Rusia atrasada, papel revolucionario del campesinado en ese tipo de revolución y concepción del partido como organización de revolucionarios profesionales, de «hombres nuevos»— estaban presentes ya en el populismo revolucionario del siglo XIX.) Y, por otro lado, habría que referirse a las «condiciones europeas», a las tradiciones liberales y de lucha por la democracia representativa en que se desenvuelven los partidos socialdemócratas europeos. Las reacciones de Rosa Luxemburg, representante del ala izquierda de la socialdemocracia, contra la concepción antidemocrática que Lenin tenía del partido, o contra la disolución de la Asamblea Constituyente, son bien ilustrativas de esas distintas tradiciones culturales.

Cuando las «condiciones rusas» empalman con las «condiciones soviéticas» la radicalización antidemocrática no podía por menos de acentuarse al máximo. Imponer a un país abrumadoramente campesino el proyecto «socialista» no podía lograrse más que mediante una dictadura total. Cuando Lenin comprendió y reconoció explícitamente, al final de su vida, que el camino emprendido era erróneo, al menos en el sentido estratégico, se abrió la posibilidad de un cambio. Pero en el nuevo grupo dirigente predominó la fracción más antidemocrática y antioccidental, encabezada por Stalin, que liquidó la apertura iniciada por Lenin. La fobia antidemocrática se apoderó de toda la Internacional Comunista. La socialdemocracia fue calificada de «socialfascismo» y pasó a ser el «enemigo principal». Comenzaron los años del terror estaliniano y de organización de las estructuras básicas del sistema, que en lo fundamental han permanecido hasta la *perestroika,* pese al intento reformista de Jruschov.

El viraje hacia el antifascismo y la defensa de la democracia —que llegaba tarde, cuando ya Hitler había conquistado el poder— creó mejores condiciones para una aproximación entre comunismo y socialdemocracia, pero esta aproximación tropezaba con dos barreras insuperables. En primer lugar, mientras los partidos comunistas occidentales acogían favorablemente la nueva orientación, el partido comunista soviético —el «partido guía»— llevaba al paroxismo los rasgos totalitarios y terroristas de su dictadura; en segundo lugar, la doctrina de la Internacional Comunista seguía viendo la democracia como una etapa hacia la «dictadura del proletariado».

El pacto Hitler-Stalin cerró dramáticamente, por dos años, esta fase antifascista. Como plantean ahora historiadores soviéticos, el pacto no se

explica sólo por razones «estratégicas», ni aun incluyendo en ellas el protocolo secreto por el que ambos dictadores se repartían las «zonas de influencia» en el Este europeo. La hostilidad y el menosprecio de la democracia, propios del marxismo-leninismo y profundamente arraigados en Stalin, desempeñaron un importante papel. Es sabido que Stalin intentó llegar a un reparto duradero del mundo entre los dos dictadores, pero Hitler le traicionó.

La invasión de la Unión Soviética y la formación de la Gran Alianza abrió un nuevo período de antifascismo. En defensa de su independencia, el Estado y los pueblos de la URSS desempeñaron un papel decisivo en la derrota de Hitler y, por consiguiente, en la salvación de la democracia, pero la gloria de la victoria sirvió para apuntalar aún más la dictadura totalitaria. Los pueblos soviéticos siguieron excluidos de la democracia, y con ellos los de la Europa central sometidos a la dominación del Kremlin.

LA DEMOCRACIA, MAXIMA CONQUISTA DEL SIGLO XX

Las enseñanzas de las dos guerras mundiales y del período entre ambas, la experiencia del estalinismo y del fascismo, hicieron más conscientes a los pueblos libres de Europa del valor de la democracia y de la necesidad de unirse para garantizarla y defenderla. La socialdemocracia fue uno de los máximos protagonistas de esta evolución. De su ideología y de su práctica política fue desapareciendo el concepto restrictivo de «democracia burguesa». La democracia sin calificativos pasó a ser un valor en sí mismo, una condición necesaria, aunque no suficiente, de todo progreso social.

Los partidos comunistas occidentales experimentaron también la influencia de esta evolución, pero el cordón umbilical que les unía a la dictadura soviética, su adscripción al marxismo-leninismo y su legitimación histórica en el Octubre bolchevique, representaban barreras insalvables para una auténtica reconversión democrática. Fue aumentando su marginación dentro de sociedades cada vez más democráticas. Incluso los partidos que avanzaron más en el intento de renovación —el partido comunista italiano ha sido el caso paradigmático— marcharon con retraso en relación con los tiempos. Hasta que se vieron sorprendidos y atrapados por el hundimiento del sistema en que habían nacido, el que durante décadas había sido su inspiración, su modelo.

No se puede permanecer insensible al drama de sucesivas generaciones de comunistas que vivieron y lucharon por el socialismo, que lo creyeron realizado en el sistema soviético, y en un momento u otro descubrieron la trágica realidad. Pero lo peor que podría ocurrir es volver la espalda a las enseñanzas de esta dramática historia.

El derrumbamiento del sistema que durante más de setenta años aparecía como la encarnación del socialismo, representa un duro golpe a la idea misma del socialismo. Ante todo, en los pueblos que han experimentado ese sistema en su propia carne, pero también en las sociedades occidentales. De ahí la gran responsabilidad de la socialdemocracia. Al principio decíamos que después del naufragio comunista la socialdemocracia queda como la gran portadora de los ideales socialistas, pero siempre que no entendamos estos ideales en un sentido abstracto y utópico. Lo que ahora se hunde es, precisamente, «la utopía en el poder», título dado por dos historiadores soviéticos exiliados a su versión de la historia de la URSS [4].

A mi parecer, el socialismo no es más que el movimiento real que transforma la sociedad existente, en un sentido de mayor libertad y justicia social. La reflexión teórica podrá prever, y la práctica política impulsar, el desarrollo de ese movimiento, pero no inventar un esquema ideal que la sociedad deba acatar. Llegará posiblemente un día cuando los contemporáneos convengan que su sociedad se diferencia radicalmente de la que en otros tiempos se llamaba capitalista. Por ahora, la gran conquista ideológica y política del siglo XX, que se proyecta sobre el XXI, es la afirmación y el desarrollo de la democracia, que partiendo de Europa tiende a universalizarse, avanza en otros continentes y en este momento derriba los muros que cerraban su extensión al mundo soviético.

[4] Michel Heller y Aleksandr Nekrich, *L'utopie au pouvoir. Histoire de l'URSS de 1917 à nos jours,* Calmann Lévy, 1982.

SITUACION Y FUTURO DEL SOCIALISMO

Ernest Mandel

Analizar la situación actual del socialismo en función de su pasado e intentar prever su futuro, es tratar de toda la historia económica, social, política, cultural e ideológica de nuestra época. De hecho, la historia del socialismo es el drama del siglo XX.

Sería necesario algo más que un libro grueso para tratar el tema de forma exhaustiva. Tratarlo en el marco de un ensayo corto de forma mínimamente satisfactoria es una empresa imposible. Los matices, el aparato científico, las referencias a los hechos, desaparecen en gran medida. Lo que subsiste es un análisis basado en un razonamiento lógico (dialéctico), que adquiere por fuerza un carácter apodíctico.

Podemos afirmar simplemente que este análisis no tiene nada dogmático o deductivo. Se apoya en innumerables datos empíricos, que podemos aportar a quien lo desee [1]. Por el momento, el lector se habrá de contentar con seguir el razonamiento, aceptarlo o rechazarlo, en función esencialmente de su valor y coherencia intrínsecos.

I

La crisis del socialismo es un hecho incontestable. Desde hace más de ciento cincuenta años, el socialismo se identifica con una corriente de pensamiento y de acción que busca sustituir la sociedad burguesa por una sociedad radicalmente diferente y fundamentalmente mejor.

Evidentemente, mejor no significa perfecta. Salvo algunas sectas pasajeras, la inmensa mayoría de las tendencias que reivindican el socialismo jamás han pecado de este milenarismo, que los adversarios, ignorantes o malintencionados, continúan reprochándole. No se trataba de establecer «el paraíso en la Tierra», o de terminar de una vez por todas con el drama humano. Y mucho menos se trataba de imponer «el fin de la Historia».

Muy al contrario: para Marx y Engels, y para muchos otros pensadores socialistas, el socialismo significa el fin de la prehistoria humana, el comienzo de la verdadera historia de nuestra especie, el fin del drama indigno de los seres humanos en el curso del cual están obligados a batirse y matarse unos a otros por problemas miserables de subsistencia e intereses mezquinos. Sería por tanto el comienzo del verdadero drama humano en el que sus conflictos serían diferentes de los de los animales, serían dignos de la especia humana.

Pero dicho esto, los socialistas eran unánimes en el deseo de proyectar una sociedad en la que se suprimieran las taras fundamentales de la so-

[1] Estamos trabajando desde hace algunos años en un balance de un siglo de debates en torno al marxismo. La parte económica de dicho balance aparece resumida en la «Introducción» que redactamos para los tres volúmenes de *El Capital,* publicados en libro de bolsillo, en inglés, por la editorial Pelican/Penguin's Books. La versión española de esta introducción aparece en un volumen publicado por Ediciones Siglo XXI, en Madrid, con el título: «Cien años de controversias en torno a *El Capital* de Marx».

ciedad burguesa y de toda sociedad dividida en clases. Su objetivo era una sociedad sin explotación, sin opresión, sin violencia, sin injusticia ni discriminaciones en relación con cualquier grupo humano. Era una sociedad en el seno de la cual la cooperación y la solidaridad sustituirían a la competencia, a la lucha de todos contra todos, a la sed de enriquecimiento privado, como motivos fundamentales del comportamiento social. La supresión de la propiedad privada de los grandes medios de producción y de intercambio, y la planificación económica, se consideraban como condiciones previas indispensables, y también suficientes, para alcanzar el objetivo.

Se trataba de un proyecto coherente de cambio social, de revolución social en el sentido profundo del término (no en el sentido restringido de «revolución = violencia»). Este proyecto era propio de todos los socialistas, independientemente de sus divisiones políticas y estratégicas, hasta bien entrada la década de 1920 a 1930, y para buena parte de ellos hasta algunas décadas más. Era propio igualmente de la mayoría de sus principales aliados, los combatientes de los movimientos de liberación de masas en las colonias y semicolonias.

Para dar un ejemplo significativo: cuando estalló la gran crisis económica de los años treinta, la respuesta cuasi unánime de todo el movimiento socialista, incluidas todas las tendencias, fue: «Contra la crisis capitalista, planificación económica (socialista, democrática, nacional, según la tendencia particular)».

Actualmente, desde el estallido de la prolongada depresión económica capitalista de principios de los años setenta, que está lejos de haberse acabado [2], la gran mayoría de las tendencias, los cuadros y los militantes que se reclaman socialistas, tanto en el Oeste como en el Sur y en el Este de nuestro planeta, no dan más esta respuesta, o la dan con desgana, con poca convicción. La corriente a la que pertenezco la da todavía con gran convicción, aunque con precisiones ignoradas en el período 1930-1955 [3]. Pero no se hace ilusión alguna. No representa más que una pequeña minoría, aunque no marcha sola en este sentido.

La crisis del socialismo es, pues, ante todo, la crisis de la credibilidad del proyecto socialista. Cinco generaciones de socialistas, y tres generaciones de trabajadores, se movían por la convicción profunda e inquebrantable de que el socialismo, tal y como lo hemos definido, era posible y necesario [4]. La generación actual ya no está convencida de que sea posible. Se muestra además, al menos parcialmente, escéptica de que sea necesario y útil [5]. Se trata, pues, de una crisis profunda.

II

La crisis del socialismo es esencialmente una crisis de la práctica de los socialistas: ésta es nuestra primera tesis central. Es el producto, por una parte, del fracaso histórico del estalinismo y postestalinismo y, por otra, del fracaso de la socialdemocracia, incluidas todas las variantes de gradualismo reformista (eurocomunismo, nacionalismo pequeño-burgués en el Tercer Mundo).

A primera vista, puede parecer extraño separar de manera tan perentoria teoría y práctica. Desde el punto de vista de un partidario del método de pensamiento dialéctico, tal separación parece particularmente indefendible. Vamos a matizarlo un poco. Pero nuestra definición de la crisis del socialismo esencialmente como reflejo de un fracaso práctico se apoya en cuatro argumentos difíciles de refutar.

Primeramente, se trata de una crisis de la credibilidad del proyecto socialista a los ojos de la gran masa, no limitada a los reducidos cenáculos de intelectuales o de políticos.

Ahora bien, el comportamiento de las grandes masas no se ha determinado por su actitud en relación con las teorías. ¿Cómo podrían las pretendidas insuficiencias de *El Capital* de Marx o del *¿Qué hacer?* de Lenin determinar el comportamiento de decenas de millones de personas, si el

[2] A este respecto, remitimos al lector a nuestro trabajo *The long Waves of Capitalist Development* (Cambridge University Press, 1980); traducción española: *Las Ondas Largas del Desarrollo Capitalista,* Siglo XXI, Madrid.

[3] Somos partidarios de una planificación económica socialista y democrática, vinculada indisolublemente al pluralismo democrático. Las masas trabajadoras deben ser soberanas y libres para determinar por sí mismas las prioridades en la asignación de los recursos económicos. Una soberanía de este tipo es imposible sin la libertad de poder elegir entre diversos proyectos coherentes de asignación, es decir, entre varios programas, entre diversos partidos.

[4] Paso inevitable, claro está. Marx y Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky, siempre rechazaron la idea de la inevitabilidad del socialismo. Presentaron el futuro del capitalismo en forma de alternativa: socialismo o barbarie. La acción consciente y organizada de las masas y de los socialistas era considerada como indispensable para evitar la barbarie.

[5] El profesor Alec Nove, en un libro que es autoridad entre los reformistas y los neorreformistas, considera que el «socialismo según Marx» es irrealizable de cualquier manera (utópico). Al mismo tiempo, se muestra escéptico en cuanto a su utilidad *(The Economics of Feasible Socialism,* Allen and Unwin, Londres, 1983).

95 por 100 de las mismas nunca han leído estas obras? Las grandes masas adquieren sus convicciones y su mentalidad en función de sus experiencias y no en función de lecturas o cursos de formación, incluso aunque se trate de masas trabajadoras ya parcialmente liberadas de la influencia ideológica de las clases dominantes y que han accedido a diversos niveles sucesivos de conciencia de clase. La experiencia predominante que tienen de los socialistas —diferente de la experiencia cotidiana que tienen de la realidad capitalista— es de forma manifiesta la experiencia de la práctica y no la de la teoría de los socialistas.

Consecuentemente, no se podrá probar que la práctica de los comunistas, desde por lo menos 1923, y que la práctica de la socialdemocracia, desde por lo menos 1914, sean conforme, de alguna forma, con la teoría socialista (¡no solamente marxista!), tal y como se aducía de forma universal a finales del siglo XIX y principios del XX en lo que respecta a la socialdemocracia, y entre 1900 y 1920 en lo que respecta a la izquierda socialista revolucionaria primeramente, comunista después. ¿Cómo explicar una práctica desastrosa por los fracasos de la teoría, cuando esta práctica está instaurada en ruptura con la teoría?

Por lo tanto, para juzgar la validez o el fracaso de una teoría del futuro social es necesario, ante todo, responder a la pregunta: ¿Es capaz esta teoría de analizar los principales desarrollos socioeconómicos a largo plazo? ¿Es capaz de predecir la marcha general de los acontecimientos que han dominado la historia de nuestro siglo? ¿Mantiene actualmente esta capacidad analítica y de previsión incluso a dos-tres décadas vista?

Respondemos, sin dudarlo, «sí» a esta pregunta. Somos capaces de demostrarlo. Desde ese momento, nos parece no sólo absurdo hacer responsable a una teoría acertada de los crímenes de una práctica falsa, sino que estamos convencidos de que semejante forma de abordar la crisis del socialismo obstruye el camino del descubrimiento de los remedios adecuados al mal. Desviará a sus partidarios a un callejón sin salida.

El cuarto argumento en favor de nuestra tesis central es con mucho el más poderoso. Cuando hablamos del fracaso de las dos grandes corrientes de masas del socialismo y del movimiento obrero organizado de este siglo, no nos referimos ni a los «errores» [6], ni a los pecados menores, ni a los fenómenos desagradables de orden personal [7]. Nos referimos a los *crímenes* de una dimensión espantosa, que han tenido efectos traumatizantes para decenas de millones de seres humanos. Sería absurdo meter en el mismo saco estos efectos con los de tal o cual error grave de análisis o previsión de Marx, Lenin, Trotsky, o del que sea, por mucho que se demuestren estos errores.

Los crímenes de las prácticas estalinistas y postestalinistas conciernen principalmente: al aplastamiento de toda democracia soviética y de toda participación autónoma de los obreros comunistas en la vía política, al menos desde 1923-24, si no antes; la colectivización forzada de la agricultura, y la deportación en condiciones inhumanas de los *gulags,* o de pretendidos *gulags;* las purgas monstruosas que a partir de 1934 quitaron la vida al menos a un millón de comunistas; las consecuencias territoriales y represivas del pacto Hitler-Stalin; las purgas masivas en los países ocupados o de dominación soviética en el período 1945-1953; el aplastamiento militar de la revolución húngara de 1956; la ocupación militar de Checoslovaquia para ahogar la Primavera Comunista de Praga en 1968; la represión sangrienta que acompañó la «Revolución Cultural» en la República Popular China; los horrores del régimen de Pol Pot en Campuchea; la invasión de Afganistán; el grave declive de los servicios sociales en la URSS que hicieron que este país fuera prácticamente el único del mundo que tenía una baja en la esperanza de vida y un incremento del índice de mortalidad infantil al final de la década de los setenta y principios de los ochenta.

Estos crímenes eran perfectamente evitables. No son, en forma alguna, el producto «lógico» o «fatal» de la doctrina «marxista-leninista». Numerosos comunistas habían dado a tiempo la alerta contra las opciones políticas que corrían el riesgo de conducir a estos hechos. Denunciaron sus consecuencias en el momento mismo, y no diez, veinte o treinta años más tarde. Esto les costó la vida, por no citar más que los casos de Bujarin, de Trotsky y de Imre Nagy. Pero estos destinos personales se borran evidentemente a los ojos de las masas ante el terrible resultado de los crímenes mismos: varias decenas de millones de muertos.

La tentativa de presentar estos crímenes como «invenciones» de la propaganda imperialista, o de

[6] Deng Xiaoping se permitió el lujo de calificar a Pol Pot como un dirigente «que ha cometido algunos errores». Un millón de personas asesinadas constituyen un «error» de bulto. Estamos sumergidos en pleno universo ubuesco-kafkiano.

[7] No queremos envenenar el debate mediante ataques *ad hominen,* pero el «socialismo de champaña», la costumbre de lo que los obreros británicos denominan «wining and dining with the ruling class» (beber y cenar con la clase dirigente) ha perjudicado gravemente al socialismo en relación con las masas populares.

esconder sistemáticamente la revelación de los mismos con el pretexto de que «desalentaría a los trabajadores» estaba históricamente llamada al fracaso. A la larga no se puede negar una realidad vivida en sus carnes por cerca de mil quinientos millones de seres humanos. La verdad acaba por imponerse. Se impuso en la conciencia de la gran mayoría de los trabajadores del Oeste, del Sur y del Este tras dos décadas, si no desde 1956 (una vanguardia había sido consciente de ello desde hacía mucho más tiempo). La *glasnost* con Gorvachov la ha legitimado con el sello del Estado soviético. Pero es insensato y profundamente reaccionario, anti-comunista y anti-socialista, hacer responsable a las revelaciones de la *glasnost* de los efectos devastadores de los crímenes de Stalin y de sus sucesores sobre la convicción socialista de las masas populares internacionales. La causa de esta desorientación y de esta desmoralización incontestables no está en la revelación de los crímenes, que es necesario buscar, sino en los crímenes mismos.

Todavía nuestra requisitoria (mejor: la requisitoria de la mayoría del pueblo, de los trabajadores y de los comunistas de la URSS y de la Europa del Este) sólo cuenta con los efectos inmediatos de los crímenes de Stalin. Para ser más completos habría que incluir también los efectos indirectos de los errores políticos de los estalinistas y post-estalinistas, así como la teoría y la práctica del «social-fascismo» en Alemania; la ruptura de la unidad obrera en España a partir de septiembre de 1936; la traición de la sublevación nacional india en 1942; la actitud en relación con la resistencia popular antinazi en Polonia entre 1939 y 1945; la política desastrosa del PC indonesio entre 1947 y 1965 en relación con el ejército burgués de este país, por no mencionar más que los casos con consecuencias más graves. De nuevo, millones de seres humanos perdieron la vida como consecuencia de los efectos políticos de estos errores.

El resultado del fracaso que se presenta en este cuadro es impresionante. Pero el resultado del fracaso de la socialdemocracia internacional es apenas menos grave y menos sangriento desde 1914.

Con algunas honrosas excepciones (ante todo Italia), la socialdemocracia internacional ha justificado y facilitado la carnicería de la Primera Guerra Mundial por las pretendidas razones de «defensa nacional», de cuya práctica nadie discute hoy su inanidad. Esta carnicería no sólo causó la muerte de diez millones de personas, la flor de la juventud europea, sino que ha constituido un punto de ruptura, un cambio decisivo en la historia contemporánea. A partir de este momento se empezaron a aceptar dosis cada vez más amplias de brutalidad y de violencia en la vida política y social como fatales, inevitables e irresistibles en los países metropolitanos [8]. El militarismo, la violencia del Estado —se dice, no sin razón, terrorismo de Estado—, ferozmente combatidos por los socialistas desde principios del siglo XIX, han comenzado a ser aceptados también por los socialistas y por los «humanistas liberales» [9] y por una fracción creciente de la socialdemocracia. Al final de este camino de cobarde resignación, de abandono por los socialdemócratas de la resistencia feroz simbolizada por Jean Jaurès, por nuestra gran Rosa, por Carl von Ossietsky, por Kurt Tucholsky, están los «días después» que se llaman Auschwitz, Hiroshima, los bombardeos de herbicidas en Campuchea, la amenaza de exterminio nuclear de todo el género humano.

Por anticomunismo ciego, en 1918-1919 la socialdemocracia alemana deliberadamente dejó hacer a la camarilla de los militaristas prusianos, y constituyó deliberadamente las *Freikorps,* de donde brotó el alma de las SA y las SS. Encubrió el asesinato de Karl Liebknecht, de Rosa Luxemburgo y de varias decenas de miles de obreros. Asfixió la posibilidad de una Alemania Socialista que habría evitado a la humanidad la terrible prueba de Stalin y Hitler. Por su ceguera política de 1929 a 1933, y su legalismo absurdo, por su rechazo a organizar una huelga general insurreccional contra el gobierno de Hitler cuando todavía era posible hacerlo, fue co-responsable del advenimiento y de la consolidación de la dictadura nazi que condujo a la Segunda Guerra Mundial, que costó ochenta millones de muertos a la humanidad.

Los gobiernos socialdemócratas o con participación socialdemócrata han organizado o defendido las guerras coloniales en Indochina, Malasia, Indonesia, Argelia. Han organizado o defendido prácticas de tortura, principalmente en Argelia. Han limitado severamente las libertades democráticas principalmente en la India, Indonesia, Egipto, Irak, Singapur. Han protegido y ayudado a mantener el régimen inhumano del *apartheid* en Suráfrica.

[8] La violencia se practicaba claramente y a gran escala en el Tercer Mundo durante el siglo XIX. El imperialismo, a partir de 1914, y, más tarde, el fascismo, introdujeron las costumbres coloniales de forma creciente en las metrópolis.

[9] Sin duda, no leemos sin repulsión las odas a la guerra escritas por escritores humanistas tan prestigiosos como Thomas Mann, Emile Verhaeren, Marcel Proust, Géorge Plejánov, H. G. Wells y muchos otros más. Sólo hubo algunas honrosas excepciones.

Al gobierno laborista británico le cupo la responsabilidad de rechazar la nacionalización del carbón y del acero del Ruhr tras 1945, abandonando estas riquezas naturales en manos de *trusts* que habían financiado y apoyado a Hitler, cuando dos tercios de la población se pronunciaron claramente a favor de la nacionalización y cuando este mismo gobierno nacionalizó el carbón y el acero en Gran Bretaña.

La socialdemocracia internacional ha tomado parte en la guerra fría durante varias décadas. Aprobó la instalación de armas nucleares en la Europa Occidental, apoyó a la OTAN, mantuvo la división del movimiento obrero por razones de anticomunismo trivial. Incluso en la actualidad, obstaculiza la inclusión de la CGT francesa y portuguesa en un frente común sindical en el seno de la CEE, lo que no hace sino reforzar a la patronal. Es cómplice de todos los esfuerzos del imperialismo de conservar las estructuras económicas internacionales que cimentan la superexplotación de los pueblos del Tercer Mundo. Apoyó, si no organizó, la política de austeridad desde la segunda mitad de los años setenta, que se corresponde con los objetivos del Gran Capital de defender y de aumentar los beneficios mediante un descenso de los ingresos reales de los asalariados(as) y de un aumento del paro.

Pero el fracaso histórico del estalinismo y de la socialdemocracia tiene una dimensión que sobrepasa la de los crímenes enumerados. Su aspecto más grave es *el fracaso histórico en la realización de la transformación socialista de la sociedad.*

Actualmente, tras más de ciento cincuenta años de acción socialista sistemática, tras ciento cincuenta años de esfuerzos del movimiento obrero organizado, a pesar de innumerables combates impresionantes, a pesar de enormes sacrificios sufridos, *el socialismo no existe en ninguna parte del mundo.* Esto lo saben las masas populares perfectamente, a pesar de todos los esfuerzos de la propaganda en afirmar lo contrario. Es, sin duda, la fuente más profunda de su desasosiego ideológico y de su escepticismo. ¿Es realista perseguir un objetivo que no se ha alcanzado tras ciento cincuenta años de esfuerzos? ¿Merece la pena hacer más sacrificios con este fin? Estas son las preguntas que se plantean fundamentalmente.

Desde este punto de vista, el mayor servicio ideológico que se puede prestar a la burguesía internacional ha sido el de colgar la etiqueta de «socialista» a las sociedades híbridas y transitorias que existen en la URSS, República Popular China, Europa del Este y en otras partes. Nada ha desacreditado tanto al socialismo como esta colosal y estúpida teoría. Ha permitido a la burguesía, a sus políticos e ideólogos, proclamar, socarronamente, pruebas irrefutables: que hay guerras entre países «socialistas», que hay campos de concentración «socialistas», que existe la miseria material de los trabajadores con el «socialismo», que existe la opresión «socialista» de las mujeres, que existe un aplastamiento «socialista» de los derechos humanos, que existen la prostitución y corrupción generalizadas «socialistas» y muchos más casos.

¿Es por eso por lo que lucharon y murieron los hombres y mujeres de la Comuna de París, los combatientes del Schutzbund, los héroes y heroínas del verano de 1936 en el Estado español, los héroes y heroínas de Estalingrado y de la Larga Marcha en China?

A un nivel más común, pero con efectos análogos, se sitúa el resultado del fracaso histórico de la socialdemocracia. Tras un siglo de luchas por la conquista del sufragio universal y, gracias al mismo, por ocupar el terreno parlamentario, tras decenas de discursos de tipo «dadnos el 50,1 por 100 de los sufragios y realizaremos nuestro (vuestro) objetivo», es necesario admitir la evidencia, sobre todo donde hay mayorías parlamentarias socialistas, de que el capitalismo continúa, el becerro de oro está siempre en pie.

Los dos ejemplos más convincentes son los de Suecia y Francia (pero se podría citar Austria, Noruega, Australia, Nueva Zelanda, España, incluso Portugal tras 1974). El malogrado Olof Palme realizó una de las últimas campañas electorales recalcando el argumento: «Dadnos la mayoría en el Parlamento, si no las 15 familias que dominan la economía dominarán también el gobierno». Después de cuarenta años de gobierno socialdemócrata cuasi-ininterrumpido, las quince familias continúan dominando la economía nacional; ¿no es esto un fracaso?

En Francia, a principios de los años ochenta, el PS y el PC juntos tenían el 65 por 100 de los escaños en el Parlamento, elegidos por una mayoría absoluta de electores incontestable con el argumento del «cambio». El «cambio» no se produjo. Francia salió de la experiencia de la «Unión de la Izquierda» tan capitalista como entró y con más parados. ¿Hay que asombrarse del escepticismo de las masas en relación con las oportunidades de realizar el proyecto de transformación radical de la sociedad, en relación con el proyecto socialista?

III

Es necesario, no obstante, modular esta requisitoria en un sentido preciso para hacer inventario de los ciento cincuenta años de combate socialista. El fracaso en lo que concierne a la realización del objetivo final perseguido se combina con un éxito no menos espectacular en lo que respecta a la realización de objetivos parciales. Se ha de dar luz a una dialéctica más profunda entre el fracaso y el éxito.

Más de un siglo de enconados esfuerzos de los socialistas, de nuevo todas las tendencias unidas, han terminado por modificar profundamente la realidad social a escala mundial, aun cuando no han establecido una sociedad socialista en parte alguna.

Hace ciento cincuenta años, niñas de ocho años trabajaban en las minas de carbón en condiciones infrahumanas. Actualmente, este horror ya no existe ni en Oriente ni en Occidente. Incluso se da cada vez menos en el sur de nuestro planeta, y esto gracias a los enconados esfuerzos de los socialistas/comunistas.

Hace ciento cincuenta años, la media semanal de horas trabajadas en la industria capitalista era de setenta y dos o más. Actualmente, se aproxima a las treinta y seis horas, al menos en los países más industrializados, y una vez más gracias a los esfuerzos continuos de los sindicalistas, socialistas, comunistas, todas las tendencias unidas.

Hace ciento cincuenta años, los asalariados(as) enfermos, inválidos, en paro, de mucha edad, estaban abocados a la miseria más negra. Todavía en 1900 los niños corrían descalzos en los barrios pobres de ciudades tan ricas como Londres o Nueva York. Actualmente, tanto en el Este como en el Oeste, un mínimo de protección social ha permitido eliminar esta miseria para la mayoría de los asalariados(as). Sindicalistas, socialistas, comunistas han comenzado el combate —si bien es verdad que hasta ahora con resultados muy modestos— para alcanzar el mismo objetivo en los países del Tercer Mundo.

Hace ciento cincuenta años, la gran mayoría de los asalariados(as) —a excepción de una pequeña minoría de obreros altamente cualificados— eran hombres y mujeres sin cultura, desmoralizados, a menudo embrutecidos por el alcohol, a menudo analfabetos. El esfuerzo enconado del movimiento obrero y socialista/comunista consiguió el acceso de los asalariados(as) a un primer nivel de conocimientos, de cultura, de dignidad humana, de confianza en ellos mismos.

El estalinismo y el maoísmo produjeron monstruos. Pero la revolución rusa de octubre, la revolución china, la revolución yugoslava, la revolución cubana y los movimientos análogos han permitido un progreso y un principio de emancipación que nadie puede negar de buena fe.

Para percibirlo, es suficiente comparar el miserable *mujik* de 1850 fustigado y deportado sin razón, el miserable *mujik* de 1900 analfabeto expuesto periódicamente al hambre, con el ciudadano soviético cultivado de hoy. Es suficiente comparar las ciudades chinas pobladas de *koulis,* tirando sus *rickshaws* a fuerza de brazos, y comiendo un tazón de arroz al día —si comían algo— con las ciudades chinas de hoy donde decenas de millones de ciudadanos(as) disponen de una bicicleta y el 25 por 100 de los hogares, rurales y urbanos, disponen de una lavadora.

Es suficiente registrar el hecho de que Cuba tiene actualmente el índice de mortalidad más bajo de América Latina y un nivel de alfabetización y de producción de profesores y de libros de los más elevados del mundo.

No se puede, pues, afirmar que los socialistas/comunistas han trabajado para nada. Sobre todo, no se puede afirmar que los esfuerzos de las masas trabajadoras por mejorar su suerte han sido vanos. Todo este trabajo, todos estos esfuerzos, ya han cambiado profundamente el mundo. Es necesario apoyarse en estos logros, en una reflexión crítica tanto de los éxitos como de los fracasos, para examinar el futuro y las posibilidades del socialismo.

A nuestro parecer, una transformación capital que el combate socialista ha realizado a escala mundial se sitúa en el nivel de la mentalidad, de la conciencia de las grandes masas. La aceptación de sus cadenas como buenas y de oro por ser tradicionales ya no existe en la mayoría de las clases trabajadoras del mundo. Los «valores tradicionales» generalmente aceptados en 1850, 1900 y hasta 1944 («La patria lo exige»; «La miseria siempre ha existido»; «Los ricos son ricos porque constituyen una élite natural»; «Nos gobiernan los mejores»; «Somos muy ignorantes para sustituir a los patronos y los ministros»; «Las guerras son inevitables y buenas escuelas de valentía y virilidad») son en la actualidad objeto de ridículo o de desprecio. Incluso las fracciones más inteligentes y humanas de las Iglesias se están desmarcando de los mismos.

La gran mayoría de las masas trabajadoras, en Oriente y Occidente y en el Sur, en la actualidad está convencida de que *las altas esferas, los amos*

de este mundo, están corrompidos [10] *y son incompetentes.* Este es el producto de una experiencia cotidiana que el movimiento socialista, en sus mejores momentos ha permitido explicitar y ha facilitado (no «provocado») la toma de conciencia. Es una obra importante de salud espiritual y moral la que se ha conseguido de este modo. Confirma la sabiduría de la célebre frase de Abraham Lincoln: «Se puede engañar a determinadas personas todo el tiempo, y a todo el mundo durante cierto tiempo. Pero no se puede engañar a todos todo el tiempo». Esta es una de las razones esenciales que justifican, a pesar de todo, el optimismo histórico de los socialistas que continúan trabajando por una sociedad socialista.

Las masas trabajadoras en su mayoría rechazan la legitimidad de la sociedad burguesa y de las estructuras gubernamentales de los países del Este, y más aún en cuanto que no son escépticos en relación con el proyecto socialista. Esta es una realidad subjetiva, empíricamente verificable, de la que debemos partir.

Se podría objetar: pero las masas no rechazan el valor fundamental de la sociedad burguesa, a saber, el esfuerzo de ganar más dinero para mejorar su suerte material, incluso para adquirir *los artilugios* sucesivos de la «sociedad de consumo».

Esta objeción refleja una confusión analítica y científica. La característica de la sociedad burguesa no es el dinero en tanto que medio de intercambio, en tanto que instrumento para adquirir bienes de consumo. La característica fundamental de esta sociedad es la adquisición de beneficios monetarios para la acumulación de capital.

En el primer caso, el dinero es un mero medio. Ningún asalariado(a) medio objetaría nada a tener acceso a los bienes y servicios deseados sin la mediación de dinero —ejemplo: servicio sanitario gratuito—, a condición de tener libertad de elección y de que la calidad de los bienes y servicios así distribuidos sea elevada. Por el contrario, ningún capitalista puede enriquecerse mediante la explotación del trabajo del prójimo, en tanto que empresario o en tanto que especulador, ni acumular una fortuna privada, ni transmitirla a sus hijos, si el dinero no se erige en dueño de la sociedad.

Este segundo «valor» no es «interiorizado» ni practicado por la gran mayoría de asalariados(as). Lo propio del capitalismo es precisamente que una minoría limitada no puede practicarlo más que si la gran mayoría no puede disfrutarlo.

¿Hay una conexión causal entre, por una parte, las reformas y conquistas parciales que el movimiento obrero y socialista ha acumulado desde hace un siglo y, por otra parte, el fracaso de la realización del «objetivo final»? Los anarquistas y determinados grupos de izquierda lo pretenden así. La argumentación no es válida.

Se puede discutir la cuestión de saber si la masa asalariada de las metrópolis imperialistas aceptan con mayor facilidad que antiguamente la realidad cotidiana del capitalismo, en la medida en que su suerte ha mejorado incontestablemente. Esto exigiría un análisis detallado, empíricamente cimentado y estadísticamente precisado, de las mentalidades y de los comportamientos comparativos. Esto no refutaría el contra-argumento de que *periódicamente* esta masa se ha movido, más a menudo y en mayor número, en un sentido de contestación del capitalismo después de 1914 que antes de esa fecha.

Pero lo que refuta el argumento izquierdista de manera definitiva es que en *ninguna parte* del mundo una gran miseria, un empobrecimiento absoluto, han conducido a movimientos de masas generalizados para derribar el capitalismo, por no decir para el establecimiento de una sociedad socialista. La razón para ello es evidente.

Un movimiento de contestación generalizado del orden establecido, con objeto de reemplazarlo por una sociedad mejor, exige un grado elevado de cohesión, de organización, de confianza en sí mismo, y de experiencia de lucha por parte de las masas trabajadoras. Tal preparación no puede ser nunca el resultado de su empobrecimiento, su miseria total, su degradación, su desesperación.

Este apego de las masas a defender las conquistas parciales explica por qué, en la mayor parte de los casos —los Estados Unidos son por el momento la gran excepción—, los electores conceden a los partidos reformistas o neo-reformistas preferencia electoral. Incluso en Hungría y en Polonia, donde son responsables de una grave crisis económica, los partidos comunistas acaban de obtener, con sus aliados, cerca del 30 por 100 de los sufragios en el curso de las primeras elecciones verdaderamente libres.

Son sin duda votos de personas que no se hacen ilusiones respecto a la naturaleza real de estos partidos, los votos del «mal menor», resignados, con muchas reticencias y mucha abstención —pero, sin embargo, votos significativos.

[10] La percepción de la *criminalización creciente* de las altas esferas de la burguesía está ahí por algo. Dicha criminalización está unida estructuralmente a la hipertrofia del sector especulativo, del crédito y del capital-dinero, en el seno del capitalismo tardío.

Por la misma razón los socialistas/comunistas en su inmensa mayoría siempre han apoyado y buscado dirigir las luchas para las reformas, para la conquista y consolidación de las libertades democráticas en los países capitalistas, para la mejora de las condiciones materiales de las masas. Los socialistas revolucionarios de la corriente a la que pertenezco continúan esta tradición. El reproche que dirigen a los socialdemócratas, y que deben asimismo dirigir cada vez más a las numerosas corrientes que reivindican aún —¿por cuánto tiempo?— el comunismo, es más bien que abandonan la lucha decidida y sin compromisos para las reformas indispensables, que las sacrifican con el estandarte de la «paz social», de los «pactos sociales», de la «cooperación con objeto de mantener la estabilidad de las instituciones», de la «prioridad de mantener la competitividad económica en una economía abierta» y otras consideraciones que reflejan intereses de clase del capital.

La falsa antinomia «reforma-revolución», «conquistas parciales-objetivo final», que Rosa Luxemburgo ya había analizado de forma magistral en sus principales obras políticas del período 1900-1910, nos conduce por el contrario a una problemática que está en la base del fracaso práctico de la socialdemocracia y del estalinismo. Se trata de *las consecuencias sociales y psicológicas de las conquistas parciales en el seno mismo del movimiento obrero. Se las puede resumir en la frase: hipertrofia de burocracias «obreras» y «socialistas» profundamente conservadoras.*

Para las grandes masas, las reformas son los logros que no implican necesariamente, y tampoco de forma permanente, la aceptación del orden establecido. El paro periódico o permanente, la reducción periódica del nivel de vida, las guerras periódicas, las crisis periódicas, las restricciones periódicas de las libertades democráticas, son las llamadas al orden que impiden una integración duradera de este tipo.

No ocurre lo mismo con las burocracias que parten del movimiento obrero de los países capitalistas o que han usurpado el ejercicio del poder en los países post-capitalistas [11]. Socialmente estas burocracias se han integrado en la sociedad burguesa y en el Estado burgués de forma definitiva, en función de posiciones adquiridas y de una elevación considerable de su nivel de vida material [12]. En los países del Este, la *Nomenklatura* ha realizado en buena parte «el socialismo» para ella misma, en vez de que su realización se hiciera para las masas populares en su conjunto [13].

Pero sería sucumbir a un materialismo vulgar, incluso a una «teoría de la conspiración» en las antípodas de la interpretación materialista de la historia (del socialismo científico), establecer una causalidad lineal y mecánica entre estos intereses materiales innegables, por una parte, y el rechazo cada vez más sistemático del combate por el objetivo final que caracteriza, por otra parte, a las burocracias socialdemócratas y estalinistas (post-estalinistas).

El vínculo entre los dos es el miedo a perder lo adquirido, el miedo al «salto a lo desconocido», la inversión de la relación «medios (instrumentos)-fin», la autonomización y la fetichización de «la organización» elevada al nivel de «fin en sí misma». La defensa del «poder», incluso del «poder del Estado» ejercido por «el partido», pesa más que la lucha por la realización efectiva del socialismo. Este es el vínculo común entre la manera cuasi-fanática con la cual las burocracias socialdemócratas defienden «las instituciones democráticas» contra las masas en situación revolucionaria [14] y la tendencia no menos fanática de las burocracias estalinistas y post-estalinistas a defender los mitos del «socialismo en un solo país» (o en el campo socialista) y del Estado-partido («si se contesta el papel dirigente del partido, el restablecimiento del capitalismo es inevitable») en contra de las mismas masas.

La solución de recambio que ha aportado la historia misma a este comportamiento se resume en la fórmula utilizada por el socialista de izquier-

[11] Esta fórmula de usurpación («expropiación política») ya no es en nuestros días privativa de los trotskystas. Se aplica por la resolución oficial adoptada por la decimonovena conferencia del PCUS.

[12] Dicha integración ha pasado por tres etapas sucesivas: integración de los mandatarios socialistas en el Estado burgués; fusión creciente de las burocracias obreras con estratos superiores de las instituciones estatales y paraestatales burguesas; fusión inicial de este «complejo socialdemócrata-estatal» con el nuevo sector privado «informático» del capitalismo tardío.

[13] Hemos analizado detalladamente las relaciones entre la *Nomenklatura*, la clase obrera, el campesinado, la «nueva burguesía media» y la *intelligentsia* en nuestra obra: *¿Ou va l'URSS de Gorbatchov?* (en francés, ediciones La Bréche/París; en inglés, Verso Press/Londres; en alemán, Athenäum-Verlag/Francfort), que aparecerá pronto también en español.

[14] La naturaleza burguesa de dichas instituciones se manifiesta principalmente en esas situaciones. En Portugal, los dirigentes socialdemócratas proclaman abiertamente su disposición a combatir el «anarco-espontaneísmo» de sectores de la clase obrera. Con este salto a ciegas no «salvaron la democracia», a la que esas masas no amenazaban más de lo que amenazaban al socialismo las masas de la plaza de Tiananmen, en Pekín. Ellos han salvado al capitalismo. Hoy en día podemos registrar como regresión social los resultados de esta operación de salvamento.

da británico Aneurin Beyan: «La función de los socialistas, no es la de ejercer el poder. La función de los socialistas es ejercer el poder para realizar su programa». Todo ejercicio del poder, toda variante del «socialismo de gestión», que conduzca a decisiones contrarias al programa —es decir, para evitar la acusación de «normatismo»: que conduce a medidas contrarias a los intereses de los trabajadores— no es un mal menor sino un gran mal.

A este respecto había una insuficiencia indiscutible de la teoría marxista que se trata de superar. El movimiento socialista había comprendido los riesgos de que sus propios funcionarios pudieran tranformarse de servidores en nuevos amos más o menos despóticos de las masas. No solamente los anarquistas, sino Marx, Engels, el joven Kautsky, el joven Trotsky, Jean Jaurès, Rosa Luxemburgo, el joven Bujarin, el Lenin de *La Revolución y el Estado* y de los últimos escritos y Otto Bauer se han referido a ello más de una vez.

Pero la teoría no podía adelantarse a la realidad material. Hizo falta la experiencia traumatizante desde 1914, tanto en los países capitalistas como en los post-capitalistas, para incorporar a un análisis científico más profundo la indispensable dimensión antiburocrática de la conciencia socialista, de la conciencia de clase proletaria. Esto en parte es una cosa ya hecha.

La desconfianza en relación con *todas* las burocracias, comprendidas las de las grandes empresas capitalistas, las de los Estados llamados democráticos, está, en la actualidad, más profundamente arraigada en la conciencia de las masas que en cualquier otro momento del pasado. Es un progreso, no un retroceso [15]. Desemboca en *una identificación creciente del socialismo con la autogestión, la auto-organización y la auto-determinación de las grandes masas.* No es solamente una vuelta a los valores y verdades primeras; es un paso hacia delante indispensable para la reconquista de la credibilidad del proyecto socialista por parte de las grandes masas.

La respuesta decisiva la proporcionará, evidentemente, la práctica. Será necesario una nueva experiencia exaltante del tipo de la revolución rusa de octubre de 1917 o el verano de 1936 en Cataluña, pero a una escala más amplia, con realizaciones sociales que superen las del capitalismo más avanzado y con un éxito duradero, para vencer definitivamente el escepticismo de las masas. Es probable que *la instauración inmediata de la media jornada laboral* por un futuro gobierno socialista (poder obrero/popular) en un país importante sea ese detonante. Levantará el entusiasmo de los asalariados(as) del mundo entero [16].

Una reducción radical de la jornada laboral es indispensable para hacer efectivo todo proyecto de autogestión/autoadministración. Si los productores(as)/ciudadanos(as) no tienen tiempo de gestionar sus propios asuntos, se mantendrá la división de la sociedad en administradores y administrados o renacerá de una forma inevitable. Esta reducción se impone igualmente en función de la necesidad de restablecer y de mantener el pleno empleo en condiciones de crecimiento rápido de la productividad del trabajo y de crecimiento económico lento. Ha surgido también de las preocupaciones feministas —hay que aligerar la carga de la doble jornada laboral de las mujeres asalariadas— y de las preocupaciones ecologistas.

Pero corresponde sobre todo una doble transformación —objetiva y subjetiva— que resulta fundamentalmente de la tercera revolución tecnológica y de la crisis general de las relaciones sociales burguesas que la acompañan. Contrariamente a un mito que no se basa en una verificación empírica, los productores(as) rechazan cada vez más la famosa «ética (¿protestante?, ¿japonesa?) del trabajo». *Trabajar menos y mejorar la calidad de vida:* ésta es su preocupación esencial, incluso en Japón. Es el producto de la «revolución de los valores» que ya hemos mencionado. Es, sobre todo, el producto de una experiencia cotidiana dolorosa: el carácter a la vez agotador y destructor de la salud física, nerviosa y mental, de las cadencias infernales, el carácter monótono y por lo tanto destructor del trabajo mecánico, repetitivo, no creativo.

Este es el talón de Aquiles del capitalismo tardío. Puede buscar —con menos éxito del que se supone generalmente— integrar al asalariado(a) en tanto que *consumidor.* Puede buscar, si no integrar, al menos neutralizar al asalariado(a) en

[15] No hay que confundir este rechazo de todas las burocracias con una aprobación de la reprivatización, que no haría sino sustituir los monopolios y burocracias públicos que, a pesar de todo, se pueden controlar mejor, por monopolios y burocracias privadas. Tampoco debemos confundirlo con un principio de desmantelamiento de los sistemas de protección social pública, desmantelamiento que la mayoría de los electores rechaza prácticamente en todas partes, incluso en los Estados Unidos.

[16] La posibilidad material de realizar este objetivo —sin poner en peligro el equilibrio ecológico— radica en la existencia de enormes reservas productivas (capacidades productivas no utilizadas o malgastadas con fines destructivos) que podemos evaluar entre el 50 y el 60 por 100 del potencial económico existente a escala mundial. Los gastos en armamento sólo constituyen una parte de esas reservas.

tanto que *ciudadano.* Pero debe fracasar en la integración del asalariado(a) en tanto que *productor.*

La natualeza misma del capitalismo implica que los productores(as) no pueden ser libres y soberanos. Un trabajo libre es un trabajo que se controla y se determina por sí mismo, con trabajadores que deciden por sí mismos lo que producirán, cómo lo producirán, por qué lo producirán. Esto no se puede realizar sino con un régimen de productores libremente asociados, en un régimen socialista. Es imposible con el régimen capitalista que implica el control del capital sobre el trabajo asalariado.

Esta exigencia subjetiva responde también a una necesidad objetiva. La tercera revolución tecnológica hace inoperante e irracional, incluso desde un punto de vista «puramente» económico —sea cual sea el sentido que tenga tal punto de vista—, el aumento del esfuerzo físico del obrero en tanto que fuente, y no secundaria, del crecimiento [17].

Actualmente, el crecimiento de la productividad del trabajo, por no decir «la optimización» macroeconómica, está en función, en un 99 por 100, de la naturaleza y de la calidad de la herramienta, de la organización *racional, es decir, planificada* de los flujos y los *stocks* [18] y de la cualificación, de la atención y del sentido de responsabilidad de los productores(as).

El fracaso económico mayor, tanto del capitalismo como de los sistemas de gestión burocráticos o burocráticos/mercantiles en el Este, reside en su incapacidad de suscitar esta atención y este sentido de responsabilidad en los trabajadores. Estos ponen mala cara a los esfuerzos, ya que la experiencia les enseña que son ellos los que pagarán el precio tarde o temprano, mientras otros serán los que recogerán los frutos. El esfuerzo de los capitalistas japoneses por resolver la dificultad mediante el «trabajo en equipo» y los «círculos de calidad» acaba por conducir al mismo fracaso por la misma razón: los obreros no quieren reventar «para el obispo».

Sólo un régimen de productores libremente asociados puede desarrollar el control y la creatividad, así como la responsabilidad individual y colectiva, sin los que buena parte del potencial de las nuevas tecnologías quedará baldío y será derrochado. Esta liberación reclama precisamente una revolución radical de la relación tiempo de trabajo/tiempo de formación (cualificación, información, educación)/ocio, *durante toda la vida* [19]. La experiencia práctica confirma así el buen fundamento de la predicción hecha por Marx en los *Grundrisse,* según la cual, a partir de un determinado desarrollo tecnológico/científico, el *tiempo libre y no el tiempo de trabajo se convierte en fuente y medida de la riqueza.*

En resumen: vivimos siempre en un régimen capitalista; el poder en última instancia está siempre en manos del Gran Capital [20]. Las consecuencias de este poder son desastrosas para millones de seres humanos. Estas consecuencias corren el riesgo de ser catastróficas. El combate socialista ha de combinar la lucha para la mejora de la suerte inmediata de los explotados y de los oprimidos con su preparación sistemática hacia la inversión de este poder mediante la acción de las grandes masas, cuando se presentan ocasiones favorables que hacen posible esta inversión.

IV

La pérdida de credibilidad del proyecto socialista se produce en un momento de la historia en el que la necesidad del socialismo se revela objetivamente más grande que nunca y no solamente,

[17] Esto es lo que revela el carácter insensato y reaccionario a la vez del argumento utilizado en los países del Este y en ciertos países capitalistas, según el cual la «holgazanería» de los trabajadores frenaría la producción. El carácter odioso de una acusación de este cariz por parte de personas que efectúan poco o ningún trabajo físico, en relación con los (las) que padecen un trabajo físico agotador, salta a la vista. Pero todo tecnólogo o ingeniero de producción podrá confirmar que, desde que se introdujo la cadena de montaje, y, más aún, con las tecnologías semiautomáticas, el esfuerzo físico acrecentado de los trabajadores(as) tiene una repercusión mínima sobre el volumen y la calidad de los productos fabricados, si no un efecto francamente contraproducente.

[18] Los himnos a la economía de mercado tienen algo de anacrónico en materia de producción en masa (en serie) y de gran industria. *Todas* las firmas capitalistas importantes *planifican* su producción con años de antelación, a veces un decenio. Todas ellas cuentan con departamentos y direcciones de planificación. Las ventajas de las relaciones comerciales sólo se manifiestan generalmente en el ámbito de la pequeña industria y de los servicios.

[19] Sobre este tema, léase el reciente y espectacular libro del sociólogo americano conservador Van Packard: *The Ultra-Rich, How Much is Too Much,* Little, Brown and Cy, Londres 1989. Prolonga estudios anteriores muy conocidos como el de Ferdinand Lundberg, *The Rich and the Super-Rich,* y de C. William Domhoff, *Who Rules America Now?,* sobre las relaciones trabajo/ocio en las condiciones de la tercera revolución tecnológica; véase el último libro de André Gorz.

[20] El marxista crítico húngaro Janossy ya había subrayado en los años sesenta la tendencia contradictoria del capitalismo a producir al mismo tiempo un ejército de reserva industrial (paro, descualificación de la mano de obra) y una penuria aguda de mano de obra altamente cualificada, sobre todo en períodos de expansión económica.

ni ante todo, por razones de eficacia económica. Ayer la alternativa era: «socialismo o barbarie». Hoy la alternativa es literalmente: «socialismo o muerte».

Se reprocha a menudo a los marxistas haber subestimado la capacidad de adaptación del capitalismo, la agilidad de sus dirigentes económicos y políticos. Este no es lugar para examinar hasta qué punto está fundado este reproche. Contiene sin duda un elemento de verdad. La gran expansión económica 1948-1973 (1940-1973 en los países anglosajones) y sus resonancias sociales, sin duda alguna, sorprendieron a los marxistas. Igual sorpresa han experimentado los liberales y los neo-conservadores (cfr. los gritos indignados y el desprecio de Von Hayek contra Keynes y los neo-keynesianos): El salario del pecado «estatalista» sería el empobrecimiento mediante la inflación, proclamaron. Esta predicción apenas se ha cumplido, por lo menos en las metrópolis imperialistas.

Pero aunque lo sea, los marxistas llaman con motivo la atención sobre el precio cada vez más elevado que ha tenido que pagar la humanidad y todavía paga para las adaptaciones sucesivas del capitalismo, que para salir definitivamente de la «gran depresión» de los años 1913-1939 tuvo que pagar el precio de la Segunda Guerra Mundial. Ya lo hemos citado: costó 80 millones de muertos y dosis, hasta entonces desconocidas, de barbarie (Auschwitz, el hambre de Bengala en 1942-43, Hiroshima). ¿Cuál será el precio de una tercera guerra mundial, aunque no sea nuclear?

Nuestra segunda tesis central, que fundamenta nuestra convicción de la necesidad del «socialismo marxista», es que *el umbral de inadaptabilidad del capitalismo se aproxima cada vez más. La transformación periódica* de las fuerzas productivas capitalistas en fuerzas destructivas tiende a convertirse en una transformación *permanente*. Las catástrofes suicidas amenazan la supervivencia no sólo de la civilización sino del género humano en el sentido físico del término.

Ya han partido a la caza los cuatro jinetes del Apocalipsis. Su aliento fétido ya roza nuestro cuello. Lo llaman: amenaza de exterminio mediante la guerra; amenaza de destrucción del medio ambiente natural indispensable para la supervivencia humana; amenaza de hambre masiva en el Tercer Mundo; amenaza de una sociedad «dual», de la reaparición masiva de la pobreza, de la erosión de las libertades democráticas en las metrópolis imperialistas mismas.

La primera amenaza es la mejor percibida en forma de guerra nuclear, cuyo aspecto suicida no ofrece la menor duda a cualquier persona sensata. Pero no es un punto circunscrito a esta sola eventualidad. Hace mucho tiempo que existen las centrales nucleares, toda guerra mundial que se realice con armas convencionales tendría el mismo efecto. Las armas biológicas y químicas tienen el riesgo de tener efectos análogos. La noción misma de «arma convencional» ha perdido mucho de su sentido, cuando se está preparando la fabricación de bombas y misiles no nucleares que tienen una fuerza destructora igual o superior a la bomba de Hiroshima. Sin hablar de los «rayos de la muerte» y de otros juguetes tentadores para los militares y los estrategas de despachos.

La segunda amenaza es, asimismo, cada vez mejor percibida. La conciencia ecologista no es un lujo para los países ricos. Corresponde a una amenaza efectiva para toda la humanidad. Se desarrolla masivamente en la URSS, en la Europa del Este, en Brasil, en México, en la India. Determinados expertos, y no son los menos, creen incluso que esta catástrofe es ya más inminente que la amenaza de exterminio como consecuencia de la guerra.

La tercera amenaza, desgraciadamente, se siente mucho menos en Occidente y en Oriente, incluso en los medios de izquierda. Los habitantes del hemisferio Sur no lo ignoran evidentemente, porque se codean con ella y la sufren cotidianamente. Ilustrémosla con dos ejemplos.

Según la UNICEF, en los países del Tercer Mundo 16 millones de niños mueren cada año de hambre y de enfermedades curables. En cinco años este índice de mortalidad iguala todos los muertos de la Segunda Guerra Mundial. Cada uno de los cinco años es una guerra mundial contra los niños del Tercer Mundo: éste es el resultado del funcionamiento real de la economía capitalista internacional tan valorado por algunos socialistas.

En los países del Tercer Mundo más pobres, el 50 por 100 de los habitantes tienen un nivel de alimentación que ha descendido desde el comienzo de la depresión económica a unas 1.700 calorías al día. Es el nivel de sub-alimentación de un campo de concentración nazi de 1940, es decir, antes de la aparición de los campos de exterminio propiamente dichos.

En cuanto a la cuarta amenaza, ésta es percibida por una parte de los habitantes de las metrópolis como una realidad tangible. Es suficiente con acercarse a los barrios de Harlem o de Bedford-Stuyvesant en Nueva York, a determinados

barrios de Liverpool o de Glasgow, sin hablar de Nápoles o de Palermo, para poder verlo. El espectáculo de los trabajadores emigrantes efectuando un «trabajo precario» en determinados barrios de París, donde esperan pacientemente que se les contrate por horas, sin seguridad social alguna, como los «jornaleros» de antaño, resumen esta triste evolución.

Las consecuencias a largo plazo, para el conjunto de la clase obrera, todavía no se han comprendido bien. Indiquemos que ya existen índices de paro del 40 por 100, y más entre los jóvenes negros y puertorriqueños en los Estados Unidos, y que el séquito de miseria, desmoralización y degradación que acompaña esta regresión social ya se ha puesto en movimiento.

Indiquemos también que una lenta erosión de las libertades democráticas acompaña en las metrópolis [21] su cuestionamiento permanente en el Tercer Mundo. Según *Amnistía Internacional,* la tortura es sistemática, incluso institucionalizada, en más de sesenta países.

Algunos aceptan este sombrío panorama, pero añaden: «Es demasiado tarde. Los cuatro jinetes del Apocalipsis nos abatirán a ciencia cierta» [22]. No tienen razón. No hay prueba alguna de que la humanidad trabajadora haya perdido la capacidad de detener la marcha hacia el abismo, de someter la tecnología que ella misma ha creado a su propio control, de detener los almacenamientos de armas y detener definitivamente su fabricación, de restablecer los equilibrios ecológicos amenazados, de alimentar y curar a las masas pobres del Tercer Mundo. Esta capacidad existe. Para aplicarla en la práctica, es necesaria una voluntad de comportamiento, un plan de acción y, ante todo, el poder real (poder político y económico) para impedir a quien sea que se aparte del esfuerzo hacia objetivos en conflicto con los objetivos centrales.

Como contraposición a los defensores de las tesis del «exterminio», están aquellos que acusan a los marxistas revolucionarios de «catastrofismo excesivo». No niegan los peligros que acabamos de enumerar. Pero afirman que estos peligros son menos graves, que no se trata más que de tendencias marginales, que la sagacidad de los gobiernos y de los expertos los van a reducir, que su tendencia no crece sino que disminuye, que todo acabará por arreglarse.

Es la prolongación de un viejo debate —que está en su tercera fase— que atraviesa el movimiento obrero desde hace un siglo. Este debate produce en último análisis la oposición entre «reformistas» y «revolucionarios».

Según Eduard Bernstein, el padre del gradualismo socialdemócrata [23], y que fue mucho más lúcido y mucho más coherente que la mayor parte de sus discípulos y sucesores, la tendencia *fundamental* de nuestro siglo sería la de una reducción progresiva de las contradicciones internas de la sociedad burguesa, sobre todo de sus contradicciones explosivas. Habrá cada vez menos crisis económicas. Serán cada vez menos graves. Habrá, por lo tanto, cada vez menos tensiones sociales, cada vez menos dictaduras, cada vez más democracia. Habrá cada vez menos guerras y conflictos violentos de toda clase. Habrá, por supuesto, cada vez menos revoluciones, o no las habrá en absoluto en los países «civilizados».

La tesis opuesta fue la defendida principalmente por Rosa Luxemburgo. Ella afirmó que a pesar de una atenuación temporal de las contradicciones capitalistas durante algunas fases —hoy podríamos añadir: las «ondas largas expansivas»— la tendencia *fundamental de nuestro siglo será la de un agravamiento y no una atenuación de las contradicciones internas de la sociedad burguesa.*

Habrá crisis económicas más graves y no menos graves que en el siglo XIX. Habrá más dictaduras y más revoluciones. Habrá sobre todo más guerras y más violencia, infinitamente más destructoras que las del siglo XIX.

No hay duda posible: era Rosa Luxemburgo la acertada y no Bernstein. Indiquemos las fechas fatídicas: 1914, 1917, 1918-19, 1920, 1922 (llegada al poder de Mussolini), 1925-27 (segunda revolución china), 1929, 1931 (agresión japonesa en Manchuria), 1933, 1935 (agresión italiana en Etiopía), 1936, 1937, 1939, 1942-43 (hambre en Bengala), 1945, 1946-47 (problemas de reparto de la India, primera guerra árabe-israelí), 1949, 1950 (guerra de Corea), 1954 (revolución y guerra de Argelia), 1956 (guerra de Suez), 1959 (triunfo de la revolución cubana), 1962 (intervención americana en Indochina), 1967 (tercera guerra árabe-israelí); mayo francés de 1968; otoño caliente de 1969 en Italia; 1970-1973 (subida revolucionaria después del golpe de Estado de Pinochet en Chile), 1973 (nueva guerra entre Israel y Egipto);

[21] Las restricciones al derecho de huelga (prohibición de huelgas solidarias) y a la libertad de prensa (con el pretexto de la «seguridad del Estado») bajo el mandato de la señora Thatcher, en Gran Bretaña, son fuente de inquietud a este respecto.

[22] Encabeza esta escuela de pensamiento el profesor británico E. P. Thompson *(Exterminism and Cold War,* Verso Press, Londres, 1982).

[23] Eduard Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie,* Berlín, Dietz-Verlag (1899).

1974-5 (revolución portuguesa, primera recesión económica generalizada), 1978 (revolución iraní), 1979 (victoria de la revolución nicaragüense), 1980-1982 (segunda recesión económica generalizada); 1987 (*crash* de la Bolsa) y éstos no son todos.

No ha habido un solo año sin guerra desde 1935. Ha habido 80 guerras desde 1945. ¿No se ha entendido la causa? Al menos en lo que respecta al diagnóstico de nuestro siglo, son los revolucionarios los que se muestran realistas. Son los reformistas conciliadores los que aparecen como soñadores ilusos.

Ningún indicio se presenta en favor de un cambio brusco de esta tendencia de agravamiento de las contradicciones internas del capitalismo tardío. Cuando los consejeros más «revisionistas» de Gorvachov coinciden con los socialdemócratas más moderados para anunciar gravemente que el siglo XXI se situará bajo el signo de la conciliación y de la colaboración de clase, y no de una lucha de clases prolongada y agravada, se debe responder: «¿De qué planeta están hablando? Su *wishful thinking* es profundamente utópico».

El historiador británico Eric Hobsbhawm, que se ha pasado al campo de los nuevos reformistas tras ser apologista del stalinismo durante decenios, afirma que la revolución de octubre y la fundación de la Internacional Comunista eran sendos errores ya que se fundaban en tres hipótesis que no han sido verificadas: la caída del capitalismo; la extensión de la revolución a Alemania; y la posibilidad de construir el socialismo en un solo país.

La tercera hipótesis, atribuida a Lenin, es una falsedad manifiesta, y en contradicción con las dos primeras. La primera y segunda son sofismas clásicos que consisten en formular una tesis en términos deliberadamente excesivos para convertirla en absurda.

Lenin, Trotsky y sus camaradas no predijeron ni la caída del capitalismo ni la victoria cierta de la revolución alemana. Predijeron las crisis extremadamente graves del capitalismo y el estallido de las crisis revolucionarias en Alemania. El resultado de estas crisis dependería fundamentalmente del «factor subjetivo», incluida la política seguida por el PS y el PC. ¿En qué se han demostrado estas predicciones?

Finalmente, están aquellos que, compartiendo en buena parte nuestro diagnóstico, sacan conclusiones diametralmente opuestas. Se los encuentra entre algunos de los comunistas más «ortodoxos», en los países capitalistas lo mismo que en los países del Este (incluidos algunos consejeros menos «revisionistas» de Mijail Gorbachov), entre algunos socialdemócratas de izquierda y sobre todo en algunos «verdes» y feministas radicales. Su razonamiento es el siguiente: ya que las catástrofes suicidas nos amenazan, la clase dominante que no desea suicidarse acabará por entrar en razón. Aceptará una solución radical y pacífica de los conflictos y de las crisis más graves.

Incontestablemente, el Gran Capital monopolista sabe perfectamente que una guerra mundial significaría el suicidio. No concibe la guerra como una solución última a la crisis económica, tal como lo fue desde su punto de vista en 1914 y en 1939. Los capitalistas muertos no «resuelven» la crisis económica vendiendo mercancías inexistentes a clientes atomizados. Han comprendido, como Mijail Gorbachov, que desde la existencia del *overkill* nuclear, la guerra mundial no es ya la continuación de la política por otros medios. Es por lo tanto posible y útil dar los primeros pasos en la vía del desarme nuclear y del salvamento del ambiente en colaboración con estos gobiernos. Nadie sensato se puede oponer a las iniciativas y proposiciones de desarme de Mijail Gorbachov.

El error comienza allí donde se tiende a generalizar abusivamente los éxitos limitados y temporales de esos ensayos de colaboración [24]. Claramente al imperialismo le interesa evitar el suicidio nuclear y limitar en alguna medida la carrera de armamentos [25]. Pero no tiene interés alguno en parar esta carrera totalmente, ni siquiera en buena parte. Los intereses del «complejo militar-industrial» se oponen. Sobre todo en período de depresión económica prolongada, la producción de armamentos se convierte en el «mercado sustituto» por excelencia, como había predicho Rosa Luxemburgo desde antes de la Primera Guerra Mundial [26] y como ha confirmado la experiencia desde 1914.

Por otra parte, el mantenimiento indispensable de armamento nuclear continúa siendo un dogma axiomático de la mayor parte de los gobiernos burgueses, incluidos los socialdemócratas, como lo confirma desgraciadamente el ejemplo de Miterrand (tenemos serias dudas de que un gobier-

[24] Los acuerdos SALT han suprimido hasta el momento sólo el 5 por 100 de las cabezas nucleares. La capacidad de *overkill* queda como estaba.

[25] Como a la URSS, a los Estados Unidos les interesa moderar un poco los gastos militares (mejor dicho: su crecimiento anual) a causa de la amplitud de su déficit presupuestario.

[26] Es la parte más valiosa de su libro *La acumulación del Capital.*

no Kinnock, Vogel/Lafontaine o Craxi/Ochetto se comportarían de otra forma. Esperemos que los hechos nos desmientan).

El error consiste en subestimar gravemente los riesgos de la guerra nuclear resultante de conflictos militares «locales» limitados, de la proliferación de armas nucleares, así como los riesgos de estallido nuclear por error, informaciones falsas o arrebato. Mientras existan las armas y las centrales nucleares en alguna parte del mundo, existirán estos riesgos. Aunque se los considere marginales, ¿es razonable? ¿Es responsable jugarse la supervivencia física de la humanidad en un momento, en la hipótesis de que este margen no se sobrepasará *nunca*?

El error consiste igualmente es suponer que el personal político dirigente de las potencias capitalistas dotadas de armas nucleares está compuesto sin duda de hombres de Estado *racionales,* en los límites convencionales de la palabra (del tipo Roosevelt, Truman, Eisenhower, Kennedy, Nixon, Carter, Reagan y Bush, lo que marca ya un determinado declive de la inteligencia y de la racionalidad, pero compensado por sus principales consejeros) [27]. Pero esta hipótesis carece de realismo, en la medida en que pone entre paréntesis las consecuencias posibles de las crisis económicas, sociales y políticas graves sobre el proceso de selección de personal político de los países capitalistas [28].

Conocemos al menos un caso —el de Alemania— en el que la clase dominante ha permitido o incluso ha preferido el ejercicio del poder mediante un aventurero sin escrúpulos ni freno alguno, 100 por 100 nihilista, dispuesto a jugarse el todo por el todo, incluido el riesgo de destruir su país, su pueblo, su régimen y de suicidarse él mismo. No dudamos que habría utilizado el armamento nuclar incluso en el suelo patrio, incluso en situación de *overkill.* El Japón del verano de 1945 estuvo a punto de caer bajo el golpe de locos suicidas del mismo tipo.

¿Quién puede garantizarnos que tal coyuntura no se repetirá jamás en algún país dotado de armas nucleares? ¿No sería jugarse de nuevo la supervivencia física del género humano en un momento de desesperación? ¿No es profundamente irracional e irresponsable?

El error analítico fundamental que está en la base de estas hipótesis de trabajo angelicales, es el desconocimiento del vínculo estructural entre las catástrofes que se aproximan y el sistema capitalista como tal.

Para superar definitivamente los peligros de guerra, las amenazas que pesan sobre el medio ambiente, el hambre y la miseria en el Tercer Mundo, los riesgos de la «sociedad dual» en las metrópolis, es necesario someter todos los desarrollos tecnológicos, económicos y sociales de este mundo al *control consciente de la humanidad,* es decir superar a la vez los cálculos y ventajas a corto y medio plazo, la búsqueda de intereses parciales y fragmentados, la soberanía y la competencia de los Estados nacionales. Esto es manifiestamente incompatible con un régimen basado en la propiedad privada, la competencia, la sed de enriquecimiento privado. Es manifiestamente incompatible con el mantenimiento del régimen capitalista. La oposición entre la búsqueda de la racionalidad parcial y la reproducción de una irracionalidad global periódicamente explosiva y destructiva es inherente a este régimen y sólo desaparecerá con él.

Ahora bien, lo común a todos los que toman pseudosoluciones conciliadoras, reformistas y neo-reformistas, propuestas a la crisis de la humanidad, es que implican el mantenimiento del régimen capitalista, cualesquiera que sean los conceptos justificativos utilizados («economía mixta», «socialismo factible» en Alec Nove, etc.). El teórico socialdemócrata más erudito y más lúcido de hoy era el americano Michael Harrintong, cuyo reciente fallecimiento lamentamos. Pero al final de un itinerario ultra-crítico, auto-crítico y angustiado, llega, en su última obra [29], a una conclusión y a unas proposiciones de las que el *New York Times* declara sobriamente que consisten en un capitalismo reformado. Es así.

Es por eso que estas proposiciones no pueden detener la carrera hacia el abismo. Es porque no son una solución de recambio en relación con la indispensable transformación socialista de la sociedad.

A menudo se afirma que para impedir las catástrofes que nos amenazan, es indispensable una verdadera revolución de las mentalidades, una verdadera revolución moral. Es necesario superar de una vez por todas la «doble moralidad» en el

[27] La sucesión Ben Gurion, Moshe Sharret, Moshe Dayan, Golda Meir, Simon Peres, Rabin Begin, Shamir y hasta Ariel Sharon en Israel es ya mucho más inquietante.

[28] Podemos comprender que los ideólogos gorbachovianos teman los riesgos de una agravación de las crisis económicas, sociales y políticas capitalistas en este sentido. Pero el temor no puede ocupar el lugar del análisis científico de los proyectos en curso. Es también un mal consejero en lo que se refiere a los medios más adecuados para neutralizar estos riesgos.

[29] Michael Harrington, *Socialism, Past and Future,* Arcade Publishing, Nueva York, 1989.

comportamiento humano según se refiera al *in-group* o al *out-group*. Para traducir esto al lenguaje freudiano: la tendencia a la destrucción *(Thanatos)* ha de ser definitivamente vencida por la tendencia al placer controlado y civilizado (*Eros* templado por el *Superego*).

Pero la historia nos enseña que la «doble moralidad», la aplicación de normas éticas diferentes a los miembros del *in-group* (que son las hordas, clanes, clases sociales, etnias, Estados) y a los miembros del *out-group,* no resulta de la maldad innata del género humano ni del pecado original. Es el resultado fundamentalmente *de las oposiciones y conflictos de intereses y de su percepción*. Se modifica a través de la historia en función de estas oposiciones de interés y del contexto social en el cual los seres humanos nacen, se educan, se condicionan y acumulan sus experiencias.

Querer superar la «doble moralidad», querer impedir que las tendencias agresivas y auto-destructivas dominen el comportamiento humano, manteniendo una estructura social basada en la competencia y la búsqueda agresiva de privilegios privados, es la peor de las ilusiones. Es el camino más seguro a la catástrofe.

Sólo un orden social basado en la cooperación, la solidaridad y el control consciente y democrático del desarrollo económico, crea la *posibilidad* —no podemos prometer más— de una superación de la «doble moralidad». Sólo un orden de este tipo crea la *posibilidad* de evitar las catástrofes que se avecinan. Este orden social es el de los productores libremente asociados, el del «socialismo a la manera de Marx» para utilizar la frase de Alec Nove. Es lo único que merece un compromiso a fondo para que se realice, en el mundo de hoy.

V

El socialismo tal y como lo hemos definido es necesario. ¿Es posible? Lo es, ciertamente, ante todo, porque el capitalismo produce y producirá una sucesión de crisis que pondrán su destrucción a la orden del día. Lo es porque el mismo capitalismo ya ha creado las condiciones económicas y culturales indispensables para su superación: las fuerzas productivas humanas y materiales capaces de instaurar un régimen mundial de productores libremente asociados.

Pero faltan dos precondiciones suplementarias indispensables para la realización del socialismo. La primera es de naturaleza político-social: la voluntad de trabajar en este sentido por parte de una masa de hombres y mujeres que dispongan de una fuerza potencial suficiente para imponer su voluntad a los adversarios de esta revolución social, y a un precio suficientemente bajo para no jugarse de antemano el objetivo previsto. La segunda es política y organizativa: su capacidad de tener éxito en esta difícil empresa.

Ninguna de las dos condiciones están aseguradas hoy. Ninguna de las dos son el resultado automático de la madurez de «condiciones objetivas», ni de la gravedad de la crisis de civilización o de amenazas de catástrofes que pesan sobre la humanidad. Ambas se desarrollarán lenta y gradualmente durante un largo período. Su realización necesita mucho tiempo, muchos esfuerzos, mucha lucidez, mucha firmeza para acabar con la *Realpolitik* a corto plazo, para no sacrificar lo esencial a lo secundario.

Se trata de la creación de las *condiciones subjetivas indispensables* para la victoria del socialismo. En su determinación se entrecruzan los efectos del desarrollo económico sobre la fuerza numérica y el potencial social de las clases y de fracciones importantes de clase; los efectos de los desarrollos económicos, políticos, culturales, sobre la conciencia y las mentalidades de las masas; el peso de los intereses materiales y de la experiencia adquirida en su comportamiento; la interacción entre este comportamiento, estas mentalidades y la influencia (retardadora o estimulante) de los partidos políticos y de los sindicatos sobre su toma de conciencia; y muchos otros elementos más.

De todos estos eslabones de una cadena larga e intercalada, el eslabón definitivo es, no obstante, la motivación de la acción por los intereses materiales, algunas veces además una motivación oculta por los conflictos ideológicos [30]. He aquí por qué la burguesía occidental y los ideólogos procapitalistas del Este gritan victoria prematuramente alegando la crisis, incluso el declive de la «ideología comunista» en la URSS y en la Europa del Este. Sacan la conclusión de que se camina hacia la restauración del capitalismo. No comprenden que las fuerzas sociales, cuya acción libre es posible gracias a la *glasnost,* tienen intereses opuestos. La mayoría de los asalariados(as) se aprovechará de la *glasnost* para luchar por sus propios intereses, que son opuestos *a su vez* a los de

[30] Este es, claramente, el papel desempeñado por las diferenciaciones religiosas, los cismas sucesivos de la Iglesia Católica, la Reforma y su propia diferenciación desde el siglo IV hasta el XVII de nuestra era.

la *Nomenklatura* despótica e hipercentralizadora, y a los de los partidarios de un liberalismo económico desmedido, por no decir de una restauración capitalista. La huelga de los mineros soviéticos, lo atestigua ya con brillantez.

La clase obrera en el sentido marxista del término [31] *es la única fuerza social en el mundo de hoy que dispone del potencial necesario para eliminar al capitalismo,* para salvar a la humanidad de las catástrofes que la amenazan, para realizar la civilización superior, la de los productores(as) libremente asociados, indispensable a este fin. *Hoy tiene la fuerza de más de mil millones de personas* a escala mundial, es decir, más fuerte que nunca. *La tendencia histórica a largo plazo, la de las décadas venideras de las que se puede trazar el perfil, va en el sentido de su refuerzo y de su homogeneización creciente,* y no en el sentido de su debilitamiento, incluso su descomposición. Esta es la tercera tesis central de nuestro diagnóstico relativo al estado y al futuro del socialismo.

Hablamos de la *tendencia* histórica, no de situaciones específicas, ni de países o zonas geográficas específicas. Se combina con las tendencias que van en sentido contrario. Como fue a menudo el caso en la historia del capitalismo, siendo la movilidad del capital superior a la movilidad del trabajo, la recolocación de empresas puede producir un declive —asimismo limitado— del número de asalariados(as) de los países «viejos» y de las «viejas» regiones industrializadas, más que compensado por la expansión del número de asalariados(as) en las regiones y países en vías de industrialización.

El crecimiento espectacular del número de asalariados(as) de cuello blanco, la feminización creciente del proletariado —fenómenos positivos— se acompañan de fenómenos negativos, como la expansión inquietante de las capas empobrecidas y marginadas en el conjunto de la clase obrera, las que Marx denominaba sus «capas de Lázaro». El debilitamiento relativo de determinados bastiones tradicionales del proletariado en los países «viejos» [32] no ha sido compensado aún por el desarrollo de nuevos bastiones, aunque éstos se dibujan ya y aquéllos están lejos de haber desaparecido [33].

Pero si se quiere evitar un eclecticismo insípido, hay que pronunciarse claramente sobre la cuestión de saber cuál de estas dos tendencias, opuestas una a la otra, es la tendencia predominante a largo plazo y a escala mundial. La mayor parte de los datos empíricos de que disponemos actualmente conducen a la conclusión de que la evolución a largo plazo *y a escala mundial* va en el sentido del crecimiento y no en el debilitamiento del proletariado, entraña su homogeneización y no su heterogeneidad creciente.

La emergencia de los trabajadores(as) de los servicios públicos como uno de los sectores más combativos y eficaces del movimiento sindical y de acción de masas constituye una confirmación brillante de esta tendencia histórica [34]. Va acompañada de la aparición de nuevos baluartes del movimiento obrero en los centros de telecomunicaciones, en los transportes colectivos (incluidas las líneas aéreas y los aeropuertos), en los hospitales, en los bancos, y hasta en el sistema escolar.

Estos baluartes concentran millares, a veces decenas de millares, e incluso, a escala regional o nacional, centenares de millares de trabajadores(as), que se organizan cada vez mejor, y cuya capacidad de paralizar la economía capitalista y de «poner en tela de juicio» la sociedad burguesa es impresionante. De hecho, es superior a la de los «antiguos» bastiones obreros. Una huelga general del sector de la siderurgia o del automóvil no consigue paralizar toda la economía nacional. Sin embargo, una huelga general de los sectores de la electricidad, telecomunicaciones, transportes, sector bancario, la paralizaría con toda seguridad.

Porque de eso se trata, claro está, cuando se habla del *potencial objetivamente anticapitalista de la acción obrera:* la capacidad de paralizar la economía capitalista en su conjunto, de interrumpir

[31] Es decir, todos aquellos y todas aquellas que se ven *económicamente obligados a vender su fuerza de trabajo.* La fórmula, que procede de Marx y de Engels, fue utilizada textualmente por Plejánov y Lenin en el primer programa del POSDR. Evidentemente, podemos utilizar cualquier otra definición de proletariado, pero será, por tanto, contraria a la tradición marxista y a la lógica del análisis marxista del capitalismo en su conjunto.

[32] Particularmente: la industria minera, siderúrgica y del automóvil, y empresas como Renault/Billancourt, las explotaciones hulleras del País de Gales y de Escocia, las empresas siderúrgicas del Ruhr, las fábricas de automóviles de Detroit, los astilleros Mitsubishi en el Japón, etc.

[33] Las fábricas de automóviles Fiat/Turín, Volkswagen/Wolfsburg, Toyota, etc., los grandes complejos petroquímicos, las grandes refinerías de petróleo, las fábricas del sector aeroespacial, las grandes fábricas de aparatos eléctricos, todas ellas siguen siendo poderosos bastiones obreros en Europa, en Japón, en los Estados Unidos, aunque el empleo haya disminuido un poco en todas ellas.

[34] Podemos también incluir, en diversos países, los médicos, cada vez más transformados en asalariados. Este cambio de condición social ha modificado profundamente su comportamiento (generalmente, los médicos independientes han sido y siguen siendo hostiles a los sindicatos y al movimiento obrero).

el funcionamiento en la práctica de las reglas y de la lógica burguesa, de sustituirla como organizadora de la vida económica del Estado. Ninguna otra fuerza social en la sociedad contemporánea dispone actualmente de un potencial así, excepto la masa obrera.

La masa obrera constituye ya en los cinco países más industrializados del mundo más del 90 por 100 de la población activa. Oscila alrededor del 80 por 100 de la población activa en varias docenas de países. ¿Quien podría neutralizar esta fuerza de choque impresionante si se pusiera en movimiento? Las palabras del poeta socialista alemán del siglo XIX: «Todos los engranajes pararán si tu poderoso brazo así lo desea», reflejan mucho más la realidad de finales del siglo XX que la de finales del siglo pasado.

Se podría hacer la siguiente objeción: a las huelgas de los servicios públicos se las puede «romper» con más facilidad, e incluso pueden ser prohibidas por la legislación. Son impopulares para los usuarios, sobre todo para los de pocos ingresos. Pero con su sentido común práctico, y ejemplar, los trabajadores(as) han encontrado ya la respuesta apropiada y espectacular a esta amenaza: la réplica de la *huelga activa*.

Es verdad que el «público» reacciona en contra de que los servicios hospitalarios funcionen con lentitud, de que haya cortes de electricidad durante buena parte de la jornada, de que el metro y los trenes de cercanías se detengan, de que los niños tengan que quedarse en casa porque los maestros(as) están en huelga.

Pero el «público trabajador» se solidarizará con los huelguistas si metros, autobuses y trenes de cercanías circulan, pero *de forma gratuita,* sin que los viajeros tengan que pagar; si los hospitales funcionan a tiempo completo, pero de forma total y absolutamente gratuita, y sin que haya que rellenar los formularios administrativos; si los niños van a clase, pero los maestros(as) les dan clase desviándose de los programas oficiales. El «público» aplaudirá con fervor a los huelguistas si, en lugar de efectuar cortes de energía eléctrica, éstos se niegan sencillamente a anotar el consumo.

La huelga activa de los servicios públicos reúne dos tendencias empíricamente verificables del comportamiento (de la mentalidad) del proletariado de hoy en día: la de no llegar más allá de las preocupaciones inmediatas (en resumidas cuentas, sólo se trata de obtener mejoras concretas para los trabajadores(as) de los servicios públicos, no de abolir el régimen capitalista) [35]; y la de no tener que sentirse inhibido por un determinado respeto a los «valores tradicionales» burgueses.

Cuando estas tendencias se fusionan en el marco de una huelga general interprofesional, que dura más de veinticuatro o cuarenta y ocho horas, dan lugar al nacimiento de un verdadero *contrapoder de Estado,* es decir, una situación de dualidad en el poder. Este es el modelo que adoptará toda crisis revolucionaria en un país altamente industrializado.

Una de las teorías más perniciosas de la socialdemocracia clásica, adoptada más tarde por la socialdemocracia moderna, así como por los estalinistas y los postestalinistas, es la «división del trabajo» funcional entre partidos y sindicatos. Se considera que estos últimos deben ocuparse exclusivamente de las reivindicaciones materiales inmediatas de los trabajadores. Los primeros solamente tendrían la obligación de «ocuparse de la política», es decir, de las elecciones, del parlamento y del gobierno. En la práctica, ello excluye toda acción directa extraparlamentaria de las masas en materia de política [36]. Peor aún: todo esto deja a la clase obrera excluida de todo tipo de actividad política, excepto la de votar. Eso hace de la política el dominio privado de los estados mayores de los partidos políticos.

Este teorema se basa en un sofisma: se considera que los sindicatos representan intereses particulares, e incluso «corporativistas», mientras que los grupos parlamentarios y los gobiernos democráticos representan «la voluntad (la soberanía) popular». Pero la superchería estalla cuando se comprueba que parlamentarios y gobiernos elegidos por el programa electoral x se arrogan el derecho de tomar decisiones x-y o incluso «no-x». ¿Quién les ha dado ese poder?

Se puede desenmascarar fácilmente a los sofistas pidiéndoles que incluyan en las «Constituciones» el *referéndum de iniciativa popular.* Que los sindicatos, que los trabajadores, que todos los gru-

[35] Reivindicaciones inmediatas no quiere decir necesariamente reivindicaciones económicas. El personal sanitario puede luchar por una mejora de los cuidados a los enfermos, por un mejor reconocimiento de los conocimientos adquiridos, contra la rigidez de las estructuras jerárquicas, contra el abuso de burocracia, etc. La lucha antifascista —exigencia primordialmente política— ha desempeñado una función importante en las movilizaciones obreras de 1934-1939.

[36] Por otro lado, la experiencia práctica ha demostrado el carácter artificial de esta «división del trabajo» en el seno del movimiento obrero. El gobierno socialdemócrata alemán no pudo impedir la victoria del *putsch* reaccionario Kapp-Von-Lütwitz en 1920, más que gracias a una huelga política general —la más lograda de la historia— combinada con la distribución de armas a los trabajadores.

pos importantes de ciudadanos(as) tengan el derecho de someter a los electores(as) tal o cual reivindicación —¿por qué no la x del programa electoral olvidada por «el» Partido?—, no solamente económica, por otra parte. Es posible que, en este caso, el temor al elector frenaría las promesas intempestivas, así como su abandono indiscriminado.

La acción de masas extraparlamentaria, que adquiere en el caso de la huelga activa y general una dimensión eminentemente política, permite ir superando paso a paso en los hechos el «apoliticismo» de las masas; todos aquellos que se refieren a él para justificar *su sustitucionismo* hacen todo lo posible para instaurar, mantener y consolidar ese «apoliticismo».

Uno de los principales méritos de Marx consiste en el hecho de que, al contrario que los primeros socialistas y que los primeros revolucionarios comunistas, como Gracchus Babeuf, vinculó indisociablemente el «proyecto socialista» a la autoactividad y a la autoorganización de la clase obrera: la emancipación de los trabajadores será obra de los mismos trabajadores, no de salvador supremo alguno, ni Dios, ni César, ni Tribuno, ni gobierno (Estado), ni partido. Tanto gobierno como partidos pueden revelarse como instrumentos indispensables de emancipación, pero con la expresa condición de que permitan, favorezcan y estimulen la actividad y la organización directa de las masas por sí mismas. Si las frenan, las obstaculizan o las impiden, dejan de ser instrumentos válidos o útiles.

Eso lo entendieron muy bien y lo repitieron hasta la saciedad Marx y Engels, así como, más tarde, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Lenin a partir de 1905, el joven Bujarin, Gramsci y otros muchos más. Es por eso que el socialismo seguirá en crisis y tendrá cada vez menos futuro si no consigue deshacerse de todo residuo de sustitucionismo.

La estrategia general para superar la crisis del socialismo que aquí esbozamos —¡sería ridículo ir más lejos y pretender presentar un catálogo de reglas o de consejos tácticos válidos para 150 países diferentes!— no es producto de los ensueños de un intelectual encerrado en una torre de marfil. No hace sino generalizar una tendencia presente en las grandes luchas obreras de los últimos decenios: la huelga general belga de 1960-61; el Mayo del 68 en Francia; el «Otoño Caliente» en la Italia del 69; la revolución portuguesa de 1974-75; el ascenso de *Solidarność* en la Polonia de los años 1980-81 (no en la Polonia de 1989); las grandes huelgas de los años ochenta en Brasil; la huelga de los mineros soviéticos en 1989. En todos estos casos, la tendencia al contra-poder era perfectamente visible para todo observador libre de prejuicios y con los ojos bien abiertos.

Repetimos una vez más: tendencia, o, incluso, «tendencia embrionaria», no realización plena ni íntegra, pero, principalmente, nada de realización consciente. Nuestra recuperación del «proyecto socialista según Marx» no implica idealización alguna del proletariado. Nos referimos siempre al proletariado real, tal como es, con sus defectos y sus virtudes, que son producto, tanto unos como otras, de una sociedad «mala» (la sociedad capitalista, por un lado, y, por otro, la sociedad postcapitalista, burocratizada). Nació dentro de estos ambientes enrarecidos, pero no es simplemente su fruto del mismo modo que la manzana es el producto del manzano, ya que se desarrolla y crece al mismo tiempo en simbiosis y en oposición con el medio ambiente.

Para Marx, el socialismo sólo puede derivar de las luchas reales de esa clase real, no de las imaginadas e imaginarias de una clase ideal. Dicha clase está normalmente preparada, aunque todavía de manera insuficiente, para construir una sociedad mejor, sobre todo desde el punto de vista de su conciencia. Por eso necesita una vanguardia consciente y organizada. Por eso seguimos siendo leninistas impenitentes [37], con tal de que el leninismo no gire hacia el sustitucionismo.

Una de las flaquezas del proletariado —decuplicada, también es verdad, por la actitud reaccionaria de las direcciones de sus partidos políticos y de sus sindicatos, y agravada por los retrasos de la teoría materialista, incluida la teoría marxista— se manifestó en el transcurso de los últimos decenios: las dificultades, y hasta su repulsa, para superar el sexismo, el *machismo,* la falocracia en sus filas, que hunden sus raíces en la institución social llamada «familia nuclear». Este es el motivo esencial por el que se ha desarrollado un movimiento feminista de masas independientemente del movimiento obrero organizado.

Podemos aplicar la misma observación, en líneas generales, a los movimientos ecologista y antinuclear. Inicialmente han encontrado, muy a menudo, una verdadera oposición, no sólo en sectores del movimiento sindical, sino también incluso en sectores de la clase obrera, que veían en dichos movimientos amenazas para su empleo.

[37] Ver nuestro folleto: «La teoría leninista de la Organización».

Estos «nuevos movimientos sociales» tendrán, a su vez, que aprender por experiencia propia que los problemas vitales para el porvenir de la emancipación y para la supervivencia de la humanidad a la que aspiran sólo pueden tener solución si se abole el capitalismo. Si esta toma de conciencia progresiva confluye con una toma de conciencia «autocrítica» feminista y ecologista por parte de sectores cada vez más amplios del proletariado, el movimiento obrero habrá ganado aliados(as) poderosos(as) en la lucha en pro del socialismo.

La principal alianza que debe buscarse sigue siendo, a pesar de todo, la del movimiento de liberación de masas en los países del Tercer Mundo. En la medida en que el proceso de industrialización continúe a ritmos diversos y con inevitables fluctuaciones, tanto hacia arriba como hacia abajo, el proletariado acrecentará su peso en el seno de este movimiento, como ya está ocurriendo de manera impresionante en Suráfrica. Pero la alianza obrero-campesina y la lucha por la reforma agraria y urbana (la solución a los flagrantes problemas de los miserables habitantes de chabolas) siguen siendo indispensables para obtener la victoria de los movimientos de masas que continuarán surgiendo, a pesar de todos los esfuerzos de las «superpotencias», del imperialismo y de las burguesías locales por contenerlos y ahogarlos.

Ya hemos subrayado que la tendencia al refuerzo y a la homogeneización del proletariado es *a escala mundial*. A primera vista, esto parece profundamente ilusorio. ¿No es el nacionalismo más influyente que nunca en el seno del proletariado internacional? ¿Qué sector de masas sigue creyendo, sigue actuando y reivindicando en función del viejo lema: «¡Proletarios del mundo entero, uníos!»?

¿Los grandes partidos obreros de masas, los grandes sindicatos, no se han mostrado incapaces de obrar en común a escala internacional? ¿No se ha inclinado sistemáticamente el «internacionalismo proletario» hacia el servicio de presuntos «Estados-guía» (decimos más bien de las burocracias en el poder dentro de los Estados), lo que acarrea un rechazo de este concepto por parte de las masas, incluso por parte de aquéllas en los diferentes «Estados-guía»?

¿Acaso no está arraigado todo este retroceso, y este fracaso, en las diferencias de intereses de los trabajadores(as) de los diferentes países (a veces, en las distintas capas de trabajadores de un mismo país), fomentadas por enormes diferencias salariales mantenidas por «mercados de trabajo» segmentados?

Esta argumentación lleva consigo, indiscutiblemente, un elemento de verdad. Pero esta comprobación es puesta en tela de juicio por la tendencia fundamental de evolución del capitalismo a finales del siglo XX: *la internacionalización de las fuerzas productivas,* que lleva consigo ineludiblemente, a pesar de todas las resistencias estatales e ideológicas, la *internacionalización del capital y de la lucha de clases*.

En la actualidad, el mercado mundial se encuentra dominado por setecientas empresas multinacionales. Su capacidad de desbaratar toda política estatal, toda oposición obrera/sindical limitada a un único país o a un reducido número de países, aumentará. Esta es la base objetiva del renacimiento necesario y posible del internacionalismo proletario, por lo menos a largo plazo. *El socialismo será mundial o no será*. Para evitar las catástrofes que nos amenazan, la *Federación Socialista Mundial* es la única solución válida para el futuro. Las nubes nuclares no respetan frontera alguna: ni las de los Estados soberanos, ni las de la «Europa unida», ni las del «mundo musulmán», ni las del «campo socialista».

Si la internacionalización de las fuerzas productivas y del capital es la tendencia económica fundamental de los próximos decenios, no habrá ni «sociedad postindustrial», ni «sociedad informatizada», ni el «poder del conocimiento» sustituirá al poder del Capital, ni habrá ocaso del proletariado [38]. El proyecto de declaración programática de esta revista afirma la tesis opuesta, con la que no estoy de acuerdo. Por eso, he aceptado formar parte de su comité de redacción con la condición expresa de no encontrarme vinculado en forma alguna a esta declaración programática.

Participo, sin embargo, porque creo que un socialista revolucionario debe utilizar todo tipo de tribunas para defender sus ideas sin reticencias ni reserva alguna. Lo hago con tanto más entusias-

[38] El proyecto de declaración programática confunde los efectos de la tercera revolución tecnológica, incluida la «informatización» controlada por el capital *y que amplía la masa de asalariados,* con una pretendida sustitución de la gran burguesía por expertos/sabios/controladores de conocimientos. Es como si creyéramos que son los pobres técnicos de la televisión, de la prensa, de las firmas publicitarias y de los sondeos de opinión, sin hablar de las universidades, quienes controlan las empresas de los Benedetti, los Berlusconi, los Bernard Tapie, los Trumps, los Maxwell, los Murdock, los Forbes, los Bertelsmann y *tutti quanti,* y no que son los *trusts* y los financieros todopoderosos y arrogantes los que controlan a sus servidores. Una «nueva revolución industrial», al contrario que una revolución tecnológica, debería abolir la relación capital/trabajo asalariado. No existe el menor indicio de que esto pueda ocurrir en ningún país capitalista.

mo cuanto que la incapacidad para debatir libremente y sin vacilación las divergencias en el seno del movimiento obrero ha sido una de las causas de la crisis del socialismo desde 1914.

La sustitución de la «libertad de la ciencia socialista» de la que habla Engels por prohibiciones, exclusivas, intolerancias, insultos, calumnias, y hasta represión física, eso es lo que ha agravado dicha crisis. Restablecer una capacidad de diálogo sin obligación de compromisos finales ni consensos previos supone un gran paso hacia adelante. La *glasnost* está contribuyendo a ello. Esperemos que esta revista también lo haga.

No se trata de una preocupación intelectual, sino de comprender que *la democracia en el seno del movimiento obrero es una condición indispensable para su eficacia*, para la clarificación de sus objetivos y de las vías y medios para lograrla. Es, al mismo tiempo, una condición indispensable para que la lucha intransigente de las ideas vaya siempre acompañada de la voluntad y de la capacidad de unidad de acción para objetivos comunes, y contra adversarios comunes.

Una vez más, se trata de subrayar las condiciones morales de la reconquista de la credibilidad del socialismo. Si la práctica de los socialistas no va de acuerdo con sus principios, las masas reaccionarán de forma escéptica. El socialismo es, en la actualidad, el único capaz de luchar de manera intransigente y sin reservas por la conquista y la defensa universal de los derechos del hombre y de la mujer. Pero esto significa que los socialistas no deben subordinar *nunca* estos derechos del hombre y de la mujer a ninguna «razón de Estado», incluso de los Estados que ellos mismos están gobernando [39]. Lo que significa ante todo que deben garantizar esos mismos derechos en el seno del mismo movimiento obrero socialista.

Si el socialismo recupera esta capacidad de identificarse con la lucha en contra de la explotación, la opresión y la injusticia en el mundo entero, y contra cualesquiera que sean los responsables de estos delitos; si actúa de nuevo de forma sistemática y siempre en función del imperativo categórico de Marx de no tolerar condición alguna de degradación humana, y sin pretexto alguno que valga, aunque ello cueste un «precio político», entonces a medio o largo plazo acabará por conquistar una fuerza moral y política invencible. Entonces se restablecerá totalmente la credibilidad del proyecto socialista. Entonces, también, el futuro será suyo, sea cual sea la duración del proceso y a pesar de todos los obstáculos (numerosos, muy numerosos, no nos hacemos ilusión alguna a este respecto) que será necesario superar.

Agosto de 1989.

[39] Ministros del Mapaï, miembros de la Internacional Socialista, han permitido, encubierto y hasta iniciado el cierre, durante dieciocho meses, de *todas* las escuelas en los territorios palestinos ocupados, organizando así una amplia analfabetización de la juventud palestina. ¿Es esto compatible con los derechos humanos? ¿Acaso no han sido éstos sacrificados, en este caso concreto, por consideraciones de «seguridad de Estado»?

EL SOCIALISMO DEL FUTURO

Giorgio Napolitano

1. Si nuestra intención es suscitar una discusión creativa, liberada totalmente de tabúes de cualquier especie, es necesario someter a examen el propio concepto de «sociedad socialista», el objetivo mismo de la «construcción» de una sociedad socialista. En efecto, tanto el concepto como el objetivo remiten a una contraposición radical entre las relaciones de producción socialistas y capitalistas, entre las leyes económicas del capitalismo y las leyes económicas del socialismo, que parece sometida implacablemente a la prueba de múltiples experiencias históricas, de complejas disputas teóricas, de nuevas tendencias surgidas a escala mundial. Es necesario observar que si se rechaza la identificación entre socialismo y propiedad colectiva sobre los medios de producción, si se reconoce la exigencia de una combinación de formas diversas de propiedad (privada, estatal, cooperativa) sobre los medios de producción, si se le reconoce un papel no marginal al mercado, incluso con respecto a la posible recurrencia a medios de planificación, resuta difícil definir y prefigurar una «sociedad socialista» como sistema económico y social que funcione sobre la base de mecanismos que sean la antítesis total de los propios del sistema capitalista.

Pertenece ya al pasado la disputa sobre el camino a seguir que dividió durante decenios al movimiento obrero europeo. La vía revolucionaria ha resultado desde hace tiempo insostenible. Pero también parece muy incierto hoy en día el puerto al que puede llegar la lucha por el socialismo. No se ponen en duda las contradicciones del desarrollo capitalista, sino su éxito, es decir, el hecho de que al ahondamiento de dichas contradicciones pueda seguirle la «construcción» de un orden totalmente diferente. Además, se ha concebido tradicionalmente la construcción de una sociedad socialista como algo irreversible: casi como decir que el concepto de irreversibilidad pudiera reconciliarse con una opción de pleno respeto a las reglas del juego democrático. No basta con afirmar que el advenimiento de una sociedad socialista no debe ser concebido en términos de derrocamiento violento del orden existente, sino como resultado de un proceso histórico objetivo, secundado por una acción política para la transformación gradual de la sociedad. Es necesario tener claro que a las conquistas de tipo socialistas podrán seguir —por efecto de la alternancia en el gobierno de cada país entre las fuerzas de izquierda y las fuerzas conservadoras— fases de «restauración», de supresión o de redimensionamiento de dichas conquistas, en un proceso mucho menos lineal y «objetivo» de cuanto pudiera desprenderse de determinadas lecturas del marxismo.

Teniendo en cuenta todo esto, parece más sostenible una definición del socialismo como conjunto de fines y valores inseparables del desarrollo de la democracia; fines y valores que hay que reformular y perseguir en el contexto de economías y sociedades capitalistas, ya profundamente transformadas y en vía de ulteriores transformaciones, y más generalmente en el contexto de un mundo

cada vez más interdependiente. En los países de Europa occidental, el movimiento obrero y los partidos de izquierda se han esforzado de hecho, en los últimos decenios, por traducir paso a paso los fines y los valores del socialismo —partiendo de la defensa de los intereses materiales de las clases trabajadoras— en objetivos de reforma, de modificación gradual de las relaciones entre las clases y de las tendencias «espontáneas» del desarrollo capitalista. Actualmente es necesario determinar nuevos objetivos de reforma, nuevos objetivos de corrección, de calificación, de gobierno del desarrollo general de la sociedad. Siempre permanecerá abierta la discusión sobre la validez, *desde el punto de vista del socialismo,* de tales objetivos y de los resultados que se pueden conseguir a través de la lucha social y política democrática, ya que no existe ningún texto sagrado, ni autoridad alguna a quien confiar una sentencia inapelable. Pero se puede pensar en modelos de medidas ampliamente compartidas para estimar el significado y el alcance de los programas elaborados por las fuerzas de izquierda y los resultados conseguidos por ellas también, y, en particular, por medio de la acción de gobierno.

La definición que se propone no es, por tanto, más cómoda: hace inviable la excusa de cualquier aplazamiento al futuro y nos lleva a valorar concretamente cuáles son los elementos de cambio efectivo que las fuerzas de inspiración socialista son capaces de introducir gradualmente en la sociedad. De hecho ha sido y es más cómodo confiar la propia identidad —y prorrogar el propio esfuerzo— de fuerza socialista a la nunca más hipotética «construcción de una sociedad socialista» en un futuro lejano, y sustraerse a todo esfuerzo y a toda comprobación en lo que respecta a la correspondencia entre los propios objetivos y comportamientos actuales y los ideales del socialismo.

2. ¿En qué medida y en qué sentido se reducen, con respecto al pasado, los espacios para las estrategias socialistas en cuanto estrategias nacionales, y hasta qué punto cambian los contenidos y los horizontes de las mismas?

Se puede decir que a finales de la primera mitad de la década de 1970, marcada por la crisis del petróleo, las fuerzas de izquierda llevaron adelante en los distintos países de Europa occidental estrategias de carácter nacional, obteniendo notables éxitos. El mejoramiento sustancial de las condiciones económicas, sociales y culturales de los trabajadores, y el avance civil en general conseguido en algunos países —gracias a la acción sindical y política, a las luchas de oposición y a los períodos de gobierno de la izquierda—, pueden considerarse un logro importante del movimiento por el socialismo. Pero a partir de la crisis del petróleo, se han acelerado poderosamente los fenómenos de interdependencia y los procesos de innovación tecnológica y de internalización de la economía.

Incluso en lo que concierne a la política exterior, se ha mostrado cada vez más insuficiente la dimensión nacional respecto a los períodos precedentes, en los que los partidos socialistas y socialdemócratas en el gobierno —piénsese en el SPD o en el partido socialdemócrata sueco— habían hecho grandes contribuciones en el plano de las relaciones internacionales, partiendo de la máxima valoración del factor nacional.

Los datos evidentes están constituidos por el creciente condicionamiento recíproco entre las políticas económicas y monetarias de los países miembros de la Comunidad Europea, por el nuevo desarrollo del proceso de integración europea sancionado por el Acta Unica de 1985, y por el mayor relieve que han cobrado las iniciativas comunes de política exterior de los «doce». Parece lícito afirmar que por lo menos los partidos más representativos de la izquierda en este área han reconocido ya en líneas generales la necesidad de dar una dimensión europea a sus estrategias de reforma, de desarrollo económico, y de progreso social, o bien de encuadrar sus estrategias nacionales en una perspectiva más amplia de coordinación y acción conjunta de alcance comunitario.

Pero se están haciendo también cada vez más apremiantes las conexiones entre los desarrollos en el área europea occidental y los desarrollos en todas las demás áreas mundiales, y están asumiendo un peso cada vez mayor las cuestiones y los desafíos de carácter «mundial». Las situaciones nacionales de cada país de Europa occidental conservan, sin duda, fuertes especificidades y continúan evolucionando de un modo diferenciado; dentro de cada una de ellas, los intereses de las clases trabajadoras, los principios de igualdad y de justicia, los valores de libertad, de democracia, de tolerancia —propios de la tradición socialista— están sostenidos por plataformas concretas, que tienen en cuenta esas realidades determinadas, las peculiaridades históricas y los nuevos aspectos que ellas presentan. Sin embargo, es un hecho que no sólo se amplía la esfera de los problemas y de los objetivos comunes a todos los países de la Comunidad Europea y a todos los partidos de izquierda que operan en dichos países, sino que los vínculos de la competencia y las exigencias de la cooperación a escala europea y a escala mundial condicionan cada vez más las posibilidades de acción y las

opciones que hay que satisfacer en el ámbito nacional. No es fácil encontrar un punto de equilibrio satisfactorio, es decir, coherente con una estrategia de carácter socialista.

Veamos un ejemplo concreto. Competencia significa también empeño en salvaguardar y mejorar la posición relativa del propio país en el ámbito de la Comunidad Europea y del proceso de realización del mercado único. ¿Puede este empeño —que implica políticas de reestructuración, de modernización, etc.— ser asumido por una fuerza de izquierda como algo prioritario con respecto a las políticas de reequilibrio social, de lucha contra la desocupación, de protección o mejora de los niveles retributivos y de las normas de protección para los trabajadores? El problema —nada nuevo, por cierto— de la relación entre protección de los intereses de clase y representación de los intereses nacionales, en la acción de gobierno de las fuerzas de izquierda se representa hoy en día en un contexto mucho más complejo por efecto del continuo aceleramiento de los procesos de integración y competencia internacional.

Pero desde el punto de vista del socialismo, aún más difícil y agudo se está volviendo el problema de la relación entre la acción de las fuerzas de izquierda en los países capitalistas más desarrollados, en las sociedades más ricas de Occidente, y el compromiso en cuanto a nuevos equilibrios en el desarrollo económico mundial y, en particular, a unas nuevas relaciones, más justas, entre Norte y Sur. Se puede considerar que éste es uno de los grandes desafíos «mundiales» de nuestro tiempo, en el sentido de que para todos, incluso para las fuerzas no socialistas, incluso desde el punto de vista de los intereses de los países más industrializados, la persistencia y el agravamiento de los actuales desequilibrios que perjudican a los países más pobres y más poblados pueden producir consecuencias catastróficas, sofocar las perspectivas de desarrollo de la economía mundial en su conjunto y dar lugar a convulsiones y conflictos incontrolables. Pero, en realidad, las fuerzas socialistas de Occidente deberían considerar como un compromiso para ellas irrenunciable y ennoblecedor el de una iniciativa más coherente en favor de la definición y la actuación política de plena apertura, de colaboración multiforme y de *transferencia de recursos* hacia el Sur del planeta. También desde aquí, pues, surgen condicionamientos nada despreciables para las estrategias nacionales de los partidos de la izquierda europea, razones muy poderosas para reconsiderar contenidos y posibilidades. Por otra parte, la misma necesidad actual de políticas de apoyo a los procesos de reforma y relanzamiento de las economías del Este implica revisiones en las políticas de empleo de los recursos en los países de Europa occidental.

Por último, la inversión de la tendencia hacia el ahondamiento de los desequilibrios y las injusticias en las relaciones económicas internacionales, del estado de pobreza y atraso en tantas partes del Tercer Mundo, se presenta como una cuestión de supervivencia de la civilización humana. Tal es sin duda —como se reconoce de una manera cada vez más generalizada— la cuestión de la detención y la inversión de los procesos de degradación del medio ambiente: pero estos últimos están relacionados, tanto con el uso incontrolado de los recursos en los países más desarrollados como con la situación desesperada de las inmensas áreas del subdesarrollo.

En definitiva, en una nueva visión del socialismo deben conjugarse de una manera muy diferente de como se hizo en un pasado no lejano los intereses de clase, los intereses nacionales y los intereses de supervivencia de la especie. El acento debe moverse hacia la formulación y la prosecusión de objetivos de justicia y progreso a escala supranacional y mundial. No puede haber justificación mayor para la acción de las fuerzas socialistas que la de alejar las amenazas extremas de la civilización humana —comenzando, naturalmente, por la guerra nuclear— y garantizar un desarrollo mucho más equilibrado y cualificado.

3. La crisis de los sistemas estructurados y guiados por los partidos comunistas en el poder que se ha propagado de una manera tumultuosa, y los intentos de reforma que se han emprendido en la Unión Soviética y en otros países con gran valentía, no sólo se enfrentan a duras dificultades, sino que están dando lugar a tensiones graves y, a veces, convulsivas. Se debe rechazar la tesis según la cual el fracaso del llamado «socialismo real» equivale al fracaso del ideal socialista. Por el contrario, es indudable que elementos esenciales de la ideología y la práctica de los mayores partidos comunistas —relativos a la concepción misma de la conquista y el ejercicio del poder, del papel del Estado y de la gestión de la economía, de la sociedad socialista como sociedad monolítica, de la función del partido único de la clase trabajadora— han conducido, consolidándose, a resultados desastrosos; y por otra parte, hablar de un movimiento comunista distinto de las doctrinas y las experiencias de los partidos comunistas en el poder hacía tiempo que ya no era posible, especialmente desde que había fracasado el experimento extremo del eurocomunismo y a pesar de la impor-

tancia de una realidad distinta y original como la del Partido Comunista Italiano.

No es fácil ver cómo al «fin del comunismo histórico» le puede seguir un retorno, no mejor precisado, del comunismo a los orígenes, o un igualmente impreciso neocomunismo. No sabemos en qué podrán desembocar los procesos de reforma y democratización iniciados en el Este, en qué desembocarán los cambios repentinamente impuestos, en Alemania Oriental y en Checoslovaquia, por un impulso arrollador desde la base. No podemos saber, por tanto, qué podrá ser un «comunismo reformado»: pero ya se ha visto, empezando por Polonia, Hungría y la misma Unión Soviética, cuánto cuentan como punto de referencia las experiencias occidentales del Estado de derecho, de la democracia representativa y de la economía de mercado. La reforma y la evolución de la sociedad del «socialismo real» han sido puestas por Gorbachov, con gran audacia ideal, en una perspectiva que ya no es la de la antigua contraposición entre socialismo y capitalismo (o imperialismo), sino la de la necesaria cooperación e integración entre los diferentes sistemas en el mundo de hoy y de mañana: un mundo cada vez más interdependiente, «un mundo único». Se va más allá de las viejas ideas de «convergencia», y no sólo porque es únicamente el «sistema socialista», en crisis evidente, el que parece converger hacia un sistema capitalista recuperado —en los países más desarrollados— del *shock* de los años setenta, sino porque se debe pensar en procesos más vastos y complejos de compenetración entre diferentes experiencias (incluso en el seno de Occidente) y de experimentación de vías múltiples para el desarrollo económico y social.

Este discurso se hace observando con lúcido conocimiento crítico —particularmente si se parte de la crisis de los esquemas ideológicos y de los sistemas comunistas— la realidad de los propios países capitalistas más industrializados y más democráticos y la realidad del Tercer Mundo. Los años ochenta han visto coronados con éxitos palpables en Occidente las políticas (y las ideologías) de máxima exaltación del imperativo de la eficiencia, de la innovación, de la competitividad, si bien con pesados costes sociales y cívicos. Ellos han visto, al mismo tiempo, retroceder pavorosamente a los países más pobres y más endeudados del Sur, mientras las economías estatalizadas y centralizadas de tipo socialista perdían toda fuerza de atracción por el agotamiento de su anterior dinamismo y por la creciente y clamorosa incapacidad para garantizar los niveles de seguridad social y de igualdad que habían constituido el rasgo sobresaliente de su propia imagen. Pero de todo esto derivan nuevas responsabilidades para con todas las fuerzas democráticas y socialistas que no aceptan identificarse ni con la lógica neoconservadora prevaleciente en el Oeste, ni con los viejos esquemas del Este, y que no aceptan cerrar los ojos ante la explosiva realidad del Sur.

Los sistemas democráticos de Europa occidental no pueden ignorar la crisis de valores, el cuadro de desigualdad y de marginación, los fenómenos de concentración del poder, los deterioros y las incógnitas de un crecimiento desordenado que pesan en el balance de desarrollo y de bienestar con el que se celebra el cierre del penúltimo decenio del siglo. A las fuerzas de la izquierda les corresponde orientar esos sistemas hacia una revisión decidida de las concesiones y de las políticas que han prevalecido en los años ochenta. Sólo de esta manera podrá la democracia europea mostrarse a la altura de sus mejores tradiciones y de las mismas expectativas que ha suscitado en el Este del «socialismo real»: no separando los derechos de libertad y pluralismo económico y político de nuevos desarrollos en el campo de la justicia social, de la gestión de poder y de la tutela de los intereses generales.

También a las fuerzas de inspiración socialista empeñadas en toda Europa, en el umbral de los años noventa, en el esfuerzo de un difícil nuevo lanzamiento, les corresponde mirar más allá de las fronteras del Viejo Continente y recoger los interrogantes así formulados recientemente por Norberto Bobbio: «Las democracias que gobiernan los países más ricos del mundo, ¿están en condiciones de resolver los problemas que el comunismo no ha logrado resolver? Este es el problema. El comunismo histórico ha fracasado. Pero (...) es de necios alegrarse de la derrota y, frotándose las manos de contento, decir: ¡Siempre lo dijimos! ¡Oh ilusos!, ¿creéis realmente que el fin del comunismo histórico ha puesto fin a la necesidad y a la sed de justicia? ¿No será mejor darse cuenta de que si en nuestro mundo reina y prospera la sociedad de los dos tercios que no tienen nada que temer del tercio de los pobres diablos, en el resto del mundo la sociedad de los dos tercios, o incluso de los cuatro quintos o de los nueve décimos, es la otra?

La democracia ha salido airosa del reto que le planteó el comunismo histórico, admitámoslo. Pero, ¿con qué medios y con qué ideales se dispone a enfrentarse a los mismos problemas que dieron origen al desafío comunista?».

La respuesta a los interrogantes de Bobbio no puede provenir solamente de las fuerzas de izquierda de Europa occidental. Pero es indudable que se verán llamadas a desempeñar un papel nada secundario en la búsqueda de nuevas vías pacíficas y democráticas, con el fin de hacer avanzar la justicia en el mundo. Al éxito de esta búsqueda se ha confiado el futuro del socialismo.

SOCIALISMO Y PROGRESO SOCIAL

José Félix Tezanos

El socialismo no ha surgido en el vacío, a partir de cero, exclusivamente de la mano de las condiciones sociales y económicas aparecidas con la revolución industrial, sino que, en cuanto ideal de emancipación, se sitúa en una perspectiva histórica de más largo alcance, a través de la que los pueblos civilizados se han venido esforzando por organizar sus sociedades de acuerdo a principios de dignidad personal, de libertad y de igualdad.

1. EL PROGRESO HISTORICO

La historia de Occidente es en gran medida la historia del intento de realización práctica del ideal de democracia. Desde el mismo acuñamiento de este concepto en el seno de la civilización griega, hasta el desarrollo de los principios del Derecho en la Roma clásica, pasando por el establecimiento de los supuestos de la democracia representativa en la Revolución Francesa y las ulteriores conmociones suscitadas por las revoluciones sociales, se puede decir que existe una línea común que ha venido haciendo avanzar nuestras sociedades en un proyecto humanista basado en el binomio libertad-igualdad. La superación de las desigualdades básicas de condición (esclavitud *versus* libertad) y de poder (dominaciones despóticas y autoritarias *versus* participación política) hizo avanzar, primero, la noción de dignidad personal y de igualdad de los hombres ante la ley, después las formas de democracia política parlamentaria (Estados de Derecho) y ulteriormente las de democracia social (Estados de Bienestar), encontrándonos emplazados ahora ante la conquista de estadios más avanzados de equidad social y de democracia participativa.

Más allá de las circunstancias históricas concretas y de los específicos proyectos políticos socialistas, lo cierto es que son muchas las acciones que forman parte de esa línea general del progreso en la historia, aun con sus quebraduras y retrocesos momentáneos.

¿Qué podemos hacer los hombres de nuestra época para contribuir a este progreso en la historia? ¿Están los pueblos europeos hoy en día en condiciones de impulsar un nuevo gran paso en esa perspectiva de avance de la civilización?

Pese a lo que proclaman algunas voces negativas, lo cierto es que en la historia de la humanidad nunca ha sido tan fuerte la conciencia ética global como ahora, precisamente por la crudeza e inmediatez con que pueden llegar todas las informaciones hasta el interior de nuestros hogares. Y esto hace que dicha conciencia ética opere de hecho —y pueda operar cada vez más— como un freno y una limitación contra las violencias y las opresiones.

En los pueblos europeos, especialmente, se están dando en estos momentos ciertas condiciones de madurez como para poder avanzar con nuevos impulsos en una perspectiva histórica civilizadora.

La extensión de los niveles de educación como nunca antes se habían conocido, la difusión de ciertos niveles de bienestar social y de prosperidad económica, las considerables posibilidades de desarrollo económico y científico abiertas por la revolución tecnológica en marcha y la extensión creciente de una mentalidad más democrática e igualitaria, hacen de Europa un ámbito privilegiado para el progreso práctico de los ideales del socialismo, entendido como profundización de la democracia.

En cierta medida se puede decir, pues, que en nuestros días existen algunas condiciones objetivas que permiten plantear nuevos retos históricos de progreso y de avance social. Pero, paradójicamente, estas condiciones favorables, pese a que coinciden con la existencia de una efectiva conciencia de que vivimos en un período de grandes cambios y oportunidades, no se están traduciendo de momento en un impulso innovador adecuado en el campo de las ideas políticas. En gran parte continuamos aún anclados en debates de otro período histórico (de hace más de un siglo), dilucidando cuestiones que fueron planteadas en sociedades bastante diferentes de las actuales.

Los que participamos en movimientos de ideas —como el socialismo— y tenemos la convicción de que las ideas mueven el mundo, no podemos dejar de sentir perplejidad ante el clima de retraimiento ideológico que se ha vivido en determinados círculos intelectuales y políticos durante los últimos años, en cuya estela aún nos encontramos.

Es cierto que si contemplamos el progreso de la civilización con suficiente perspectiva histórica habremos de convenir en que efectivamente las ideas, a partir de ciertas condiciones, mueven el mundo. Pero de la misma manera habremos de reconocer también que las sacralizaciones «ideológicas» lo fetichizan y lo encapsulan. Por tanto, cualquier intento de petrificar y de «remansar» las ideas, dificultando su libre desenvolvimiento, acaba constituyendo un atentado contra la historia y contra las posibilidades del progreso social. La experiencia histórica enseña, sin embargo, que todo movimiento fuerte de ideas tiende a su sacralización y petrificación. Frecuentemente esta tendencia se encuentra directamente relacionada con el mismo vigor con el que surgieron las ideas (en función de demandas o necesidades más remarcadas y virtuales) y con el propio éxito social que alcanzaron (¿con su grado de hegemonía y de impacto social transformador?). De esta manera puede decirse que el propio éxito (teórico o práctico, eso es otra cosa) de los movimientos de ideas en cierto modo corre paralelo a un proceso de inercias sociales que tiende a hacerles inertes.

Probablemente sólo de esta manera es posible entender el acelerado proceso de crisis del marxismo que ha tenido lugar en los últimos años, como resultado de la propia erosión causada por el transcurso del tiempo y de no pocos «duros contrastes con los hechos». En gran parte, más allá de los fracasos prácticos, esta crisis ha sido vivida por muchos intelectuales y responsables políticos como una conciencia clara de las limitaciones propias del paradigma en que durante muchos años había creído —en unas u otras formulaciones— la mayor parte de la izquierda europea.

Lo singular de esta crisis ideológica es que no ha tenido lugar como consecuencia de la emergencia de un paradigma alternativo de mayor capacidad operativa, es decir, como lógico resultado de una derrota exterior o de una superación empíricamente demostrada del modelo, como podrían hacernos prever las concepciones de teóricos de las revoluciones científicas como Thomas Kuhn, sino que en gran parte ha sido resultado de la propia conciencia interna de las auto-insuficiencias (de la teoría y de algunas experiencias históricas prácticas).

La primera consecuencia de esta singular crisis de paradigma, tal como está teniendo lugar, es que deja —o puede dejar— un vacío político apreciable y que da lugar —o puede dar— a una importante indefensión teórica de la virtualidad del socialismo de cara al futuro (más allá de la plausible irreversibilidad de algunas conquistas históricas). De esta manera el vacío ideológico abierto, a veces tiende a ser sustituido por pragmatismos cegatos y vulgares, o —aún peor— en ocasiones es ocupado por esa clase espúrea de mediocre exaltación del orden retro-histórico establecido que es el neo-conservadurismo.

Sin embargo, más allá de la manera en que podamos describir la forma en que se manifiestan estas dos reacciones ante una coyuntura histórica específica, haríamos mal en subvalorar lo que en sí tienen de riesgos importantes para el porvenir del socialismo y para las posibilidades de continuar avanzando en la perspectiva de progreso histórico humano a largo plazo.

Ultimamente algunos teóricos neo-conservadores han encontrado una línea de argumentación «débil», pero de presentación razonable, que no deja de tener un efecto convincente en algunos de los ciudadanos cómodamente instalados en las sociedades prósperas del mundo occidental. El mensaje que se transmite a estos ciudadanos pretende ser un mensaje de seguridad, a partir del recuer-

do de las convulsiones y conflictos del período de entre-guerras y de las nocivas, y a veces aberrantes, consecuencias de las «experiencias» del fascismo, del stalinismo y de otras revoluciones, que dejaron tras de sí un sendero de violencia y de desgarro humano.

A partir del eco negativo que despierta el recuerdo de estos acontecimientos y de los mismos balances negativos de las experiencias del «socialismo real», el argumento de los teóricos neo-conservadores «advierte» contra los riesgos y las incertidumbres de los experimentos «aventurados» en el campo social y económico. De esta manera, el capitalismo democrático es presentado como el modelo social «más razonable» o, si se quiere, incluso como el «menos malo» conocido en toda la historia de la humanidad; el modelo —se dirá— que ha evitado internamente «grandes aberraciones», que ha «garantizado» unas mayores dosis de libertad y de estabilidad política y que ha permitido el mayor grado de prosperidad colectiva históricamente conocido.

Por ello los teóricos neo-conservadores postulan el mantenimiento a ultranza de un sistema social —se dirá— que «ha dado buenos resultados objetivos» y que, por tanto, sólo parece razonable aspirar a «retocar» en muy pequeños detalles.

En realidad esta línea de argumentación —que puede encontrar cierto eco en períodos de grandes cambios sociales y tecnológicos— viene a intentar «consagrar» en la práctica una especie de «fin gris de la historia», apoyada en la «parálisis» moral y política que puede generar el miedo a las incertidumbres y los riesgos de las apuestas innovadoras ante el futuro.

Los simplones argumentos formulados recientemente por Fukuyama han pretendido fundamentar este supuesto fin de la historia, interpretando la crisis actual de los países comunistas como la victoria por KO total del «liberalismo», que quedaría consagrado así como el «orden político y económico perfecto», sin ideología alternativa, ni sistema organizado capaz de presentarse como una opción virtual. De esta manera algunos neo-santones del fin de la historia se encierran en una perspectiva provinciana que confunde el fin del contraste de ideas con la crisis de sus oponentes en la guerra fría, y la misma superación de ésta en el plano práctico con la desaparición de cualquier diferencia en la organización de los distintos sistemas sociales.

Sin embargo, desde una perspectiva más general, la primera consecuencia que puede tener la «penetración ideológica» de los planteamientos del fin de la historia entre los ciudadanos de las sociedades que ya han alcanzado cierto grado de prosperidad material y de bienestar social es la de un enfriamiento en la capacidad de apoyo —y de entusiasmo— hacia el desarrollo de políticas de innovación y de cambio. Enfriamiento político e ideológico, que a su vez, vendría reforzado por la creciente explicitación del fracaso político y económico que ha tenido lugar en los países de «socialismo real» y por los propios signos de agotamiento ideológico de los enfoques socialdemócratas clásicos.

Pero lo que estos enfoques «inercialistas» de «cartón piedra» desconocen son las posibilidades de que la propia capacidad auto-reformadora de los países comunistas, y la misma oportunidad de los partidos socialdemócratas para plantear con éxito su renovación y revigorización ideológica acaben operando como importantes correctivos virtuales de estas tendencias negativas y esterilizantes, precisamente a partir de su propia capacidad para instalarse en un terreno más realista y más abierto a las posibilidades del futuro.

La tendencia hacia una importante reforma del comunismo tradicional y la misma acumulación de experiencias de gobierno de los partidos socialdemócratas europeos —con su correlativa acumulación práctica de políticas sociales específicas— son factores que a medio plazo pueden jugar más bien a favor de lograr una imagen pública más atractiva de las opciones socialistas en general, pudiendo acentuar, por tanto, su capacidad operativa como ideología alternativa a la del capitalismo liberal.

En realidad la pretensión neoconservadora de proclamar el fin de la historia debería ser considerada como una hipótesis tan poco plausible que apenas debería ser merecedora de un esfuerzo de refutación, de no ser por la extraordinaria difusión alcanzada por algunos de sus enfoques. La experiencia histórica real demuestra, en este sentido, las dificultades enormes que existen para contener y controlar totalmente las posibilidades dinámicas de cambio implícitas en toda organización humana; aunque, sin embargo, lo ocurrido en otras etapas de la historia de la humanidad revele que en ocasiones resulta posible ralentizarlas extraordinariamente.

El socialismo, como todo impulso social transformador, ha contribuido al progreso efectivo de las formas de organización social, operando precisamente a partir de las fisuras sociales y de las contradicciones plasmadas en forma de diacronías y antagonismos y de posibilidades no realizadas, en una perspectiva genérica que podríamos calificar de desarrollo y profundización de la democra-

cia; es decir, de implantación práctica de procedimientos de organización social, política y económica basados en criterios de libertad, de igualdad, de equidad, de desarrollo armónico y solidario, etc.

En este sentido es en el que la pretensión neoconservadora de taponar las tendencias de progreso histórico resulta en el fondo falaz y errónea, por más que en la práctica un modelo de sistema político pueda mantenerse durante bastante tiempo funcionando con éxito en unos países determinados (aun al coste de la marginación de importantes sectores sociales y nacionales).

Desde una perspectiva global parece evidente que no han concluido aún los riesgos de desajuste social, que distamos mucho de haber logrado hacer frente con éxito al problema de las carencias y de la incultura de buena parte de los habitantes de este planeta, y que no hemos llegado, ni mucho menos, a consolidar una civilización sin riesgos personales ni colectivos. Quedan, pues, muchas batallas que ganar en todos los rincones de este planeta: para superar las condiciones de miseria, de incultura y de infelicidad personal en que viven millones de seres humanos, para lograr unos mejores niveles de calidad de vida (personal y colectiva), para alcanzar sistemas políticos abiertos, participativos y estables, y, sobre todo, para garantizar los adecuados equilibrios ecológicos y medioambientales.

Las tareas del socialismo son, por ello, tareas inconclusas, que sólo podrán ser afrontadas con éxito a partir de una adecuada renovación y actualización de planteamientos teóricos y de enfoques y proyectos políticos.

En consecuencia, podemos decir que la exigencia del trabajo de reflexión teórica resulta en nuestros días tan importante como en los mismos orígenes del socialismo que, como todo movimiento de ideas, surgió en conexión directa con unos debates muy vivos e intensos. De hecho, el socialismo apareció en uno de los momentos de la historia de la humanidad en que probablemente mayor ha sido la fe en las posibilidades de la Razón y del Progreso humano. En este sentido, especialmente, es en el que el socialismo ha sido heredero del Espíritu Ilustrado y en el que podemos decir que el espíritu de la libertad trajo el espíritu del socialismo.

La historia del socialismo ha estado plagada de unos movimientos muy vivos de reflexión y de debate teórico, no sólo debido a que el socialismo tiene sus raíces en fuertes movimientos de ideas (y por lo que en sí mismo tiene de impulso ideológico), sino también porque su realidad histórica ha sido básicamente la historia del ajuste de la teoría —de los grandes principios— a la realidad concreta de cada país y de cada época determinada.

Las obras de Bernstein, de Kautsky, de Rosa Luxemburgo, de Lenin, de los fabianos, etc., no son sino el resultado de los debates que tuvieron lugar en determinados países, en épocas muy concretas, en el esfuerzo por aplicar los principios generales del socialismo a la realidad práctica.

En este sentido es en el que podemos decir que el debate teórico, el esfuerzo por construir *corpus* teóricos que fueran una guía para la acción política, ha sido una parte muy importante de la actividad de los socialistas.

En los últimos años, sin embargo, el impacto de la revisión crítica operada en todo el pensamiento político socialista —en la que han participado muy activamente los propios intelectuales de izquierda— ha sido impresionante.

Las valoraciones y expresiones que es posible recoger en la literatura disponible en nuestros días sobre los teóricos socialistas del pasado presentan un panorama tremendamente crítico. De los precursores se dice que eran unos utópicos y pre-científicos. A los libertarios se les califica de ingenuos. De Marx se inventarían largas listas de errores. A Kautsky, como ya sabemos, se le calificó de «renegado», a Bernstein de «traidor» y de «oportunista». A Lenin se le ha criticado por su inflexión dictatorial. De Rosa Luxemburgo se ha dicho que estaba presa de un espejismo social y de Trotsky que era un dogmático. Del «socialismo real» se dice que es, cuando más, una parodia triste del verdadero socialismo, al tiempo que a las experiencias socialdemócratas de la post-guerra se las ha sometido a todo tipo de críticas y descalificaciones.

Y sin embargo, el socialismo sigue vivo en las aspiraciones y en la voluntad de millones de seres humanos y en el balance de una obra práctica que ha supuesto históricamente avances muy notables.

Es bien cierto, por ello, que los socialistas de nuestros días no nos presentamos con las manos vacías, ni mucho menos, cuando damos cuenta de nuestra herencia. El socialismo históricamente conocido ha escrito durante el último siglo una de las páginas más importantes del progreso en todo el desarrollo de la humanidad, y ha contribuido con su esfuerzo a que se rectificaran muchas líneas perversas y degradantes de evolución social. Pero, después de más de un siglo de esfuerzos, cuando, desde la perspectiva de nuestros días, se repasa con rigor y con sinceridad lo que queda de válido y de útil en el bagaje teórico heredado del socia-

lismo, no se puede dejar de sentir una fuerte sensación de carencia y de insuficiencia.

Después de todos los importantes procesos de cambio experimentados durante las últimas décadas y de todos los procesos de adaptación y ajuste desarrollados a partir del filo de la Segunda Guerra Mundial, la revolución tecnológica en marcha está alterando de tal manera muchos de los supuestos y de las concepciones de que partíamos los socialistas, que no queda más remedio que coincidir en la necesidad de desarrollar nuevos enfoques de la teoría socialista que permitan llenar con éxito los huecos que la crítica demoledora de los propios intelectuales de izquierda ha abierto en el cuerpo teórico formulado por los grandes clásicos del pensamiento socialista del siglo pasado.

Nuestras carencias e insuficiencias actuales exigen por necesidad la reformulación:

— Del paradigma alternativo a los modelos establecidos de sociedades imperfectas conocidas (el socialismo como ideología).
— De la concepción del sujeto —o sujetos— capaz —o capaces— de impulsar el socialismo (el socialismo como movimiento social).
— De las acciones pertinentes para hacer progresar el socialismo (estrategias).

En definitiva, se trata, si se me permite el símil, de reescribir (y reactualizar) el libreto, de pensar también en nuevos intérpretes, y de efectuar la representación de acuerdo a nuevos modos y técnicas interpretativas.

Realmente el qué, el quién y el cómo del socialismo no constituyen elementos separables, sino que forman parte de una misma entidad, cuyo divorcio y sobre-énfasis aislado ha dado lugar en la historia a conocidos errores y desviaciones. Sin embargo, a efectos puramente analíticos, resulta inevitable proceder a una cierta segmentación en el tratamiento de estos aspectos nucleares.

2. ¿QUE SOCIALISMO? REPENSAR EL SOCIALISMO

Los cambios en las circunstancias económicas, sociales y políticas no afectan solamente a la manera de entender el socialismo como movimiento social, sino también como «cuerpo de ideas y de aspiraciones». El socialismo del siglo XXI ya no puede ser entendido ni explicado como el socialismo de finales del siglo XIX, no sólo a causa del impacto resultante de los cambios sociales, sino también —y de manera muy importante— porque en las sociedades tecnológicamente avanzadas el nivel y el tipo de aspiraciones, de necesidades, de demandas y de posibilidades ya no es el mismo que el existente en las sociedades en las que estaba iniciándose el fenomenal proceso de transición del tradicionalismo agrario al industrialismo capitalista.

Con el transcurso del tiempo no sólo se ha modificado la naturaleza y el tipo de las desigualdades y las necesidades, sino que han cambiado las metas y aspiraciones colectivas, en parte debido al surgimiento de nuevos problemas, y en parte por la aparición de nuevas posibilidades y exigencias que se suman a los logros ya conquistados.

Todo ello implica, en definitiva, una concepción del socialismo más exigente y más globalizadora. Menos circunscrita, por tanto, a las particularidades del momento histórico concreto que atravesaron las específicas sociedades en torno a las que reflexionaron los grandes teóricos del socialismo del pasado.

En una perspectiva histórica de largo alcance el socialismo no debe entenderse ni definirse exclusivamente a partir de los objetivos concretos que plantearon los socialistas en una coyuntura específica muy acotada y condicionada por lo que podía parecer exigible —y plausible— desde la óptica de su tiempo.

Al contrario, el socialismo debe entenderse de la manera más amplia y abierta posible, como uno de los elementos fundamentales del progreso humano y el dinamismo social. En este sentido es en el que podemos *definir el socialismo como un ideal liberador orientado a remover los obstáculos que se oponen a una progresiva extensión y profundización de la libertad y la igualdad, y a cambiar, por tanto, aquellas formas de relación social y de organización que dan lugar a desajustes sociales, a carencias, a asimetrías y a formas establecidas de dominación social. En consecuencia el socialismo aspira a impulsar formas y procedimientos de organización social en los que se puedan desarrollar prácticamente las posibilidades de una vida social basada en el pleno desarrollo de las potencialidades humanas de libertad, de creatividad, de innovación, de fraternidad, de cooperación..., es decir, de progreso humano.*

Pero el problema no consiste sólo en cómo podemos entender o definir el socialismo, sino que afecta al mismo modo de pensar el socialismo.

El socialismo del futuro, en primer lugar, no puede ser entendido como el mero proceso de recorrer cautelosamente sin meta ni objetivo preciso un camino errático, que no se sabe a dónde conduce. Pero tampoco podemos pensar el socialis-

mo como un modelo cristalizado y concreto de sociedad alternativa detallada en todos sus perfiles.

En realidad si hacemos una reducción simplista de las metáforas históricamente utilizadas para explicar los dos modos de hacer el socialismo, nos encontramos con el substrato de una cierta estructura mental elemental, con frecuente reflejo en los sueños infantiles. No es por ello difícil hacer una lectura freudiana tanto de la idea socialdemócrata del socialismo entendido como un camino entre brumas que debe recorrerse cautelosamente, como de la concepción leninista del socialismo como acto de conquista de un castillo; lo que a veces se ha fabulado como un castillo en las nubes, casi como un castillo de cuento de hadas y que en ocasiones acababa trocándose en la pesadilla de un castillo con mazmorras.

El socialismo necesario hoy en día no puede ser explicado ni fabulado en términos de estructuras mentales infantiles, ni como reflejo de proyecciones oníricas inmaduras. Ni la idea de caminos brumosos, ni la de castillos en las nubes pueden ser ya referencias explicativas para el socialismo de las próximas décadas.

El paradigma de socialismo de futuro, en cuanto modelo de referencia, ha de ser una guía de orientación para la acción. Pero, si se me permite continuar con el símil anterior, no puede aspirar a ser un guión totalmente preescrito de antemano, con rígidas, precisas y detalladas indicaciones de interpretación pretendidamente válidas en todo tiempo y lugar.

El modelo de socialismo que necesitamos debe ser una base de referencia abierta y dialécticamente ajustable, en la que no se produzca una fetichización de unas «ideas» supuestamente preexistentes de modelos sociales definidos *a priori,* sino en la que lo importante han de ser los referentes sociales específicos con los que se produce una «confrontación» práctica en el proceso de avanzar en la lucha por la superación de las desigualdades, las dominaciones, las dependencias, las alienaciones, las fuentes de miseria y necesidad, etc. El socialismo aspira a lograr encauzar una tensión de progreso en una perspectiva de «proceso emancipador», y no pretende la conquista de una especie de «castillo encantado» que, como tal, no puede ser sino fruto de una ensoñación infantil.

En segundo lugar, otro cambio importante en el modo de pensar el socialismo es el que se refiere a la necesidad de instalarse plena y conscientemente en la complejidad de lo real. Si el desarrollo históricamente conocido de las formas de organización social apunta hacia una clara tendencia de evolución de lo simple a lo complejo, lo cierto es que dicha tendencia está experimentando una extraordinaria aceleración y acentuación en nuestros días con la revolución tecnológica en marcha. Sólo es necesario volver ligeramente la vista atrás y comparar la diversidad, heterogeneidad y complejidad de las sociedades de nuestros días con las sociedades agrarias de hace apenas un siglo, o con las primeras formas de organización industrial.

Resulta, pues, irreal e ingenuo pensar el socialismo en términos de una simplicidad social que no tiene nada que ver ni con las sociedades actuales, ni mucho menos con las sociedades del futuro. Las teorías socialistas, en este sentido, tienen que recorrer el mismo camino que recorrieron las ciencias modernas, abandonando cualquier pretensión de pensar en términos de una gran teoría, una macrosíntesis de conocimientos, una búsqueda de simples explicaciones unicausales, o unos unidireccionalismos aferrados a un único y rígido modelo exclusivo de referencia.

El reto que se presenta ante las nuevas perspectivas —una vez instalados firmemente en la complejidad de lo real— es el de cómo lograr integrar lo virtual en lo real. Es decir, cómo dar un sentido interpretativo claro a los complejos elementos sociales que están en la base de los impulsos de cambio que pueden hacer avanzar el socialismo. Necesariamente un proyecto de socialismo de futuro que no recurra al auto-engaño está destinado a perder en «simplicidad» y «claridad», lo que ganará en «realidad» y «veracidad». Sin embargo, habrá que ser capaces de perfilar las grandes líneas de fuerza del socialismo que puedan proyectarse sintéticamente en mensajes sociológica y políticamente claros e inteligibles.

El problema, ciertamente, no es de fácil solución, máxime en momentos de intenso cambio social y tecnológico. Y de poco consuelo vale la simple referencia a la eventual ayuda que nos puedan proporcionar los modelos de explicación que utilizan las ciencias modernas, para encontrar en la compleja dinámica social actual las principales redes de contradicción-dominación que pueden impulsar el proceso emancipador del socialismo.

Incluso si fuéramos capaces de reflejar en un cuadro sintético, como el gráfico 1, los principales elementos de contradicción-dominación y pudiéramos prever la forma en que eventualmente podrían llegar a funcionar, aun así no habríamos hecho más que empezar a afrontar el problema. Quedaría aún pendiente la cuestión fundamental de la determinación de las principales líneas de fuerza —y de «dramatización y simbolización» social— a partir de las que resultaría factible lograr

ESQUEMA DE REDES DE CONTRADICCION-DOMINACION EN LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES AVANZADAS

(Posibles bases sociales de los agentes impulsores del socialismo del futuro)

CONFLICTOS	*DE CLASES*		*DE INFRACLASES*			*SOCIALES-SECTORIALES*	
Ambito	*Economía*	*Poder*	*Status*	*De sexo*	*De edad*	*Naturaleza*	*Cultura cívico-política*
Tipo de dominación/ contradicción	Dominación/Explotación económica de clase.	Alienación como «extrañamiento» político.	Marginación de las oportunidades y de los estándares sociales medios.	Lógica de subordinación-dependencia de sexo en las relaciones sociales.	Extrañamiento social como segregación del mercado de trabajo con infraposicionamiento de poder y devaluación del nivel de vida.	Contradicción entre el criterio de maximización del crecimiento económico y la preservación del medio ambiente y los recursos naturales.	Confrontación entre actitudes emergentes personales y tendencias globales transnacionales.
Sujeto de la dominación	Clases trabajadoras (en su pluralidad).	Sindicatos y corporaciones profesionales y de interés (como grupos formales, como burocracias). Ciudadanos sin poder.	Grupos carenciales (bajos ingresos, educación, etc.) y sectores marginales.	Mujeres socialmente subordinadas y dependientes.	Los más jóvenes y los más viejos.	Los residentes en zonas deterioradas. Las generaciones futuras.	Sectores de población con sensibilizaciones sectoriales (v. gr. pacifismo). Población en general.
Causas (raíces de la dominación)	Relaciones capitalistas tradicionales de propiedad y apropiación de excedentes.	Falta o insuficiencia de esferas objetivas y subjetivas de implicación y de cuotas de poder social y político.	Insuficiente desarrollo de las políticas sociales asistenciales y compensatorias a causa de las limitaciones recaudatorias (traducción en fiscalidad y riqueza disponible).	Subordinación cultural o institucional y dependencias económicas, laborales, jurídicas, políticas, etc. (neo-patriarcalismo jerárquico-autoritario).	Segregación de los jóvenes del mercado de trabajo (paro estructural/rigideces laborales), menos oportunidades de empleo. Discriminación de los jubilados (no mejoran su nivel de vida al mismo ritmo y de la misma manera que los empleados estables).	Aplicación de criterios de explotación económica global y de utilización depredadora de recursos naturales, sin mecanismos eficaces de auto-control que garanticen el equilibrio. Concepción depredadora del trabajo humano (como dominación subyugadora de la naturaleza).	Riesgos de la carrera armamentística. Riesgos de la bipolarización. Riesgos del reparto de áreas de influencia entre las grandes potencias. Riesgos de las desigualdades y de los desequilibrios internacionales.
Metas de la emancipación (participación)	Fórmulas de participación en la propiedad (o en la posesión/gestión/auto-regulación) y en los beneficios (individualmente-incrementos salariales-o globalmente-mejora de la calidad de vida).	Aumento de la participación (vía coincidencia interna partidos políticos por acuerdo o por instrumentalización, o acuerdos sociales globales con los detentadores de poder). Institucionalización de cauces de implicación (Consejo Económico Social, etc.).	Asegurar mínimos sociales. Desarrollar operativamente las políticas del Estado de Bienestar.	Igualdad de sexos en oportunidades educativas, laborales, institucionales, políticas, etc. Cambio cultural antidiscriminatorio. Mayores cuotas de participación y corresponsabilización micro y macro-sociológica.	Más oportunidades de empleo para los jóvenes (incorporación al mercado laboral). Más inversión de recursos en fomento de empleo y calidad de vida. Políticas de bienestar social y calidad de vida para los jubilados.	Nueva racionalidad económica («autocontroladora»). Nueva orientación del trabajo productivo (proteccionista). Equilibrio entre los objetivos del crecimiento económico y los de protección medioambiental.	Políticas de paz y de distensión internacional. Evolución desde la bipolaridad a la multipolaridad. Políticas de cooperación y de solidaridad internacional.
Lema central	Más igualdad.	Más participación.	Más equidad social.	Más simetría social (igualdad).	Más solidaridad.	Más equilibrio socio-ambiental.	Paz y solidaridad.
Grupos formales implicados/ competitivos	Partidos políticos de las clases trabajadoras *versus* poderes económicos establecidos.	Sindicatos y grupos de interés parciales (colectivos sectoriales, consumidores, empresarios, etcétera) *versus* representantes electos de la voluntad popular. Sindicatos y consumidores *versus* poderes económicos establecidos.	Grupos carenciales y/o desasistidos *versus* grupos que ya participan (o presionan más) en el «reparto del pastel».	Grupos feministas «autónomos», *versus* grupos feministas «políticos», *versus* inercias segregadoras-discriminatorias.	Grupos juveniles y asociaciones de jubilados *versus* sindicalización corporativa e insolidaria de asalariados.	Grupos de sensibilización ecológica *versus* grupos de intereses económicos nacionales e internacionales.	Sectores más sensibilizados por las metas del pacifismo y pueblos dominados *versus* grandes potencias y grupos de interés asociados.

Efectos sociales y políticos
Ambito de globalidad

Teoría social: Teoría sociopolítica de la dependencia en un sistema social global (perspectiva histórica de largo alcance)

Teoría política: Estrategia política de globalización de intereses sectoriales en una perspectiva de profundización de la democracia

→ Más libertad
→ Más igualdad
→ Más participación
→ Más solidaridad
→ Más equilibrio socioambiental

Partidos Políticos

— Movimiento social — Partido socialista amplio y plural { en modelos de análisis-ideológicos / en sectorialización→N.M.S. / en actuación transnacional } de los dominados-alienados

un grado suficiente de agregación y vertebración de intereses, que permitieran dar un sentido positivo y operativo a la actividad política virtual, que compensara las tendencias hacia la centrifugación y la mutua neutralización de presiones sociales.

Habría que empezar por preguntarse —a partir de un esquema similar al recogido en el gráfico 1— cuáles serán en las sociedades del próximo siglo los elementos nudales que despertarán una mayor sensibilización y darán lugar a un mayor grado de consenso entre los diversos sectores potencialmente integrables en un proyecto político de impulso práctico de los ideales del socialismo. Lo que nos conduce directamente —en relación con todo lo que aquí llevamos dicho— a la cuestión medular de determinar cuáles son los posibles sujetos del socialismo del futuro.

3. ¿QUIENES IMPULSAN EL SOCIALISMO?

Los cambios que han tenido lugar en la estructura de clases durante los últimos años condujeron a una cierta situación de incertidumbre e imprecisión teórica, en la que podía parecer que, como en la célebre obra de Pirandello, varios personajes sociales (las plurales clases trabajadoras) fueran de un lugar a otro errantes en búsqueda de un autor. En cambio, actualmente, algunos analistas enfocan la cuestión como si las tornas se hubieran invertido y el autor, ante la dificultad de encontrar personajes convincentes, hubiera decidido prescindir de ellos.

¿Es posible un proyecto de socialismo de futuro sin sujetos sociales específicos? ¿Puede ser entendido el socialismo como una idea autónoma, más allá de las redes sociales de contradicción-dominación existentes en una sociedad determinada? ¿Pueden ser los sujetos sociales del socialismo del siglo XXI los mismos que imaginaron los grandes teóricos del siglo XIX? Aquí, sin duda, los socialistas tenemos una importante laguna en nuestros planteamientos teóricos y prácticos, sobre la que no podemos pasar alegremente.

Las transformaciones operadas en la base de los sistemas productivos han modificado de manera muy importante la naturaleza de la desigualdad y de la estructura de clases y, por tanto, han alterado el carácter y la composición de los sectores sociales que están objetiva y subjetivamente más interesados en la superación de las nuevas formas de desigualdad y de asimetría social que están surgiendo en nuestros días. Esto no significa, obviamente, que viejos e importantes sectores de clase que hoy están mejor «instalados» socialmente en el sistema se encuentren al otro lado de las nuevas fronteras del alineamiento social. Pero lo cierto es que la complejización en los sistemas de desigualdad (con una mayor estratificación interna en las clases trabajadoras, con la emergencia de sistemas duales de desigualdad, con la aparición de las «infraclases», de nuevos sectores marginados, etc.) da lugar a un mayor grado de contradicciones y a la presencia de un mayor número de elementos potenciales de divergencia entre sectores sociales más establecidos y otros que padecen en mayor grado las carencias y las consecuencias de los desajustes sociales de las sociedades en transformación.

De esta manera la simplista imagen tradicional del socialismo, de una confrontación de clase contra clase, con una perfecta delineación de la posición de los respectivos actores sociales, ha de ser sustituida por imágenes mucho más dúctiles y, sobre todo, por una clara comprensión de que los comportamientos de los actores en conflicto van a tender a operar crecientemente sobre campos mucho más diversificados y en alineamientos cruzados cada vez más complejos y variantes. En las sociedades de nuestros días nos estamos encontrando, ya, con ejemplos notorios de conflictos de intereses secundarios que mediatizan de manera importante el conflicto social y político que consideramos de principal valor estratégico. A partir del mismo gráfico 1 no resulta nada difícil prefigurar cómo operan —y operarán en el futuro— los diversos conflictos parciales entre los diferentes sujetos sociales en presencia, de forma que la resultante de estos conflictos de intereses y de posiciones sociales podría dar lugar también, a su vez, a un gráfico de naturaleza y disposición diferente.

Lógicamente la óptica socialista nos ha de llevar a buscar la manera de agregar intereses y no de confrontar a los nuevos sectores discriminados, con los que aún no han superado muchas de las viejas formas de dependencia y alienación. Pero, aun así, la experiencia concreta demuestra que existe una tendencia al aumento de las contradicciones potenciales en presencia, especialmente en sociedades cada vez más complejas y heterogéneas.

La comprensión de que la clase obrera manual tradicional no estaba convirtiéndose en el sector social mayoritario, como Marx había pronosticado, hace tiempo que dejó establecidas las condiciones objetivas suficientes para que el socialismo pudiera superar la concepción sobre el sujeto único de la revolución.

Desde la perspectiva histórica de nuestros días no deja de resultar llamativo contemplar la falta de consistencia real de la teoría del sujeto único revolucionario en la que durante tanto tiempo muchos socialistas y comunistas creyeron a pies juntillas. Sin embargo, en los propios escritos de Marx los análisis de clase concretos y su enfoque económico de la cuestión revelan que esta teoría no era en realidad sino un recurso político, que no estaba basado ni en los datos empíricos ni en la propia lógica económica, que en el fondo era entendida por Marx de manera mucho más compleja.

La debilidad teórica de la concepción del sujeto —y su misma endeblez sociológica efectiva— en algunos casos se acabó traduciendo en un planteamiento orientado a lograr una «sobrefuerza» añadida (concepción de la «dictadura del proletariado», militarización y burocratización del «partido de vanguardia», etc.), que hubiera sido funcionalmente innecesaria si en realidad el sujeto social previsto hubiera llegado a ser tan fuerte sociológicamente y tan homogéneo en sus condiciones sociolaborales, económicas y políticas, como se postulaba. La solución, obviamente, fue una respuesta forzada —que en no pocos casos dio lugar a prácticas aberrantes— y muchas de las revoluciones realizadas en nombre del socialismo (en Rusia, en China, etc.) se efectuaron precisamente en países agrarios y poco industrializados, que apenas contaban con unos reducidos núcleos de trabajadores industriales.

La constatación empírica de que la clase trabajadora manual, lejos de aumentar tendía a reducir su peso relativo en el conjunto de la población activa, dio lugar, a su vez, a nuevos enfoques en la cuestión por parte de los partidos socialdemócratas, de forma que algunos de estos partidos terminaron por diluir sus planteamientos en concepciones sociológicamente más amplias e inclusivas (recurriendo, por ejemplo, a la noción de «partido de todo el pueblo», de «partido interclasista», etc.), que acabaron trocando la debilidad de la teoría socialista del sujeto en la teoría del sujeto débil —o difuminado— del socialismo.

En su conjunto, no deja de resultar paradójico comprobar cómo uno de los elementos más importantes de discrepancia en la izquierda durante las últimas década, y que en mayor grado se encuentra asociado a la división histórica del movimiento socialista en múltiples facetas (concepción del partido de vanguardia, dictadura del proletariado, partidos de masas de amplio espectro, etcétera), tuvo su origen, precisamente, en la necesidad de encontrar soluciones operativas de emergencia (cada una falsa en su perspectiva) a las contradicciones que planteaba una interpretación sociológica tan errónea y simplista de las clases sociales. Lo cual nos ilustra claramente sobre la manera en que organizaciones políticas importantes pueden a veces pasar años discutiendo de falacias.

En nuestros días, una nueva manera evasiva de enfocar esta cuestión es la de aquellos que ante la crisis de la teoría débil del sujeto del socialismo y la debilidad de la teoría del sujeto difuminado acaban recurriendo a una concepción del socialismo sin sujeto, entendiendo el socialismo exclusivamente como un mero impulso moral o racional, que no requiere de un específico encarnamiento sociológico.

Operando de esta manera, el debate sobre el socialismo puede acabar sustrayéndose al campo propiamente político, para situarse preferentemente en el campo de la filosofía, con todo el desarme práctico que ello implica para un ideal que no aspira a «interpretar el mundo» únicamente, sino que quiere transformarlo.

Lo que caracteriza el socialismo es, precisamente, su capacidad para conjugar a la vez el impulso de las ideas y el impulso social. Impulsos que en realidad se encuentran mutuamente imbricados y sin cuya mutua complementariedad las ideas pueden devenir estériles.

Es por ello, pues, que la atención prioritaria a los datos de la realidad social constituyen el verdadero fundamento y punto de partida de la teoría y de la práctica socialista.

Desde la óptica de nuestros días, y con una perspectiva más orientada hacia el futuro, es fundamental ser conscientes de que la revolución tecnológica que se apunta en el horizonte histórico está introduciendo nuevos y extraordinariamente importantes elementos de complejidad en la cuestión.

Como el profesor Schaff ha señalado con lucidez, la revolución tecnológica apunta hacia la progresiva disolución de la pretendida clase social universal en la que buena parte del pensamiento socialista había hecho descansar la esperanza de la emancipación. Con la robotización del trabajo, el socialismo pierde —o ve cómo se debilita— el elemento de impulso básico al que durante mucho tiempo se había atribuido la condición de motor social central del cambio.

Incluso, si no se quieren dramatizar los hechos hasta ese extremo (o si se prefiere situar el horizonte analítico en una perspectiva temporal más cercana), lo cierto es que la revolución tecnológica implica dos cambios de extraordinaria importancia en relación a la cuestión del sujeto impul-

sor del socialismo que aquí estamos considerando:

— La robotización del trabajo supone una tendencia hacia la reducción del tiempo de trabajo humano necesario, sobre todo el tiempo de trabajo productivo. Lo que ha de traducirse necesariamente en una reducción de las horas de trabajo humano efectuado en la esfera de la producción de mercancías (y también de prestación de determinados servicios) y, por tanto, va a dar lugar a una creciente reducción de los efectivos numéricos de la tradicional clase obrera manual (que cada vez presentará, además, unos perfiles muy diferentes a los del pasado).

— La robotización del trabajo, a su vez, implica la eliminación de una de las principales fuentes históricas de alienación-explotación-dominación en la producción de bienes y servicios socialmente necesarios. Los «robots-industriales» en cierto modo dan lugar a un cambio «sustitutorio» importante en la lógica alienante de una parte muy apreciable de las relaciones de apropiación anteriormente efectuadas en forma de trabajo esclavo, servil o asalariado. Esto no significa que la robotización *per se* conduzca a la justicia social y a una mayor simetría en las relaciones sociales de producción, sino que lo que en realidad implica es que se van a ir suprimiendo miles de millones de horas de relaciones de explotación-dominación, con todo lo que ello supone de eliminación práctica de una parte de las contradicciones fundamentales de los sistemas productivos en un proceso de generación de riqueza. Y esto, a su vez, implica también la reducción de una cuota-parte importante de la operatividad de una de las principales fuerzas impulsoras para la superación del capitalismo por el socialismo.

La enorme complejidad de las nuevas situaciones generadas por el desarrollo de la revolución tecnológica va a dar lugar, sin duda, a debates de una extraordinaria importancia, que no han hecho más que empezar.

Desde un punto de vista general, y con toda la provisionalidad propia de un texto como éste, resulta plausible pensar que en el tipo de complejas sociedades tecnológicas en las que se confrontará el socialismo del futuro, y ante las que tendrá que proyectar su acción política, será necesario efectuar un serio esfuerzo de adaptación mental y política para comprender que:

a) No hay un único elemento impulsor del socialismo, ni una única causa de malestar, dependencia, alienación, explotación, miseria, etc., sino un conjunto de ellas que se encuentran asociadas a las diferentes facetas y dimensiones en las que se desarrolla la actividad social de los individuos, no sólo en el trabajo sino en todo el entramado social en su conjunto, y a partir de las cuales las sociedades organizan sus sistemas de intercambios mutuos y su ajuste al entorno físico. Esto significa que el socialismo del futuro deberá abandonar los enfoques «laboro-centristas» y «economicistas» del pasado y partir, por tanto, de concepciones de lo social mucho más globales y comprensivas.

b) La aceleración de la dinámica de cambios y las inercias y fetichizaciones «ideológicas» del pasado han dado lugar a un importante desfase en las concepciones sociales en que se sustentaba el modo de organización colectiva, y desde las que se daba cuenta de él en las representaciones sociales. Este desfase ha afectado en grado importante al pensamiento socialista, que ahora está realizando un serio debate de futuro. Pero ha afectado sobre todo al pensamiento capitalista, que tiende actualmente a proyectarse más hacia el pasado, con todos los riesgos de desajuste y de desfase que ello puede implicar a medio plazo. En nuestros días la falta de respuestas adecuadas y la carencia de mecanismos que permitan garantizar la autorregulación de algunas tendencias negativas y disruptoras en campos como el de ajuste social y el del equilibrio ecológico está revelando que el desfase es más acusado —y por lo tanto los riesgos de disfuncionalidad y de tensión son mayores— especialmente en el campo de la teoría económica.

c) En suma, la complejidad social creciente y la propia naturaleza heterogénea de las fuentes de desajuste social, de asimetría, de conflicto, etc., que operan como elementos virtuales de impulso del socialismo exigen pensar no en términos de un único sujeto social impulsor del socialismo, sino de unos sujetos diversificados, entre los que se encuentran viejos y nuevos sectores que pueden coincidir en unos objetivos centrales de emancipación y de progreso social, pero que pueden presentar contradicciones secundarias no desdeñables, cuyos efectos y posibilidades de integración deben constituir uno de los objetivos prioritarios de reflexión teórica y de esfuerzo práctico para los socialistas.

4. ALGUNAS CONCLUSIONES

El acelerado proceso de cambios que están teniendo lugar en las sociedades de nuestros días y la clara constatación de que el socialismo históricamente heredado tiene importantes «zonas inexploradas» y presenta carencias significativas que le impiden hacer frente en condiciones adecuadas a los retos de futuro, exigen cambios urgentes no sólo en la manera de definir el socialismo y de identificar los problemas que debe resolver, sino también y básicamente en la manera de entenderlo, de pensarlo.

En primer lugar, el socialismo no debe ser visto como un fenómeno sociopolítico circunscrito a la sociedad industrial clásica y por tanto sometido a los condicionantes y avatares propios de esta fase concreta de evolución de las sociedades humanas. En realidad los ideales socialistas y los anhelos y aspiraciones que lo animan han tenido unos antecedentes previos al desarrollo de las sociedades industriales y tendrán un futuro que irá más allá de la persistencia de tales formas de organización social.

En segundo lugar, el socialismo históricamente conocido, tanto en sus desarrollos teóricos como en sus realizaciones prácticas, debe ser entendido y valorado como una etapa positiva del proceso de profundización y extensión de la democracia.

En tercer lugar, la crisis teórica actual del socialismo revela que determinadas formulaciones y proyectos, en cuanto fenómenos históricos, han dado de sí prácticamente todo lo que potencialmente podían dar de sí. Lo cual exige dotar de unas perspectivas mucho más amplias a los debates teóricos del socialismo, evitando todo riesgo de fosilización, como consecuencia de pretender seguir dilucidando cuestiones que fueron planteadas en sociedades bastante diferentes a las actuales. En este sentido algunos desfases denotan la existencia no sólo de una crisis interna de paradigma, de proyecto de futuro, sino, sobre todo, de una auténtica crisis de oportunidad, en tanto en cuanto no se está prestando una atención suficiente a las nuevas referencias y las nuevas posibilidades subyacentes de dinamización del proyecto socialista.

En cuarto lugar, la línea de empalme entre el socialismo del pasado y el socialismo del futuro consiste en garantizar que el socialismo continúe desempeñando su papel básico de motor del progreso social, impulsando políticas de libertad, de igualdad y de equilibrio medioambiental. Para ello, el socialismo debe ser capaz de dar respuestas plausibles a necesidades específicas y a problemas reales. Es cierto que las «ideas mueven el mundo», pero no es menos cierto que lo mueven a partir de impulsos y apoyos sociales concretos. El papel del socialismo, en este sentido, se ha de orientar, a la vez, a generar —y estimular— los mecanismos de autopreservación social (y medioambiental), a desarrollar los impulsos morales-racionales (ideas) de los ciudadanos y a articular los impulsos sociales de base, en los que encontrar la fuerza transformadora suficiente como para encontrar soluciones positivas a las contradicciones, carencias, necesidades, conflictos, etc., que existen en todo tipo de sociedad.

En quinto lugar, la crisis de determinados aspectos del paradigma socialista tradicional afecta no sólo a algunas de sus formulaciones concretas, sino a la misma manera en que éste fue pensado, a partir de las coordenadas culturales y sociales de una época histórica concreta. De cara al futuro la reformulación del paradigma ha de plantearse sobre nuevas coordenadas que afectan tanto a la manera de definir y entender el socialismo como a la misma forma de pensarlo. Para ser capaces de pensar el socialismo del futuro hay que comenzar, pues, por hacer un esfuerzo de mentalización diferente.

En sexto lugar, el socialismo debe ser entendido como un proceso de impulso del progreso social que opera a partir de un haz de valores que entran en contradicción o confrontación práctica con determinadas formas de relaciones sociales establecidas, en las que se producen desigualdades, dominaciones, dependencias, alienaciones, necesidades, etc. En cierto modo, pues, a la concreción del socialismo se llega por una dialéctica de reacción negativa, contra todo lo inhumano socialmente identificable.

Las contradicciones, necesidades y fuentes de miseria y de explotación existentes en la realidad social y su grado de insoportabilidad moral o física para la mayoría de los ciudadanos son las que dan lugar al impulso de cambio y de progreso social. En realidad son la verdadera fuerza energética que alimenta el motor del cambio.

De ahí que las transformaciones en la estructura social y en el sistema de relaciones sociales precise de un cambio en las formulaciones teóricas del socialismo, de nuevos enfoques en su configuración como movimiento social y, en consecuencia, de lógicas adaptaciones en sus estrategias.

El socialismo del futuro no puede prescindir de su dimensión ideográfica-valorativa (para no caer en el riesgo del hiper-pragmatismo, del socialismo desnudo), ni de su dimensión sociológica (para no

caer en el riesgo del «ideologismo» abstracto, del socialismo sin sujeto social).

La clave del trabajo socialista de cara al futuro está en tener muy claro el papel social que cumple, centrando todos los esfuerzos en garantizar que continúe cumpliendo dicho papel, sin fetichizar el cómo e incluso el porqué del socialismo «histórico», que es coyuntural y circunstancial.

En séptimo lugar, cuando volvemos la vista atrás, cada día resulta más evidente que algunas formulaciones del socialismo histórico se pensaron en términos de una simplicidad social inaudita, que se correspondía muy poco con la realidad de las sociedades de su época, y que, desde luego, tiene poco que ver con las sociedades actuales o las futuras, cada vez más complejas y diversificadas.

La herencia de esa gran simplicidad en la concepción del orden social dio lugar a dos formulaciones erróneas, cuya inercia aún se padece. Estas dos formulaciones erróneas son: la teoría del «malestar social» único y esencial, entendida como explotación-alienación del trabajador, referida a las relaciones de trabajo-propiedad, y —como corolario de la anterior— la teoría del sujeto único revolucionario; es decir, la concepción del proletariado como clase social universal —¿y eterna?— padecedora de los males universales y en cuya emancipación se encontraba también la llave de la emancipación universal.

En este análisis, como vemos, se partía de una clara visión reduccionista y simplista de la realidad social, entendiendo que todas las relaciones sociales se limitaban a las relaciones productivas de trabajo.

Ciertamente no se trata de una cuestión académica o científica, en la que no sólo está en cuestión si un enfoque tan simplificadoramente economicista es o no es verdadero, o si responde o no a la realidad concreta, sino que lo que estaba —y está— implícito en tal enfoque es su misma funcionalidad social, su operatividad práctica. En definitiva, el creciente desfase sociológico y político a que han dado lugar estas formulaciones han sido la mejor respuestas a todos los debates suscitados.

Actualmente, sin embargo, existe un alto grado de coincidencia en considerar que en las sociedades complejas de nuestros días existen varias posibles formas y causas de malestar, desigualdad, dependencia, alienación, explotación, miseria, etcétera, asociadas a las diferentes facetas y diversos aspectos —no siempre económicos— de las relaciones sociales. Lo cual implica que existen varios factores potenciales de impulso del socialismo. En consecuencia es difícil pensar que una única y pretendidamente omnicomprensiva teoría del malestar social pueda dar cuenta de esa compleja realidad social, a no ser de una forma similar a la falazmente pretendida por enfoques como los empleados por la «magia» y por las «proto-ciencias», que antes del desarrollo de los enfoques científicos modernos se orientaban prioritariamente a suministrar convicciones, mediante el recurso a las explicaciones más simplistas y elementales posibles.

Por tanto, el impulso social del socialismo del futuro ha de surgir de las reacciones sociales ante una pluralidad de fuentes de malestar y de desajuste social y ha de hacerse operativo a partir del consenso de varios sujetos impulsores. Por ello, a los sujetos tradicionales del socialismo —que nadie juicioso debe pretender relegar— habrá que sumar aquellos sectores más sensibilizados por las nuevas demandas sociales y, desde luego, a las «infraclases» y a los nuevos sectores marginados. La tendencia que se apunta en la dinámica social indica que en las sociedades del futuro —y de hecho en bastantes de las presentes— ninguno de estos sectores por sí solo tiene una potencialidad social y política suficiente como para plasmar en la práctica un proyecto concreto. Es decir, son sectores sociales que se necesitan recíprocamente.

Uno de los aspectos básicos del trabajo teórico de los socialistas en los próximos años va a ser el estudio de los diferentes y complejos intereses y elementos (positivos y negativos) de motivación social, que operan como substrato de los diferentes comportamientos colectivos de los agentes sociales en presencia en las crecientemente complejas sociedades de nuestro tiempo.

En la medida en que vayamos aproximándonos a un conocimiento más preciso de este tipo de mapa de interacciones en la realidad social, los socialistas tendremos que ser capaces de dar respuesta a un triple reto: en primer lugar, el de proporcionar las claves explicativas generales que den cuenta objetiva y subjetivamente de las principales líneas de fuerza en la dinámica social; lo cual supone identificar claramente los elementos básicos del conflicto del malestar o del desajuste en torno a los que existen en mayor grado de identificación, simbolización, o «dramatización» por parte de los ciudadanos (en lo que se sienten más afectados moral y físicamente); el segundo reto será demostrar nuestra capacidad para traducir estas explicaciones —y sus alternativas— en mensajes políticos claros, comprensibles y asumibles; y el tercer reto consistirá en ser capaces de diseñar estrategias operativas de agregación de inte-

reses a partir de la heterogeneidad social existente.

En suma, en la «nueva forma de pensar» el socialismo será necesario recorrer —si se me permite el símil— un camino parecido al que hace algún tiempo recorrieron las ciencias modernas, cuando aún muchos estudiosos permanecían presos del espejismo de la totalidad.

Así, habrán de evolucionar:

— Desde el postulamiento de una teoría unidimensional, a unos enfoques teóricos multidimensionales.
— De las pretensiones de construir —o creer que se tiene— una gran teoría global y omnicomprensiva, a desarrollar un conjunto de teorías de alcance intermedio (de las dominaciones, del equilibrio ecológico, de las infraclases, de la democratización del trabajo, etc.), llenando teóricamente nuestros huecos virtuales y las actuales «zonas inexploradas» con desarrollos teóricos específicos.
— De la concepción del socialismo en un solo país a la pluralidad socialista.
— De la teoría del sujeto único revolucionario a la pluralidad de sujetos del socialismo.
— De unas concepciones cerradas y absolutas sobre el socialismo a unas concepciones más abiertas y plurales.

En definitiva lo que tenemos que hacer los socialistas es reconocer y asumir el principio de la complejidad de lo real (social), operando con criterios de pluralismo teórico y demostrando nuestra capacidad para pensar el socialismo del futuro desde nuevos enfoques mentales.

Asumiendo estas coordenadas resultará más fácil —y factible— trabajar juntos políticamente y agregar intereses que desde el monolitismo ideológico.

La experiencia nos demuestra que el dogmatismo y las concepciones ideológicamente cerradas dieron lugar históricamente a fragmentaciones, divisiones y confrontaciones importantes entre los socialistas y que en sociedades complejas y culturalmente desarrolladas sólo es posible agregar intereses a partir de criterios como los anteriormente enunciados.

Sólo así el socialismo podrá ser operativo y eficaz, y, por lo tanto, podrá continuar impulsando el progreso social en esa perspectiva histórica de largo alcance que es la profundización y extensión de la democracia.

¿QUE SOCIALISMO?

Luciano Pellicani

Debemos partir, inevitablemente, de una comprobación: el socialismo, al menos en su versión marxista, está en crisis. Y se trata de una crisis total que abarca no sólo a sus realizaciones históricas, sino también a sus supuestos básicos. En primer lugar, la idea de que la sustitución, en todos los niveles, de la «mano invisible» del mercado por la «mano visible» del Estado da lugar a un tipo de organización social técnica y moralmente superior al capitalismo. Las «duras réplicas de la historia», por decirlo con una conocida fórmula hegeliana, no permiten albergar ilusiones al respecto. Allí donde el mercado ha sido suprimido, en lugar de la «sociedad de los libres y de los iguales» ha surgido una forma de dominio totalitario basada en una economía totalmente politizada que parece estructuralmente incapaz de garantizar el empleo racional de los recursos escasos y el desarrollo de las fuerzas productivas. Además, se ha formado una nueva clase explotadora, la burocracia carismática, en cuyas manos se ha concentrado todo el poder político, económico y espiritual que ha hecho de la propiedad colectiva de los medios de producción la base institucional de sus privilegios. De esta manera se ha llegado a crear una situación realmente paradójica: que el movimiento nacido para extirpar de raíz la opresión y la explotación, en realidad ha producido exactamente lo contrario del ideal que lo animaba.

Ernest Mandel tiene razón, pues, al afirmar que «la historia del socialismo es el drama del siglo XX». Pero es difícil estar de acuerdo con él cuando considera legítimo añadir que «la crisis del socialismo es esencialmente una crisis de las prácticas de los socialistas». Nos encontramos ante un problema mucho más arduo de lo que Mandel parece creer. Si se tratase sólo de crisis de la práctica de los partidos socialistas, para salir del *impasse* en que se encuentra el socialismo, bastaría con adecuar esa práctica al modelo construido por Marx y Engels. Pero el caso es que precisamente ese modelo ha sido suspendido por el tribunal de la historia universal. Cualesquiera hayan sido las desviaciones, los malentendidos, las perversiones de los partidos comunistas en el poder, es casi irrefutable que dichos partidos han creado un tipo de sociedad basado en lo que Marx y Engels llamaban el «nivel único», con los resultados que todos conocemos y sobre los cuales no viene al caso insistir, dado que los propios dirigentes del comunismo soviético reconocen *apertis verbis* la bancarrota general de la economía dirigida.

De todos modos se puede admitir que los crímenes del estalinismo y del maoísmo no eran inevitables, ya que hay sólidas razones para pensar que la idea comunista está firmemente dirigida a suprimir todos los elementos —profesionales liberales, cultivadores directos, comerciantes, pequeños empresarios, etc.— que son esencialmente incompatibles con el modelo de la sociedad planificada. Pero el punto realmente decisivo no son los enormes recursos humanos de las revoluciones

realizadas en nombre del evangelio marxista-leninista: el punto decisivo es que el producto histórico de dichas revoluciones —el coste del «socialismo real»— representa el camino de la esclavitud y de la miseria. Y lo representa precisamente por haber echado abajo el mercado.

En efecto, la experiencia histórica ha dado la razón a Proudhon y ha dementido a Marx. El mercado ha resultado ser la base de la libertad y de la racionalidad económica. Eliminar el mercado significa eliminar todas aquellas instituciones y prácticas —el intercambio, la competencia, la demanda y la oferta— sin las cuales no entendemos cómo puede hablarse de economía, si por economía se entiende el empleo racional de unos recursos escasos. Es cierto que la ortodoxia marxista nos ha asegurado siempre que la planificación, en la medida en que suprime la «anarquía del mercado», está en condiciones de alcanzar una forma superior de racionalidad y de desarrollar armónicamente las fuerzas productivas. Pero esa promesa no se ha visto corroborada por los hechos. Por el contrario. Ha sucedido que, exactamente como lo había previsto Proudhon, el nivel único ha hecho imposible el cálculo económico, ha hecho que se evaporase la *racionalidad* y ha esterilizado la creatividad científica y tecnológica. De ahí la catastrófica crisis en la cual se debaten todos los países que han tomado el camino del colectivismo. Y de ahí también la revalorización del mercado que se está produciendo actualmente en dichos países, lo cual obliga a reconocer que, en este aspecto específico, el «socialismo científico» ha sido bastante poco científico.

Y por si esto fuera poco, la historia ha corroborado la tesis proudhoniana según la cual existe un vínculo estrechísimo entre libertad y mercado. En efecto, todo parece indicar que el mercado es la base económica de la autonomía de la sociedad civil frente al Estado. Destruir el mercado —esto está escrito con letras bien visibles en la historia de nuestro siglo— equivale a destruir la sociedad civil, sin la cual la libertad y la democracia no pueden ni prosperar ni crecer. La razón de esto salta a la vista: si es cierto, como nos enseñó Marx de una vez y para siempre, que los medios de producción son «las fuentes de la vida», de ello se desprende, en buena lógica, que el monopolio de los medios de producción desemboca automáticamente en el control monopolista de la vida humana. Y puesto que el modelo de la sociedad planificada exige la concentración de todas las fuerzas productivas en manos del Estado, es evidente que planificación y libertad son términos incompatibles: si existe la primera no puede existir la segunda. De ello se desprende que en todos los casos en que los partidos comunistas han destruido el mercado, los contrapoderes han desaparecido y los derechos humanos han sido violados sistemáticamente por un Estado omnipropietario y, por consiguiente, omnipotente. En suma, todo se ha producido de acuerdo con una lógica precisa: la lógica del colectivismo burocrático-totalitario.

Una vez que se desmoronó la idea de la superioridad económica y moral del nivel único de producción y de distribución, ha entrado en crisis no sólo la consecución del socialismo por la vía revolucionaria tal como la describió Lenin, sino también la concepción reformista. Los reformistas —al menos los de la Segunda Internacional— rechazaban las prácticas liberticidas y terroristas adoptadas por los bolcheviques, pero no la meta última que también para ellos era la sociedad planificada, sin mercado, sin propiedad privada, sin beneficio. Creían que el socialismo no era la destrucción de las libertades liberales, sino más bien su universalización. Su gradualismo era, sobre todo, respeto por el método liberal, aceptación de las reglas del juego de la democracia moderna, pero al mismo tiempo creían que la sociedad planificada pondría fin a la explotación del hombre por el hombre. Pues bien, esta creencia se ha hecho añicos por los impetuosos golpes de la realidad. Y precisamente esto ha sucedido así por cuanto se ha manifestado con claridad meridiana el carácter irracional y liberticida de la economía planificada. Sobre este punto específico no podemos albergar ilusiones de ningún tipo. Si queremos hablar seriamente de la democracia socialista, debemos pensar en el modo de producción socialista en términos radicalmente diferentes de los establecidos por la tradición marxista; en otras palabras, debemos idear una organización económica que sea distinta tanto del capitalismo como del colectivismo: una organización económica que salve al mercado y, con el mercado, la autonomía de la sociedad civil frente al Estado, garantizando, al mismo tiempo, niveles de participación en los procesos de decisión superiores a los que son característicos de las sociedades basadas en la propiedad privada de los medios de producción. En tanto no estemos en condiciones de hacer esto, no tendrá sentido hablar de socialismo, si por socialismo se entiende no la simple corrección de la distribución de los bienes sociales *a través* del mercado, sino más bien un modelo de organización social alternativo al capitalista.

A decir verdad, ya se ideó —y no precisamente ayer— un modelo de economía diferente al mismo tiempo del capitalismo y del colectivismo. Se

trata de la economía autogestionada, que, al menos en teoría, presenta la ventaja de conjugar el principio de la propiedad social de los medios de producción con la lógica pluralista-competitiva. Debido a esto la autogestión ha sido definida como una economía de mercado participativa en la cual la separación entre los productores directos y los medios de producción queda eliminada, ya que éstos son propiedad del colectivo de los trabajadores. Si efectivamente el objetivo del socialismo es la emancipación del asalariado, el único modo de producción compatible con ese objetivo es el autogestionario. Cualesquiera sean las dificultades políticas y técnicas de una reorganización de la vida económica sobre bases autogestionarias, una cosa parece cierta: que, a diferencia de la solución estatalista, salva la *racionalidad* económica y la propia autonomía de la sociedad civil y permite la introducción de las reglas de la democracia en el mundo de la producción y de la reproducción de la vida material.

Es, pues, una verdadera lástima que los partidos de la Internacional Socialista hayan decidido silenciosamente, a fines de la década de 1970, dejar a un lado la hipótesis autogestionaria. Esta era la única perspectiva capaz de hacerlos salir de la embarazosa situación de no poder señalar una estrategia realista para conjugar la democracia política con la democracia económica. Tanto más cuanto que al mismo tiempo hemos asistido al ataque neoliberal contra el *Estado de Bienestar,* auténtica contraofensiva conservadora lanzada bajo el estandarte de un renovado darwinismo social que es, cuando menos, inquietante.

El significado clasista de la reacción neoliberal contra el modelo socialdemócrata se manifiesta con claridad meridiana en las declaraciones del líder de la llamada «revuelta azul». Cuando Mogens Glistrup afirma que «el Estado debe volver a hacer la guardia nocturna»; cuando la señora Thatcher proclama con franqueza ofensiva que «hacen falta cien nuevos millonarios»; cuando Will Durant escribe que «la libertad y la igualdad son enemigos jurados y eternos, de modo que si una prevalece la otra muere»; cuando Irving Kristol recuerda complacido que «el capitalismo es un sistema que no promete distribución, sino más bien crecimiento económico»; cuando Friedrich von Hayek propone abolir del diccionario político hasta la expresión «justicia social»; cuando Robert Nozick, en polémica directa con John Rawls, equipara el impuesto sobre la renta con el trabajo forzado y aboga por la vuelta al Estado mínimo; cuando oímos todo esto, no podemos por menos que dar la razón a los que ven en el resurgimiento del pensamiento liberal un intento de romper el «pacto social» —el compromiso socialdemócrata entre Estado y mercado— que en las últimas décadas ha regido la existencia histórica de los países socialmente más avanzados del mundo occidental. Ante las citadas afirmaciones parece como si volviéramos a los tiempos —no muy lejanos cronológicamente, pero remotísimos desde el punto de vista histórico— en que el presidente Hoover sentenciaba que los desocupados vigorizaban la fibra moral de la nación americana.

Por otra parte, los resultados han confirmado las preocupaciones morales de los que siguen creyendo que si se abandona el proyecto igualitario la civilización occidental reniega de sí misma. La política de los conservadores en Gran Bretaña, basada en la disminución del impuesto sobre la renta y en el aumento de los impuestos indirectos, evidentemente ha beneficiado a las categorías sociales económicamente privilegiadas y ha castigado a los más desfavorecidos. Esto ha llevado hasta a un periódico tan moderado como *The Economist* a escribir, no hace muchos años, que nos encontramos ante una auténtica Contrarreforma que pretende derribar el Estado social para restaurar el capitalismo salvaje basado en una competencia sin frenos jurídicos y morales. Los que están preparados para participar con éxito en el juego de la competencia se arriesgan, y las clases dotadas de escasa capacidad de mercado tienen que arreglárselas como pueden. Esta es la enormidad, política además de moral, contra la cual han reaccionado oportunamente los partidos de izquierda con la mayor fuerza. Una enormidad que confiere una actualidad especial al proyecto igualitario que anima desde siempre la cultura socialista. Norberto Bobbio ha dicho justamente que, en cuestión de valores, el socialismo no tiene que crear nada nuevo; le basta con mantenerse fiel a su tradición. Una tradición que, al menos en parte, se ha convertido en el marco institucional dentro del cual se desenvuelve la vida de los pueblos de Europa occidental. Oponerse a esta tradición equivale a tomar el camino de la regresión histórica.

Ante este estado de cosas creo posible decir que el siglo de la socialdemocracia no está terminado, como dijo con apresuramiento Ralf Dahrendorf. Muy por el contrario. A pesar de los límites y de las insuficiencias del modelo socialdemócrata, sigue siendo el único esquema institucional capaz de no sacrificar en el altar del valor-libertad el valor-igualdad. Es cierto que la estrate-

gia socialdemócrata no nos ha dado la sociedad socialista, pero, al menos, ha sido capaz de «civilizar» el capitalismo, de hacer que la sociedad de mercado sea menos despiadada y deshumanizada. Esta es ya una razón decisiva para sostener que la Internacional Socialista tiene un futuro. Pero no es una razón suficiente para sostener que habrá un socialismo del futuro radicalmente diferente del que construyeron los partidos comunistas en el poder. Un socialismo así está en gran parte por inventarse y, lo que es todavía más importante, está todo él por construirse.

EL FUTURO DEL SOCIALISMO. PERSPECTIVAS DESDE ESCANDINAVIA Y AFRICA

DEFENSA DE SOLUCIONES O DEFINICION DE PROBLEMAS

Ulf Himmelstrand

ESTAMOS BUSCANDO SOLUCIONES, PERO ¿CUALES SON LOS PROBLEMAS?

Existe una tendencia a definir el socialismo en función de las soluciones que propone, en vez de hacerlo en función de los problemas que diagnostica e intenta solucionar.

La solución normal que más a menudo se identifica con el socialismo es la socialización de los medios de producción. En la práctica, esta socialización puede ser llevada a cabo por varias vías diferentes: por lo general, nacionalizando la empresa privada y combinando esto con la planificación centralizada o con la autogestión de los trabajadores, para responder a una mezcla de planificación y mecanismos de mercado.

El fracaso del «socialismo real» en la Europa del Este y la persistente crisis de Yugoslavia, con su sistema de autogestión obrera, sólo nos deja el éxito relativo de la socialdemocracia nórdica, que no ha intentado ninguna de estas soluciones doctrinarias, sino que únicamente ha intentado «domesticar» a los capitalistas privados. Pero aun cuando esta estrategia de domesticación del capitalismo pareció relativamente exitosa hasta cierto punto, el fracaso de la socialdemocracia en la ejecución de planes relativos a esquemas de participación colectiva de los beneficios, gestionada sindicalmente, en forma de auténticos fondos de asalariados [1], sugiere que existen límites históricos incluso para la socialdemocracia radical. Además, con el acelerado ritmo de internacionalización y transnacionalización del capitalismo, se está haciendo cada vez más difícil disciplinar e, incluso, mantener el grado de domesticación del capital privado alcanzado, a menos que el movimiento sindical internacional gane fuerza y que aumente en todo el mundo el número de partidos socialdemócratas o socialistas en el gobierno.

Pero la clase obrera industrial está reduciéndose en todas partes, y aun cuando los empleados *(white-collar employees)* del sector público de hecho han tomado las riendas en la carrera socialdemócrata para mantener el poder del voto en algunos países, los sindicatos de empleados no tienen tanta fuerza organizativa e ideológica como tuvo antes la tradicional clase obrera.

Ante esta situación, los movimientos socialistas de todo tipo están comenzando a reconsiderar sus posiciones ideológicas. Esto puede hacerse moderando sus ideas originales y desplazándose

[1] Los fondos de inversión de los asalariados, introducidos hace algunos años en Suecia, son una versión diluida de los proyectos originales sugeridos por Rudolf Meidner y otros. La campaña de millones de dólares, emprendida por la confederación de empleadores (SAF) contra los fondos de inversión de los asalariados, logró crear bastante escepticismo contra estos fondos en la opinión pública, pintándolos como otra versión de la difunta planificación central al estilo soviético (!), para impedir que los socialdemócratas llevaran la cuestión mucho más allá de lo que finalmente hicieron.

hacia el centro político. Pero también se puede hacer dejando de ocuparse de las soluciones que se debaten de una manera disociada y dedicándose a explorar de nuevo los tipos de problemas que hay que solucionar, como puntos de partida para encontrar nuevas soluciones. Esto es lo que yo recomiendo: declarar una moratoria temporal sobre el debate acerca de las soluciones socialistas contemporáneas, y dedicarse más bien a las ideas y la búsqueda concernientes a los problemas básicos que hay que solucionar, con todo lo diferente que puedan ser en los distintos países. Hoy día, el pensamiento socialista debería preocuparse de hallar diagnósticos de los problemas contemporáneos y de los posibles problemas futuros, en vez de debatir o repetir soluciones, a menudo de problemas del pasado, o de problemas concebidos o interpretados de una manera errónea.

Lo que pretendo sugerir en este artículo es la necesidad de reelaborar, sin salirnos del contexto del discurso socialista, nuestras cuestiones sobre el «futuro del socialismo», para tratar así los problemas básicos y no esa solución llamada «socialismo», ese término emblemático, que ha sido utilizado con tanta frecuencia como arma o como blanco para ataques políticos que parece haberse desvanecido su esencia conceptual. Debemos concentrar la atención teórica en cómo definir, y reducir o eliminar esa clase de contradicciones estructurales —y los conflictos actuantes afines—, para las cuales se supone que el socialismo, en su sentido clásico, es una solución. Dichos esfuerzos teóricos para especificar los «universales estructurales» en la esencia del pensamiento socialista deben ser reforzados con estudios comparativos e históricos empíricos de las «especificidades históricas» de las contradicciones estructurales en diferentes épocas, diferentes continentes y diferentes países. *Uno de los resultados de estos estudios teóricos e históricos podría ser que el «socialismo», en su sentido clásico, es una solución rara no sólo como hecho histórico hasta ahora, sino también rara en el sentido de que, como solución, sólo encaja en un conjunto muy limitado de situaciones teóricamente posibles y probablemente contradictorias.* Dicho con otras palabras, es probable que la mayor parte de las contradicciones estructurales de interés actual, analizadas dentro del contexto de un discurso materialista histórico o socialista, sugieran y exijan soluciones que no pueden ser etiquetadas como socialismo en el sentido clásico, *incluso dentro del marco de ese discurso socialista.*

Es posible que esta conclusión no sea muy del gusto de esos socialistas declarados, para quienes el término «socialismo» tiene más un carácter honorífico que analítico, pero esto ciertamente no socava de ningún modo la importancia y la validez del pensamiento socialista y del discurso materialista histórico.

Están los que afirman con pesar o con regocijo que el socialismo ha muerto. Se puede estar de acuerdo, o no, con estas aseveraciones. Sin embargo, el discurso socialista está realmente vivo y es indispensable no sólo en los análisis del pasado y el presente, sino también en las reflexiones sobre el futuro. Han surgido preguntas y se han planteado problemas dentro del contexto del discurso socialista, que son extremadamente importantes para los estudios sobre la evolución histórica, y que han sido completamente ignorados dentro de otras tradiciones intelectuales de los estudios históricos y sociales.

En efecto, el clásico materialismo histórico marxista muestra exactamente este tipo de orientación hacia los problemas o las «contradicciones», en vez de hacerlo hacia soluciones más o menos utópicas. Karl Marx vio la historia como un movimiento dialéctico, en el cual el desarrollo de la tecnología, la ciencia y las capacidades humanas, es decir, de las fuerzas productivas, creaban primero tensiones y contradicciones y de este modo impulsaban los cambios en las relaciones sociales de producción, para hacerlas más compatibles con las nuevas fuerzas productivas emergentes. Así, por ejemplo, el surgimiento de las primeras industrias fue incompatible con la mano de obra asegurada y con los intereses arraigados en las tierras del sistema feudal. Por tanto, el sistema feudal tuvo que «estallar en pedazos» para liberar el trabajo y el capital. De manera similar, las nuevas relaciones sociales de producción del capitalismo burgués que quedaron establecidas con mayor firmeza por la desintegración del sistema feudal y que liberaron las fuerzas productivas del trabajo y la tecnología en el capitalismo temprano, más tarde se convertirían en «trabas» para el desarrollo posterior de estas fuerzas productivas, según predijo Marx. Esta nueva incompatibilidad fue definida por Marx tanto en función de las estructuras como de los actores.

Estructuralmente, la división cada vez más especializada del trabajo y los mercados en expansión para los bienes de capital y de consumo hicieron que las fuerzas productivas adquirieran un carácter cada vez más societal *(Gesellschaftung),* mientras que las relaciones sociales de producción capitalistas siguieron siendo básicamente privadas, con muy poca preocupación por cualquier im-

plicación y consecuencia social de la producción que no fuera la acumulación privada de capital. Esta contradicción o incompatibilidad estructural fue resuelta en el pensamiento liberal clásico por la «Mano Invisible» de Adam Smith; pero Marx vio claramente que la Mano Invisible no era una realidad sino una interpretación teórica idealizada, sobre todo en el capitalismo desarrollado, con sus estructuras monopolistas y oligopolistas.

En el nivel de análisis correspondiente a los actores, Marx vio esta contradicción estructural básica reflejada no sólo en la lucha de clases sindical, sino también en una lucha que trascendió y que finalmente haría estallar en pedazos las relaciones sociales de producción capitalistas mediante «la socialización de los medios de producción». Sin embargo, Marx nunca elaboró los detalles de esta «socialización» de la misma manera analítica penetrante con que había diagnosticado las incompatibilidades y contradicciones emergentes a las que consideraba los problemas básicos del capitalismo desarrollado. Por tanto, hoy día tenemos dificultades para definir al socialismo, pero también una notable libertad para iniciar una búsqueda de soluciones socialistas que se correspondan mejor con los problemas contemporáneos y futuros que se esperan. La manera de hallar soluciones socialistas es la manera de hallar soluciones que reduzcan, si no las eliminan completamente, las contradicciones estructurales del capitalismo, sin crear otras contradicciones que son incluso peores desde el punto de vista de las masas trabajadoras. Traducir esta afirmación tan general en una realidad concreta es otra cuestión de habilidad e innovación creativas.

EL CONTEXTO ESCANDINAVO

Karl Marx dejó aún más irresuelta la cuestión relativa a la transición hacia las relaciones socialistas de producción, al decir que «ningún orden social desaparece jamás antes de que todas las fuerzas productivas para las cuales tiene cabida se hayan desarrollado; y las nuevas relaciones de producción superiores jamás aparecen antes de que las condiciones materiales de su existencia hayan madurado en el seno de la vieja sociedad». Son posibles diferentes interpretaciones de esta afirmación. Una interpretación socialdemócrata, aunque marxista, basada en las experiencias escandinavas, es que resulta necesario administrar el capitalismo desarrollado hasta el punto en que haya generado «todas las fuerzas productivas para las cuales tiene cabida», y en el que también pueda generar contradicciones intolerables entre las fuerzas productivas cada vez más sociales y las relaciones de producción privadas que perviven, tan intolerables que los cambios sociales se hagan inminentes, al mismo tiempo que los movimientos de masas y las estructuras políticas necesarios para que se produzcan cambios profundos en las relaciones sociales de producción «maduren en el seno de la vieja sociedad» y se hagan lo suficientemente fuertes como para tranformarla [2]. Pero, una vez más, será subjetiva la interpretación que hagamos de las «contradicciones intolerables» y la forma en que valoremos la «fuerza suficiente» de las fuerzas materiales o de los movimientos y estructuras. Lo que cuenta en este punto no son las definiciones subjetivas de los sociólogos, sino de los actores actualmente involucrados en la conducta electoral de las masas, en los movimientos de masas y en la lucha organizada.

Pero la fuerza de la lucha organizada es sólo una cara de la dialéctica societal implicada. La otra cara es la respuesta del sistema capitalista y la medida en que dichas fuerzas productivas están «encadenadas» realmente dentro de dicho orden. En efecto, el capitalismo ha mostrado un alto grado de flexibilidad para adaptarse a la gran fuerza política y sindical de los movimientos obreros escandinavos, así como una capacidad para promover, más que para «encadenar», el desarrollo de las nuevas tecnologías. Dicho con toda honestidad, debemos preguntarnos, por tanto, si la época está madura realmente para una profunda transformación socialista de la sociedad, particularmente si se tiene en cuenta que se ha puesto en tela de juicio el propio significado de dicha solución.

Dentro del contexto escandinavo, la cuestión ha sido reformulada para tratar fundamentalmente un solo elemento, que es, sin embargo, el elemento más crucial del sistema capitalista, es decir, los competitivos mercados de productos, de trabajo y financiero. Parece que los mecanismos de mercado están firmemente arraigados, pero tienen limitaciones precisas, que deben ser diagnosticadas como problemas antes de que podamos aventurarnos en cualquier discusión de las soluciones. La necesidad de unas intervenciones anti-

[2] Véase Himmelstrand, Ahrne, Lundberg & Lundberg, *Beyond Welfare Capitalism. Issues, Actors and Forces of Societal Change,* Londres: Heinemann, 1981, parte II. Este libro, escrito con el ánimo más bien optimista de los primeros años de la década de 1970, está anticuado políticamente, pero contiene piezas de análisis teórico y empírico que aún revisten interés, incluso políticamente.

cíclicas en el mercado es demasiado conocida como para volver sobre ella. Aquí se mencionarán otras tres limitaciones de las economías de mercado.

1. Por su propia lógica, los mercados competitivos crean *desigualdades*. En la competencia por el mercado siempre ganan los fuertes y los listos. Esto tiende a crear una concentración de capital y, en consecuencia, unas relaciones oligopólicas entre los productores de mercancías y los proveedores de medios financieros, pero también desigualdades entre los que compiten por puestos en el mercado de trabajo. En el mercado de trabajo, esta lógica ha sido controlada parcialmente en Suecia, como resultado de la gran fuerza del movimiento obrero sueco. Las diferencias salariales en Suecia se encuentran entre las más bajas del mundo. Pero, al mismo tiempo, no existe ningún otro país en el mundo industrializado con tan alto grado de concentración y centralización de capital. Los mecanismos de mercado no pueden corregir por sí mismos dichas desigualdades.

2. Por su propia lógica, los mercados competitivos generan *externalidades,* como la contaminación del aire y de las aguas, es decir, efectos externos que no se valoran en un mercado y que, por tanto, no responderán a la demanda del consumidor para que se reduzcan y eliminen. La eliminación de dichas externalidades, una vez que han sido reconocidas como tales, es una cuestión de coste para los capitales, así como para las empresas industriales en el «socialismo real»; y una empresa capitalista, para seguir siendo competitiva en el mercado, normalmente no asumirá dichos costes.

3. Los mercados competitivos no sólo generan externalidades, sino que también muestran características *endógenas,* que dificultan al mercado la satisfacción de la demanda del consumidor en ciertas áreas. Los mercados competitivos están bien provistos para satisfacer la demanda del consumidor cuando intervienen transacciones frecuentes y reiteradas, como cuando el consumidor compra lo que necesita para su subsistencia diaria o cuando un comerciante prorroga o cancela un contrato con un proveedor de mercancías de frecuente comercio. En estos casos, el mercado competitivo permite un proceso de aprendizaje experimental, con el cual el consumidor o el comerciante pueden averiguar qué productos competidores le satisfacen más a un precio dado. Al mismo tiempo, este mecanismo aporta información a los productores sobre las necesidades de los consumidores a través del volumen de ventas. Pero donde las transacciones son raras, y donde sus efectos y el valor de uso no pueden ser valorados inmediatamente sobre la base de una experimentación diaria, y donde quizás los «errores» son tanto irreversibles como destructivos, el mercado no resulta un mecanismo apropiado para satisfacer al consumidor. Esto es lo que sucede en la sanidad y la educación, pero también, por ejemplo, en muchos aspectos de la industria alimentaria, donde el creciente uso de productos químicos, con efectos poco conocidos a largo plazo, debe ser regulado en pro de los intereses del consumidor. Un caso especial interesante es el mercado financiero especulativo, donde «el dinero engendra dinero» y donde al consumidor se lo despoja de todo bien, cualquiera que sea, pero aun así debe contribuir a pagar los costosos juegos de los «mandarines del dinero».

Dentro del contexto escandinavo, las políticas social-demócratas han intentado preservar aquellos mecanismos de mercado que sirven al consumidor, y suprimir las imperfecciones del mercado en dichos contextos, confiando al mismo tiempo en la legislación y otros tipos de intervenciones estatales ajenas al mercado en los casos en que son evidentes las limitaciones de los mecanismos de mercado antes mencionados. Sin embargo, en algunos casos de política ambiental, se ha pensado en la introducción de mecanismos de mercado «poniéndole un precio al medio ambiente», es decir, transformando las externalidades en costes endógenos lo suficientemente altos como para generar incentivos para una reducción significativa de la contaminación ambiental.

Las estadísticas comparativas confirman el hecho de que el gobierno socialdemócrata ha tenido un éxito relativo hasta hace poco en la «administración del capitalismo» promoviendo los mecanismos de mercado a la vez que toma medidas para complementar el mercado allí donde los mecanismos de mercado tienen sus limitaciones más evidentes. Una excepción es la concentración y la centralización del capital donde los gobiernos socialdemócratas no sólo se han mostrado renuentes a intervenir, sino que, de hecho, con sus políticas, han promovido el surgimiento de grandes y arrasadoras empresas industriales. Las estadísticas comparativas demuestran que Suecia posee el más alto grado de concentración y de capital privado que cualquier otra nación industrializada avanzada [3]. Sin embargo, todas estas grandes compañías

[3] Véase, por ejemplo, J. S. Bain, *International Differences in Industrial Structure. Eight Nations in the 1950s,* New Haven:

están sometidas a la competencia internacional. Además, al ser una pequeña nación altamente dependiente de su comercio de exportación, Suecia necesita los recursos de grandes compañías para tener suficiente competitividad en los mercados internacionales.

Un factor muy importante, que socava potencialmente el éxito de la socialdemocracia sueca, es precisamente la creciente internacionalización de nuestra economía. Ya no están presentes las ventajas comparativas de haber escapado a la devastación de la Segunda Guerra Mundial y, por tanto, de haber sido capaz, durante varias décadas de posguerra, de asumir los costes de las intervenciones del Estado de Bienestar simultáneamente con una exitosa expansión industrial. En la actualidad, existe una clara tendencia en las grandes compañías suecas a gastar más en inversiones directas en el exterior, donde los costes de una sociedad de bienestar son menos pronunciados.

Aun cuando la experiencia de Suecia con un prolongado gobierno socialdemócrata fue y todavía es un éxito en términos relativos, están surgiendo varios problemas y contradicciones que es preciso diagnosticar de manera realista con el fin de hallar soluciones.

Aquí mencionaré cinco de los más graves desafíos a los que se enfrenta el gobierno socialdemócrata en Suecia: en primer lugar, su tradicional electorado socialdemócrata tiende a dividirse entre los que se hallan más o menos marginados como resultado de un desarrollo capitalista bien administrado, y, por otra parte, la «aristocracia laboral» y los empleados públicos, que se han beneficiado, por no mencionar a los accionistas que, a pesar de encontrarse fuera del electorado socialdemócrata tradicional, es posible que se hayan beneficiado con la capacidad de la socialdemocracia para administrar el capitalismo [4]. Se requieren una creatividad notable y una capacidad de entendimiento social para resolver este conflicto de clase interno y esta contradicción política dentro del propio partido, de manera que no sólo se establezca un compromiso equilibrado entre las dos caras de la contradicción, sino que realmente implique la creación de una nueva síntesis, de modo que se mantenga y se fortalezca aún más el auge político del partido.

El segundo desafío es el que los liberales describen como la «obstaculización» de la empresa privada dinámica y productiva por la expansión de un sector público ineficaz y achacoso. Sin embargo, serios estudios empíricos no han aportado ninguna evidencia empírica coherente que demuestre la existencia de esa «obstaculización» —de hecho, la mayoría de las inversiones reproductivas infraestructurales y sociales, que constituyen una parte significativa del sector público, resultan beneficiosas para la empresa privada y no habrían podido ser aportadas con el mismo nivel cualitativo y con costos más bajos por la empresa privada en un mercado competitivo. Parecería que las quejas de liberales y conservadores contra el sector público bajo gobiernos socialdemócratas y los intentos de rendir por hambre al sector público por parte de los gobiernos conservadores, para que su rendimiento sea deficiente e impopular, están motivados fundamentalmente por el hecho de que la empresa privada necesita nuevos mercados para expandirse. Ellos desean llegar a la situación de vender por un precio y con una ganancia el tipo de servicios que ahora ofrece el sector público en Escandinavia y en otras partes.

Pero los servicios suministrados por el sector público generalmente no son aptos para el mercado, como ya expliqué anteriormente, porque no implican operaciones que se repitan cotidianamente y, por lo general, tienen efectos a largo plazo de naturaleza irreversible.

Pero aun cuando existan muy buenos argumentos a favor de un suministro no mercantil y controlado por el Estado de muchos servicios de asistencia, como una cuestión de derecho, y en contra del suministro de estos servicios para su compra en un mercado, la llamada crisis fiscal del Estado de Bienestar es una realidad. Por supuesto que se puede argumentar que esta crisis es, también en este caso al menos parcialmente, una creación del propio capitalismo, con el fin de rendir por hambre al sector público, en un momento en que podría lograrse que la demanda de privatización pareciera muy justificada. Pero esto no hace que la crisis fiscal sea menos real.

Por desgracia, los burócratas del bienestar tienen pocos incentivos para lograr una buena relación coste-eficacia. No hay que abonarse a las hipótesis de maximización presupuestaria de la teoría de elección pública para suponer que, en este punto, existe una contradicción entre los intereses

Yale University Press, 1966, págs. 48 y sigs., y F. L. Pryor, «An international comparison of concentration ratios», en *The Review of Economics and Statistics*, vol. LIV, 1972, páginas 130-140.

[4] Las estadísticas longitudinales demuestran que la tendencia a la disminución de las desigualdades, que existió en Suecia hasta 1980, está siendo sustituida ahora por cierto aumento de las desigualdades. Véase J. Vogel *et al., Ojämlikheten i Sverige, Utveckling och nutage,* Estocolmo: SCBs förlag, 1987.

de los burócratas del bienestar, empleados por el Estado, y los contribuyentes corrientes. Además, para asegurar que existe un grave problema en la cobertura de los gastos en alza de los servicios públicos, no hay que suponer que la relación coste-eficacia en una burocracia del bienestar, con su coeficiente inevitablemente alto de mano de obra, deba ser la misma que en la industria. Es evidente que estos problemas requieren soluciones que, al mismo tiempo, prevengan el incremento de los costes de los servicios de bienestar y los riesgos que implica la privatización de los servicios públicos, que los mecanismos de mercado no pueden manejar bien en opinión del consumidor.

Otro problema en el sistema de bienestar de la sociedad sueca se debe a ciertos aspectos psicológicos y sociales de su estructura burocrática. A veces, los regímenes burocráticos demuestran ser eminentemente incapaces de hacer frente a problemas humanos de naturaleza extremadamente individual y emocional.

El tercer desafío serio proviene del tipo de problemas ecológicos, que ya mencioné con anterioridad, y del movimiento ecologista. Si tuviéramos que identificar una contradicción estructural básica actual con implicaciones mundiales, ésta sería la incompatibilidad entre las características externas negativas producidas por la industrialización desarrollada, ya sea capitalista o «socialista real», y la necesidad de mantener las fuerzas productivas y reproductivas inherentes a la «ecoesfera». Y si tuviéramos que identificar una fuerza, en el nivel de análisis correspondiente a los autores, que fuera nueva y que respondiera a esta contradicción, generalmente no serían los movimientos obreros socialistas, sino los verdes y los diversos movimientos relacionados con ellos, incluyendo al movimiento por la paz. Sin embargo, realmente tenemos probabilidades de encontrar un mayor acercamiento entre los movimientos ecologistas, la izquierda socialista y la socialdemocracia reformista que entre el ecologismo y los partidos burgueses de tendencias derechistas.

El cuarto desafío a la socialdemocracia viene de la amenaza del desempleo actual y/o futuro, en particular entre los que tradicionalmente votan por el partido socialdemócrata. Desde el punto de vista escandinavo, esta amenaza no parece muy grave en la actualidad. Suecia, por ejemplo, ha retornado otra vez a las bajas cifras de desempleo que tuvo a mediados de la década de 1960. Se encuentra entre las cifras de desempleo más bajas del mundo industrializado de hoy día. El problema principal parece ser la escasez de mano de obra, en particular de mano de obra cualificada. Todavía el desempleo derivado de la tecnología debe ser tomado en serio como una amenaza para el futuro, o quizás como la «oportunidad dorada» para una clase de vida diferente, un modo más humano de emplear nuestro tiempo de vida, como sugirió André Gorz, entre otros. Pero si éste es el carácter del reto, debemos estar convencidos, por medio del análisis y la investigación, de que el «problema» es una oportunidad, y debemos estar preparados para aprovechar esta oportunidad de una manera creadora. Los investigadores no concuerdan en que el creciente desempleo es inevitable. Sin embargo, es realmente un riesgo que debemos tomar en serio, sobre todo en relación con el desempleo juvenil, con sus innumerables repercusiones psicológicas y sociales, como la drogadicción y otras similares.

El quinto desafío se relaciona con los aspectos morales del desarrollo social. Aquí podemos discernir lo que Daniel Bell ha llamado las contradicciones culturales de la sociedad de consumo capitalista [5]. Esta clase de sociedad parece promover un tipo de mentalidad extremadamente individualista, hedonista e, incluso, narcisista —sobre todo entre la juventud—, mientras que, al mismo tiempo, demanda reformas solidarias, holísticas y estructurales para hacer frente a los desafíos mencionados anteriormente. Sin embargo, esta clase de contradicción cultural no es el único rasgo de la sociedad de hoy día. En efecto, los nuevos movimientos ecologistas y pacifistas tienen un tipo de ética totalmente diferente, más compatible con los desafíos actuales, y estos movimientos aglutinan a gran número de jóvenes.

Como deseo seguir mi propia declaración de moratoria sobre la discusión de las soluciones para poder así prestar mayor atención a los problemas, no sugeriré aquí ninguna solución a los problemas y los desafíos indicados anteriormente. Esto sólo lo haré con bastante brevedad en mis observaciones finales. Más bien me recordaré a mí mismo y a mis lectores un método de análisis, que siempre fue básico en Marx y que sigue siendo básico para el pensamiento socialista, aun cuando no acierte a sugerir soluciones socialistas para el futuro. Mientras que el pensamiento liberal siempre se mantuvo en la posición cómoda de suponer que se podía confiar en las fuerzas en autoequilibrio para resolver la mayoría de los problemas y desequilibrios y que los demás problemas, como los

[5] Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism,* Nueva York: Basic Books, 1976.

conflictos de intereses, podían resolverse por medio del diálogo racional entre las partes involucradas, sobre la base de la paridad y el intercambio, el pensamiento socialista siempre parte de un análisis de las contradicciones y de la no paridad. Estas contradicciones tienen que ver con la explotación tanto de la mano de obra como de otros recursos naturales. No se corrigen automáticamente; por lo general, se reproducen, se perpetúan y, de hecho, se amplían hasta el punto de hacerse inevitable una lucha más o menos conflictiva entre los actores implicados, con el fin de reducir o eliminar la contradicción, o de reproducirla en interés de alguna clase gobernante. En el pensamiento socialista no se suele considerar que estos actores en conflicto hagan gala de una paridad de fuerza, como no sea quizás mediante la organización colectiva y la unidad en el lado más débil.

El concepto de contradicción es el *quid* del asunto, el punto en que el pensamiento socialista debe ser considerablemente mejorado, para proporcionar un análisis de los problemas que implique lógicamente direcciones en las cuales buscar soluciones a los mismos. El término «contradicción» es empleado a menudo de manera muy vaga y general, sin una precisión conceptual ni una referencia empírica. Como tal, el término sugiere una dirección en la cual buscar definiciones de los problemas; pero no basta con proporcionar dicha dirección. Cuando Marx hablaba de la contradicción entre las crecientes fuerzas productivas sociales y las relaciones sociales privadas de producción, lo que hacía era sugerir una forma más precisa de hablar acerca de una clase particular de contradicción, aun cuando no resultara lo bastante precisa como para evitar controversias acerca del significado de lo que Marx dijo [6]. No bastan tampoco los esfuerzos por precisar este concepto marxista aún más de lo que el propio Marx trató de hacerlo. Existen otras clases de contradicciones estructurales dignas de ser analizadas con el tipo de instrumentos aportados por Marx, contradicciones en las que Marx casi no se detuvo y que conciernen no sólo a las fuerzas productivas, sino también a las fuerzas reproductivas, así como a las fuerzas y a las relaciones sociales de información y desinformación, por no mencionar a las fuerzas y las relaciones sociales del poder político y, más allá de éstas, de destrucción violenta de vidas humanas. Muchos de estos aspectos han sido debatidos por los marxistas en términos de cierta clase de «superestructura» epifenoménica, a lo sumo con ciertos efectos de retroalimentación que chocan contra la base económica. Pero esto no es suficiente. También la llamada superestructura tiene su propia lógica, sus propias fuerzas y relaciones sociales de producción-conciencia y de juegos de poder, que deben ser entendidos y tenidos en cuenta, incluso si su funcionamiento «en última instancia» se considera limitado y restringido por lo que permite o impulsa la base económica históricamente dada.

También debemos ir más allá de Marx al considerar las fuerzas y las relaciones sociales de destrucción involuntaria del medio, que es el «soporte» de nuestras vidas y cuyo «poder de soporte» está amenazado por el «poder asolador» de nuestra propia civilización tecnológica. Pero, al realizar este movimiento, podríamos y deberíamos seguir la metodología marxista de búsqueda de «contradicciones» entre forma y contenido y de acciones que reflejen dichas contradicciones en el nivel de análisis correspondiente a los actores.

En este breve texto de debate no es posible demostrar cómo se podrían analizar y explicar los cuatro desafíos antes mencionados en función de las contradicciones y cómo hacerlo de manera que la especificación detallada de las contradicciones que constituyen nuestros problemas implique también lógicamente sugerencias sobre la mejor manera de resolver de una u otra manera las contradicciones dadas [7].

Por lo que a las «contradicciones» se refiere, existen sólo uno o dos puntos que desearía aclarar en este artículo. Las «fuerzas del progreso» que se están viendo trabadas por las actuales relaciones sociales de producción, reproducción, información y poder en los países industrializados desarrollados, no son sólo o principalmente las fuerzas productivas que ya están en uso y que ya se han desarrollado notablemente. Las que se están viendo trabadas son las *nuevas* fuerzas productivas y reproductivas que harían frente a algunos de los desafíos ecológicos y humanos insinuados anteriormente, fuerzas que ya han sido desarrolladas parcialmente tanto en proyectos como en laboratorios rodeados por el secreto industrial,

[6] Véase, por ejemplo, G. A. Cohen (1979; 1982 reimpresión con correcciones), *Karl Marx's Theory of History,* y Jon Elster (1985), *Making sense of Marx,* Cambridge University Press.

[7] Un método analítico para especificar contradicciones de esta manera —el llamado análisis Actor-Proceso-Matriz (APM)— ha sido sugerido por mí dentro de otro contexto [*vid.* U. Himmelstrand (1981), «Formalized Historical Materialism as a Research Tool», en *International Sociology,* vol. 1, número 2, págs. 113-136]. Pero una aplicación de este método en este artículo resultaría excesivamente técnica para encajar en el contexto de un debate más general, como el presente.

pero que siguen sin producirse ni utilizarse debido a esas trabas de las relaciones sociales de producción dadas [8]. Con el fin de liberar esos proyectos creativos e innovadores, suprimidos e impedidos, existe ciertamente una necesidad de ir más allá de las relaciones sociales del capitalismo internacional, tal como existen en la actualidad, y de crear un impulso político asociado con los movimientos ecológicos, para forjar nuevos instrumentos políticos supranacionales, que harían posible que los capitalistas de todos los países pusieran en circulación sus innovaciones, sin temor a ser excluidos del mercado por los competidores, cosechando, al menos, grandes beneficios a corto plazo del abandono de la relación coste-eficacia en las inversiones pertinentes.

Observen que esta clase de solución sugiere que se eliminen las «trabas» del desarrollo de fuerzas productivas nuevas y muy necesitadas, y no una eliminación revolucionaria e irreal de los capitalistas de la escena mundial. Lo que está en juego es la creación de un *ambiente posibilitador* que ningún capital nacional ni transnacional es capaz de producir por sí mismo. La creación de dicho «ambiente posibilitador», que desencadene nuevas fuerzas productivas en favor de la protección ambiental y la supervivencia humana, exige una cooperación política internacional. Una postura neoliberal antipolítica implica una falta total de comprensión de los problemas y de las posibles soluciones en este frente en particular.

También existen otras «trabas» que quizás tengamos que analizar en un futuro cercano, cuando el desempleo inducido por la tecnología haya alcanzado mayores niveles y cuando posiblemente la crisis fiscal del Estado de Bienestar se haya profundizado por la necesidad de pagar algún tipo de ingreso mínimo garantizado o el llamado salario social a los que han quedado marginados del antiguo mercado laboral. En esta situación, debemos preguntarnos si estos marginados se convertirán en una clase de ciudadanos de segunda categoría, de consumidores puros y pobres, no productivos, o si pudieran concebirse otras alternativas más creativas, y por desgracia tan «trabadas» que no pudieran realizarse.

Otra posibilidad sería delegar muchos de los servicios de bienestar con alto coeficiente de mano de obra, que ahora están situados en el sector público controlado por el Estado, en grupos comunitarios cooperativos de ciudadanos marginados del sector industrial cada vez más automatizado [9]. Los empresarios capitalistas privados, a los que les gustaría conquistar este mercado del servicio público para obtener ganancias, quizás no aprueben un desarrollo semejante de las fuerzas reproductivas cooperativas y, por tanto, procuren «poner trabas». Si es así, ésta es otra clase de contradicción estructural, que hay que debatir y resolver.

EL CONTEXTO AFRICANO

Ya antes afirmamos que «el arte de hallar soluciones socialistas es el arte de hallar soluciones que reduzcan, si no eliminan completamente, las contradicciones estructurales del capitalismo, sin crear otras contradicciones que sean incluso peores desde el punto de vista de las masas del pueblo trabajador». Desde un punto de vista ortodoxo, esta afirmación parecería excluir las «soluciones socialistas» para Africa. En este continente, virtualmente ninguno de los países que consiguieron su independencia política a finales de la década de 1950 y en la de 1960 tenía una burguesía nacional y un capitalismo autóctono [10], cuyas contradicciones pudieran ser resueltas por el socialismo en el sentido clásico. Entre el 80 y el 90 por 100 de la población estaba compuesto por campesinos o pequeños arrendatarios de terrenos agrícolas, que trabajaban por cuenta propia.

No obstante, en países como Tanzania y Mozambique, se ha intentado imponer desde arriba una propiedad social sobre los medios de producción agrícolas y nuevas relaciones sociales de producción y reproducción mediante la agrupación

[8] Estoy pensando, por ejemplo, en ciertas innovaciones que pudieran sustituir al motor de combustión convencional en los automóviles motorizados por tipos de motores igualmente potentes, pero menos contaminantes y con una utilización más eficaz de la energía.

[9] Este tipo de alternativa ha sido debatido en Suecia por Mats Friberg y Ulf Himmelstrand, en el capítulo 26 de un libro sobre la estructura social y la vida cotidiana en Suecia: *Sverige, vardag och struktur*, editado por Ulf Himmelstrand (Estocolmo: Norstedts, 1988). Véase también U. Himmelstrand (1986), «The Future of the Welfare State. A question of Holistic Diagnosis and Structural Reforms», en Else Øyen, ed. (1986), *Comparing Welfare States and their Futures*, Aldershot: Gower Publishing Co. Ltd.

[10] Aun cuando esta afirmación es cierta en general, existen algunas excepciones. Kenia tenía una burguesía asiática-keniana en el momento de su independencia, que ha demostrado ser más nacional que «compradora», y existe una creciente burguesía nacional keniana negra. A diferencia de la mayoría de los demás países africanos, Kenia ha sido capaz tanto de alimentar a su propia población con una importación mínima de alimentos como de desarrollar una pequeña industria basada en sus recursos, así como de exportar té, café y productos hortícolas para ganar algún capital extranjero. La inflación es relativamente baja para un país del Tercer Mundo: entre el 7 y el 15 por 100 a lo largo de la última década.

forzosa en aldeas, según un modo de producción preindependencia, que tenía atributos capitalistas sólo en algunos aspectos de la producción de bienes de exportación, con miras al exterior. El supuesto básico era que, en ausencia de empresarios capitalistas y de una burguesía nacional, el Estado tenía que asumir la responsabilidad del desarrollo de las fuerzas productivas, una estrategia que no se había intentado nunca antes en la historia. El tipo de intervenciones estatales extensivas, que se produjo en países asiáticos como Japón y, mucho más tarde, en Corea y Taiwán, no se produjo dentro de un vacío semejante; en esos países ya existían empresarios y una incipiente burguesía nacional.

Pero los intentos africanos de un desarrollo forzoso no capitalista o de orientación socialista, impuesto desde arriba, han fracasado. El resultado principal ha sido una maquinaria productiva, ahogada por la burocracia, con incentivos escasos o nulos para desarrollar las fuerzas productivas, y con una burocracia estatal cuyo personal se ve obligado en los países más pobres a aceptar sobornos y a buscarse la vida en el sector no oficial ajeno a sus empleos regulares, con el fin de sobrevivir. En países del Tercer Mundo un poco más ricos o en los sectores acaudalados de los países más pobres, los burócratas se encuentran en situación de trasladar las ayudas extranjeras y los ingresos del Estado a sus bolsillos privados, al consumo de artículos de lujo y a las cuentas en bancos extranjeros. Las inversiones en la empresa productiva sufren proporcionalmente.

Los análisis marxistas clásicos de los sistemas capitalistas autóctonos o nacionales, como los llevados a cabo en Europa y Norteamérica en el siglo XIX, tienen poco que aportar a la comprensión de las circunstancias que se acaban de describir. El capitalismo internacional —en primer lugar el precolonial, después el colonial y a continuación el neocolonial— es el que debe ser analizado para comprender las circunstancias del Tercer Mundo, en particular la falta de una burguesía nacional genuina en los países africanos antes y después de la independencia. Estos análisis los han propiciado la dependencia y los métodos del Sistema Mundial [11]. Pero como han subrayado incluso sus críticos de izquierda, estos métodos, a su vez, no contribuyen a la comprensión de las circunstancias del Tercer Mundo de una manera que pueda suscitar una acción realista y progresista desde el interior de estos propios países. El énfasis que se pone en factores externos distantes e inmodificables de «dependencia» y en los «Sistemas Mundiales», implicados en un movimiento histórico lento y aparentemente incorregible, no responde a la pregunta de qué se puede hacer dentro de los límites de los Estados nacionales africanos, por ejemplo, o de las propias organizaciones regionales, para superar el *impasse* histórico en el que se encuentra actualmente este continente. Se necesita una dirección con base teórica y empírica sobre la acción local, nacional y regional, para crear un «ambiente posibilitador» local, nacional y regional, puesto que es totalmente improbable una reforma del «Sistema Mundial» por la presión de un proletariado del Tercer Mundo. Este sería un derrocamiento revolucionario de este Sistema.

Además, la opción de una «desvinculación» total del sistema capitalista mundial, como sugirió, por ejemplo, Samir Amin, no parece una alternativa practicable, ni siquiera atractiva para la mayoría de los gobiernos africanos, puesto que la mayoría de los botines oficiales provienen de la ayuda extranjera y del comercio con el capital internacional.

Paradójicamente, quizás dialécticamente, este panorama desolado del subdesarrollo y el estancamiento, con raíces históricas y actualmente perpetuados en Africa, ha generado algunas aperturas interesantes, desafiantes e, incluso, factibles, es decir, la confrontación con los programas de «ajuste estructural» y «recuperación» del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial (FMI/BM).

En sus prescripciones para la «recuperación», el FMI y el BM generalmente no nos recuerdan el *boom* bancario de la década de 1970, cuando los banqueros cortejaron a los ministros de Finanzas de los países del Tercer Mundo, quizás en particular a los más corruptos, con el fin de obtener sus petrodólares; «vendiendo préstamos como si ofrecieran canastas de whisky a un alcohólico», según palabras de Anthony Sampson en un vívido recuento periodístico de la banca mundial durante este período, en el que tuvo su origen la crisis deudora de la década de los ochenta [12]. Necesitamos este recuerdo para no olvidar que, por una parte, el pago de la deuda debe ser legítima y necesariamente una preocupación esencial del FMI

[11] Para un resumen y un comentario excelentes sobre estos métodos, véase Blomström y Hettne (1985), *Development Theory in Transition. The Dependency Debate and Beyond: Third World Responses,* Londres: Zed Books.

[12] Para esta cita y otras referencias, véase el esclarecedor artículo de Richard Swedberg titulado «Oil schocks, the private banks and the debt crisis», en *International Social Science Journal,* agosto de 1987, págs. 323-336.

y el BM; pero que, por otra parte, la capacidad de obtener divisas para liquidar los préstamos realizados no puede denominarse legítimamente «recuperación para el desarrollo». El término «recuperación» tiene un doble sentido, que ha sido utilizado en forma de manipulación ideológica por el FMI y el BM, pero que produce una impresión totalmente errónea de la situación. En efecto, existen multitud de indicadores empíricos que demuestran que la «recuperación de dinero para saldar las deudas», dadas las «condiciones» del FMI y el BM, implica lo opuesto a la recuperación para los pobres y los menesterosos de Africa, sin olvidar a los niños enfermos y muertos de hambre. Sólo algunos pocos países del Tercer Mundo, que, por otras razones, estaban acomodados razonablemente, no han visto su desarrollo perjudicado por las condiciones del FMI y el BM.

La polémica suscitada por los programas del FMI y el BM, a los que se oponen fuerzas que van del centro a la izquierda del espectro político africano, ha producido un número de importantes diagnósticos de las circunstancias africanas, así como propuestas de solución derivadas de una comprensión de estos problemas. Aquí resumiré la polémica extremadamente analítica, expresada contra las estrategias del FMI por el economista político Mahmood Mamdani, de Uganda [13].

Mamdani, como académico en el mejor sentido de la palabra, procura no caricaturizar el programa del FMI y el BM, pero permite que hable por sí solo. Sólo me detendré en el resumen que hizo Mamdani de uno de los puntos más cruciales de este programa.

> «... el problema a largo o medio plazo, argumenta el FMI, es el del aumento de la producción; en su idioma, éste es un problema de aumento de la oferta. ¿Cómo puede hacerse esto? Mediante una transferencia de recursos de estas clases, que tienden a consumir, a las clases que tienen una tendencia a invertir, de la mayoría de obreros, campesinos y funcionarios a la minoría de empresarios...» Mamdani, *Africa Events,* junio de 1989, p. 34.

Para aumentar la renta de las masas a largo plazo, hay que reducirla a corto plazo, con el fin de permitir a unos pocos empresarios invertir ese dinero en actividades productivas y rentables, argumenta el FMI. Se espera que la transferencia de recursos a los empresarios, es decir, a la burguesía nacional de tipo ideal, que se supone que promociona la producción y el crecimiento económico, tenga lugar como resultado de la realización de las «condiciones» del FMI y el BM, lo que significa devaluación, restricción del crédito, liberalización del comercio o la «liberación del mercado» y la privatización del sector público. En este programa, la consigna es «corregir los precios».

Pero en lo que se refiere a Uganda, y es probable que esto sea cierto para una gran parte de Africa, las suposiciones del FMI respecto al espíritu empresarial de la burguesía ugandesa —los *mafutamingi*— resultan totalmente infundadas. De acuerdo con las cifras estadísticas aportadas por Mamdani, esta burguesía tiene una marcada tendencia a consumir artículos de lujo y muy poca inclinación a invertir. Hasta el 45 por 100 de las divisas vendidas a esta clase en Uganda se utilizó para fines no productivos, incluyendo la importación de bienes de consumo masivos, para los cuales existían una capacidad de producción no empleada en las fábricas locales y materias primas locales no aprovechadas en el país. La venta de dichos bienes importados, si bien contribuye a la acumulación de riqueza en la burguesía, ciertamente no contribuye al aumento de producción esperado por el FMI.

En cuanto a la «liberación de los mercados», Mamdani señala que en muchos países africanos no existen previamente mercados que sencillamente esperen a ser «liberados». Hay que crear mercados [14]. Pero ¿qué mercados? El FMI insiste en los mercados de exportación (de café y té en el caso de Uganda), con el fin de aumentar los ingresos de divisas, por supuesto, para el pago de los préstamos, pero también para mantener en marcha la economía internacional. Los habitantes mal pagados y muertos de hambre de Uganda sólo reciben una consideración secundaria por parte del FMI. Con el tiempo, se supone que algunos beneficios «se escurrirán» hacia los necesitados.

Mamdani, como economista político socialista, es alentadoramente franco en cuanto a la alternativa del programa del FMI y el BM. La verdadera cuestión a la que nos enfrentamos actualmente ante nosotros en Africa no es la disyuntiva entre

[13] Me refiero a dos artículos redactados por Mamdani; un artículo muy bien documentado, inédito, escrito para UNRISD (1989), «Uganda: Contradictions of the IMF Programme and Perspective»; y otro de corte popular, pero muy clarificador, titulado «The IMF and Uganda», publicado en *Africa Events,* junio de 1989, págs. 34-37.

[14] Compárense las observaciones de John Toye en el primer capítulo de su libro *Dilemmas of Development. Reflections on the Counter-Revolution in Development Theory and Policy,* Oxford: Basil Blackwell, 1988, págs. 19 y sigs.

capitalismo o socialismo, dice. «En cambio, es la de la reforma de las estructuras arcaicas, que están impidiendo el desarrollo de la productividad campesina.» Mamdani no rechaza la propiedad del pequeño campesino en favor de la propiedad social o estatal de la tierra, ni tampoco rechaza las llamadas fuerzas de mercado en favor de la «planificación centralizada» burocrática. Pero nos insta a determinar los mercados que deben ser utilizados o creados: mercados para la exportación internacional, en primer lugar, *o* mercados para bienes de consumo masivos, destinados principalmente a los consumidores nacionales y basados en los recursos nacionales en primer lugar. La elección entre los mercados que hay que alentar o crear es una elección *política,* con efectos de gran alcance para el desarrollo a largo plazo. La creación de mercados no puede confiarse a la «magia» de las fuerzas de mercado o a la mano demasiado visible de la economía internacional. En un continente donde la gran mayoría de la población está compuesta por pequeños arrendatarios de tierras agrícolas y donde el hambre todavía es general, el perfeccionamiento de las fuerzas productivas en la agricultura debe tener prioridad. Mamdani es consciente del fracaso de los esfuerzos orientados hacia el socialismo para mejorar la producción agrícola en Africa y en otras partes, y reconoce los incentivos para el desarrollo de las fuerzas productivas que aportan los mercados nacionales de productos agrícolas, y los efectos vinculantes y multiplicadores, que pueden mejorar otra producción importante apoyada en la agricultura, dentro de dicha economía de mercado nacional.

¿Acaso las propuestas de Mamdani para reformar las estructuras arcaicas que limitan el desarrollo de la productividad campesina conducirán al socialismo? En vista del carácter emblemático y no analítico del término «socialismo», tal como se utiliza en Africa y en otros contextos, quizás debiéramos reelaborar la pregunta: ¿Quieren las propuestas de Mamdani ayudar a resolver las contradicciones inherentes al modo de producción africano, creadas por el colonialismo y el neocolonialismo, así como por los «colonialistas internos», convertidos tras la independencia en burocracias y cleptocracias estatales? ¿Quieren sus propuestas desencadenar el crecimiento de estas fuerzas productivas, que son las más importantes para superar el subdesarrollo, es decir, las que aseguren que las naciones africanas puedan alimentar a sus propias poblaciones y, como pudiera ser el caso, a las poblaciones de vecinos menos afortunados? Creo que sí, pero el resultado no será el «socialismo».

En este artículo, es más importante la cuestión que se acaba de plantear que la propia respuesta. La pregunta, tal como ha sido reelaborada, está formulada en función del discurso socialista. Mi respuesta provisional sugiere que una realización de la propuesta de Mamdani, tal como ha sido formulada por el socialista Mamdani dentro de este discurso socialista, no dará lugar en Africa al socialismo en su sentido clásico. Se debe dejar que Africa resuelva sus propios problemas y contradicciones, definidos a su manera, en vez de obligarla a realizar un sueño europeo.

Por supuesto, Uganda es un caso más bien especial en Africa, aunque no totalmente atípico. El fracaso en Uganda del «proyecto de la burguesía nacional» para aumentar la producción y el desarrollo de las fuerzas productivas no nos obliga a creer que toda burguesía nacional que surja en Africa está necesariamente destinada al fracaso. Un africanista y politólogo de renombre internacional, el sueco Göran Hydén, ha sido uno de los que más firmemente han argumentado que Africa es inacapaz de desarrollarse, a menos que pase por una fase capitalista dominada por una burguesía nacional. *No Shortcuts to Progress* (No hay atajos hacia el progreso) fue el título del libro más reciente de Hydén, y en él asegura que su criterio está próximo al materialismo histórico marxista «ortodoxo» [15].

En el *Manifiesto Comunista* de 1848, Marx y Engels rindieron un tributo elocuente y notorio a los logros del capitalismo temprano en la promoción del desarrollo de las fuerzas productivas:

> Durante su gobierno de unos cien años escasos, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y más colosales que todas las generaciones precedentes juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza al hombre, las maquinarias, la aplicación de la química en la industria y la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, el desbrozo de continentes enteros para el cultivo, la canalización de los ríos, poblaciones enteras obligadas a levantarse del suelo... ¿Qué siglo anterior ha tenido siquiera el presentimiento de que dichas fuerzas productivas dormitaban en el seno del trabajo social?

[15] Göran Hydén (1983), *No Shortcuts to Progress. African Development Manegement in Perspective,* Londres: Heinemann.

La amplitud de miras de Marx y Engels, como analistas sociohistóricos, se nota en que no sólo reconocieron el «colosal» crecimiento de las fuerzas productivas bajo el capitalismo, sino que tomaron en cuenta simultáneamente el amplio contexto de explotación y miseria que caracterizaba también al capitalismo, antes del surgimiento de las organizaciones sindicales organizadas, el sufragio universal y la democracia política.

Göran Hydén fue fiel a estas ideas del materialismo histórico en su libro. También reconoció la explotación y la miseria asociadas al capitalismo temprano y el posterior surgimiento de una lucha de clases para combatir dicha miseria. Pero dio a entender que ni siquiera en Africa hay «atajos» que puedan seguirse para la creación de una burguesía nacional y de una lucha de clases. En su libro sostuvo que sólo una burguesía nacional genuina puede dar lugar a un aumento del desarrollo de las fuerzas productivas que resulte suficiente para superar el subdesarrollo.

Se crea o no en la viabilidad, el deseo o la necesidad del «proyecto de la burguesía nacional» para superar el subdesarrollo, el libro de Göran Hydén ha contribuido a incluir una cuestión muy importante en la agenda de la investigación africanista: ¿En qué condiciones históricas y sociales tiene probabilidades de triunfar el «proyecto de la burguesía nacional» en Africa y en qué otras fracasará como en la Uganda actual? Dentro de este contexto, los países que revisten un interés particular son Kenia y, quizás, Costa de Marfil.

Por los recientes debates en un seminario sobre «Contradicciones, dilemas y aperturas en el estudio del desarrollo africano», celebrado la primera semana de julio de 1989, en Nairobi, donde participaron tanto Göran Hydén como Samir Amin, pareció que ahora Hydén se muestra un poco más escéptico que antes en cuanto a la validez de su tesis principal referente a la burguesía nacional en *No Shortcuts to Progress,* y es capaz de reconocer el papel de los «atajos» en la historia. También sugirió que el tipo de «desvinculación por proyecto», propuesta por Samir Amin, como vía de superación del subdesarrollo, puede ser sustituido en algunos países africanos pobres y periféricos por una «desvinculación por omisión», y dejó pendiente la cuestión de si dicha desvinculación por omisión podría ser una «oportunidad dorada» para otro desarrollo o resultaría el paso previo al desastre.

La propuesta de Mamdani en favor de una economía de mercado agrícola reformada y orientada hacia el interior, basada fundamentalmente en la propiedad de la tierra en manos de los pequeños campesinos, como base para un proceso acumulativo de «otro desarrollo», que eventualmente generaría efectos vinculantes y multiplicadores con una producción no agrícola, pero basada en los recursos, tanto para los mercados nacionales como extranjeros, implica cierta cantidad de desvinculación inicial, ya sea por proyecto o por omisión. Parecería que ésta es la dirección en la que un número de analistas perceptivos y capaces de la actualidad están buscando una renovación de los esfuerzos de desarrollo africanos. Sin embargo, hay que hacer frente a algunas contradicciones con el fin de seguir esta línea de análisis y para conducir las políticas basadas en dicho análisis. Las contradicciones en el significado de la democracia y en el papel del Estado en Africa, en sus relaciones con las esferas cívicas y privadas, deberían ser el centro de dicho discurso socialista sobre el desarrollo africano, con la debida consideración de las variaciones en los diferentes países de este continente.

OBSERVACIONES FINALES

De manera deliberada, este artículo ha centrado su atención fundamentalmente en diversos tipos de problemas, contradicciones y desafíos, en vez de hacerlo en los tipos de soluciones a dichos problemas. A menudo, en la arena política se sugieren y se defienden soluciones mientras se olvidan y se ignoran los problemas que hay que resolver en primer lugar. Mientras la retórica de las soluciones competitivas domina el debate político, los problemas y las contradicciones subyacentes pueden haber cambiado de manera tan significativa que las soluciones defendidas se han tornado irrelevantes y obsoletas para cualquier otro fin que no sea el retórico.

Habiendo centrado la atención en diversos tipos de problemas y desafíos en la parte principal del artículo, en estas observaciones finales me gustaría perfilar el tipo de solución necesario para hacer frente a estos desafíos, pero, por supuesto, solo de una manera muy general.

Lo que me gustaría sugerir es una definición parcial y normativa del tipo de socialismo que necesitamos hoy y mañana. El socialismo contemporáneo debe ser un tipo de política reconciliada con algunos aspectos satisfactorios de una economía de mercado competitiva, regulada anticíclicamente, mientras que, al mismo tiempo, tiene conciencia crítica de sus limitaciones, como se dijo antes, es decir, en relación con los efectos de la econo-

mía de mercado sobre la desigualdad, sus efectos externos e imperfecciones endógenas; y los socialistas deben participar directamente en los intentos de sustituir las fuerzas de mercado con intervenciones públicas y cooperativas en estos puntos débiles de la economía de mercado [16]. En vista de que se han hallado diferentes puntos débiles en países diferentes, el perfil del socialismo debe variar también de un país a otro.

En esencia, éste es el tipo de proyecto en el que la socialdemocracia escandinava ha estado embarcada durante casi medio siglo. Sin embargo, con el fin de merecer la etiqueta honorífica de «socialismo», no la desprestigiada, este proyecto socialdemócrata debe poner mayor énfasis en los tres puntos siguientes.

En primer lugar, debe tomar con mayor seriedad las cuestiones de la *ética socialista,* con total respeto por la dignidad humana individual y los derechos humanos —no sólo respecto a los tradicionales valores socialistas de la solidaridad— y por los esfuerzos colectivos para resolver problemas colectivos. Deben encontrarse las vías para promover y perfeccionar esta clase de ética en todos los niveles de la sociedad.

En segundo lugar, si bien hay que mantener inevitablemente la *burocracia del sector público* para reemplazar o suplir al mercado competitivo en sectores donde las limitaciones de las fuerzas de mercado son evidentes, los socialistas deben encontrar las vías para suprimir las principales *imperfecciones humanas y económicas de dicha burocracia.*

En tercer lugar, el proyecto socialista debe hacerse mucho más *internacional* no sólo en la retórica, sino también en la práctica. En ningún caso el socialismo puede ser compatible con el capitalismo desenfrenado, nacional o internacional, pero sí puede coexistir con capitalistas cuyas actividades económicas estén reguladas por parámetros de costes sociales y ecológicos, modeladores del mercado, acordados internacionalmente. Dicho «entorno posibilitador» para hacer frente a los desafíos del crecimiento sostenido, con interés ecológico y distributivo, *debe ser acordado a nivel internacional,* puesto que los parámetros de costes establecidos en cada país harán que el capital orientado hacia el mercado se traslade de entornos nacionales más costosos a otros menos costosos.

La respuesta a los cinco desafíos antes mencionados en este artículo y las puntualizaciones hechas en estas observaciones finales, a la vez que permite conservar la economía de mercado para el tipo de operaciones que puede manejar, constituye una línea de acción más efectiva para la solución de los problemas diagnosticados dentro de un discurso socialista que cualquier nacionalización de los medios de producción exclusivamente.

En efecto, la flexibilidad del capitalismo y su capacidad para adaptarse incluso a condiciones y parámetros algo restrictivos, en tanto son los mismos en el ámbito internacional para todos los competidores, es una ventaja considerable para lograr una combinación viable de economía de mercado e intervenciones políticas internacionales, guiada por valores ecológicos y socialistas. También los capitalistas y empresarios progresistas están adquiriendo conciencia de las ventajas potenciales de dicho orden económico internacionalizado, puesto que puede generar el tipo de estabilidad y capacidad de pronóstico que es tan importante para la planificación empresarial, la gestión económica y la innovación técnica.

Un aspecto importante de la orientación internacional, que se exige en la práctica socialista, actual y futura, de los países del Norte concierne a sus relaciones con el llamado Sur, es decir, con los países del Tercer Mundo en Africa y en otras partes. Africa y Latinoamérica son particularmente importantes, si se tiene en cuenta que Asia está actuando bastante bien ahora por lo que respecta al crecimiento económico. Otros países del Tercer Mundo necesitan un mayor apoyo analítico, debidamente informado, de los socialistas occidentales en su batalla contra los esquemas excesivamente generalizados, a menudo ignorantes, del llamado ajuste estructural y de la recuperación, impuestos por el FMI/BM sobre los países deudores del Tercer Mundo. Estos esquemas exigen «ajustes», pero ellos mismos no se ajustan a las variables condiciones que se encuentran en los diferentes países del Tercer Mundo.

Por desgracia, hay efectivamente un número de economistas neoclásicos, con una incapacidad adquirida para reconocer cualquier cosa que no sean sus modelos económicos abstractos y limitados, que están afiliados a partidos socialistas y socialdemócratas y que sirven como correas de transmi-

[16] En efecto, la supervivencia de la economía de mercado depende de dichas intervenciones, puesto que, por su propia lógica, un mercado totalmente descontrolado es un mecanismo autodestructivo. Por tanto, paradójicamente, es probable que los defensores neoliberales de las fuerzas de mercado puras y descontroladas se conviertan en los destructores de las economías de mercado.

sión para el dogma del FMI/BM. Cambiar esta hegemonía neoclásica en la economía es no sólo una cuestión de interés académico, sino algo crucialmente importante para los esfuerzos socialistas por sacar a los países del Tercer Mundo de las garras de la crisis deudora, de modo que puedan comenzar a desarrollar sus propios proyectos, en vez de gastar la mayor parte de su dinero en pagar tipos de interés y deudas a los bancos occidentales.

ESTALINISMO: ¿DESPUES QUE?

Andrzej Werblan

Este artículo representa una contribución a la cuestión del futuro del socialismo en los países del «socialismo real» y, más precisamente, en Polonia. El propio término «socialismo real» es impreciso y es objeto de grandes controversias. Fue introducido en el lenguaje político por Mijail Suslov en la época de las disputas con los eurocomunistas. Fue para comparar la visión del socialismo de estos últimos, o el modelo de socialismo que ellos postulaban —que según el criterio de Suslov era utópico e irreal—, con el socialismo existente o real. A pesar de su falta de precisión, el término prendió y está siendo empleado tanto en el lenguaje popular como en el más académico, aunque no en el sentido exacto en que lo acuñó Suslov. Se emplea sencillamente para describir al grupo de países que han abrazado sistemas políticos y socioeconómicos afines al sistema soviético. Para precisarlo más, los sistemas de estos países fueron en un tiempo prácticamente idénticos al sistema soviético, puesto que evolucionaron bajo la guía política e ideológica de la URSS. En la actualidad, ya existen considerables diferencias entre los distintos países de este grupo, aunque todavía tienen un parentesco en los temas fundamentales. Este grupo abarca primeramente a la URSS, los países socialistas europeos y Mongolia. En cambio, China, Corea, Vietnam, Laos y Camboya, así como Cuba, incluso con las innumerables similitudes con los países antes mencionados, se han conformado en un conjunto diferente de circunstancias y están marcados por otros rasgos específicos. Por eso, incluso las notables analogías ocasionales entre los procesos de desarrollo de China y la Unión Soviética deben ser analizadas con bastante cuidado.

Todavía menos claro está el término «futuro del socialismo». ¿Se está hablando de la idea del socialismo o del movimiento político que lucha por su materialización, o de un sistema socialista? El socialismo en sí mismo fue y continúa siendo entendido de varias maneras por diferentes corrientes del movimiento obrero, para no hablar de los movimientos de liberación nacional que declaran su lealtad al socialismo. Pero aquí no es posible ni necesario un análisis de la cuestión, tan importante por otra parte, de la definición del socialismo. Pienso que la declaración del autor bastará. Cuando hablo de socialismo del futuro no identifico este término con una visión comunista o socialista de un nuevo sistema. Tengo en mente varias ideas y postulados comunes a todas las corrientes del movimiento obrero, es decir, la creencia de que la justicia social no debe tener propietario, sino que el trabajo se convierta en la base de la participación del hombre en la riqueza nacional, que, por esta razón, la propiedad colectiva sobre los medios de producción merece apoyo, que la eliminación de la explotación del hombre por el hombre es la condición necesaria para la libertad y el desarrollo de cada individuo, que la sociedad debe asegurar a cada individuo igua-

les oportunidades de desarrollo, trabajo, educación, participación en la vida colectiva y en las decisiones que acarreen consecuencias públicas.

Me gustaría hacer mis consideraciones sobre todo respecto a las realidades polacas. Sin embargo, una referencia a la experiencia de otros países, sobre todo de la Unión Soviética, parecerá inevitable. El sistema del socialismo real en la URSS, al igual que en China y en algunos otros países, ha evolucionado única o principalmente mediante un proceso social interno y sobre la base de las propias fuerzas sociales; no fue importado del exterior, por tanto es primario, más puro, se podría decir que es clásico por naturaleza.

Daría una respuesta positiva a la cuestión de si los países del socialismo real son realmente socialistas. En esta cuestión, comparto el criterio y los argumentos avanzados por Adam Schaff, quien, manteniendo las tradiciones marxistas, afirma que el carácter de un sistema está definido por las relaciones de propiedad (A. Schaff, 1983). La eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción y su sustitución por la propiedad pública, en este caso la propiedad estatal, califica a los países donde ha tenido lugar semejante cambio como países socialistas, al menos en el sentido más estricto de la palabra. Son socialistas con independencia de la medida en que otros elementos de la vida social se aparten de los ideales socialistas. Este es un socialismo imperfecto, defectuoso, incluso repulsivo.

Dichos países no pueden tampoco rechazar una etiqueta socialista debido a las relaciones económicas y, en cierta medida, tampoco por las relaciones sociales y políticas que los conforman; soportan un vínculo genético con las ideas proclamadas por Marx y, de manera más amplia, por los socialistas europeos del siglo XIX, en general. Volveremos a este vínculo en una fase posterior, pero por el momento deberíamos observar al menos que las relaciones sociales y económicas que conforman los países del socialismo real, en particular, la sustitución de la propiedad privada sobre los medios de producción por la propiedad estatal, realmente no representan la única, y menos aún una consistente, materialización posible de la idea de Marx. Se puede argumentar acerca de la legitimidad de esta herencia, pero no se puede cuestionar este vínculo genético con el marxismo.

Esta variedad o, si se prefiere, este modelo de socialismo se encuentra desde hace bastante tiempo en un estado de profunda crisis. Ha contado con la oposición firme de amplias masas y, al mismo tiempo, los partidos comunistas gobernantes han demostrado ser notoriamente incapaces de tratar la situación y los problemas. La *perestroika* en la Unión Soviética y otras tendencias reformistas representan un intento de manejar la crisis, de superarla mediante la adaptación y el desbloqueo. Sería prematuro valorar aquí las oportunidades, aun cuando el resultado contiene parte de la respuesta acerca del futuro del socialismo dentro de este grupo de países. Antes de intentar esbozar una hipótesis concerniente a esta cuestión, tenemos que considerar primero varias cuestiones históricas, cómo la historia de los países del socialismo real hasta la fecha definirá fundamentalmente su futuro, delineará el campo dentro del cual se desarrollará el juego del mañana. Se plantean aquí dos cuestiones. ¿Qué clase de revolución tenemos en estos países, qué fuerzas sociales definen su contorno y aseguran la victoria?, sería la primera pregunta. La segunda es: ¿Por qué el desarrollo posrevolucionario de estos países cae en el estancamiento económico y el despotismo político? Esta es una pregunta relativa a los orígenes y la naturaleza del estalinismo.

I. EL CARACTER DE LA REVOLUCION EN LOS PAISES DEL SOCIALISMO REAL

«Las revoluciones sociales han sido hechos raros, pero trascendentales, en la historia moderna del mundo. Desde la Francia de 1870 al Vietnam de mediados del siglo XX, estas revoluciones han transformado las organizaciones estatales, las estructuras de clase y las ideologías predominantes. Han dado lugar al nacimiento de naciones cuyo poder y autonomía sobrepasaron considerablemente sus propias participaciones prerrevolucionarias y aventajaron a otros países en circunstancias similares... En algunos casos, las revoluciones sociales han dado lugar a modelos e ideales de enorme impacto y atractivo internacional, especialmente donde las sociedades transformadas han sido importantes en extensión y geopolíticamente, Grandes Poderes reales o potenciales» (Th. Skocpol, 1979).

Las revoluciones por las cuales evolucionaron los países del socialismo real fueron sociales y políticas por naturaleza, al resultar en una transformación fundamental, explosiva, de las estructuras sociales, estatales y clasistas. En este sentido, difieren de las revoluciones puramente políticas, que sólo cambian la estructura estatal, y de las rebeliones que, aun involucrando a amplias masas y derribando a las élites gobernantes, no producen cambios estructurales. En algunos países socialis-

tas, las revoluciones han sido victoriosas únicamente, o en lo fundamental, debido al apoyo que obtuvieron de las masas populares en sus países. Dentro del contexto europeo, esto es particularmente cierto con respecto a la revolución rusa, pero también respecto a la revolución yugoslava. Fuera de Europa, esto es cierto con respecto a las revoluciones en China, Cuba y Vietnam. En otros países, incluyendo Polonia, el factor geopolítico, en forma de intervención directa y apoyo indirecto por parte de la URSS, desempeñó un papel importante, a menudo decisivo. Se podría hablar aquí de revolución exportada. Esto no quiere decir que las transformaciones que tuvieron lugar en dichos países se vieron privadas de una base social nativa. La historia ha conocido muchas ocasiones en que las revoluciones «importadas» han «echado raíces», estableciendo su propia base firme. Por ejemplo, las ideas y las instituciones traídas por los ejércitos napoleónicos desde la Francia revolucionaria fueron abrazadas por los *duchy* polacos de Varsovia y en el norte de Italia, mientras que fueron rechazadas en España y en Alemania.

Las revoluciones socialistas del siglo XX han triunfado hasta ahora principalmente en países rurales, económicamente subdesarrollados, con fuertes vestigios de feudalismo. Un rasgo distintivo de las estructuras sociales en estos países fue la inmensa superpoblación rural. Esta cuestión ha sido estudiada en detalle en Polonia, donde en la década de 1930 la superpoblación rural fue estimada entre cinco y ocho millones de personas, o el 14-23 por 100 de toda la población. La superpoblación agraria fue también con mucho una característica de la zona europea de la Rusia zarista a principios del siglo XX, aunque fue enmascarada por la gran propiedad común *(obshchine)* sobre la tierra. Historiadores económicos estiman que la mitad de la población campesina de Rusia era incapaz de ganarse el sustento con sus granjas. Los intentos realizados por Piotr Stolypin para aliviar la situación, disolver la *obshchine* y colonizar Siberia resultaron un fracaso (L. Bazylov, 1972).

La superpoblación agraria trae consigo una situación en la cual una parte considerable de la población campesina no tiene tierras, empleo ni medios de subsistencia en la zona rural. Las reformas agrarias que reparten los grandes patrimonios de haciendas sólo pueden aliviar el problema, pero no resolverlo. Por ejemplo, la reforma agraria de 1944-1945 en Polonia aportó tierra de las grandes haciendas divididas en parcelas sólo suficiente para una pequeña parte del gran número de pequeños campesinos y campesinos sin tierras, que aun así recibieron un máximo de 5 a 6 hectáreas de tierras estériles y granjas subdesarrolladas. Debido a la superpoblación agraria, millones de personas de las zonas rurales vivían en una pobreza horrible, sin trabajo regular, sin dinero, fuera del ámbito general de la cultura, en un estado vegetativo semianimal, sin ninguna perspectiva para el futuro.

Las razones de por qué la superpoblación agraria, común a lo largo del proceso de desarrollo capitalista, fue tan particularmente desenfrenada en ciertos países de Europa durante los siglos XIX y XX, y recientemente también en el Tercer Mundo, exigirían un análisis aparte. Ahora pasaré por alto esta cuestión, limitándome a señalar sus graves consecuencias de largo alcance. Un excedente de trabajo barato, no cualificado, fue el instrumento para petrificar las relaciones feudales persistentes en la zona rural y para retardar la modernización y el crecimiento de la industria en las zonas urbanas. La pobreza y el atraso condujeron a estructuras estatales débiles y ayudaron a reforzar las estructuras políticas obsoletas. Los factores que alimentaron las revoluciones rusa, china y otras similares fueron inherentes a la propia textura social, sobre todo fuera del área del conflicto clasista entre proletariado y burguesía, aun cuando la ideología socialista de este conflicto, formulada sobre mediados del siglo XIX en los principales países industrializados de Europa occidental, ofreció la señal de guía política y moral para estas revoluciones, en tanto que el movimiento obrero aportaba las élites de organización, propaganda y dirección.

La Primera Guerra Mundial provocó en Rusia la fusión de varios elementos que podían desembocar en una revolución victoriosa: el debilitamiento y el compromiso en que se encontraba el Estado por los reveses militares; el reclutamiento y el armamento de millones de campesinos empobrecidos; la existencia de pequeñas élites políticas de izquierda, reclutadas entre los intelectuales y los trabajadores ilustrados, moralmente motivadas por la oposición humanista a las injusticias perpetradas contra el pueblo, así como por el deseo patriótico de levantar a su país de la decadencia. La fusión de estos elementos invistió a la revolución rusa de una fuerza inmensa. Estos elementos pasarían a primer plano también en las posteriores revoluciones sociales de otros Estados agrarios. En la parte occidental de Europa, donde las estructuras económicas, sociales y de clase estaban mucho mejor preparadas para llevar a cabo las ideas socialistas marxistas, no hubo nin-

guna revolución o éstas no llegaron a la masa crítica, aun cuando, como en el caso de Alemania en 1918, también había elementos adicionales que conducían al éxito, como fueron el debilitamiento del Estado y la desesperación de millones de soldados. La experiencia actual parece indicar que el conflicto de clase entre el proletariado y la burguesía en sí mismo no fue suficiente para motivar con fuerza suficiente a las masas para una revolución socialista, aun cuando la ideología de dicha revolución pretendiera tener sus raíces en este conflicto.

II. ORIGEN Y NATURALEZA DEL ESTALINISMO

Por tanto, una estructura social atrasada y el bajo nivel de desarrollo económico desempeñaron un papel muy sustancial en las revoluciones que aquí se debaten. Hace tiempo que este elemento fue puesto de relieve por Adam Schaff, quien lo concibió como un obstáculo, por no decir como una contraindicación para la revolución socialista (A. Schaff, 1982). Si bien concuerdo con Schaff en que la atrasada estructura económica y social de los países del socialismo real, su «inmadurez» en lo que concierne al socialismo en el sentido marxista, fueron las causas principales que estaban tras los resultados finales poco menos que satisfactorios, tomaré una perspectiva diferente del impacto que este atraso ejerció sobre la propia forma de la revolución y sus consecuencias. El atraso y sus consecuencias sociales han demostrado ser un poderoso impulso y una fuerza motivadora de la revolución. En los países no atrasados, o bien la revolución no ha estallado del todo o no ha tenido oportunidad de triunfar. En los países atrasados, por otra parte, semejante estallido era, en realidad, inevitable y la victoria fue relativamente fácil y cierta. Por desgracia, de la misma manera resultó inevitable el hecho de la evolución de estos Estados posrevolucionarios en dirección a la dictadura totalitarista de izquierda, al estilo del estalinismo, el maoísmo y otros ismos.

El estalinismo, como fenómeno social, puede definirse, al menos, de dos formas: una más estrecha y otra más amplia. Hasta hace poco, los autores comunistas aplicaban este término para describir las formas excesivas de gobierno despótico y represivo, características de la URSS entre 1930 y 1953, vinculadas directamente con Stalin, el hombre. Lo que Nikita S. Jruschov criticó y condenó fue el estalinismo definido de esta manera. Hoy día, prevalece una definición más amplia del estalinismo, calificándolo como dictadura totalitaria en el área política, vinculada integralmente con una economía de mando, centralizada, subordinada por completo al Estado. En mi opinión, la segunda definición del estalinismo, aunque probablemente aún sea incompleta, es más adecuada y se empleará en adelante en este artículo.

El estalinismo fue el producto final de la evolución de la dictadura impuesta por las masas rebeldes y armadas, organizadas por un partido revolucionario. Fue una criatura degenerada, aunque históricamente legítima. La evolución de la dictadura revolucionaria del pueblo en una dirección despótica y autócrata puede ser considerada más bien típica que excepcional, particularmente cuando la revolución es, sobre todo, de carácter social y hace surgir a la superficie de la vida política a grandes masas del pueblo ausentes hasta entonces de esa vida.

La naturaleza de la revolución y los sistemas posrevolucionarios no se decide por las consignas ideológicas de los partidos políticos, ni mucho menos por las teorías científicas, bajo cuyo impacto fueran acuñadas dichas consignas. La naturaleza de la revolución es decidida por las masas sociales, que garantizan su victoria, decidida por los intereses reales e imaginarios de estas masas, sus auténticas rivindicaciones y también —sobre todo en la fase inicial— por sus ideas utópicas y sus ilusiones.

Las revoluciones rusa y china, aun cuando fueron llevadas a cabo bajo la bandera ideológica del socialismo marxista y pretendieran llevar adelante los intereses del proletariado, fueron, en realidad, revoluciones campesinas o, más precisamente, revoluciones del segmento más pobre del campesinado. La base social para estas revoluciones fue aportada por el tipo de campesinado que no veía su futuro en la agricultura, que habían sido atraídos a las ciudades y a la industria, pero que estaban aterrorizados por el capitalismo y disgustados con él, en particular con la única forma en que lo conocían: primitivo y depredador, sin ninguna clemencia hacia el pobre y el desvalido.

En vista de la base social de la revolución, varias de las «eternas» demandas e ideas arcaicas campesinas fueron trasladadas a la primera fila de la vida política, articulándose con gran fuerza. La principal de ellas fue el igualitarismo percibido como justicia social distributiva, junto con el paternalismo, reflejado en la convicción de que la propiedad y la distribución de las fuerzas productivas daban lugar a la obligación de alimentar y vestir al pueblo, al igual que el derecho a administrar su trabajo. El único cambio aquí fue que

esta obligación y este derecho habían sido delegados ahora en el nuevo Estado «propio», revolucionario. La omnipotencia del Estado en la economía no se consideró algo malo, sino todo lo contrario, fue visto como necesaria y deseable. La «mano invisible del mercado» fue concebida por estos expatriados rurales como una fuerza extraña y amenazante, que concedía una posición privilegiada al rico y destruía al pobre y, para empeorar las cosas, anónima, contra la cual ninguna fuerza ni oración podían ayudar.

En realidad, estas propensiones al estatismo popular y las ilusiones populistas correspondían, al menos, con dos ideas de la visión marxista del socialismo. En primer lugar, está la esperanza de que la revolución pondría en manos del Estado la propiedad sobre los medios de producción y, en segundo lugar, la demanda de sustituir el mercado y la producción de artículos de consumo, como fuentes de alienación, por la planificación directa de la producción en términos sustantivos, con el tipo de asignación de productos que excluyese el mercado. Esto conjugó los temores del pueblo trabajador más pobre, motivados por una sensación de debilidad y amenaza por parte de la competencia de mercado, con la protesta de los intelectuales europeos de izquierda, arraigada en consideraciones morales, contra los efectos alienantes y diferenciadores del mecanismo económico del mercado espontáneo. La mejor prueba de la profundidad de esta aversión contra la economía de mercado por parte de las fuerzas de izquierda es el ejemplo de Oskar Lange, un prominente economista y agudo crítico de la idiosincracia que implica el modelo de dirección de la economía practicado en los países socialistas. No obstante, hasta su último aliento (murió en 1965), Lange mantuvo la esperanza de que la sustitución del mecanismo de mercado espontáneo por un cálculo econométrico sería factible y socialmente deseable. Fijaba sus esperanzas en el ordenador y lo reflejó en el último artículo de su vida, bajo el expresivo título de «La máquina de calcular y el mercado».

Leszek Nowak, un sociólogo polaco contemporáneo, observó otro factor que conducía hacia la evolución de las estructuras estatales posrevolucionarias en una dirección autoritaria y totalitarista. Nowak señaló: «Revolución significa tener a las masas sometidas a relaciones de subordinación a los gobernantes. Estas relaciones son las de la persecución, pero también los marcos dentro de los cuales tiene lugar la vida social cotidiana: producción, organización, comunicación. La victoria de la revolución conduce al desgaste gradual de la estructura del intercambio social... Pero existe una solución: la recreación de la autoridad...» Los fervientes heraldos de la libertad pierden gradualmente su influencia sobre las masas aterrorizadas, cansadas del caos, para tornarse menos elocuentes, pero convertirse en «funcionarios» más eficaces, para quienes la multiplicación del poder es un fin en sí mismo. Ganan la delantera, porque al menos salvan cierta apariencia de orden social. Mientras mayor sea la «anarquía delirante» al principio de la revolución, más profunda será la opresión burocrática en su parte final. «La revolución victoriosa conduce primero a la anarquía, después al totalitarismo. No porque éste sea el designio diabólico de alguien..., como son los mecanismos de los procesos sociales en que participamos, pero que no podemos controlar» (L. Nowak, 1989).

En el sentido político e ideológico, el estalinismo representó el despotismo totalitario posrevolucionario, una dictadura revolucionaria degenerada. En este sentido, no existen diferencias fundamentales entre el robespierrismo y el estalinismo. Esto ya fue observado por Isaak Deutscher (I. Deutscher, 1974). Por supuesto, existen diferencias sustanciales en la escala del fenómeno, en el número de víctimas que demandó el reino del terror, en el objetivo de la burocratización, en la intensidad del impacto externo. Stalin cometió desvaríos durante varias décadas, mientras que Robespierre lo hizo durante menos de dos años. Al igual que el robespierrismo fue reprimido por otras formas de dictadura posrevolucionaria, por el thermidorismo y el bonapartismo, también el estalinismo fue sustituido por formas más moderadas de dictadura burocrática neoestalinistas. Sin embargo, no suavizaron las contradicciones del sistema, sino que las agravaron y profundizaron la crisis.

La autocracia posrevolucionaria no se desarrolló debido a un descuido en la teoría o al capricho de un individuo demoníaco. La forjaron causas muy fundamentales y fuerzas poderosas. Tuvo varios progenitores: las ilusiones populistas y estatistas de las masas oprimidas y expropiadas, se podría decir que la verdadera gran fe de nuestro siglo; las jóvenes y nuevas élites políticas burocráticas —primitivas y brutales, escasamente capaces de tratar la inmensidad de problemas y, por tanto, susceptibles ante las tentaciones de omnipotencia y arbitrariedad—; la necesidad, percibida objetivamente por la sociedad, de obtener una presa en el caos y la confusión, para atravesar la grave crisis. Desde aquí hay sólo un pequeño paso hasta las persecuciones colectivas, las represiones masivas (R. Girard, 1982) y el despotismo totalitario. Se podría decir que el surgimiento de dicho

despotismo y su éxito eran tan probables, dadas las circunstancias sociales, que resultaban inevitables, aún más, porque junto con la opresión y la persecución, junto con la idolatría a los líderes y el extremado dogmatismo, el estalinismo produjo transformaciones sociales durante un período y, en cierto grado, percibidas generalmente como progresistas. En la fase primaria, esto le aseguró el apoyo social en el país y mucha simpatía en el mundo, particularmente en las comunidades de intelectuales.

III. EL BALANCE DEL SOCIALISMO REAL

Las revoluciones socialistas del siglo XX proclamaron varios objetivos generales: independencia nacional, modernización de la economía mediante la industrialización, modificación de la estructura social a través de la urbanización y la revolución educativa, garantizando una productividad y una eficiencia mayores en cuanto al rendimiento económico mediante un sistema de planificación, sacando al pueblo de la pobreza y practicando la justicia social de acuerdo con la norma de «a cada cual según su trabajo». Estos objetivos fueron muy atractivos para las masas, en particular para los estratos más pobres y las élites intelectuales. Gracias a la victoria de la revolución, algunos de estos objetivos se obtuvieron muy rápidamente y en una escala muy amplia. Rusia y China se convirtieron en potencias mundiales. Se logró una industrialización y urbanización sin precedentes. Como regla general, los estratos sociales más pobres mejoraron considerablemente su suerte a través de la migración rural a las ciudades, se aseguraron empleos en la industria o en oficinas, atención sanitaria gratuita y un amplio acceso a las escuelas. El trabajo no estaba bien remunerado, pero era regular y seguro, pudiendo hacerse, en circunstancias de tolerancia, con bajas cualificaciones y una productividad deficiente. El alojamiento era moderno, a menudo varias familias en un piso, pero los alquileres eran baratos. La asistencia sanitaria y la escolarización también dejaban algo que desear en cuanto a calidad, pero eran universales y gratuitas. La situación continuó mucho peor de lo que se esperaba y proclamaba, incluso peor que la accesible en los países capitalistas industrializados, ricos, pero todavía mejor que la situación precedente y que aún hoy puede encontrarse en las «villas miseria», los barrios bajos que crecen como hongos en los arrabales de las grandes metrópolis de los países capitalistas desarrollados.

En cuanto a otros objetivos, aquí los éxitos son menos impresionantes y evidentes. La tasa de crecimiento económico, inicialmente alta gracias al empleo del trabajo disponible y a las reservas de materias primas, comienza a descender con el tiempo, debido a la baja productividad unitaria y a la gestión económica burocrática. Los drásticos recortes y restricciones de la llamada «economía del racionamiento» (Janos Kornai, 1980) se hacen demasiado evidentes. La justicia social, puesta en práctica fundamentalmente en forma de paga igualitaria y una alta participación en los beneficios en especie y gratificaciones, junto con diversos tipos de privilegios asignados por decisión administrativa, condujo a una reducción considerable de la tradicional motivación para trabajar y elevar la cualificación, sin involucrar alguna motivación alternativa. El igualitarismo y las formas no mercantiles de trabajo remunerado demostraron ser aceptables durante algún tiempo para los estratos más pobres del pueblo trabajador, puesto que les ofrecían una notable sensación de seguridad social. Sin embargo, la situación del estrato de trabajadores más cualificados, de la *intelligentsia* y de los campesinos acomodados se deterioraba relativamente, yendo peor en algunos casos en términos absolutos, algo que se reflejaba negativamente en la producción y daba lugar a conflictos políticos. Dicho con otras palabras: los éxitos económicos y sociales del socialismo real y sus dificultades nacieron, en parte, de las mismas causas. Al principio, una economía extensiva permitió una rápida expansión industrial, pero el sistema conformado en estas condiciones, una vez que la economía alcanzaba un nivel algo mayor, demostraba claramente ser incapaz de resolver los problemas relativos a la eficiencia, el avance tecnológico y el equilibrio. A escala internacional, los países del socialismo real, cuyas economías eran atrasadas antes de la revolución, en cierto período —más o menos hasta mediados de los años sesenta— obtuvieron un crecimiento económico considerable y un avance en cuanto a civilización, en comparación con países capitalistas similares (por ejemplo, Rusia, Polonia, Bulgaria en oposición a Turquía o Grecia). Los logros de países que antes habían desarrollado industrias, por ejemplo, Checoslovaquia y la República Democrática Alemana, cuando se comparaban con Austria o la República Federal de Alemania, resultaban menos que magros.

Las oportunidades de crecimiento económico, liberadas por las revoluciones en los países del socialismo real, demostraron ser menores que las esperadas hace treinta años. En realidad, estaban

exhaustas después de haber compensado parte de los atrasos que se remontaban a la primera revolución industrial. Se manifestó una notable contradicción, cada vez más profunda, entre los logros sociales del nuevo sistema, buscando apoyo para él entre las masas, y la insuficiencia económica que emergía gradualmente a la superficie, presentando una barrera insuperable para satisfacer las nuevas aspiraciones sociales e, incluso, amenazando los niveles ya obtenidos en esta área. Las tensiones sociales dentro de este contexto han aumentado constantemente desde principios de la década de los años sesenta, y ahora han tomado las dimensiones de una verdadera crisis profunda.

El balance político y moral del socialismo real parece bastante malo, incluso realmente dramático. La revelación de la verdad concerniente a la inmensidad del terror estalinista, las hecatombes de las víctimas, el sojuzgamiento y la persecución de muchas naciones ha sido como un choque para las sociedades del socialismo real. Merece la pena observar el mecanismo de ese choque. Es más profundo y extendido en países como Polonia, donde el estalinismo fue impuesto desde el exterior, pero debido a esto fue menos poderoso y sólo afectó la superficie. La indignación moral es poco profunda y se reduce primordialmente a las comunidades intelectuales, donde el estalinismo tuvo un fuerte respaldo social en el pueblo. En la Unión Soviética, son Gorbachov y una fina capa de intelectuales los que están conmocionando y luchando desesperadamente contra los poderosos restos del estalinismo, presente no sólo en las élites, sino también en la conciencia y en la conducta de las masas.

De conformidad con la ley descubierta por la antropología moderna, la conciencia social se desembaraza rápidamente de la verdad acerca de la naturaleza colectiva de las persecuciones totalitarias, algo tan ruidosamente confirmado por las fuentes y los escritos de ciertos disidentes soviéticos (A. Zinoviev, 1980). Las sociedades se desprenden de su sentido de culpabilidad colectiva concentrando dicha culpa en individuos específicos, en organizaciones y en la propia idea que pudiera haber servido como trampolín y cortina de humo para acciones criminales. Por tanto, el choque de la desestalinización reivindicó como a su víctima no sólo al estalinismo, una forma diabólica y degenerada de socialismo, sino más bien al socialismo como tal. Así, queda garantizada la cuestión de si el socialismo, en los países socialistas, será capaz de sobrevivir a este choque, si el vendaval provocado por el estalinismo resulta no ser fatal. La respuesta es incierta por ahora. La práctica, la vida misma, decidirán en este caso.

La cuestión del futuro del socialismo parece diferente en los países socialistas que en los países capitalistas. Allí es posible y necesario considerar la cuestión de una sociedad socialista futura y el modo de acceder a ella de la misma manera que se considera construir una vivienda nueva en un terreno totalmente vacío. En los países del socialismo real, la cuestión no concierne a la transformación de una sociedad capitalista en dirección socialista, sino más bien a encontrar una alternativa a un sistema social caricaturizado, comprometido, que dejó de ser capitalista hace mucho. No se puede construir un futuro sobre una negación absoluta del presente.

IV. OPORTUNIDADES DE SUPERVIVENCIA DEL SOCIALISMO EN LA BASE SOCIOECONOMICA

La oportunidad e, incluso, la notable probabilidad de que el socialismo sobreviva, aunque evidentemente de otra manera, en los países del socialismo real puede percibirse sobre todo en la esfera definida en la tradición marxista como la base socioeconómica. Examinemos esta cuestión más detalladamente.

La economía del socialismo real funciona muy mal. Durante años, las tasas de productividad y crecimiento han estado disminuyendo, las desproporciones se han acrecentado. Existe una inflación creciente, con una escasez paralela de muchos bienes en el mercado. El abismo tecnológico frente a los países capitalistas desarrollados es enorme. Para echar más leña al fuego, las economías del socialismo real han sido erosionadas por el cáncer de la autarquía, de la producción en baja escala, la cooperación internacional insignificante, el parroquialismo y el particularismo económico. La baja productividad y calidad del trabajo, combinadas con una acentuada expansión de las reivindicaciones sociales y una burocracia evidente, exacerban adicionalmente la situación. Como se informó en la prensa, Dobrica Cosic, el renombrado escritor serbio, habló hace poco amargamente de sus conciudadanos: «En este orden, la mayoría de los representantes de todas nuestras nacionalidades han tenido una vida mejor de la que merecían, si se considera su trabajo, sus habilidades y su honestidad... No podemos sobrevivir más de esta manera ni ser de la manera que somos».

La acumulación de estos fenómenos ha arrojado a Polonia en una crisis prolongada y muy pro-

funda, marcada no sólo por la reducción relativa, sino directamente absoluta, de la producción y del producto nacional. También han emergido elementos de crisis muy graves en las economías soviética y húngara, rumana y búlgara. Esto significa que las reformas lanzadas en los países del socialismo real para aligerar la coordinación burocrática de la economía y adaptarla a la coordinación de mercado (para emplear la terminología de Janos Kornai) sólo comporta un alivio temporal y, a veces, ninguno.

No me siento competente para explicar este estado de cosas. Los escritos de sobresalientes expertos en estas cuestiones parecen indicar que las causas son estructurales e institucionales. Kornai ha demostrado, creo que más allá de cualquier cuestión, que toda economía dominada por empresas que son propiedad del Estado y que son administradas por autoridades estatales tiene que ser una «economía del racionamiento», subordinada a objetivos no económicos y coordinada burocráticamente, empleando suaves restricciones presupuestarias, desplazando los costes de las pérdidas sobre las espaldas de la sociedad, etc. En sus últimos escritos, Kornai incluso expone sus dudas en cuanto a si las entidades económicas que constituyen propiedad pública pueden ser coordinadas efectivamente por el mecanismo de mercado en general.

No se sabe si estas entidades, ante una situación de mercado, reaccionarán del mismo modo que las compañías privadas y, de hecho, ¿por qué deben reaccionar de este modo? (J. Kornai, 1986). No creo que este dilema pueda resolverse por otra vía que no sea la práctica.

Incluso estos pocos comentarios fragmentarios indican que la economía es el punto más débil, el verdadero talón de Aquiles del socialismo real. Esto es cierto, pero, al mismo tiempo, es en esta economía donde se encuentran los elementos más perdurables de socialismo, menos propensos a la eliminación. Esto suena como una paradoja, pero es la verdad.

La parte del león de los activos productivos —en Polonia, más del 80 por 100 y en otros países socialistas, incluso más— está en manos públicas como propiedad colectiva. En la actualidad, asume en su mayoría la forma de propiedad estatal, sin «participaciones ajenas». Toda la economía puede ser considerada, en realidad, como una corporación única, administrada centralmente. Esto último parece ser la raíz de sus principales debilidades: estructura monopolizada, eliminación del mecanismo de mercado en el sentido funcional e informativo (el mercado también sirve como fuente específica de información, sin el cual la evaluación de la efectividad y la sensibilidad de una operación económica dada no puede ser más que ilusoria), burocratización, etc. (J. Staniszkis, 1988). Parece haber probabilidades totalmente factibles y realistas de transformar esta economía en una de tipo mixta, multisectorial, fundamentalmente a través de la apertura de la vía hacia el desarrollo de empresas locales y extranjeras privadas. En Polonia, dichas probabilidades son mucho más realistas tomando en consideración el predominio de la propiedad privada de granjas campesinas en la agricultura. Sin embargo, no se podría imaginar una reprivatización de la mayor parte o de todos los amplios activos nacionales fuera de la agricultura, en particular en la industria. No existe capital disponible, capaz de comprarlos; dicha transferencia no sería factible técnicamente y, además, conduciría a una increíble resistencia pública. Hasta ahora, al menos, dicha posibilidad no ha sido contemplada en los proyectos de reforma.

Me gustaría citar la opinión de un economista polaco contemporáneo sobre este tema:

«¿Cómo se deben valorar los intentos de introducir el mecanismo de mercado en la economía polaca? En mi opinión, en el área de la propiedad estatal, dicho mecanismo jamás funcionará correctamente. Puede producir efectos positivos sólo dentro del sector privado y en la línea de contacto entre el Estado y los sectores privados. La conclusión de esto es bastante sencilla: el avance político para introducir un mecanismo de mercado en la economía polaca ha de ir acompañado por un proceso de privatización. No obstante, la privatización de la industria polaca no es posible a corto ni a medio plazo. El incremento de la participación del sector privado en la industria hasta el 30 o el 40 por 100, haciendo posible el adecuado funcionamiento de un mecanismo de mercado, demandará entre diez y quince años a lo sumo. Los recursos de capital nacionales son modestos o no muy móviles. Por otra parte, el capital extranjero se negará a involucrarse, durante muchos años, de cualquier modo importante debido al estado de nuestra economía, particularmente en el área de la balanza de pagos» (P. Bozyk, 1989).

Los esquemas de reforma han sostenido también la idea de cambiar la propiedad colectiva «sin participaciones ajenas» en una propiedad pública, colectiva, «con participaciones ajenas», es decir, en propiedad municipal, cooperativa y de grupo (en esta última, el título de propiedad sería poseí-

do por la propia dirección de los empleados). Esto significaría mucho más que las ideas perseguidas hasta ahora, que se autolimitan a garantizar sólo una «autonomía» parcial a las empresas estatales, en tanto reservan los títulos de propiedad y varios derechos vinculados con ésta para el llamado «cuerpo promotor», que, en esencia, era de nuevo el gobierno. Parece que sin desmembrar los activos de producción públicos no será posible despolitizarlos, es decir, separar la dirección política del Estado de la dirección de la economía y la producción en sentido directo. Pero incluso las soluciones que van más allá en esta dirección resultan incapaces de cambiar el hecho de que la propiedad pública colectiva continuará predominando en la industria.

Además, otro elemento aún más importante del socialismo de antaño, casi irreversible, es toda la esfera de las cuestiones sociales. Todas las encuestas de opinión pública en Polonia han indicado claramente la persistencia entre una parte considerable del pueblo trabajador, sobre todo aunque no exclusivamente entre los trabajadores, de un síndrome populista-igualitario, desconfianza hacia la privatización, resistencia a una mayor diferenciación de ingresos en la sociedad, al juego de precios en el mercado, una marcada adhesión al empleo garantizado, a la legislación que impone severas restricciones a las direcciones empresariales en la asignación de trabajos, etc. En estas cuestiones, las actitudes de las masas son anticapitalistas y prosocialistas, aunque al mismo tiempo antieconómicas. Este dilema está en la raíz de la naturaleza débil de las políticas reformistas económicas en los países socialistas y de los *cracks* que aparecen en los movimientos reformistas. Además, estas disposiciones y tendencias, de las cuales se estima que en la encuesta «Los polacos de 1984-1985» abarcan del 40 al 50 por 100 de la población urbana, dieron lugar a posibilidades potenciales de una alianza en desarrollo entre la burocracia neoestalinista y un segmento significativo de las masas populares. Cualquier futuro modelo de relaciones socioeconómicas en Polonia, y pienso que también en otros países socialistas, ha de tener en cuenta estas preferencias del pueblo y, por tanto, ha de conservar elementos significativos del socialismo.

Semejantes actitudes de las masas, en particular de sus segmentos más pobres y económicamente más débiles, reflejan no sólo prejuicios y utopías populistas, sino también el sentido instintivo de los verdaderos intereses. Polonia es un país pobre, con un producto nacional bruto *per cápita* estimado en los 3.000 dólares (algunos economistas consideran que es aún más bajo, no más de 2.500 dólares), cinco o seis veces menos que en los Estados Unidos y cuatro veces menos que en la República Federal de Alemania. En un país semejante, en las condiciones de la «coordinación de mercado» y con un predominio de las soluciones «puramente económicas», sería inevitable una mayor diferenciación social, junto con el surgimiento de vastas áreas de pobreza. En un país semejante, debido a razones económicas, no se puede hablar de educación post-primaria general gratuita, ni de asistencia médica general gratuita de nivel moderno. En las condiciones de pobreza, se hace necesario en cierto sentido «distribuirlo» en forma uniforme. Por tanto, cualquier solución tendrá que ser un compromiso.

La naturaleza irreversible de elementos muy significativos del socialismo en la base ofrece una oportunidad para la continuación de las fuerzas y tendencias socialistas en la vida política, incluso para que ganen en altura con el paso del tiempo. Pero esto no será posible con las formas que han demostrado hace tiempo ser inútiles, incapaces de funcionar, históricamente obsoletas. Surge la cuestión de una alternativa política de tipo socialista en los países del socialismo real. Esto se refiere tanto al modelo de sistema político como al modelo de movimiento socialista.

V. ALTERNATIVA POLITICA

En la vida política pueden existir varias alternativas a la dictadura totalitaria. Semejante alternativa puede ser aportada por otra dictadura totalitaria, por una simple dictadura «no totalitaria» o, finalmente, por una democracia política pluralista. Consideremos cada una de estas posibilidades.

Otro orden totalitario, como sucesor del estalinismo, no es tan improbable como pudiera parecer a primera vista. Obviamente, tendría que ser un totalitarismo de otro tinte ideológico: nacionalista o religioso. La única exigencia sería un fuerte apoyo por parte de las masas, lo cual es relativamente fácil de obtener, por ejemplo combinando el nacionalismo con el populismo. Los estudios ahora clásicos de Hannah Arendt y Karl Popper han demostrado que las dictaduras totalitarias demandan el respaldo popular de las masas, no de las clases, pero sí de las masas; es decir, grupos atomizados, más privados de voluntad que libres. La violenta caída de las estructuras políticas existentes en países del socialismo real pudiera conducir, en una primera fase, al surgimiento de gru-

pos liberados de la antigua autoridad, pero no organizados con el propósito de organizar y ejercer otra autoridad. En tales circunstancias, sería fácil ganar el apoyo para una minoría radical, con el mérito de haber derrocado el sistema anterior, que promete la venganza de sus representantes prominentes y acoge las exigencias populistas de reivindicación. Este mecanismo elevó a los jomeinistas al poder en Irán. Existen señales que indican la formación de fuerzas y tendencias similares en las zonas musulmanas de la Unión Soviética.

En Polonia también hay señales del surgimiento de grupos radicales que proclaman el derrocamiento revolucionario de la autoridad comunista, pero manteniendo «bajo el control del pueblo» una economía de tipo autoritario, proclamando consignas de justicia distributiva e igualitarismo. Estos radicales han sido etiquetados propiamente por el antes mencionado Leszek Nowak como «bolcheviques anticomunistas». La base social, sobre la que pueden asentarse dichas tendencias, es bastante considerable y puede aumentar con la frustración y la desesperación de las masas, provocadas por una situación económica deteriorada, que, como sabemos, es un hecho en todos los países del socialismo real que han emprendido el camino de la desestalinización activa.

Otras dictaduras no totalitarias o post-totalitarias, como una alternativa al estalinismo, han sido intentadas parcialmente ya en los países socialistas. Se podrían clasificar como tales tanto el breznevismo en la Unión Soviética como el gobierno de Kadar en Hungría, el gobierno de Deng Xiao Ping en China o los gobiernos de Gomulka, Gierek y Jaruzelski en Polonia, después de 1956, sin considerar todas las diferencias que surgieron entre ellos. Ciertos politólogos han dudado de esta forma de dictadura por medio de un partido único como monocentrismo.

En realidad, no hubo totalitarismo en Polonia después de 1956. Incluso antes, se manifestó con formas más bien indefinidas, en mi opinión, sobre todo debido a la ausencia del debido apoyo por parte de las masas. Después del punto de inflexión de octubre de 1956, un tipo específico de equilibrio arraigó durante los años siguientes. La sociedad toleró el gobierno del Partido Obrero Unificado Polaco, aunque no se identificó con él. Este partido gobernó bastante arbitrariamente, aunque recurriendo de manera muy limitada a la fuerza. Con excepción de dos períodos de varios años (1968-1970 y 1981-1985), prácticamente no hubo presos políticos, la agricultura privada predominaba en las zonas rurales y el pragmatismo prevaleció sobre la ideología. Sin embargo, todavía había monocentrismo, con un partido en el gobierno, un partido que continuó reivindicando su legitimidad misionera-revolucionaria. No se deben simplificar en demasía las consecuencias de este monocentrismo «no estalinista». Por una parte, hizo posible la continuación relativamente indolora del gobierno monopolista por parte de un partido único. Por otra, fue precisamente durante este período que se restablecieron numerosos vínculos académicos, científicos, culturales y económicos entre Polonia y el mundo exterior. Hubo una considerable desideologización de la política, el pluralismo floreció en la filosofía social y dentro del propio partido surgieron corrientes reformistas (la derrota de una significa el surgimiento de otra nueva), se formaron centros de oposición, etc. Se desarrollaron procesos similares, aunque en una escala menor que en Polonia, en varios países más del socialismo real.

Sin embargo, parece que ha pasado la época de estas dictaduras de transición, no estalinistas y no más totalitarias de los partidos comunistas en los países socialistas europeos. Esto no quiere decir que se deban excluir las dictaduras de otro tipo diferentes del monocentrismo de los partidos comunistas y, en particular, los gobiernos militares. La ley marcial en Polonia durante los años 1981-1983 no constituyó una forma de dictadura militar. Se llevó a efecto empleando más las fuerzas políticas que las militares, que sólo «aseguraron» las operaciones de las unidades policiales. El timón de la autoridad fue empuñado casi inmediatamente por las autoridades del partido y su aparato. En el futuro, sin embargo, especialmente si la lucha nacional pudiera suponer una amenaza de anarquía en la vida social y de colapso económico, no puede excluirse un tipo de bonapartismo, que es la auténtica toma del poder por parte de los militares, junto con el licenciamiento de todos los partidos políticos. Se podría imaginar una situación en la que la sociedad acosada estaría dispuesta a apoyar un golpe semejante. En estas circunstancias, se puede esperar fácilmente encontrar algunos generales con suficientes ambiciones, o a sus jóvenes subordinados, dispuestos a aprovechar la situación, sobre todo porque el recurso cada vez más frecuente al ejército de los gobiernos de los países socialistas, para reprimir la inquietud social (Polonia, 1981; URSS, varias veces, desde Alma Ata en 1985 hasta Fergana en 1989; más recientemente China), debe tentar a los oficiales a restaurar el orden por su propia cuenta al menos una vez. Sin embargo, esto parece ser más probable en países con plena soberanía en la esfera militar, como la URSS, China o, incluso,

Yugoslavia. En países donde dicha soberanía ha sido restringida durante décadas, los ejércitos carecen del tipo de aceptación social que se necesita para cualquier usurpación del poder.

Cualquier forma de dictadura de las aquí mencionadas, y estoy seguro de no haber agotado la lista de posibilidades, sería una solución indeseable. Después de todo, cualquier dictadura, incluso una anticomunista en cuanto a fraseología y apariencia, constituiría cierta forma de neoestalinismo. Tendría que retener una parte considerable de dirección distributiva-autoritaria en el sistema económico y también estaría predestinada a acomodar elementos populistas. En el escenario más optimista, esto sería algo parecido al peronismo. La consecuencia inevitable sería la continuación de la anarquía y el colapso de la economía, la atomización de la sociedad, nuevas crisis, cada vez más graves, e, irremediablemente, luchas por el poder. Las probabilidades de supervivencia y resurgimiento del socialismo se alejarían aún más.

La alternativa política más deseable al estalinismo, y en realidad la única que ofrece una oportunidad de superar la crisis y levantar estructuras políticas realmente sustentables, es la democracia representativa pluralista. Esta alternativa parece ser también la más ventajosa desde el punto de vista de las perspectivas del socialismo. En ella se darían las mayores oportunidades para una administración racional de la economía y de su sector público, aparte de la administración estatal, y para dar a la economía una autonomía verdadera. Esto haría posible la reducción de las presiones burocráticas y populistas; para decirlo con otras palabras, la reducción de los elementos que ahora obstaculizan o evitan directamente la creación del impulso del sector público en la economía.

La democracia pluralista ofrecería también las mejores condiciones para rejuvenecer al movimiento socialista y a las agrupaciones políticas de izquierda como tales. Incluso si la mayoría de la sociedad, como consecuencia del *shock* post-estalinista, optara inicialmente por los grupos de derecha, les ofreciera el poder, en el transcurso de la competencia democrática, se darían las mejores perspectivas para revertir esta tendencia y cambiar la mayoría. La alternativa de una democracia pluralista también parece ser la más fácil de obtener en la práctica. Por desgracia, éstas son sólo las apariencias. Se puede imaginar el siguiente escenario del cambio de una dictadura a la democracia representativa pluralista mediante reformas como las anteriores: reinstauración de la libertad para organizar partidos políticos y, después de algún tiempo lo más corto posible, llamamiento a las elecciones, mediante las cuales una mayoría parlamentaria aparecería para tomar el gobierno. La historia reciente conoce ejemplos de un cambio como éste, desde la dictadura a la democracia. ¿Por qué los reformadores de los países del socialismo real, incluso personas tan radicales como Gorbachov, se muestran aparentemente tan reacios a seguir esta vía? Sólo la dirigencia reformista del Partido Comunista Húngaro se está moviendo con gran precaución en esta dirección. ¿Qué es lo que retiene a los demás? Las recientes elecciones en Polonia arrojan un poco de luz sobre esto. No hay lugar aquí para avanzar más en un análisis de estas elecciones, cuya significación histórica será difícil sobreestimar. Se ha escrito mucho sobre ellas en la prensa de todo el mundo. Centremos nuestra atención precisamente en algunas cuestiones importantes desde el punto de vista de las perspectivas para la democracia y el socialismo en Polonia.

Se han elegido dos cámaras del Parlamento. El Senado fue elegido con completa libertad, con la excepción de que los candidatos no podían ser propuestos por partidos u organizaciones, sino sólo por grupos de 3.000 ciudadanos como mínimo. En las elecciones al Sejm (la cámara de representantes, llamados aquí diputados), los mandatos fueron repartidos con anterioridad: un tercio para la oposición, dos tercios para el partido gobernante. Aquí de nuevo se tornó práctica popular tener candidatos propuestos por «ciudadanos» en vez de por partidos y otras organizaciones, aun cuando la ley electoral no exige esto. Así, por la propia estructura del proceso, se dio la preferencia al modelo arcaico de democracia directa en vez de darla al moderno y pluralista. Esto se hizo bajo el mandato del partido gobernante, en particular, la dirección del Partido Obrero Unificado Polaco. Coincidiendo con el cambio de opinión radical en la reconciliación, para legalizar la oposición, no demostró suficiente coraje para desistir de su reivindicación del llamado papel dirigente del partido, que en cualquier caso, en las circunstancias polacas, es algo muy ilusorio. Temiendo dar un paso decisivo en dirección al pluralismo político, recurrió a paliativos, como el pluralismo sindical y la democracia directa. A su vez, la oposición, al declarar su voluntad de reinstaurar la democracia pluralista, manifestó en la práctica de estas elecciones una marcada falta de inclinación hacia cualquier candidatura que representara los gérmenes de partidos políticos, incluso de partidos de oposición, como el Partido Demócrata-Cristiano del Trabajo. En efecto, las elecciones se convirtieron en un asunto esencialmente dicotómico; la

rivalidad se redujo a dos agrupaciones, llamados respectivamente el grupo de la coalición gubernamental y el grupo de oposición de Solidaridad.

Actualmente, Solidaridad no es un partido ni un sindicato; para precisarlo más, es formalmente un sindicato con ambiciones de partido político y desempeña dicho papel sustitutivo. Solidaridad abarca numerosas corrientes políticas, desde el ala cristiana conservadora, pasando por la socialdemócrata, hasta el ala radical de izquierda, análoga a la «Nueva Izquierda» europea occidental. Incluye, sobre todo entre su élite dirigente, a muchos «expatriados» del Partido Comunista. Los elementos aglutinantes de este movimiento social incluyen la oposición al Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) y al socialismo real, la identificación con la tradición de «agosto de 1980», el apoyo de la Iglesia y la personalidad de Lech Walesa.

Por su parte, también el POUP hace mucho tiempo que dejó de ser un partido político en el sentido europeo de la palabra, aun cuando surgiera en 1948 de la unión de dos de estos partidos. Ha tenido una estructura estrictamente jerárquica, donde el aparato es un elemento activo; la ideología prevalece sobre la política, y casi la mitad de sus miembros ocupan varios puestos de dirección y administración dentro del Estado y la administración económica.

Durante las elecciones de junio de 1989, las dos agrupaciones no propusieron programas diferentes. En realidad, proclamaron los mismos programas, coincidiendo durante las negociaciones de la Mesa Redonda. La oposición estuvo a favor de elecciones de una sola vuelta, con una clara alternativa personal, nombrando sólo un candidato para cada mandato potencial. El partido del gobierno intentó atraer al electorado con una variedad de candidatos que pretendían ser independientes. En efecto, el resultado de las elecciones fue decidido más por las actitudes ante el pasado que por las opciones hacia el futuro. El voto fue contra la continuidad, a favor del cambio. De alguna forma, esto fue un plebiscito.

El balance, medido por los votos, resultó 2:1 para la oposición. Se hizo evidente que el partido del gobierno todavía podía presentar un grupo de electores considerable (30 por 100 de los que votaron y 19 por 100 de todos los aptos para votar). Este es un seguimiento bastante impresionante, si se considera que el partido del gobierno tiene en su haber cuarenta años de gobierno monopolista y diez años de crisis económica. Sólo hubo errores graves, por no decir fatales, en la formulación de la ley electoral y en la realización de la campaña, que provocaron que el partido del gobierno, con el 25 al 30 por 100 de los votos, no ganara ni un solo asiento en el Senado.

La dicotomía política en las primeras elecciones libres de Polonia en cuarenta años ha tenido varias consecuencias importantes. La primera de todas, no condujo a la formación de estructuras políticas pluralistas. Los nuevos partidos políticos inexpertos sufrieron una derrota y estarán ausentes del Parlamento. También existen causas objetivas tras los reveses sufridos por los partidos políticos. Los intentos de resucitar los tradicionales partidos políticos polacos, como la Democracia Nacional, el Partido Socialista Polaco o el Partido Campesino Polaco, hallaron una respuesta social muy tibia. Los animadores de estos partidos confían fundamentalmente en los atractivos emocionales de la tradición. Esto es una anacronía, puesto que la propia identidad política de estos partidos estaba enmarcada sólidamente dentro de la situación política de Polonia en los albores del siglo y no se corresponden más con las realidades actuales. Quizás el poeta tuvo razón cuando dijo: «Ningún milagro podrá devolver a la vida las condiciones pasadas» (A. Asnyk). Escribo estas líneas con cierta preocupación, puesto que yo mismo siento gran simpatía por las tradiciones del Partido Socialista Polaco, el partido de mis días de juventud.

En segundo lugar, ciertas opciones políticas abrazadas por segmentos significativos del público no han emergido del todo en estas elecciones. Los datos de las encuestas sociológicas, sobre todo la encuesta «Polacos de 1984-85» antes mencionada, indican que una proporción significativa del pueblo en Polonia desconfía de las reformas económicas tipo mercado, optando por los controles de precios y el racionamiento, contra la diferenciación de ingresos y ganancias, contra los ricos que acumulan, etc. Estos criterios son compartidos por dos quintas partes de la opinión pública polaca y son particularmente fuertes entre los segmentos más pobres de la población. Esta porción del electorado no tiene a nadie que votar y sus simpatías han sido disputadas tanto por los sindicatos oficiales (en la Alianza de Sindicatos OPZZ) como por los radicales de Solidaridad, enemistados con Walesa. Ni los primeros ni los segundos estuvieron representados en las elecciones bajo sus propias banderas y no cuentan su electorado. Es posible que sus partidarios fueran parte del numeroso 38 por 100 de los votantes que no acudieron a las elecciones. Lo mismo es válido para la dirección comunista ortodoxa, los campeones del *statu quo,* para quienes Jaruzelski es un traidor y un Wallenrode (emisario oculto que apoya al ene-

migo, figura de un poema de A. Mickiewicz). Tampoco tuvieron oportunidad de contar su electorado. Existen otras señales, como los resultados de las elecciones a los departamentos del POUP y a ciertas organizaciones cívicas, que apuntan indirectamente a la continuación de la fuerte posición de dichos grupos.

En mi opinión, existe una subestimación general de las consecuencias que tantos años de gobierno dictatorial ha tenido a la larga sobre la cultura política de las élites y de la sociedad. En realidad, la dictadura es una forma de gobierno fácil, aunque no muy eficiente. De ahí que el gobierno autocrático, dictatorial y autoelegido sea más la norma que la excepción a lo largo de los miles de años de historia de la humanidad. Como ha resultado, las sociedades tienen que madurar para la democracia en un proceso prolongado. En la actualidad, las ideas sociales de democracia en la mayoría de los países socialistas tienen poco que ver con el pluralismo. Lo más común es el estereotipo de la democracia tipo plebiscito, la democracia de las reuniones, donde la mayoría decide, aunque al mismo tiempo impone la mayoría a los que sostienen una opinión diferente, forzándolos a callar.

Los gobernantes dictatoriales de varios países y sistemas también gustan de confiar en los adornos de la democracia, digamos que presentando en las elecciones a dos candidatos políticamente idénticos, celebrando plebiscitos, etc. Se ha visto que semejantes adornos de la democracia se han enquistado profundamente en la conciencia pública y, a veces, compiten efectivamente con la democracia pluralista. Tanto las élites como las masas intentan darle a estos adornos una sustancia real. Los efectos demuestran ser más anarquizantes que democratizadores. Estos son, probablemente, los efectos secundarios inevitables de los avances políticos progresistas, características comunes a todo período de transición. No obstante, complican demasiado la situación y aumentan el grado de incertidumbre en cuanto al futuro.

Una ordenación dicotómica tentará constantemente a ambas partes a establecer un sistema monocentrista de alguna manera. Una situación económica frustrante y excepcionalmente difícil puede ofrecer una oportunidad plena para esto. Sería un drama negativo, diabólico, preñado de confrontaciones, derramamientos de sangre, nuevas dictaduras. No obstante, existen fuerzas, también de ambas partes, orientadas hacia la democracia representativa pluralista. Si tienen éxito en la aprobación de la nueva legislación que permite el establecimiento de partidos políticos, aun antes de las próximas elecciones municipales, si dichas elecciones se celebran de acuerdo a la ley electoral con cinco adjetivos (en consecuencia, los mandatos se concederán proporcionalmente y no de acuerdo a la norma de que el ganador se lleva todo), entonces conseguirán un punto de partida para establecer un sistema político pluralista en Polonia. Esta sería una situación positiva y optimista, que auguraría un desarrollo futuro bueno.

Tanto en la lucha en favor de estas perspectivas como dentro de ellas, tiene una importancia clave que surja un partido socialista de izquierda como alternativa a un partido estalinista o tipo neoestalinista. En realidad, dicha alternativa aún debe materializarse en Polonia.

¿Puede ser ofrecida dicha alternativa por un partido comunista reformado o «rejuvenecido», por el POUP? Su dirección, que en el otoño de 1988 efectuara un giro político significativo de la dictadura a la democracia, declara normalmente la necesidad de reestructurar el partido y despojarlo del legado estalinista. Quizás entonces este partido se convierta en el verdadero representante de las ideas socialistas en la vida política polaca. Desearía que así fuera. Soy miembro de este partido desde 1948, durante treinta y tres años fuí miembro del Comité Central de ese partido y durante seis años lo fui de su Secretariado. Pero al valorar la situación desapasionadamente, desde el punto de vista científico, debo expresar mis dudas acerca de si dichas expectativas pueden ser llamadas realistas, por varias razones.

En primer lugar, difícilmente el POUP puede despojarse de su pasado. No es sólo ni tanto una cuestión de responsabilidad ante ese pasado, como el hecho de que durante décadas el POUP fue el partido gobernante monopolista. Todo su estilo y su manera de funcionar se han adaptado a este papel. Las élites de este partido, sus líderes, pasan grandes dificultades para despojarse de sus hábitos relativos al modo dictatorial de pensar, al voluntarismo y a la «creencia deseada», y en sus ideas de democracia los adornos ganan la partida con demasiada frecuencia a las realidades. En las nuevas condiciones de la democracia pluralista, un partido de izquierda tiene que engranarse con el mecanismo democrático, tiene que estar dispuesto a actuar alternativamente en la oposición y en la mayoría gubernamental, tiene que despojarse de sus maneras de partido-guía. Esta es una transformación extremadamente difícil, casi imposible, para una misma organización.

En segundo lugar, un partido socialista contemporáneo en un país de estalinismo colapsado requiere independencia doctrinal del pasado. Sería

difícil imaginar que habiéndose abstenido de confiar en las buenas y las malas experiencias socialistas del pasado, es decir, los logros de diversas corrientes del marxismo, ahora no pueda continuar como marxista, leninista o cualquier otro ismo en el sentido original de la palabra. Hace mucho que los viejos libros no ofrecen fórmulas para tratar los problemas contemporáneos. Nadie puede prever los desarrollos de la actualidad. El mundo se ha apartado de Marx, Lenin, Trotsky, Bujarin y Mao; se han adquirido nuevos conocimientos acerca del hombre y la sociedad. Estos conocimientos han sido desarrollados en centros profesionales, fuera de la política; en la segunda mitad del siglo XX, la ciencia se ha despolitizado ampliamente. Sólo sobre esta amplia base, acercándose a ella sin limitaciones, analizando la realidad sin inhibiciones, se pueden formular las ideas que sirvan a los ideales sociales y morales socialistas.

En tercer lugar, el POUP está lejos de ser uniforme. Durante muchos años, siempre hubo dentro de él choques, rivalidades y la coexistencia de varias tendencias. Estas diferencias son más profundas que las que distinguen a los republicanos y demócratas en los Estados Unidos. Se pudiera identificar fácilmente a varias corrientes distintas dentro del POUP: una corriente populista autoritaria, una corriente reformista liberal, otra burocrática conservadora, otra administrativa. Si cada una de estas corrientes luchara independientemente por los votos, de una manera clara para el público en general, entonces las tres juntas pudieran conseguir un seguimiento mayor que el POUP actual. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los partidos comunistas en los países del socialismo real. La política de estos partidos es el resultado de varias presiones, compromisos y medidas a medias, de ahí las inconsecuencias evidentes, los frecuentes errores, la reacción demorada, etc.

En cuarto lugar, un segmento grande y valioso de las fuerzas de izquierda polacas permanece actualmente fuera del POUP. Diversos grupos de oposición han renunciado a ser miembros o fueron relegados del POUP desde mediados de los años cincuenta. Con mayor frecuencia, ellos representan a la secesión antiestalinista, aunque también existen algunas fracciones ultraestalinistas, como lo fuera en los años sesenta el KPP maoísta (Partido Comunista de Polonia), encabezado por Kazimierz Mijal. Parte de los «expatriados» del POUP se han desencantado del socialismo, algunos han emigrado de Polonia, aunque muchos continúan en su adhesión a la idea del socialismo democrático y las tradiciones de la izquierda. Una parte considerable de la izquierda, el ala no religiosa de Solidaridad, está compuesto por «expatriados» del POUP, fundamentalmente procedentes de la última mitad de los años sesenta. La última secesión importante del POUP, celebrada cuando esto se escribe, tuvo lugar en 1980-1981, tomando la forma del llamado movimiento de estructuras horizontales. Este representa un acuerdo de varias organizaciones del POUP de universidades y fábricas, que tienen como objetivos la desestalinización del partido y la supresión de la supremacía del aparato. Este movimiento reunió a gente joven maravillosa, de gran celo ideológico. En la mayoría de los casos, los acuerdos horizontales perdieron en la campaña electoral para el IX Congreso del POUP, celebrado en 1981. Habiendo ganado en las organizaciones urbanas, se les impuso la mayoría en la conferencia a nivel de voivodía (que es regional), por parte de los burócratas rurales y pueblerinos que proclamaban consignas populistas. El éxito de estos últimos creó la base de apoyo social dentro del partido para la imposición de la ley marcial. Después de su imposición, la mayoría de los activistas de las estructuras horizontales dejaron el partido de una manera u otra. Su regreso al POUP parece bastante improbable, y sin ellos es imposible el renacer del movimiento socialista en Polonia. Sólo ellos pueden volver a forjar el vínculo de comprensión roto con la joven generación.

En quinto lugar, no creo que un único partido pueda ofrecer actualmente una alternativa política viable para el socialismo en Polonia y otros países similares. La propia idea de un único partido que represente las aspiraciones y los intereses socialistas de la clase trabajadora debe ser relegada al pasado. La idea nació en los días de la Primera y la Segunda Internacional, cuando el socialismo era como una religión de las masas y el movimiento socialista era algo intermedio entre una unión religiosa y un partido político. La Tercera Internacional, aunque se formara de los varios ismos dentro de los partidos socialistas, todavía impulsó este carácter casi religioso del movimiento. En cierto momento, esto ayudó a organizar y disciplinar las filas y a ganar el seguimiento de las masas. A la larga, cegó al movimiento de los trabajadores, aislándolo de la realidad, entregándolo a los guardianes burocratizados del Santo Grial rojo. La experiencia de los países del socialismo real apunta claramente a la conveniencia de la pluralidad de partidos socialistas, que reflejen la auténtica diferenciación de opiniones e intereses del pueblo trabajador y la diversidad de posibles opciones en la política socialista. Sólo con una rivalidad pluralista dentro de estas opciones será po-

sible optimizar las políticas y corregir a tiempo cualquier desviación, cualquier error.

Esta es la perspectiva general. ¿Cómo puede llevarse a la práctica? La vía a través de la disolución del POUP, aunque es la más lógica, no parece realista por ahora, y no por otra razón, sino porque el POUP, como signatario del acuerdo de la Mesa Redonda, ha de servir durante los próximos años como uno de los pilares en los que ha de asentarse el tambaleante equilibrio político del país. Por tanto, la alternativa socialista en Polonia ha de levantarse tanto dentro del POUP como fuera de él. La dirección del POUP puede prestar un verdadero servicio al socialismo de una sola forma: repudiando toda la retórica y la coerción antifraccionarias, en realidad estalinistas; volviendo al modelo de democracia tradicional del movimiento socialista; poniendo los medios editoriales y los recursos materiales del partido a disposición de las corrientes que, de hecho, existen dentro de él, incluyendo las que se oponen a la línea obligatoria y a la actual dirección. La representación en los Congresos del partido y en las autoridades supremas del partido ha de ser sobre una base proporcional. Esto permitiría durante algún tiempo mantener la cohesión del POUP junto con la democracia. A la larga, puede esperarse que surjan partidos independientes en Polonia, que representen las diferencias corrientes del socialismo contemporáneo. Creo que reunidos tendrían una oportunidad de obtener el apoyo de la mayoría del pueblo polaco. A su favor, existirían factores objetivos poderosos, en particular la alta proporción de diversas formas de propiedad pública en la economía, la ética profundamente arraigada del igualitarismo y la justicia social y, también, las tendencias en el desarrollo mundial, que fueran descritas por A. Schaff en su libro *Wohin führt der Weg?* (*¿Qué futuro nos aguarda?,* A. Schaff, 1985).

Ahora, para concluir, diré que en las tradiciones socialistas, en las tradiciones de la Primera a la Tercera Internacional, el socialismo fue tratado como algo similar a un «gran proyecto», según el cual había que transformar la realidad (W. Brus, 1988). Este proyecto movilizó la fe y la dedicación, pero en la práctica conllevó las simientes de la utopía y la dictadura. La democracia pluralista excluye la realización de un «gran proyecto», puesto que no puede ofrecer ninguna garantía de disponer de suficiente fuerza política para un gobierno prolongado y omnipotente. Pero sí ofrece buenas oportunidades para la política socialista, para una remodelación y un ajuste pragmáticos de las instituciones públicas en el espíritu de esa política. Esto no es una perspectiva de la «última batalla», de la «victoria decisiva», como proclamaban los viejos himnos de los trabajadores, pero probablemente es la única perspectiva buena y humana para el socialismo del futuro.

Julio, 1989

BIBLIOGRAFIA

Asnyk, Adam: *Poezje (Poesía),* PIW, 1974, pág. 383.

Bazylow, Ludwik: *Ostatnie lata Rosji carskiej. Rzady Stolypina (Los últimos años de la Rusia zarista. El gobierno de Stolypin),* PWN, 1972, Varsovia.

Bozyk, Pawel: «Fetysz rynku» ("El fetiche del mercado"), en: *Polityka,* núm. 26 de 1989.

Brus, Wlodzimierz: *The «March Into Socialism». Expectation and Reality,* documento manuscrito, 1988.

Girard, René: *Le Bouc Emissaire,* Editions Grasset et Fasquelle, 1982.

Kornai, Janos: *Economics of Shortage,* North Holland, 1980, Amsterdam.

Kornai, Janos: «The Hungarian Reform Process. Visions, Hopes and Reality», en: *The Journal of Economic Literature,* volumen XXIV (1986), núm. 4.

Nowak, Leszek: «Sila przegranej rewolucji» («El poder de una revolución vencida»), *Polityka,* núm. 14 de 1989.

Schaff, Adam: *Die Kommunistische Bewegung am Scheideweg,* Europa Verlag, 1982, Viena.

Schaff, Adam: «Sind die sozialistischen Länder sozialistisch?», *Europäische Rundschau,* 1983, núm. 3, págs. 13-16.

Schaff, Adam: *Wohin führt der Weg?,* Europa Verlag, 1985, Viena-Munich-Zürich.

Skocpol, Theda: *States and Social Revolutions,* Cambridge University Press, 1979.

Staniszkis, Jadwiga: *Dynamika przelomu formacyjnego (Dinámica sobre la ruptura de una formación),* documento para una conferencia científica internacional sobre el Sentido de la Historia Polaca y la Conformación Conjunta del Futuro, Varsovia 1988.

Zinoviev, Alexander: «O stalinie i stalinizmie» («Sobre Stalin y el estalinismo») en *Kultura,* 1980, núms. 1-2, París.